

JAVIER ALEGRE

Historia
de la
Compañía de Jesús



Memorias para la Historia de la Provincia que tuvo la Compañía de Jesús en Nueva España.

TOMO II

Anotado por el Sr. Jefe de Sanjes

MEXICO, D. F., 1941



MEMORIAS PARA LA HISTORIA DE LA PROVINCIA QUE TUVO LA COMPAÑIA DE JESUS EN NUEVA ESPAÑA

BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO - ECUADOR

COLECCION GENERAL

No. AÑO

Escritas por el **PRECIO** **DONACION**.....

JAVIER ALEGRE

de la misma Compañía.

BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO - ECUADOR

TOMO SEGUNDO

COLECCION GENERAL

No. 17397 AÑO 2005
PRECIO DONACION.....

PUBLICALAS

0000015-1) J. JIJON Y CAAMAÑO

Individuo de número de la Academia Nacional de Historia de Quito y de la Ecuatoriana de la Lengua, correspondiente de la Real Española; Socio correspondiente de las Academias Nacional de Madrid; Bogotá, Caracas, del Instituto Histórico del Perú; Profesor Honorario de la Universidad del Cauca, ex profesor de Etnografía Americana en la Universidad Nacional de Quito, etc., etc.

LIBRERIA DE PORRUA HNOS. Y CIA.
AV. REP. ARGENTINA Y JUSTO SIERRA
MEXICO, D. F.

Es propiedad del editor.

2100000

Talleres Tipográficos Modelo, S. A.—Comonfort, 44.—México, D. F.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

LIBRO TERCERO



MEMORIAS PARA LA HISTORIA
DE LA PROVINCIA
QUE FUE DE LA COMPAÑIA EN NUEVA ESPAÑA

1649-1716

Muere el P. Pedro de Velasco.—Deslinde de las misiones de jesuitas y franciscanos en Tarahumara.—Rebelión de los Tarahumares.—Asesinato del P. Bending.—Fundación de la Villa de Aguilar.—Apostólicos afa-nes del P. Antonio Basile en Papigochic.—Atacan dicho pueblo los in-dios así como la Villa de Aguilar.—Muerte del P. Basile.—Dedicación de la Catedral de México.—Llega a esta ciudad de paso para las Maria-nas el P. Sanvitores.—Funda en México una Congregación.—Sale de la Compañía Dn. Carlos de Sigüenza y Góngora.—Mueren los PP. Alonso Díaz, Diego de Santiago, Domingo Alburquerque, Pedro Juan Castini, Diego van der Zippe, Diego de Acevedo y Diego de Salazar.—Prodigios de una imagen de San Francisco Javier en el Seminario de San Ildefon-so.—Resistencia de la Tarahumara.—Prisión de unas labradoras.—Vuelve la hija a tierra de cristinos.—Indica la manera de someter a los aliados.—Expedición del Capitán Barza contra los Cabezas.—Sumisión de éstos.—Rendición de los Tarahumares.—Nuevas misiones entre los venecidos.—Vuelven a señalarse los límites de las misiones de jesuitas y franciscanos.—Muerte del P. Pedro Valencia.—Misiones en Ciudad Real.—Dificultades con el Obispo.—Enojo del Capitán Valtierra.—Aban-donan los jesuitas Ciudad Real.—Determinan quedarse en virtud de una carta del P. General.—Se reconcilian el Obispo los padres y el Capitián.—Curación milagrosa e ingreso a la Compañía del segundo de los hijos de éste.—Descripción de Ciudad Real.—Sublevación de los Tzendales en 1712.—El Cristo de Tila.—Misión en Tila en 1682.—Memoria de los PP. Andrés Egídea, Baltasar González y el H. Miguel de Omaña.—To-ma y saqueo de Veracruz.—Pasan los jesuitas a California.—Van el Gobernador Juan Celestín Casas y el P. Jacinto Cortez en 1642.—Vuelve al año siguiente el mismo P. con el P. Andrés Baez.—Expediciones de D. Bernardo de Piñadero y de D. Isidro de Orondo y Antillón.—Pa-sa el P. Kino en 1683.—Entrada a los Guaycurus.—Hostilidades con éstos.—Segundo desembarco en la Ensenada de San Bruno.—Se abando-na la conquista de California.—Fallecen los PP. Jerónimo de Figueron, Nicolás de Guadalajara y Manuel Lobo.—El Venerable Hermano José Botancourt, fundador de los Betlemitas.—Junta en México para tratar de la pacificación de California.—Se propone a la Compañía se haga cargo de esa región.—Trabajos astronómicos del P. Kino.—Pasa a

Sonora.—Obtiene de la Audiencia de Guadalajara ciertos privilegios en pro de los indios.—La Primería Alta.—Misiones que establece.—Contrariedades que sufre.—Muerte de los PP. Pablo de Salcedo y Salvador de la Puente.—El Seminario de Indios de San Gregorio tiene rector separado.—Liberalidad de Don Mateo Echeverría.—Las Capillas de la Casa de Loreto.—Donaciones al Noviciado de Santa Ana.—Misión del P. Salvatierra entre los Chhnipas.—IncurSIONES de los Apaches.—Mueren víctimas de la intranquilidad reinante varios misioneros, entre otros, los PP. Juan Ortíz de Franda y Manuel Sánchez.—Es nombrado el P. Salvatierra Visitador de las misiones de Sonora y Sinaloa.—Su encuentro con el P. Kino.—Visitan juntos muchas tribus.—Proyectos para la evangelización de California.—Nuevas correrías del P. Kino.—Va hacia la costa.—La misión de la Concepción de Cabora.—El P. Juan Pérez y su casa de mujeres recogidas.—La Universidad de Guatemala.—El P. Juan Antonio de Oviedo.—Vuelve el P. Kino a visitar a los sobas.—Descubre el puerto de Santa Sabina.—Viaje a donde los Sobaipuris.—Llega a las márgenes del Gila.—Encuentra las ruinas de los Pueblos.—Muerte del P. Zappa.—Rebelión de los Pimas.—Matan al P. Salta.—Castigo de los Pimas.—Crueldad de un cabo español.—Permanencia del P. Kino en Dolores.—Pacificación de los Pimas.—Va el P. Kino a México.—Dificultades para seguir a California.—Vuelve a Pimería.—Pasa a Quivurí.—El P. Salvatierra se apresta para ir a California.—Limosnas que consigue.—Se le da licencia para ir en compañía del P. Kino.—Viaje del P. Salvatierra.—No lo puede acompañar el P. Kino.—Prosigue el P. Salvatierra su jornada y desembarca en el Real de Loreto.—Descripción de California.—Historia de su descubrimiento.—Proyectos guerreros de los indios.—Atacan la misión.—Se someten.—Principios de su cristianidad.—Misiones de Primería.—Petición de los Sobaipuris.—Va el P. Kino a Gila.—Ataques de los Apaches a Cocospera.—Viaje del P. Kino al Golfo de California en 1698.—Se llevan ganados y caballos.—Trabajos en 1695.—Fundación del pueblo de San Francisco Javier.—Peste en Veracruz.—Sufrimientos y contrariedades del P. Kino.—Continúa sus descubrimientos.—Recibe a unos niños apaches capturados por el Cacique Humari.—Sale hacia los Apaches.—Descubrimientos geográficos.—Determina el curso del Gila.—El P. Salvatierra va al Yaqui.—Le faltan navíos.—Carencia de recursos.—Oposición del Jefe del Presidio.—Disminuye el número de los soldados.—Pasa el P. Salvatierra en busca del P. Kino.—Salen por tierra a reconocer la costa.—Descubren la unión de las sierras de California con las de México.—Pasa a la California el P. Ugarte.—Ataque de los Viggo a la Misión.—Nuevo Capitán del Presidio.—Fundación del Seminario de San Ignacio, en Puebla.—El primer Rector, Padre Arias.—Obtiene título de Real.—Mejoras en su fábrica.—Generosidad del Obispo Domingo Pantaleón Alvarez de Abreu.—Fundación del Colegio Seminario de San Pedro en Mérida.—Va el P. Kino a las rancherías de Xiximos.—Pasa el río Colorado.—Expedición de 1702 a su desembocadura.—Muere en Tubutama el P. González.—Cédula Real para que la Compañía se encargue de las misiones del Petén.—Maniobra del Obispo para no obodecorla.—Envía clérigos seculares.—Hambre en California.—Oportunos socorros.—Generosidad del Marqués de Villapiente, de Doña Josefa Vallojo y Dn. Nicolás de Arteaga.—Pasan los PP. Basaldún y Minutilli a California.—Enferma éste y vuelve a Sinaloa.—Falta de viveres en 1704.—Cédulas Reales en favor de las misiones californianas.—Se demora su cumplimiento.—Penu-

ria de la misión.—Después de secorrerla sale para México el P. Salvatierra.—Muerte del P. Manuel Piñero.—Le sucede como Provincial el P. Salvatierra.—Disgústase con él el Virrey y pone obstáculos a las misiones de California.—Visita California, siendo Provincial el P. Salvatierra.—Proyecto de fundación de la Habana.—Renuncia el P. Salvatierra el provincialato.—Exploraciones infructuosas de la Costa de California.—Viajes del P. Kino en 1706.—Proyecta el P. Kino fundar una ciudad en Pimería.—Vuelve a California el P. Salvatierra y pasa el P. Mayorga.—Mueren el P. Francisco Camacho, el P. José Vidal y el H. Juan Ortíz Mocho.—Naufragio de la lancha que iba por provisiones para California, en el país de los Seris.—Guerras entre éstos y los Pimas.—Peste de viruelas en California.—Muere el P. Kino.—Construcción de un barco para California.—Naufraga en el primer viaje con muerte del P. Guisi.—Otros naufragios.—Exploración de Cadegomo.—Memoria del H. Pablo de Loyola, P. Juan Pérez, Juan Lerma, Diego de Almonacir y Francisco Arenas.—La Congregación de la Buena Muerte.—Fundación de una residencia en Monterrey.—No puede ésta subsistir.—Traslado de los estudios de Filosofía del noviciado de Puebla.—Muere el P. Antonio de Figueroa y el H. Florencio de Abarca.—Pasan a la Habana los PP. Josef Melgar y Melchor Palacios y regresan sin lograr se establezca allí la Compañía.—Revelación de la Venerable Isabel de la Encarnación y muerte de ocho jesuitas.—Vigésima tercera Congregación Provincial.—Naufragio de los procuradores.

El P. Pedro de Velasco, habiendo tenido por sucesor en el gobierno al P. Andrés de Rada a principios del año 1649, se retiró al Colegio de Sta. Anna (1) a descansar de sus pasadas fatigas, sujeto digno de mejores tiempos, en que el poder y la emulación no hubiesen de tantos modos procurado obscurecer el brillo de su virtud, y sus talentos. Dejadas grandes esperanzas, con que le brindaban la opulencia, y nobleza hereditaria en su familia de los Condestables de Castilla y Condes de Santiago, entró en la Compañía por dictamen del grande anacoreta y admiración de su edad, el V. Gregorio López. Holló, desde luego, el mundo con extraordinarios ejemplos de humillación y desengaño. Sus delicias eran salir por las calles arriando las bestias, que servían entonces a la fábrica del Colegio Máximo y a medio día ir a mendigar el sustento a las porterías de los conventos y seminarios, hasta que viendo que se convertía en honra y veneración de su virtud lo que buscaba por mortificación, huía de

(1) En el Colegio Máximo, según la "Historia". Vol. II, pág. 359.

aquellos lugares en solicitud del abatimiento y del sonrojo. A esta religiosidad correspondía en la línea de las letras una grande claridad de entendimiento, una constante aplicación, una bella elección de los autores, y digestión de noticias, que lo hicieron uno de los más aplaudidos ingenios de su tiempo, y como tal destinado para acompañar y ayudar al P. Dr. Antonio Rubio en la formación de aquel curso filosófico, que después pasando procurador a Roma, imprimió, y dedicó a la Universidad de Alcalá, y que dicha Universidad, por acta de su claustro, adoptó como propio y mandó seguir perpetuamente en sus escuelas. El insigne P. Dr. Pedro de Horticosa, pronosticó, desde entonces, cuan gran maestro criaba la Provincia en el P. Pedro de Velasco. Enviado después a las misiones de Sinaloa, pospuso todos los aplausos de las letras y las ciudades al humilde trato de los indios, con tanta constancia, que solicitado a volver, primero a empeños del Excmo. Sr. D. Luis de Velasco, pariente suyo, y después a instancias de los maestros, que lo pedían para el curso de artes, siempre halló razones para mover a los superiores a dejarlo en su misión, en que trabajó muchos años, y redujo las naciones de Ogueras y Chicoratos. Leyó algunos años Teología, y dejó escrito un completo comentario sobre el Evangelio de S. Juan. Fue Rector del Seminario de S. Ildefonso, y de los Colegios de Valladolid y Tepetzotlán, enviado después Procurador a Roma, y últimamente Provincial, siempre con opinión de hombre santo e ilustrado del Señor con el don de profecía, con la gracia de la santidad, y otros celestiales favores de que se pudieran referir muchos casos particulares. Prevenido, a lo que parece, del Cielo con cierta noticia de su próxima muerte, acabó, como dice un antiguo manuscrito de Gregorio Martín Gijo, (1) curioso diarista de aquel tiempo con se-

(1) Gijo. Vol. II, pág. 360.

ñas de perfecto religioso, y verdadero amigo de Dios, (1) a los 26 de Agosto.

El P. Provincial Andrés de Rada, tuvo que componer, en su tiempo, una diferencia originada entre los Religiosos de S. Francisco y de la Compañía, sobre las Misiones de Tarahumara. Como entre Religiosos, que sin algún propio interés sólo atendían al provecho de las almas, fácilmente se compuso el negocio entre el Rmo. Comisario, y el P. Provincial, señalándose de común consentimiento los términos y aledaños de unas y otras Misiones. Esta división, por lo relativo a aquel tiempo, fue de poca utilidad, porque inmediatamente, en el mismo año, que fue el de 1650, sucedió el alzamiento de la Tarahumara Alta, que arruinó enteramente las misiones de una y otra Religión, y tuvo en adelante muchos años impedido y suspenso, hasta aquella parte, el curso del Evangelio.

El origen de esta rebelión no pudo descubrirse del todo. Se atribuyó comúnmente a algunos apóstatas fugitivos de los pueblos donde algunos años antes, como dejamos notado en su lugar, había intentado el Sr. Obispo de Durango la introducción de párrocos seculares. Esta novedad sirvió de pretexto a los malvados para sacudir el yugo de la sujeción, y refugiarse a los Tobosos, Cabezas y otras naciones vecinas y aun gentiles. Aunque las Misiones de Tepeguanes volvieron breve, como dijimos también, a la administración antigua de los jesuitas y franciscanos; sin embargo aquellos fugitivos, a quienes la mutación de párrocos, sólo era un pretexto para pro-

(1) "Con señales de perfecto religioso y verdadero amigo de Dios", son palabras de Guijo, que entre comillas cita el padre Alegre, en la "Historia"; la referencia en las "Memorias" no pretende ser literal, se ha mudado "señales" en "señas". La referencia es a un manuscrito, que el P. Alegre no tenía a la vista en Italia. ¿Será imaginable que fuera tan portentosa la memoria del jesuita, para recordar no sólo la infinidad de detalles y pormenores que se cuentan en las "Memorias", sino hasta casi las palabras textuales de un manuscrito que había estudiado en México? Dispuso, sin duda, el Padre en el destierro de apuntes y materiales para proseguir en sus labores históricas. Vol. II, pág. 360.

curarse la antigua libertad y soltura de costumbres, jamás volvieron a sus pueblos, antes sirviendo de conductores y de guías a los gentiles, tanto por medio de ellos, como por sí mismos, intentaron deshacer las poblaciones de christianos, incitándolos a seguir su ejemplo. No habiendo conseguido el mayor fruto, juntaron a las sollicitaciones, las hostilidades e insultos, acometían a los pueblos, robaban los ganados, talaban los campos y quemaron, algunas veces también, las casas y las iglesias. De los misioneros franciscanos, que cultivaban la nación de los Conchos, murieron dos en esta ocasión, por defender de sacrílegas profanaciones el templo del Señor. De los jesuítas, acabó gloriosamente el P. Cornelio Beuding, (1) natural de Graveringa, en Flandes, que acometido de los alzados y puesto fuego a la casa, se acogió a la iglesia, donde hecho el blanco de muchas flechas, cayó ante el altar. Los cobardes matadores, que hasta entonces no se habían atrevido a acercársele, le dieron en la cabeza un golpe de macana, que lo sacó de sentido. De allí lo arrastraron hasta el cementerio, donde en el brazo de una alta cruz, que el P. había hecho colocar, lo dejaron ahoreado. Los pocos christianos, que no había hecho huir aquella invasión de bárbaros, apenas tuvieron tiempo para quitar de allí el cadáver y ocultarlo en una barranca. Pasó a recibir el premio de sus trabajos el día 4 de Junio. (2)

(1) Bendin, se lee en la "Historia". Vol. II, pág. 367.

(2) La "Historia" cuenta que a mediados de 1648, se habían sublevado los Tarakumares, que atacaron el pueblo de San Francisco de Borja, con muerte de cinco españoles y algunos indios. El Gobernador de Nueva Vizcaya, envió para someter a los rebeldes, al Capitán Juan Barrasa, quien penetró hasta el valle del Aguila, en donde se lo juntó el Gobernador, D. Diego Fajardo, logrando entonces, domar la revolución, cuyos principales jefes fueron muertos. Fue entonces cuando se fundó la Villa de Aguilar, vecina de Papigoehic, donde fue enviado el P. Beuding, quien por defender a los indios de los vecinos de la villa, sufrió no pocas contradicciones; mientras tanto los aborígenes, indignados con los malos tratos de los blancos, encabezados por aquellos caudillos, que en ocasiones pasadas

Avisados los Presidios cercanos y el Gobernador de Nueva Vizcaya, se hicieron algunas entradas para buscar y castigar los delincuentes, pero sin algún buen efecto. Se determinó colocar en un valle vecino al río y lugar de Papigochic, una especie de Fortín con guarnición de soldados para frontera y freno de las continuas vejaciones a que estaba expuesta con peligro de próxima ruina toda la cristiandad de aquella y las vecinas provincias. Se dio a la pequeña población el nombre de la Villa de Aguilar. Se sortearon los soldados que debían quedar en aquel puesto, mientras los demás seguían con diversa suerte a los alzados y el Gobernador pidió al Superior de las misiones señalase algún padre, que les acompañase, y asistiese, en caso necesario. Fue enviado a aquella peligrosa comisión el P. Antonio Jácome Basile, el año de 1651. El apostólico varón, cumpliendo con lo que debía a los pocos españoles, que apenas eran diez los que estaban de pie en el Presidio, procuró también reparar la asolada cristiandad de Papigochic. Informado de indios fieles, de los lugares donde se habían refugiado, bajaba a los barrancos, montaba los picachos, atravesaba los ríos, buscando por todas partes, como buen pastor, las ovejas descarriadas, para restituir las sobre sus hombros al redil. Entre estas fatigas, sabiendo el lugar donde había sido, como depositado el cadáver del P. Cornelio Bending, lo hizo trasladar en el modo más decente a la Iglesia del Presidio y Villa de Aguilar. El Venerable cuerpo se halló después de tanto tiempo, incorrupto, flexible y rozagante aún la sangre de las heridas, como en testimonio de la pureza de su vida, inocencia de sus costumbres. E. P. Antonio pasaba así los días entre los españo-

se habían mostrado más adictos a Castilla, se preparaban a tomar las armas, habiéndose para entonces convertido el misionero en objeto principal de su odio: la extremaunción dada por éste a una india joven, que murió casi inmediatamente, fue lo que causó el estallido de la sublevación, que de antes venía preparando y cuya primera víctima fue el inocente jesuita. Vol. II, págs. 565-70.

les de la Villa, instruyendo a estos, animando a aquellos y sirviéndoles a todos, (1) singularmente en la hambre, que ya se comenzaba a sentir por la desolación de los campos vecinos y falta de provisiones en el Real. El era el primero, que con grandísimo peligro, salía a los montes a buscar raíces y yerbas para mantener la guarnición; pero siendo este alimento tan escaso, se hubo de tomar la resolución de que fuesen algunos de los soldados a solicitarlos del Real más vecino. Este era el momento que los rebeldes, informados de la situación del Presidio y designios de los Españoles, esperaban para arruinarlo enteramente. Cayeron primero sobre el infeliz pueblo de Papigochie, ahuyentaron los habitantes, quemaron las casas y la capilla. El P. Antonio Jacome, que se hallaba actualmente en el pueblo de Temoaichic, y con facilidad pudiera haber evitado aquel peligro, sabiendo sin embargo el que corrían los españoles de la villa de Aguilar, pasó a ella con prisa a socorrerlos a lo menos en lo espiritual, y morir con ellos en caso necesario. En efecto, arruinado el pueblo Papigochie, descargaron los alzados sobre el Presidio, poniendo fuego a las casas e iglesias, donde se habían refugiado los vecinos. El Padre con un crucifijo en las manos, después de haberlos a todos dispuesto, dijo animosamente: "¿y qué habemos de morir como unos cobardes, sofocados aquí del humo y de las llamas? ¡abramos las puertas y recibamos alegremente la muerte, pues no nos queda otro recurso!" En efecto presto obligó la necesidad a abrirlas, y sin dar lugar a disparar un fusil, fueron cargados de la multitud y tajados todos en piezas. Dos de los principales autores, presos después de algunos años, y examinados por diferentes personas, en diver-

(1) Según la "Historia" el Capitán Barrnasa, después de que los sublevados, que habían matado al P. Bendling, obligaron al Gobernador a retirarse, logró someterlos, con lo que los indios volvieron a poblar Papigochie, a donde y a la vecina villa de Aguilar, fue destinado el P. Jácome Basila. *Vol. II, págs. 731-74, 382-83.*

esos tiempos, depusieron uniformemente haber visto salir de la boca del Padre al expirar, un hermosísimo niño, que con asombro de los mismos bárbaros, había subido hacia el cielo. Este prodigio les hizo tratar su cadáver con más humanidad que a los demás, que arrojaron luego a las llamas. El de el P., sin desnudarlo enteramente, lo dejaron junto a la cruz del cementerio, donde había entregado a Dios el alma. Se dispuso el varón apostólico a una muerte tan preciosa, con una vida desde sus primeros años inculpable, tanto que sola su presencia y modesto semblante en su juventud, como se refiere de S. Bernardino, servía de freno a las lenguas más licenciosas. Era natural de Nápoles, y parecía haberle el Señor dado a conocer el género de muerte con que había de honrarle, manifestándole aquel mismo día en la misa, la sagrada hostia cercada de un círculo de color rojo, y sangriento. Fué testigo de este prodigio, y preguntó después su significación al Padre un indio que le ayudaba a la misa, y a quien el siervo de Dios descubrió el misterio, y él depuso, después de algunos años, en autos, que como del P. Cornelio Beuding se formaron con autoridad ordinaria, siendo Provincial el P. Diego de Molina. Falleció el P. Antonio Jácome Basilio, el día 3 de Marzo de 1652. La guerra con los Tarahumares duró con diferentes sucesos por más de 20 años adelante.

En el de 1653 sucedió al P. Andrés de Rada en el gobierno de la Provincia, segunda vez, el P. Francisco Calderón, que renunció a poco tiempo sucediéndole el P. Diego de Molina. En todos estos años no se ofrece cosa memorable, por lo relativo a nuestra Provincia o al Reino, sino la dedicación de la Catedral de México, que después de cerca de 100 años de fábrica, y un millón y más de costos, se celebró a diligencias del Exmo. Sr. Dn. Francisco Fernández de la Cueva, Duque de Alburquerque, el año de 1656. La Compañía, como las demás religiones, tuvo no pequeña parte en aquella solemnidad,

haciendo, fuera de su día, el de el Virrey, y la Ciudad, que quisieron honrarla con esta distinción.

Por los años de 1658, llegó a México, de paso para las Islas de los Ladrones, que vulgarmente llaman Marianas, el V. P. Luis de Sanvitores. Estas islas habían sido descubiertas por Hernando de Magayanes, y registradas después por Miguel de Legaspi, hasta que en la menor edad de D. Carlos II, su piadosa madre D. Mariana de Austria, determinó enviar allá misioneros jesuítas, que les llevasen la luz del Evangelio, a cuya causa, mudado el antiguo e infame nombre, comenzaron a llamarse Islas Marianas. Al P. Sanvitores fué forzado detenerse cerca de dos años en México en el cual tiempo dejó, como en todas partes, huellas muy claras y lucientes de sus pasos apostólicos. En honra de S. Francisco Javier, por quien iba llamado y convidado, como años antes el P. Francisco Mastrili a las fatigas evangélicas y gloriosa muerte por Cristo, fundó en la parroquia de la Sta. Veracruz de México, (1) una congregación de sacerdotes, que hasta hoy florecía con séquito, a quienes con el ejemplo y con prudentes instrucciones, promovió igualmente que a la perfección de las ánimas propias al provecho de los prójimos. La explicación de la Doctrina Cristiana a los niños y gente ruda por las calles, ministerio tan favorecido del grande Apóstol de las Indias, era uno de los empleos de dichos congregantes, a que añadió los actos de contrición, por las calles, en algunas noches del año, singularmente en los devotos tiempos de adviento y de cuaresma. Este ejercicio, que jamás se repite sin conmoción y fruto de las almas, abrazó después, y continuó

(1) La habría fundado el piadoso sacerdote Bachiller Cristóbal Vidal, bajo la dirección de su hermano el P. Juan Vidal y de la del P. Julián Castini, el 1658. La aprobó el Arzobispo Mateo Seque de Burgeiros y la confirmó Alejandro VIII, que pidió ser contado entre los congregantes. "El venerable padre Diego Luis de S. Vitores ... el tiempo que estuvo en México, esperando ocasión para pasar a Manila, promovió singularmente esta ilustre congregación". *Vol. II, págs. 413-15.*

hasta estos tiempos, la Provincia en casi todos sus colegios. La Congregación fué confirmada con autoridad ordinaria del Ilmo. Sr. D. Matheo Sagade Bugueiro, Arzobispo de México, y después por la Sede Apostólica, y autoridad, entre otros Pontífices, del Sr. Alejandro VIII, que habiendo querido ser nombrado por uno de sus congregantes, la enriqueció con singulares gracias y exquisitas reliquias. Entre ellas posee la Congregación un cáliz en que celebró S. Pío V, y otro por la mayor parte de plomo de que usaba en sus correrías evangélicas el mismo S. Francisco Javier. La estatua del santo es una de aquellas en que el Señor se ha mostrado más maravilloso en Nueva España. El primer prodigio con que resplandeció, recién fundada dicha congregación, fué que estando el año sumamente escaso de aguas, allí más necesarias que en alguna otra parte, y habiéndose acudido a las plegarias y prácticas de piedad acostumbradas en semejantes ocasiones, no había podido conseguirse el deseado efecto. Estaba prevenida para una de las dominicas de agosto la primera procesión, en que debía salir la bellísima estatua de San Francisco Javier. La común necesidad hizo clamar a todos con fervor al taumaturgo de estos últimos siglos. La tarde estaba serena, claro el sol, el cielo despejado; sin embargo, a poco tiempo descargó una copiosa lluvia, de modo que la comitiva hubo de entrar a resguardarse en la Iglesia de San Francisco. Considerando que por ir sin sombra, ni cubierta alguna, se habría mojado mucho la imagen, la registraron curiosamente, pero con grande pasmo de todos, se halló la estatua, vestidos y adornos seco todo y enjuto. A la voz del milagro, acudieron todas las personas de autoridad, eclesiásticas y seculares que componían la procesión, y muchos religiosos del convento, que todos depusieron como testigos oculares la maravilla. A esta siguieron otras, en tanto número, que dentro de pocos años pudo su devota Congregación imprimir un justo volumen, pro-

poniendo sólo las más autorizadas y notorias. Movida de estos prodigios la ciudad de México, a imitación de tantas célebres de Europa, se determinó, consultada la voluntad de los Sres. Arzobispo y Virrey, a jurar al Santo por uno de sus Patronos, concurriendo anualmente, con cierta cantidad para su fiesta, en la casa profesa, y asistiendo a ella en cuerpo de Cabildo, como lo practicaron constantemente hasta estos últimos tiempos. Añadió el Sr. Arzobispo, a petición de la misma ciudad, que el día 3 de diciembre se guardase como festivo en el recinto de México, aunque ésto dejó después de observarse.

El año de 1667, el día 7 de agosto, salió de la Compañía Don Carlos de Sigüenza y Góngora. Este accidente no merecería, como los demás de esta naturaleza, ningún lugar en nuestra memoria, a no caer en la persona y circunstancias que lo hacen muy notable. Él no parece haber salido, sino a instancias de su padre, D. Carlos de Sigüenza, hombre tan desafecto, o por mejor decir tan declarado enemigo de la Compañía, que con razón temieron los PP. darle este motivo para declamar y desencadenarse en todas partes contra el crédito y reputación de los jesuitas. Sin embargo de la cruda persecución que hubo de sostener de parte de su padre, perseveró D. Carlos en la Compañía siete años y seis meses, hasta que con pretexto de las necesidades de su casa, intentando valerse aún de extraordinarios recursos a Madrid y Roma, hubo de conseguir se diesen a su hijo las dimisorias. Esto inferimos lo primero de la aversión que públicamente profesaba a la Compañía dicho D. Carlos de Sigüenza, el padre, desde los tiempos del pleito con el Sr. Palafox, y que dejó constante en varias anotaciones, escolios y adiciones muy odiosas e injuriosas a nuestra religión, puestas de su mano al diario que arriba citamos de Gregorio Martín Guijo. Lo segundo por varios papeles, que sin descubrir enteramente el misterio, daban a entender haberse evitado, con su salida, contestaciones

muy ruidosas. Lo tercero del tierno y constante afecto que dicho D. Carlos, el hijo, profesó siempre a la Compañía, obteniendo de nuestro P. General, no sólo la hermandad de misas, sino segunda admisión para la hora de la muerte, y ser enterrado, como uno de los nuestros, en la Capilla de la Concepción. Dejó al Colegio Máximo su copiosa y exquisita librería, con muchos y costosos instrumentos matemáticos y astronómicos y curiosidades de historia natural y antiguallas de la América. En 28 tomos de antiguos manuscritos, otomíes, mexicanos y españoles, dejó a los curiosos un tesoro inestimable de noticias muy interesantes. El fué uno de los hombres más instruídos y más sabios que ha tenido la América, y como tal, convidado de aquel grande fomentador de las letras, Luis XIV, Rey de Francia, para pasarse a su Reino, según dejó escrito en su Biblioteca Mexicana el Dr. D. Juan de Eguiara. Poseyó con perfección la teología, la jurisprudencia canónica y civil, la física, las matemáticas y bellas letras, bien que el estilo de sus escritos, por vicio común de aquel siglo, es más afectado y pomposo que natural y justo. Escribió varias obras, y entre sus papeles dejó muchos apuntes de cosas relativas a la Historia de la Provincia y a la general del Reino, de los cuales procuramos valernos siempre con estimación en nuestros pasados trabajos.

En todos los colegios de la Provincia se pasaba estos años con tranquilidad y observancia en lo doméstico y en lo de fuera con provecho y edificación de los prójimos. En el Colegio Máximo, murieron por estos años los PP. Alonso Díaz, natural de Durango; Diego de Santiago, natural de Oaxaca; Domingo Alberquerque, catalán, y Pedro Juan Cristini, italiano (1), todos muy recomendables por sus excelentes virtudes. El último había sido el

(1) Nacido en Placencia del Pó, murió el 23 de septiembre de 1603. Vol. II, pág. 433.

fundador de la Congregación de la Purísima, de que hablamos en otra parte. En Sinaloa, faltó el P. Diego de Vandersipe, flamenco, insigne misionero, de quien antes hemos hecho mención (1). En la Casa Profesa el P. Diego de Acebedo, uno de los fundadores de las misiones de Topia. En Veracruz el P. Diego de Salazar, que pasando de Procurador para Roma falleció en aquel puerto, con sentimiento universal de la Provincia.

El Colegio Real de San Ildefonso, gobernaba por los años de 1670 el P. Joseph Vidal; muchos nobles jóvenes, acostumbraban, a exemplo de su rector, pasar largos ratos entre día en oración, a presencia del Smo. Sacramento, en la privada Capilla del Colegio. Venerábase allí una hermosa imagen de S. Francisco Javier, con los ojos levantados al cielo, el rostro encendido, y las manos en ademán de abrirse ante el pecho la sotana, como solía hacerlo en vida, para refrigerar el interior incendio de su espíritu. Como por aquellos tiempos había encendiéndose tanto en México la devoción al Santo por la fama de sus muchos y ruidosos milagros, era grande el afecto que le tenían los convictores. Le pareció a uno de ellos, orando ante su altar, que veía correr un sudor copioso por el rostro de la bendita imagen. Habiéndolo examinado a diversas luces, por si era engaño de los ojos, dió aviso a alguno de sus compañeros. Quedaron todos persuadidos ser verdadero y milagroso sudor; pero recelosos de que acaso por falta de examen más maduro se les ocultase alguna causa natural, no quisieron divulgarlo por entonces. A pocos días se repitió delante de otros la maravilla, y avisando el P. Rector determinó mudar la imagen a sitio más distante de toda humedad, que acaso era la ocasión de aquel fenómeno. Encargó también se hiciesen al Santo particulares oraciones, y él singular-

(1) Murió en San Ignacio de los Nebones el 16 de enero de 1651. Vol. II, pág. 235.

mente se esmeró en muchos obsequios para atraer sobre sí y sobre todo su Colegio la protección del Santo Apóstol de las Indias. Correspondió el Señor muy en breve a sus fervorosas súplicas. En el tiempo que se hacían aquellas devociones, se observó en el venerable semblante un sudor más copioso, que un sacerdote que se hallaba presente enjugó con diferentes lienzos. La continuación dió lugar a que concurriesen muchas otras personas de dentro y fuera del Colegio, en cuya presencia mudó repentinamente el color del rostro de vivo y rozagante, en pálido y moribundo, con algunas manchas de un color como aplomado o ceniciento, con que perseveraba hasta los últimos días. Muchos discurrieron diversamente. El autor de la vida del P. Joseph Vidal, pensó haber sido aquella demostración como un pronóstico de la sublevación de los indios de las Islas Marianas, y muerte, entre otros varios jesuítas, del V. Padre Diego Luis de Sanvitores. Pero habiendo acontecido estos prodigios por marzo del año de 1670, como entre otras cosas lo declara un letrado, que se leía esculpido en plata, al pie del marco que se puso después a la imagen, y en el reverso de la misma tabla en que estaba pintada; y la muerte del P. Sanvitores habiendo acontecido en 2 de abril de 1672, parece muy anticipado aquel pronóstico, y es más fácil que el escritor padeciese algún equívoco en la razón de los tiempos. Acaso quizo el Santo prevenir con aquel prodigio los ánimos de aquella noble juventud, para que ocurriendo a su patrocinio se librasen así de la peste que hacía, por entonces, estragos en la ciudad, como de otras muchas en que ha experimentado después de un modo muy sensible su poderosa protección. Ofreció, desde entonces el Rector, en nombre de todo su Colegio, hacerle cada año su novena, en marzo y en diciembre, con misa cantada en el último día, y los colegiales ayunar, cada viernes, uno de cada gremio. Aconteció, como en todas las cosas humanas, que dentro de algunos años, se había ya resfriado mucho.

aquel primer fervor, y el descuido costó muy caro a la comunidad. Una epidemia de fiebres malignas, que allí llaman tabardillos, llevó consecutivamente al sepulcro algunos colegiales. Se hizo la observación, que todos habían muerto en viernes, y ésta hizo nacer la reflexión de la negligencia que había en los ayunos prometidos al Santo protector del Colegio. Se acudió de nuevo a su intercesión, con mayor fervor y confianza. Hizo el P. Rector que en solemne procesión se llevase la imagen por todas las cámaras de los enfermos, y estándolo muchos seminaristas, juntamente con el Maestro de Aposento, P. N. de Figueroa, éste cuyo aposento no visitó la imagen por un fatal olvido, murió luego, y los demás comenzaron, desde aquel momento, a mejorar, sin que adoleciese alguno de nuevo. Esta maravilla se repitió en cuanto a lo sustancial, siendo Rector el P. Christóbal de Escobar. Con estos avisos y pruebas evidentes de la protección de el Sto. Apóstol, era muy singular el cuidado de los nobles seminaristas en cumplir los obsequios prometidos. El Sotoministro, que era siempre uno de los más antiguos y más juiciosos convictores, tenía cuidado de advertir cada semana; por sus antigüedades se seguían de cada gremio a ayunar los viernes. En las enfermedades contagiosas, que en este siglo han afligido la Ciudad de México, se ha constantemente observado, que dentro del colegio ninguno ha muerto en una juventud tan numerosa, que como hemos dicho en otra parte, por lo común se acercaba a 400, y en una edad tan poco cauta y por lo general morían aquellos, que, tocados de la enfermedad, en semejantes ocasiones, salían a curarse a sus casas. Ultimamente por los años de 1761 fue muy notable, tanto por la cualidad de la persona, como por otras circunstancias, la salud conseguida al contacto de la misma milagrosa imagen por un hijo de los Exmos. Sres. Dn. Joaquín de Monserrate, y D' María Josepha de Acuña, Marqueses de Cruillas, y Virreyes de México.

El menor de ellos, Dn. Ignacio, en una edad muy tierna, después de mal convalecido de una especie de sarampión, fue sometido de una violenta alferecía, que lo tuvo fuera de sí por algunas horas. En este intervalo, se le aplicaron, aunque sin esperanza alguna de parte de los médicos, cuantos medicamentos se juzgaron convenientes, y cuantas reliquias se les sugirieron a sus afligidos padres. Finalmente se mandó llevar de S. Ildefonso la devota efigie de S. Francisco Javier, a cuyo contacto el enfermo volvió en sí al momento y comenzó a llorar, estando antes con estertor y todas las demás señales de moribundo. Siguióse una deposición, y a ésta el uso libre de la lengua por tantas horas impedido. Llevada esta plausible noticia a sus nobilísimos padres, que no con poco trabajo y dificultad había sido forzoso apartar de la vista del niño moribundo, corrieron luego llenos de júbilo. A vista de aquel prodigio, la madre no satisfecha aún con la salud del hijo segundo, mientras veía, aunque no con tanto riesgo, pendiente la del primogénito, que se hallaba al mismo tiempo enfermo, hizo que se llevase también a éste la milagrosa imagen. Uno y otro logró dentro de pocos días una salud perfecta. Los Exmos., y cuantos fueron testigos del caso, atribuyeron uniformemente a favor singular de S. Francisco Javier la sanidad, cuasi repentina del niño Ignacio, en memoria de lo cual, se le hizo traer, por algún tiempo, la sotana de la Compañía, y los Marqueses enviaron al Rector del Colegio, 80 pesos, para que se empleasen en obsequio del santo. De esta limosna y otras semejantes, se le había mandado hacer, modernamente, un nuevo y mucho más bello y costoso marco de plata. Ni merece pasarse en silencio, que estando cuasi siempre la Sta. imagen fuera del Colegio, llevada de casa en casa, de unos enfermos a otros, muchas veces, aún sin noticia del Rector del seminario, por personas desconocidas, y estando tan rica-

mente adornada jamás le faltó cosa alguna, y era siempre con fidelidad restituida.

Volvamos de esta digresión a los años de 1670 y siguientes, en que en la Provincia de Tarahumara, después de 20 años de revolución y sediciones, comenzaba a lucir alguna esperanza de serenidad. Todas las fuerzas que tenían los españoles en la Nueva Vizcaya, unidas contra los amotinados, no habían tenido en todo este tiempo efecto alguno considerable. Los rebeldes desalojados de un puesto se retiraban a otro alguno de las naciones confederadas, donde los soldados, por ignorancia de los caminos y por falta de provisiones, o no podían entrar sin peligro, o no podían subsistir. Tres o cuatro Gobernadores de Durango en éstos años, entraron personalmente a castigar aquella rebeldía, y todos, cansados de andar infructuosamente caminos escabrosísimos hubieron de desistir, dejando la empresa al cuidado de oficiales subalternos. (1) Los alzados en estos intervalos, caían sobre

(1) Cuando los Tarahumaras atacaron los pueblos de Santiago, Santa Isabel, San Andrés, San Bernabé, San Gregorio Yagun, San Diego Guachinipa y San Bernardino, que eran misiones de franciscanos, y San Lorenzo y San Javier de Satevo, de jesuitas y quemaron las iglesias, los misioneros se habían ya puesto a salvo. Mientras tanto el Gobernador de Parral, con todas las fuerzas disponibles, pasó al país de los Tobosos para castigar su rebeldía; el Superior de las Misiones, P. José Pascual, puso de manifiesto el peligro que corrían, quedando desguarnecidos los pueblos fieles de Tarahumara, por lo que se ordenó se aprestase a defenderlos al Teniente de Gobernador Juan Fernández de Carrión. El Gobernador desbarató a los Tobosos, en el peñol de Nonolab y con velocidad inefable volvió contra los Tarahumares, cuyo jefe principal, con sus gentes, burló la persecución del castellano, gracias a su perfecto conocimiento del terreno; el grueso de los rebeldes Tarahumares estaba cerca de Chihuahua, contra él se encaminó el Gobernador, los indios ofrecieron fuerte resistencia, de modo que, en Tomochile, los blancos tuvieron que abandonar el campo; mayor fue la derrota que sufrió el castellano, en Pizachic. Más feliz fue el Capitán Cristóbal Navares que comandaba un cuerpo de Tarahumares fieles; éste envolvió y derrotó a los rebeldes o hizo que muchas parcialidades aceptaran la paz; el jefe principal de la sublevación, Teporaca, fue preso y ajusticiado; los misioneros volvieron a Satevo, San Pablo, San Jerónimo y San Miguel. Esto en 1652.

Diez años después se padecía en las misiones de hambre y los pueblos eran asolados por la peste, y en 1665 los Tarahumares, que sufrían aún los continuos ataques de los Tobosos, mostraban algunas señas de infidelidad;

los Reales de Minas, sobre los ganados, sobre los ranchos, robaban, talaban, mataban impunemente a cuantos caían en sus manos. Entre estos infelices fue una honesta labradora con dos hijos, a quien, ausente su marido, hallaron sola en casa. De los dos hijos, el más pequeño que era varón, mataron a vista de la desgraciada madre. A ésta y a la hija, entraron en consulta, y prevaleció el dictamen de los que juzgaron dejarlas con vida, para ultrajes más sensibles que la misma muerte. La hija se destinó al jefe de la cuadrilla, a quien, por su rara ligereza llamaban en su idioma, "pies de liebre", y en el bautismo se llamara Francisco. La madre fue entregada a otro de los principales caciques. Se les cortó luego el cabello, como a unas viles esclavas, se les despojó de sus vestidos y se les mandó vestir de un cuero de venado, que apenas les cubría lo necesario a la decencia. A poco tiempo separaron a entrambas, para no volverse a ver jamás. En algunos años de aquella tristísima servidumbre, mudaron una y otra muchos amos, que por un caballo, por un cuchillo, o por otra alhaja semejante las

en 1607 el P. Ramón Castillo fue tomado preso cerca de Indé, por una partida de Tobosos y Cabezas, fue tratado con consideración y respeto por éstos, que con los otros castellanos o sus servidores, se mostraban implacables.

Hasta 1673 no se había pensado en nuevas conversiones en Tarahumara, los pueblos aún no cristianos estaban o confederados con los Tobosos o Cabezas, o fugitivos; en los veinte años precedentes ya había sido suficiente trabajo mantener en paz las misiones fundadas, pero para entonces, gracias a la pericia del Teniente de Gobernador Juan Antonio de Sarria, se principió a pensar en el restablecimiento de la misión arruinada y en la fundación de otras, asunto que los padres encomendaban a la protección de San Francisco Javier. A Dn. Antonio Oca Sarmiento había sucedido en el Gobierno de la Nueva Vizcaya, Dn. José García de Salcedo, quien, con motivo de la fiesta de San Jerónimo, titular del pueblo de Huexotitlán, reunió una junta con los principales personajes de la región y los más influyentes caciques de Tepehuana y Tarahumara, para tratar del restablecimiento de las misiones; el cacique Dn. Pablo se ofreció a ser quien condujese y acompañase a los misioneros.

Este jefe indio logró que fuesen bien recibidos los padres, en algunos pueblos; no le fue tan fácil lograr igual éxito en Papigóchie, el que hubo que retardarse algunos días. *Vol. II, págs. 395-98, 427-28, 441-47, 463-65, 463, 470-76.*

compraban y las vendían con la misma facilidad. Entre estos amos cupo en suerte últimamente a la hija, un indio más racional y más piadoso, tratábala con dulzura, mostrábale aprecio de los christianos, y aún le daba a entender que si pudiera, sin nota de sus compañeros, la restituiría a algún poblado de aquellos donde viviera más a gusto. Viendo cuánto se consolaba aun con aquella simple propuesta, trató de ejecutarla de algún modo, que no le parase perjuicio, y así habiéndola instruído del lugar donde se hallaba, poblaciones y haciendas que había en aquella vecindad, para que escogiese, y del rumbo que debía tomar, la condujo por sí mismo una noche hasta los confines de una hacienda, cercana al Parral, donde la dejó en libertad para que huyese, y se pusiese en salvo. A la mañana fue hallada cerca de un corral, bañada en lágrimas, quemada del sol, y después de ocho o más años de esclavitud, más que a los españoles, parecida a los indios salvajes, en el color, en el idioma, y en el traje. Sólo conservaba al cuello una pequeña cruz de madera, en memoria de la religión que profesaba. Aunque del todo desconocida, fue recibida sin embargo con toda caridad, vestida, agasajada, y aliviada en su continuo llanto. Vencida, después de algunas semanas con la confianza y el cariño, la vergüenza que le ocasionaba la memoria de lo pasado, y recobrado el idioma castellano, refería a sus bienhechores su prisión y la de su madre y hermano, la muerte de aquel niño inocente, y los trabajos y diversas aventuras de tantos años. Refería cómo su triste madre, siendo aún de una edad lozana y fresca, en la noche que sucedió a la muerte de su hijo, en fuerza de la aflicción y la congoja, había repentinamente encaecido. De todas partes vecinas se corría a la novedad, y se le hacía repetir muchas veces cada uno de los sucesos de su vida. La relación y las lágrimas de la infeliz mujer, (como nada haya más propio a tocar el corazón del hombre que los agravios hechos a personas inocentes

y desvalidas), tenían ya conmovidos los ánimos de muchos, y pasando de una estéril compasión al deseo de vengarse, y poner freno a tantos ultrajes, se comenzó a tomar informe de las cuadrillas y jefes de los indios, de los bosques a que solían refugiarse, del estado de sus alianzas, de las naciones gentiles, al Norte y al Oriente de la Tarahumara, de los lugares en que se proveían de alimentos y demás particularidades relativas al asunto de la guerra. Ella les informó que los Laguneros habían ya apartádose de la liga con los Tarahumares, que los Tobozos, aunque amigos, no se hallaban en estado de ayudarles, por las irrupciones continuas que los Apaches del Río del Norte comenzaban a hacer en sus tierras. Irrupciones, que comenzadas en esta ocasión, la primera que se oyó el nombre de Apaches en la América, han continuado después cobrando, cada día, nuevas fuerzas, con detrimento grande de la cristiandad y de los intereses temporales en la Tarahumara, en la Sonora y Pimería. Añadía, que los Conchos estaban ya por la mayor parte cansados de aquella guerra, y aún muchos de los Tarahumares, singularmente el Cacique Francisco, Pie de Liebre, uno de los principales a quien ella había servido, y otro por nombre Jerónimo, a quien debía la libertad. Este Cacique le parecía muy fácil ganarlo a Jesuchristo, y a la amistad antigua de los españoles. Concluía, diciendo, que el sujeto más a propósito para aquel género de batallas, era el Capitán Nicolás Barraza, a quien únicamente temían los indios, según ella había entendido. En efecto éste era un antiguo capitán, de uno de aquellos Presidios, muy práctico en el país, endurecido en el trabajo, y muy experimentado en el manejo de aquellas naciones. Ninguno más amado de los indios pacíficos y dóciles, por su equidad y piedad cristiana, y ninguno más temido de los alzados y los díscolos: tan vivo y pronto para la ejecución, como maduro y circunspecto para el consejo. Los antecedentes gobernadores de la

Nueva Vizcaya, por enriquecer y honrar a sus familiares, habían hecho poco o ningún caso de su persona y sus dictámenes. El Gobernador del Parral, muy informado de todo, dió aviso al Capitán General de Nueva Vizcaya, y éste, mandados juntar poco más de seiscientos hombres, y hechas provisiones para seis meses, los entregó al cargo y dirección de dicho Capitán Nicolás Barraza, nombrándolo Comandante en Jefe, y mandándole señalar los tenientes y subalternos, que juzgase convenientes. Estando todo aparejado, el prudente Capitán marchó derechamente al país de los Cabezas, único refugio donde podían acogerse, y proveerse de alimentos los alzados Conchos y Tarahumares. La marcha se hizo con tal orden y prontitud, que aquellos infelices apenas tuvieron tiempo de salvarse a sí mismos. Sus mujeres, sus hijos y sus sembrados y chozuelas, todo vino a poder del vencedor. Se dió la tala a sus sementeras, se prendió fuego a las chozas y los bosques, y las mujeres y niños fueron conducidos en collera a puerto seguro, pero donde pudiesen acudir fácilmente los infelices Cabezas. Juntos en un lugar todos los prisioneros, les hizo decir por un intérprete, que él no intentaba sacarlos lejos de su país, ni llevarlos a servir a los pueblos: que lo que había hecho, era forzado de la necesidad, porque acogían a los Tarahumares alzados, que hacían tanto daño a los españoles y pueblos de christianos: que si sus maridos y sus padres querían la paz, estaba pronto a darla y entregarles sus mujeres e hijos, como ellos le prometiesen entregar a los principales autores de tantas muertes y estragos. Los enemigos, entre tanto, vueltos a sus rancherías, penetrados de dolor y desesperados de poder recobrar lo perdido, comenzaron a sentir mal, y a murmurar de aquella alianza que atraía sobre ellos tantas pérdidas. Entre tanto el Capitán Barraza, dejando el Real, con buena guarnición no los dejaba descansar en parte alguna. Hasta entonces

estaban los salvajes en la satisfacción de que los españoles no acometían a sus puestos, ni se movían de sus Reales de noche. El nuevo Jefe, los sacó de esta persuasión y les hizo creer, que no había para ellos lugar, ni tiempo alguno seguro. Como por otra parte, por medio de algunos ancianos prisioneros, y enviados libres a este fin, se les convidase con la amistad, y llegasen a entender el buen trato que se daba a sus mujeres y a sus hijos, no tardaron muchos en deliberar, especialmente, que cada día, en pequeños, pero ordinarios encuentros padecían algún nuevo quebranto. Enviaron al Capitán Barraza, sus diputados para tratar de paces. Se les respondió que estaba pronto a volverles los presos, y salir de su país, como le entregasen los autores y cabecillas de los motines pasados, especialmente a los homicidas de los misioneros franciscanos y jesuítas, e incendiadores de la Villa de Aguilar. Respondieron que muchos de los que buscaban habían ya muerto, o de su enfermedad, o en los lances o encuentros pasados: que los que vivían, a su entrada, habían desamparado la tierra y retirádose a barrancos y sierras asperísimas, donde no podían ser forzados: que para prueba de su sinceridad, les darían competente número de hombres, que les acompañasen y sirviesen de guías y el resto de la nación se encargaría de persuadir a los Tarahumares y Conchos, que se entregasen voluntariamente y que tratasen de vivir pacíficos, y seguros en sus antiguos pueblos. Aceptadas del piadoso Capitán estas condiciones, enviaron al campo competente número de indios flecheros. El Capitán les volvió fielmente todos los prisioneros, y dejándolos muy prendados y afectos a la nación y aún a la religión, salió de sus tierras en busca de los malhechores.

Los Tarahumares, dejados sólo a sí mismos y abandonados de todos sus aliados, no tardaron mucho en rendirse. Cada día, venían al campo nuevas partidas a entre-

garse a discreción del Capitán Barraza, para que les donase pueblos donde vivir en sujeción y en quietud. Por medio de éstos se supo, y se pudieron haber a las manos algunos de los principales alzados. El Comandante los trató con benignidad. Parte de ellos fueron desterrados, parte puestos por algún tiempo en servidumbre, otros condenados por vida al trabajo de las minas, de que por Leyes Reales, están por otra parte exentos los indios, sin que se les pueda obligar. Entre tanto se había escrito al P. Provincial para que de nuevo destinase algunos sujetos a la Tarahumara, y fueron enviados a este fin los PP. Thomás de Guadalajara, y Jerónimo de Figueroa, con algunos otros compañeros. Juntos éstos, en un día señalado, con algunos religiosos de S. Francisco, con el Comandante y Oficiales, y los principales Caciques de entrambas naciones Conchos y Tarahumares, se celebraron solemnemente las paces, prometiendo ellos perpetua fidelidad a Dios y al Rey, y pidiendo al Capitán y a los PP. los recibiesen con la misma caridad que antes, y los ayudasen para resarcir las quiebras que a sí mismos se habían causado, tanto en el desorden de las costumbres, como en las comodidades y bienes temporales. La oración de los caciques, sacó lágrimas a todos los circunstantes. Abrazáronse mutuamente y se comenzó a trabajar de nuevo en la formación de los pueblos, en el cultivo de los campos, en la instrucción, y en la reforma de las costumbres, con tanto ardor, que dentro de pocos años, por los de 1674, estaban ya reedificados los pueblos de Papigochie, Matachie, Temosochie, y edificados de nuevo los de Sto. Thomás, y Jesús Caríchie con algunos otros. Revivió con esta ocasión la controversia sobre los límites de las misiones de S. Francisco y de la Compañía. Los franciscanos alegaban, y querían sólo estar a la distribución y asignación hecha algunos años antes, por vía de compromiso entre su Rmo. Comisario y el P. Provin-

cial, Andrés de Rada. Los Jesuítas no sabían de tal acta, ni la pudieron hallar por entonces en los archivos, bien que ciertamente la hubo, y la vimos muchos años después. Hubo de componerse de nuevo el asunto entre los superiores, tan a satisfacción de entrambas misiones, que después no ha vuelto jamás a haber sobre esta materia disidio ni controversia alguna. (1)

Por estos mismos años, había muerto en el Colegio Máximo el P. Pedro de Valencia, natural de México, señaladísimo en la circunspección, y puntualísima observancia de las Reglas, Maestro de novicios muy espiritual, rector de varios colegios; y provincial muy celoso y prudente de quien hace honrosa memoria nuestro Menologio el día 31 de Agosto.

A Ciudad Real fueron enviados a petición de el Ilustrísimo Sr. Dr. D. Francisco Núñez, algunos de nuestros religiosos, por vía de misión, (2) mientras se conseguían de

(1) A fines de 1677 las incursiones de los PP. José Tardá y Nicolás de Guadalajara hasta Yeponera y otros pueblos remotos, causaron el que Fray Alonso de Mosa reclamase el que los jesuítas hubiesen entrado en jurisdicción propia de los misioneros franciscanos. El asunto fué sometido a la resolución de los superiores de las dos órdenes, quienes resolvieron que los jesuítas adoctrinasen a los Tarahumares y los franciscanos a los Conchos. La convivencia de las dos naciones, en unos mismos parajes, volvía poco práctico el arreglo, por lo que los misioneros seráficos pedían se estuviese al acuerdo hecho durante el provincialato del P. Rada, esto es, que la línea divisoria fuese el río Papigochic; pero como no vivían Conchos en los pueblos reclamados por los Mínimos, las cosas quedaron en el estado anterior. *Vol. III pgs., 17 y 18.*

(2) En 1619, a instancias y ofertas del Obispo Juan Zapata de Sandoval y del Presidente de la Audiencia de Guatemala, Conde de la Gómera, fueron jesuítas a Ciudad Real; posteriormente el Ilmo. Bernardino de Salazar obtuvo que otra vez volviesen padres de la Compañía, los que a su muerte tuvieron que retirarse. Pasó, años después, por Ciudad Real el Oidor de Guatemala Dn. Antonio de Lara Mogrovejo, de paso a México, a donde había sido promovido; ésto viendo las necesidades de la población, la entusiasmó para que procurase el establecimiento de los PP.; reunióse con este fin un Cabildo Abierto, en el que se reunieron seis mil seiscientos cincuenticinco pesos, que con otros fondos disponibles montaron a doce mil seiscientos cincuenticinco. El P. Calderón exigió que antes de nada se hiciesen efectivas las donaciones.

Madrid y Roma las licencias necesarias para la fundación de un colegio. Habíase éste pretendido desde fines del siglo antecedente, por el Ilustrísimo Sr. D. Bernardino de Salazar; pero no pudiendo por la pobreza del país mantenerse allí competente número de sujetos, y estando, por otra parte, tan distante aquella ciudad de todos los demás colegios, que había fundados hasta entonces, no pareció conveniente admitir la fundación. En la ocasión presente, el Ilmo. recibió a los PP. con extraordinarias muestras de alegría en su mismo palacio. A uno de ellos dió el cargo de enseñar la Gramática a sus familiares, y algunos otros estudiantes; a otro mandó dar un día cada semana lecciones de Theología Moral a que asistía S. Ilma., y obligaba a asistir a todos los clérigos que había en la ciudad. Un H. Coadjutor se ocupaba de enseñar a los niños a leer y escribir. Valiase el Sr. Obispo de los Jesuítas para cuanto se ofrecía de importancia en el gobierno de su Mitra. Entre tanto queriendo la Majestad del Sr. D. Carlos II proceder con gusto de la ciudad en la fundación pretendida, mandó pedir informes que se enviaron ventajosísimos de uno y otro cabildo eclesiástico y secular el año de 1677. En este medio tiempo, o por algunas imprudencias del superior de aquella residencia, como significaba en sus cartas el Ilmo., o por algunos accesos de hipocondría, que lo sacaban a tiempos fuera de sí, como el P. superior se quejaba, o lo que parece más cierto por influjos de ciertos religiosos, que llevaban a mal el crédito y estimación que de toda la ciudad se habían ganado los jesuítas, mudado enteramente el ánimo del Sr. Obispo, los mandó repentinamente salir de su palacio y buscar dónde acomodarse. No les faltó la provi-

nueva fundación era precaria, las donaciones hechas eran menos provechosas de lo que se había creído; el P. Pérez quiso abandonar Ciudad Real y pidió la aprobación del Provincial, que convino en ello; en cambio consultado el General, a instancias del Obispo, ordenó siguiesen allí los jesuítas. *Vol. II., págs. 154-55, 399-401, 459; Vol. III, págs. 3-6-18-19, 29-30, 43, 57 y 58.*

dencia porque un piadoso prebendado previniéndoles que no llegase a noticia del Sr. Obispo, los acogió en una casa que tenía cuasi en el arrabal de la Ciudad. Los necesarios alimentos se obligó a suministrarles el ejemplar eclesiástico D. Antonio de Figueroa, y la Sra. Dña. María de Alvarado, su madre, quienes también ofrecieron una hacienda de cacao, de las más opulentas del país para la fundación, si el Pmo., como parecía desamparaba la causa. En este estado se hallaban cuando una nueva turbación, les obligó a dejar del todo la ciudad y abandonar todas las esperanzas de establecerse en Chiapa. Vivía allí mismo, y era uno de los hombres más distinguidos y acaudalados del país, el Capitán D. Juan de Valtierra. Tenía en estudios en el Colegio Real de Sn. Ildephonso de México dos de sus hijos, D. Juan y D. Fernando. Dn. Juan el primogénito y más amado de su Padre, entró por estos mismos tiempos en la Compañía, sin esperar por la larga distancia su beneplácito, sobre que no tenía motivo alguno para dudar, dejando en el siglo otros dos hermanos. Sintió altamente D. Juan de Valtierra la resolución de su hijo, sobre quién tenía muy diversos designios. Los émulos, que o se habían formado de nuevo, o se habían quitado la máscara con la mutación del Sr. Obispo, no dejaron de fomentar su resentimiento, promoviendo la antigua y jamás probada calumnia, de que los jesuítas procuraban siempre que entrasen en su religión los hijos primogénitos de los hombres poderosos, para apoderarse, por este medio, de sus caudales y mandar en sus familias. Estos discursos encendieron tanto la indignación de D. Juan de Valtierra, que no sólo desfogó en cartas muy agrias e injuriosas a su hijo, y a los PP. Provincial y Rector del Colegio, sino que, prorrumpiendo en todas las conversaciones en palabras de mucho ultraje, fue necesario a los afligidos jesuítas ceder el terreno y retirarse a un pueblo vecino dos leguas, mientras informado al P. Provincial de la triste situación de las cosas, deter-

minaba lo que debían ejecutar. La respuesta fué destinar a Guatemala al P. Ignacio Guerrero, y a los demás mandarlos volver a México.

Todo estaba ya preparado para ponerse al día siguiente en camino, cuando, en la misma noche, recibió el P. Superior Francisco Pérez carta de Roma en que nuestro M. R. P. General, Carlos de Noyelle, informado de la antecedente contradicción del S. Obispo, exhortaba a los PP. a llevar con paciencia aquellos trabajos y a perseverar en la Ciudad, persuadidos conforme a aquella máxima de espíritu, tan usada de nuestro Sto. Fundador, que en ningunos lugares trabaja la Compañía después, con más edificación y con más fruto, que en aquellos donde entra poniendo el cimiento en paciencia, abatimiento y humillación. Persuadido el P. Pérez a que la carta de Roma na había llegado a sus manos, en tan breve tiempo y en tales circunstancias, sin particular providencia del Señor que quería servirse de los jesuítas en Ciudad Real, dilató su partida y determinó dar cuenta a México de la carta del P. General. En este corto intervalo de tiempo mientras iban las cartas, y venía la respuesta, todo se mudó repentinamente a favor de la fundación. La resolución de la Corte, de donde se habían pedido segundos informes, vino para que, señaladas fincas y reconocidas suficientes por el Corregidor y el Ilmo. se procediese a la ejecución. El Sr. Obispo vuelto o de su enfermedad, o de sus preocupaciones, y solicitado por cartas de los Sres. Obispo, Presidente y Oidores de Guatemala, pidió que volviese a Ciudad Real el P. Ignacio Guerrero, y poco a poco fué restituyendo a la Compañía su antigua estimación y aprecio. D. Juan de Valtierra, desengañado por cartas de su hijo del desinterés con que en su recibo se habían portado los Jesuítas, y enviándole para prueba de ello la renuncia, que por orden del P. Provincial, había hecho de su legítima materna en su mismo padre, abrió los ojos, y leída en un cabildo público la carta se quejó

de los que lo habían inducido a pensar tan vilmente de la Compañía. Mostró bien dentro de muy pocos días cuán sinceramente se había mudado. En el tiempo de su cólera había escrito a México, para que su segundo hijo D. Fernando fuese sacado del Colegio Real de S. Ildefonso, y puesto en otros estudios. Resistióse aquel noble joven, que ya antes había tenido algunos pensamientos de seguir a su hermano al Noviciado de Tepetzotlán. Mientras escribía a su padre le cayó una feísima, y asquerosísima gangrena al semblante, que ocupándole el carrillo y parte de la nariz, lo puso fuera de estado de parecer en público y a grave peligro de la vida. En esta aflicción, se encomendó, con gran fervor, al Santo apóstol de las Indias, haciendo que le llevasen la portentosa imagen, que allí se venera, y de que dimos razón poco antes. Hizo voto de entrar en la Compañía si el Señor, por su intercesión le concedía la salud. El éxito fué que habiéndosele ya puesto los preparativos para una sangrienta y dolorosa operación, que lo hubiera dejado para toda su vida con una vergonzosa deformidad, al día siguiente con admiración de los médicos, y cirujanos, se hallaron en los paños hasta las raíces de la gangrena, y todo el lugar donde se había arrancado sensible, rozagante, fresco, y que parecía haber de cicatrizar muy en breve, como efectivamente aconteció dentro de pocos días. D. Fernando cumplió su palabra, pretendiendo entrar en la Compañía, pero como rehusase admitirlo el P. Provincial por los pasados disgustos de su padre, le escribió dándole cuenta de la salud milagrosa, que por el patrocinio de Sn. Francisco Javier había recibido del Señor, y voto que había hecho de servir a su Majestad en la Compañía. D. Juan de Valtierra, no sólo le dió con gusto su beneplácito para pasar al noviciado, sino que le dejó libre la disposición de su legítima, bien que él por orden de los superiores, hizo, como el antecedente, la renuncia en su padre. Con este segundo ejemplar, quedó aquel no-

ble caballero mucho más afecto a nuestra religión, y en disposición para ofrecer a Dios en ella a otros dos de sus hijos D. Manuel y D. Antonio.

El Licenciado Figueroa, que ya antes había socorrido a los PP. con algunas limosnas, trató abiertamente y concluyó, que fuese reconocida por fundadora su madre Dña. María de Alvarado, ofreciendo, desde entonces, una hacienda de cacao, y otra después de sus días. Reconocidas las fincas y halladas suficientes, se pasaron los PP. del barrio de S. Diego, donde habían estado como ocultos algunos meses, en la extremidad del lugar, a sitio más cómodo. Se determinó abrir los estudios, con alguna demostración ruidosa, y que hiciese a las gentes, aún preocupadas, formar una alta idea de los jesuitas. Se convidó al Sr. Obispo, a uno y otro cabildo, religiosos, y cuantas personas literatas había en la ciudad. Juntos en el teatro, el P. Francisco Pérez, que era uno de los que tenía la Provincia, más insignes en latinidad y bellas letras, hizo que se pusiesen sobre el bufete del Ilmo. las Santas Escrituras, y las obras de Cicerón y de Virgilio, suplicándole que, en alguno de aquellos libros, se dignase abrir puntos y señalar thema para la oración. El Prelado con algún aire de desdén, respondió, que dijese el Padre lo que traía prevenido. Replicó el P. Pérez, que no traía dispuesta cosa alguna, y que discurriría, sobre el libro y palabras que S. S. se sirviese señalarle, como rendidamente le suplicaba. El Sr. Obispo, dejados los autores profanos, abrió la Biblia en el Libro de los Proverbios, y leyendo en alta voz un texto, subió el jesuita a la cátedra, y discurrió sobre él cerca de una hora, con tanta propiedad y solidez, con tanta erudición y tan bella latinidad, que mereció los aplausos del mismo Ilmo., aunque tan desafecto a su persona, y de cuantos había de algún gusto y crítica en el teatro. No duró mucho el tal cual despego, con que aún se mostraba el Sr. Obispo, porque llamado de allí a pocos meses a comparecer en la

Audiencia Real de Guatemala, procesado por aquellos mismos, que más lo habían incitado contra los jesuítas, reconoció de cuán falsos consejeros se había dejado arrastrar. Halló en los religiosos de la Compañía su único consuelo, y en el poco tiempo que le duró la vida, retirado a un pueblo vil de su diócesis, ni tuvo más amigos, ni más visitas que de los nuestros, a quienes en muestras de su agradecimiento dejó su librería, y fió hasta el último momento la dirección de su conciencia.

Así quedó establecida la Compañía de Jesús en Ciudad Real, por los años de 1681, desde el cual tiempo se ha mantenido hasta el presente en una constante estimación y fructuosa práctica de sus ministerios. El Obispado confina con los de Oaxaca, Guatemala y Yucatán. Es todo montuoso, y de caminos asperísimos, entrecortados de ríos caudalosos. Su principal comercio consiste en el cacao, algodón, grana, algún añil y azúcar. La ciudad es grande, aunque no poblada a proporción. Tiene conventos de religiosos dominicos, franciscanos, mercedarios, y de Sn. Juan de Dios, un Convento de religiosas, y un Colegio Seminario, cuasi hasta estos últimos años a cargo y dirección de la Compañía. El clima de la ciudad es frigidísimo, bien que situado bajo la zona tórrida a los 16gs. 20ms. de latitud septentrional. La Cathedral está dedicada a Sn. Christóbal, fuera de la cual tienen fuera de los dichos conventos otras ocho o nueve iglesias. La de la Caridad, está dedicada bajo esta advocación a una milagrosa imagen de la Sma. Virgen, y merece particular memoria. Por los años de 1712, los indios del país de los Cendales, arrastrados a la idolatría por muchos infieles, que había aún entre ellos, pretendieron sacudir enteramente el yugo de la Religión Christiana, y sujeción a los españoles en toda la Provincia. De acuerdo con muchos partidarios que tenían en Ciudad Real determinaron apoderarse de la capital, y llevarlo todo a fuego y sangre. Con este designio ocuparon las alturas que rodean la

ciudad, en número de más de ocho mil armados, esperando se les hiciese la seña, en que habían convenido, que era prender fuego a una choza de aquellos arrabales más distantes. Por una contingencia muy favorable a los españoles, se prendió fuego a una casa, aquella misma noche, fuera de la intención de los traidores. Los amotinados, visto el incendio, bajaron de las alturas, teniendo ya por segura la victoria; pero o fuese que las diversas partidas que salían atropelladamente de todas partes, sin conocerse unas a otras se acometían en la oscuridad de la noche, o alguna otra semejante turbación, muy natural en gentes a quienes sin más disciplina ni más orden sólo gobernaba el furor, lo cierto es, que vueltas contra sí mismas las armas y hecha una grande carnicería, los rebeldes creyendo haber encontrado prevenidos a los españoles, volvieron a los montes, y la ciudad, penetrados y descubiertos sus designios, pudo ponerse a cubierto de otra semejante sorpresa. Los que después se prendieron de los alzados depusieron uniformes haberlos obligado a ponerse en fuga, una Matrona hermosísima que sobre las mismas llamas de la casa incendiada los detenía fuera de la ciudad, y deslumbrándoles la vista, les hacía perder el tino, para las providencias necesarias. Enviadas estas deposiciones a la Corte de España, el piadosísimo Rey D. Felipe V, en agradecimiento del beneficio que creía haber recibido de la Virgen Sacratísima, mandó que se le erigiese dicho templo y en él se le hiciese anualmente tres días de fiesta consecutivos, con misa cantada y sermón, todo a sus Reales expensas.

En el mismo mencionado país de los Cendales, se venera la milagrosa efigie del Señor crucificado, que en el pueblo de Tila se renovó prodigiosamente la noche del 21 al 22 de septiembre del año de 1682. Con ocasión de esta ruidosa maravilla, que atraía de todas partes innumerable concurso de gentes, pareció conveniente al Ilmo. se hiciese una misión que en los corazones ya prevenidos

de la admiración y la piedad, no podía menos de ser muy provechosa. Fueron enviados a Tila los PP. Juan Antonio Mora e Ignacio Guerrero, que lograron efectivamente un fruto copiosísimo, tanto en la reforma de los christianos, como en la conversión de muchos, que recibido el bautismo, eran sin embargo por falta de instrucción tan idólatras como antes. La relación de sus apostólicos trabajos, como de la maravillosa renovación del Sto. Crucifijo, enviaron al P. Provincial Bernardo Pardo entrambos misioneros.

En los años intermedios habían fallecido algunos varones insignes, de que hacen memoria nuestros fastos. En Bacum, misión del Yaqui, faltó el P. Andrés Egida, natural de Gante en Flandes, que ilustró la Provincia con singulares ejemplos en todas las virtudes. Exactísimo en los ejercicios espirituales, de rara abstinencia, de singular pobreza, de castidad, puede decirse sin mancha, y de puntual obediencia, que el mayor escrúpulo que tuvo en su última enfermedad, fué haber pedido volverse a las misiones, teniendo por falta de resignación y peligroso ejercicio de su propia voluntad. Se ocupó en las misiones 27 años. Se despidió con ternura de todos los PP. comarcanos, y dicho cuatro días antes el día fijo de su muerte, pasó tranquilamente al Señor, el día 12 de Mayo de 1677.

En el de 78 en Sn. Gregorio de México, falleció el P. Baltasar González, excelente operario de indios, cuya lengua poseía con la mayor perfección, parecía tener comercio franco con las ánimas del purgatorio, que por muchos años con alguna señal extraordinaria, venían a implorar sus oraciones. Tuvo noticia muy anticipada de su muerte, tanto que visitándole el Rector del Colegio Máximo ya en lo último de su enfermedad, le certificó que no moriría hasta el día siguiente al de Corpus, como efectivamente aconteció, con universal sentimiento de los in-

dios, que en diversas partes le hicieron honrosas exequias, pasó de esta vida, el día 19 de Mayo.

El 7 del mismo mes, el año de 1681 murió en México, recibido en la Compañía el Angelical H. Miguel de Omaña, natural de Cádiz. No habiéndole sido permitido, por la contradicción de un tío suyo Inquisidor de México, a cuyo cargo estaba, pasar al noviciado, determinó observar, entre tanto, todas las Reglas de la Compañía, con tanta exactitud, que era el ejemplo no sólo de los seglares, pero aún de nuestros religiosos, en la modestia, estudio de la oración, y demás ejercicios espirituales, silencio y mortificación. Al sepultarlo despidió de su cuerpo una extraordinaria fragancia, como en premio de la pureza virginal que conservó toda su vida.

El año de 1683, es muy memorable así a la Compañía de Jesús como a todo el Reino de Nueva España, por dos sucesos de muy diversa naturaleza, pero igualmente interesantes. El primero fué la toma y saqueo del puerto y ciudad de Veracruz, acontecido en 18 de Mayo de aquel año. Facilitó a los piratas la entrada un forajido, que huyendo de la pena merecida por un homicidio y varios otros delitos, había escapádose de aquel puerto y tomado asiento en Jamaica, algunos años antes, bajo la conducta del Almirante Pen, conquistada de los Ingleses sobre los Españoles, el de 1655. Llamábase Lorenzo el infeliz apóstata, y ofreciéndose por guía y conductor a un famoso corsario de aquel tiempo, pensó hacer fortuna con los despojos y ruina de su patria. Al caer de la tarde del 18 (1)

(1) El P. Alegre en la "Historia" narra estos sucesos con abundantes detalles; hay que anotar que allí se dice que el ataque fue en la madrugada del 18 de mayo; que según la primera de las obras del P. no habría estado del todo desprevenido el Gobernador de la Ciudad, sólo que tarde de la noche "no reconociendo novedad", se recogió sin ningún cuidado".

La diferencia esencial entre la versión de las dos obras del P. Alegre es, que mientras los piratas, según las "Memorias", eran ingleses, su nacionalidad, de acuerdo con la "Historia", era francesa y sus jefes Lorenzo Jácome y Nicolás Agramont. Vol. III, págs. 31-40.

de mayo, se avisó al Gobernador de parte del castellano de S. Juan de Ulúa, de un barco desconocido, que sin hacer por el puerto se procuraba acercar a la costa, por la parte del norte entre la antigua y nueva Veracruz. El Gobernador, no de los más valientes y advertidos, desprecia el aviso, y los ingleses sin estorbo alguno desembarcaron en aquella noche, poco más de una legua de la ciudad, donde está hoy, y no había entonces la vigía y cuerpo de guardia, que llaman de Vergara. De allí marcharon con silencio, derechamente a la ciudad, donde llegaron justamente a la media noche. Se acostumbraba en aquel puerto después de esta hora dar un corto repique, como también al medio día, con la misma campana del Cuerpo de Guardia con que se gobierna la ciudad. El Comandante Inglés desconcertado, y creyendo ser sentido, (tan poco confiaba de sus fuerzas) mandó hacer alto a su gente, y habría retrocedido atropelladamente, si Lorencillo, que con este nombre era vulgarmente conocido, no le hubiese desengañado como práctico muchos años de la tierra. Salvada una débil estacada, que era todo el reparo y muralla de aquel puerto, quedó allí apostada la gente, mientras Lorencillo con unos pocos más esforzados pasó a reconocer el cuerpo de guardia. Llegó solo al centinela, dejando los demás prontos a una seña, e introduciéndose, con no sé qué pretextos, le dió muerte. Corrieron al punto los demás que le acompañaban, y acabaron con los pocos soldados que dormían, mientras llegaba su cuarto. Entre tanto avisado el grueso de la gente marchaba a la plaza por la calle de S. Agustín con el mayor silencio. No hallaron despierto en todo aquel trecho, sino un religioso de aquel convento, que sintiendo los pasos salió a su balcón. Su curiosidad le costó muy caro, quedando allí muerto luego a un golpe de fusil. El resto de la noche lo emplearon en reconocer a su gusto las puertas, con muerte de los pocos que las guardaban, mientras el resto ocupaba todas las bocacalles, de entrambas

plazas vecinas a palacio, se apoderaba de la persona del Gobernador y lo demás del Cuerpo de Guardia. Al rayar el día se repartieron patrullas por todas las calles, con orden de llevar presos a cuantos saliesen de sus casas. El sargento Mayor, y algunos otros pocos, tomadas las armas, quisieron apellidar gente y hacer resistencia al enemigo; pero nada consiguieron, sino morir con honor. El llanto, la confusión, el sobresalto, era cual puede imaginarse en toda la ciudad. Encerrados todos en sus casas, esperaban por momentos ver sobre sus cuellos y los de sus más queridas prendas la espada enemiga. Por consejo de Lorencillo, para no darles tiempo de ocultar los bienes, se mandaron oficiales con algunos soldados a las casas de los hombres más ricos, a los conventos e iglesias, para que se entregasen de todos los caudales y alhajas. No contentos con lo mucho que les había producido esta primera diligencia, y creyendo que podían haber ocultado gran parte de sus haberes, al día tercero de su entrada, obligaron a todos los ciudadanos a juntarse en la Parroquia. La iglesia, aunque capaz, era muy pequeña para tanto número de gentes. Las puertas estaban guardadas con buena guarnición, y todo el recinto del templo acordonado de soldados. Juntos allí todos, (fuera del Gobernador, Vicario, Prelados de las Religiones, Oficiales Reales, y como treinta ó cuarenta otros sujetos de los más ricos y distinguidos, que estaban arrestados en otra pieza del Palacio), se les promulgó orden del Comandante Inglés, para que declarasen so pena de la vida, cuanto hubiesen ocultado, y que de nó, ínterin se ejecutaba la triste sentencia, habían de estar allí encarcelados. No se puede ponderar la aflicción y la congoja de aquel pueblo infeliz, el ruido, la confusión, el desorden, los gritos de los niños, el dolor y el llanto de las mujeres, la desesperación en los varones, la incomodidad y aprieto de los cuerpos, el calor y la angustia. De esta suerte los tuvieron sin alimento, ni bebida alguna en todo el día hasta

cerca de él anochecer, que a representación del mismo Lorencillo hubieron de llevárseles algunos sacos de biscocho, y algunos barriles de agua. Entre tanto representaban de mil maneras, y por cuantos medios había al Comandante, que nada habían ocultado: que sus casas y muebles estaban en su poder, que quebrase, cavase, ó tomase los arbitrios que hallase más convenientes para satisfacerse de la verdad. Sin embargo de todas estas representaciones, hubieron de pasar la noche en aquella triste cárcel. Al día siguiente, aún fue mayor la consternación, y la crueldad de los enemigos. A las 9 de la mañana entró en la iglesia el mismo Lorencillo, y subiendo al púlpito para ser mejor oído de todos, fingida la compasión que no tenía, comenzó a dolerse de sus males, que el no podía remediar, pretextó las órdenes del Comandante y los costos de la expedición, y los exhortó á que declarasen porque de no, sabía cierto que allí morirían todos sin remedio, y luego se prendería fuego a la ciudad: que el amor que les tenía, le obligaba a anticiparles el aviso, y exhortarles a anteponer el amor de la vida a todos los bienes y haciendas, que podían después recuperarse con la industria. Concluído su discurso, y no reconociendo más fruto, que un triste y desesperado silencio en todos los semblantes, se bajó de aquel lugar pretextando, que no debían atribuírsele a él, en manera alguna, los males, que les amenazaban, y que iban ya a caerles encima muy presto. En efecto, a poco rato, fué mandado traer a la iglesia, y colocar en medio de ella un barril de pólvora, y junto a él un soldado de plantón, con mecha en mano, pronto a prenderle fuego y acabar en un momento con todos. Hecha esta diligencia, entraron algunos oficiales que se repartieron por todo el templo, apretando mucho más las gentes, y tras de ellos peones con sacos para recoger. Se les intimó orden de que hubiesen allí de entregar hasta la menor alhaja que consigo trajesen de algún precio. Los infelices ciudadanos

fuera de sí por el temor, cuál las hebillas, las cruces de plata, las muestras, los anillos, y cuanto traían en las bolsas, y habían podido llevar consigo, tanto entregaban por salvar sus vidas, y las de sus hijos y mujeres. A éstas y a los niños se les hacía despojar aún de las más viles alhajuelas, todo entre la irrisión, violencia, escarnio, golpes y cintarazos, y los más indignos tratamientos de aquella vilísima chusma. Mientras esto pasaba en la Parroquial, otros oficiales repartidos por toda la ciudad, registraban cuidadosamente, casa por casa, sin perdonar aún las chozas pajizas de los negros. No se perdonaba a caja, escritorio o la menor gaveta. Ni contentos con el registro, sopechando siempre algún secreto, rompían, quebraban y destrozaban para satisfacerse. Ni aún sólo éso, sino, que con una malignidad increíble hacían piezas espejos, cuadros, pinturas y cuanto había de algún valor y curiosidad, que no pudiesen llevar consigo. Todo aquel día y la noche, prosiguió el encierro y prisión de los que estaban en la iglesia, burlándose a cada momento los impíos sajonos de la aflicción y espanto de las gentes, y acometiendo a prender fuego, para renovar los lamentos y lágrimas de los miserables presos. No era el menor dolor para las almas piadosas, el escarnio y befa que hacían de las imágenes y cosas santas, bien que en ésto, por consejo del mismo Lorencillo, hubieran de moderarse, en presencia de la multitud. Sin embargo la profanación del lugar santo, la inmundicia de tantos cuerpos sin respiración, el bochorno, la angustia, la hediondez y demás inconvenientes de la necesidad natural a vista de los altares, era una materia de continuo llanto, gemidos y sollozos que hacían del templo del Señor un calabozo infernal. Así hubieron de estar con muertes de algunos, con malos partos de muchas mujeres, y con gravísimos accidentes de todo género de personas, hasta el tercero día por la mañana, en que no teniendo esperanza de sacar cosa alguna más, y a representación

de uno de los principales ciudadanos, que tenía alguna aceptación con Lorencillo y los ingleses, se les puso en libertad. Lo mismo se practicó con los prisioneros, que se tenían en el Cuerpo de Guardia, y en Palacio; pero después de haberles sacado a todos firmas de un cuantioso donativo, que ofrecieron forzados para redimir la vejación. No teniendo ya en Veracruz caudales algunos, se les admitió que escribiesen a México, suplicando al Virrey y a sus correspondientes para la exhibición, si querían excusar al Rey mucho más en la reedificación de la ciudad, a que ciertamente se pondría fuego, y redimir las vidas de tantos ciudadanos, que se hallaban a riesgo de ser pasados a cuchillo. Mientras venía de México la suma prometida, no dejaron de practicar los piratas nuevas diligencias, para descubrir algunos bienes ocultos de los tristes ciudadanos. Entre éstos padecieron singularmente los prelados de las religiones de Sto. Domingo, Sn. Agustín y la Compañía. Sacados en medio de la plaza y puestos de rodillas en el centro de una corona de soldados, y bajo el alfange de uno de ellos, fueron preguntados sobre los bienes de sus casas. El P. Bernabé de Soto, actual Rector del Colegio, de cuya relación al P. Provincial Bernardo Pardo hemos sacado lo hasta aquí escrito, sin acobardarse de aquellas amenazas, respondió con semblante sereno, mostrándole su vestido raído y pobre, que él sobre sí no tenía más bienes que aquéllos: que de los que había en su Colegio ellos tenían las llaves. Esta respuesta le valió dos buenos cintarazos, con que lo levantaron de allí. Se esperaba cada día con ansia la respuesta de México para verse libres de aquellos tiranos, ni ellos lo deseaban menos, habiéndose comenzado a sentir que la flota salida tiempo antes de Cádiz no podía dejar de aparecer cuanto antes. El Comandante para hacerlos acalorar la paga de la suma prometida, determinó con otra nueva vejación enviar todos los vecinos de algún carácter a la Isla de Sacrificios, que está enfrente de la

ciudad, desierta y poco al sur de S. Juan de Ulúa. Estuvieron allí con indecibles trabajos, a cielo descubierto, sin casas, sin lechos, sin utensilios, hambrientos y sedientos, hasta que, finalmente entregada la cantidad, se hicieron a la vela los piratas. Antes de zarpar, pasaron de la Isla de Sacrificios como treinta o cuarenta personas de las principales, y las repartieron por sus barcos, llevándolos como en rehenes, y sirviéndose de ellos como de parapeto a una y otra borda, navegaron hasta salir fuera de tiro de cañón del castillo, para impedir, que de aquella fortaleza se intentase dispararles. La misma tarde que cargados de despojos salieron los ingleses de Veracruz, comenzaron a divisarse las primeras velas de la flota, que entró al día siguiente en el puerto. Por orden del Comandante General, se despacharon con cuanta prontitud fué posible, algunas embarcaciones en su seguimiento; pero no pudieron darles alcance. El Colegio e Iglesia de la Compañía que habían tomado para cuartel, quedó cuasi arruinado. Entre las alhajas de iglesia se perdió, en esta ocasión, un dedo de S. Francisco Javier que el P. Juan de Bueras venido de Filipinas, dió a aquel Colegio, el único dedicado al Santo entonces en la América, y del cual se hallaban en los manuscritos algunos prodigios bien autorizados. Entre otros muchos particulares sucesos, acontecidos en esta ocasión, fué muy notable que teniendo en Veracruz D. Juan Fiallo, comerciante opulento de Oaxaca, un almacén entero lleno de grana, en poder de un su correspondiente, y habiendo la casa sido, como de las más fuertes del lugar, registrada muchas veces con todo el ardor que a Lorencillo y los suyos inspiraba la codicia, los cegó Dios de tal manera, que quedó todo aquel gran caudal intacto, con admiración de cuantos supieron el caso. Bien merecía esta particular protección del Señor sobre sus bienes, el que con tanta liberalidad los volvía a su Majestad, en todas ocasiones,

para el culto de sus templos y para el alivio y consuelo de los pobres.

El segundo suceso que hizo memorable este año a la Provincia de la Compañía de Jesús de Nueva España, fué el establecimiento primero de los jesuítas en la California. No era ésta en la realidad, la primera ocasión, en que la Provincia, animada del mismo celo, que siempre tuvo por la conversión y cultivo de los miserables indios había destinado a aquel país algunos de sus hijos. Muchos años antes gobernando el Reino el Exmo. Sr. Duque de Escalona, y la Provincia el P. Luis de Bonifaz, encomendado D. Luis Cestín de Cañar (1), Gobernador de Sinaloa, del reconocimiento de la costa opuesta de California, había el Exmo. suplicado al P. Provincial señalase de los misioneros mismos de Sinaloa un hombre celoso y hábil, que acompañase al dicho Gobernador. (2) Fué destinado a esta diligencia el P. Jacinto Cortés, quien al año siguiente, que era el de 1643, juntamente con el P. Andrés Báez volvió a embarcarse acompañando en la misma expedición al Almirante Dn. Pedro Portel de Casanate, encargado por cédula de S. M. de la conquista de California. (3) Pero como en una y otra ocasión habían sido enviados más de capellanes de la tropa, que en cualidad de misioneros, omitimos el tratar de sus viajes, hasta lugar más oportuno, donde haremos mención de

(1) Don Luis Cestín de Canas. *Vol. II., pág. 236.*

(2) Partieron de Sinaloa por Julio de 1642 y llegaron a la isla de San José, donde los moradores les recibieron con muestras de placer y aun les prometieron ayudar al buceo de las perlas. De allí pasaron, corriendo la costa, hasta el seno o bahía de la Paz. *Vol. II., pág. 237.*

(3) Dn. Pedro Portel de Casanate "llegó a Sinaloa a la mitad del año 44 y ya se disponía al viaje cuando recibió orden de salir a convoyar la nao de Filipinas", luego se le incendiaron dos barcos y se demoró en construir otro hasta 1648, que fue cuando salió acompañado de los dos padres. *Vol. II, págs. 325-30.*

todas las tentativas, hechas hasta entonces, para la reducción y conversión de aquellas gentes. En la actualidad no habiendo podido cumplir el Admírate D. Bernardo de Piñadero (1) con lo que había prometido a S. Majestad, se le quiso obligar de nuevo por Cédula de 26 de febrero de 1677, dirigida al Ilmo. y Exmo. Sr. Fr. Payo Enríquez de Rivera, Arzobispo y Virrey; pero no habiendo tenido efecto, se hubo de encomendar de nuevo a expensas de S. M. a D. Isidro de Orondo y Antillón, (2) encargándose a la Compañía la espiritual administración, por cédula de 29 de Diciembre de 1679. Sin embargo de las órdenes muy apremiantes de la Corte, no se pudo poner en práctica la expedición hasta este año de 1683. (3) El P. Eusebio Francisco Kino, Jesuíta natural de Trento, fué señalado superior de la misión, y al mismo tiempo Cosmógrafo Mayor de la Armada, dándosele por compañeros los PP. Juan Baptista Copart y Pedro Mathías Goñi. Partieron del puerto de Chacala, en dos barcos, Capitana y Almiranta, en 18 de marzo, y a 1º de abril, lle-

(1) En 1624, en el valle de Banderas, en el Obispado de la Nueva Galicia, se trabajaba con fervor en la construcción de dos navíos, para la expedición que debía llevar a California Dn. Bernardo Bernal de Piñadero, pero en la costa de esta provincia la codicia, la falta de disciplina y la desorganización hicieron fracasar los intentos del Almirante, que se volvió a Nueva España.

Por 1668 otra expedición se preparaba para ir a California, la dirigía Dn. Francisco Lunecilla; salió, en efecto, de Matanchel al Cabo de San Lucas, en ella iban don religiosos franciscanos; la falta de disciplina y los disgustos entre misioneros y soldados dieron al traste con la empresa.

El Rey, por cédula de 26 de Febrero de 1677, había ordenado que se capitulase con Piñadero la conquista de California y que si esto no fuese posible, se viese quien quisiese verificarla, por lo cual, por decreto de 29 de Diciembre de 1679, se la encomendó a Dn. Isidro Atondo. *Vol. II, págs. 437-38, 459-60 y Vol. III, págs. 41 y 42.*

(2) Atondo. *Vol. III, pág. 42.*

(3) La expedición se equipó en Chacala y se componía de la capitana almiranta y una balandra, y a fines de 1682 estaban ya en estado de navegar. *Vol. III, pág. 42.*

garon felizmente al puerto de la Paz. (1) Saltaron en tierra el 6 del mismo mes, sin haberse visto en todo aquel tiempo indio ninguno por las playas. Mientras se disponía el Real se dejaron ver algunos armados y pintados de colores. La gente se puso luego en armas. Los PP. avanzaron confiadamente hacia ellos, ofreciéndoles algunos donecillos y comestibles, que al principio desecharon con enojo. Después habiéndolos gustado, se vinieron siguiendo a los PP. hasta las tiendas, donde acariciados del Comandante y demás españoles, parecieron ir contentos. Volvieron a pocos días algunos otros a quienes el Comandante, para atemorizarlos, quiso dar a conocer la fuerza de las armas de fuego. Hizo que algunos de sus más robustos flecheros disparasen contra una adarga de cuero, de las que llevaban sus soldados, y no habiendo podido horadarla, un solo tiro de fusil pasó tres de ellas con grande asombro y espanto de los bárbaros. Entre tanto por la tardanza de una balandra, que debía seguir la armada con bastimentos, se dispuso enviar por ellos la Capitana al Yaqui. Se fabricaban chozas y enramadas para la iglesia y estancia, y se hacían por la tierra algunas entradas. La primera se hizo por el sudoeste del puerto y país de los Guaycuros. Estos se hallaron armados, y con indicios, que no inspiraron a los españoles mucha confianza. Habían ocultado sus hijos y mujeres, y negado el aguaje que se halló después, y aún enviado mensajeros a la Paz, como para reconocer si quedaban otros españoles en el Real. Esta disposición fatal de los ánimos penetrada por los dos jefes de la Capitana y de la

(1) En la "Historia" el P. Alegre, apartándose de lo afirmado por el P. Miguel Venegas y por las "Noticias de la California", fundándose en documentos auténticos, tales como el acta de toma de posesión y el diario autógrafa del P. Kino, sostiene que la salida fue el 17 de Enero y que el P. Copart no fue en este viaje. En las "Memorias" sigue las fuentes que antes había desechado, lo que nos ayuda a formarnos la idea, de que para escribir éstas no le faltaban algunos papeles. Vol. III, pág. 43.

Almiranta, los hizo estar toda la noche con la mayor cautela, y luego a la mañana dar vuelta al Real. Igualmente infructuosa fué otra entrada que se hizo con el P. Goñi, sino que en ella los pocos indios que se hallaron, se mostraron más confiados y afables, que los Guaycuros. Estos proseguían cada día más esquivos, y tanto que el 6 de junio, acometieron en dos partidas de competente número las trincheras. Se les habría hecho fuego, si el Almirante en persona saliendo a reprenderlos con un dominio y fiereza increíbles, no los hubiera espantado y hecho volver la espalda. Habiendo por aquellos mismos días faltado un marinero, se creyó que los Guaycuros le hubiesen dado muerte, y aún se citaban por testigos algunos de los indios ya amigos, bien que apenas había en el Real quien les medio entendiese alguna palabra. Sobre estas débiles conjeturas, se puso en prisión uno de los principales entre ellos. Los demás indignados de no poder conseguir su libertad, resolvieron deshacerse de unos huéspedes tan importunos. Se tuvo aviso de la conspiración, por uno de los fieles aliados, se reforzaron las centinelas, y se apostó un pedrero cargado de metralla, hacia aquella parte por donde acostumbraban venir al Real. En efecto, la mañana del primero de julio, se vieron aparecer por aquella misma falda, quince indios armados, que esperando a ratos, como quien aguardaba más compañeros, y no viendo movimiento alguno en los españoles, se acercaban lentamente al Presidio. En estando a tiro, se les disparó con muerte de los más, y atropellada fuga de los restantes. La sangre tan inúctamente derramada de aquellos infelices, cayó sin duda por castigo del cielo, sobre la cabeza del mal aconsejado Comandante. El temor que ya había comenzado a apoderarse de los ánimos de los suyos creció tanto que sin vergüenza alguna lloraban como doncellas débiles, para que los sacasen de California. Los alimentos escaseaban ya notablemente. La Capitana no parecía después de dos me-

ses, para una travesía tan corta. Estas dificultades hicieron resolver la salida de allí para el 14 de julio, y dirigir el rumbo hacia el Cabo de S. Lucas, con ánimo de esperar la Capitana o la balandra. Esta nunca llegó a juntárseles. La otra que tres veces había llegado en aquel tiempo a la vista de la California, y tres vuelto al Yaquí, en fuerza de los terribles temporales, avisada de un barco de buceo, los encontró cerca del cabo. Con tanto determinó el Almirante volver a Sinaloa, a proveerse de muchas cosas necesarias, para hacer segundo desembarco en California, por paraje más cómodo. Vendida en Sinaloa hasta su plata, partió otra vez a California y desembarcó en una ensenada con aguaje cercano, y moradores de un genio manso y sociable. Se plantó el Real, se fabricaron ramadas y chozas, se mandó la Capitana por bastimentos y por dinero con cartas al Virrey, en que se le daba cuenta de lo obrado, se tomó posesión en nombre de S. M., así de la Ensenada de Sn. Bruno (nombre que se le dió por haber llegado allí el 6 de Octubre dedicado al Santo) como de toda la tierra de California. Se hicieron dos entradas al poniente, con ánimo de saber las naciones que habitaban el país, y de llegar, si se pudiese, a la Costa opuesta del Sur. Los indios que se hallaron parecían muy dóciles. La contra costa después de cincuenta leguas de caminos fragosísimos, no llegó a descubrirse. Los PP. empleaban su tiempo en aprender el idioma de los indios, en que comenzaron a traducir la Doctrina Christiana. Para explicar la resurrección del Señor, se valieron de este arbitrio. Ahogaron unas moscas en agua, y después revolcándolas en ceniza, las pusieron al sol, todo en presencia de los indios. Comenzaron las moscas con el calor a moverse, a desentumirse y revivir. Los bárbaros con grande alborozo y admiración, gritaron luego naturalmente con una voz con que significaron en su lengua haber resucitado. Notaron aquella palabra los misioneros y usaron de ella, mientras poseídos perfec-

tamente el idioma, se les ofrecía modo mejor de declarar aquel misterio. El medio de atraer y de instruir a los gentiles, era con poca variedad, el mismo que se acostumbraba en semejantes entradas a las naciones bárbaras, sino que en California recelosos siempre los PP. de la permanencia de aquella población, jamás quisieron conferir el bautismo, sino en artículo de muerte. El tiempo mostró muy en breve cuanto era prudente la conducta de nuestros misioneros.

El Almirante, en esta sazón, había enviado la Capitana á reconocer la Costa hacia el Norte, en busca de sitio más oportuno para una población, mientras él en la Almiranta pasaba a registrar lugares a propósito para el buceo de las perlas. A lo primero le movió la indisposición y quejas de su gente, por las enfermedades causadas de la intemperie del clima, y a lo segundo un orden del Virrey, pidiéndole informes de la tierra, del estado de la conquista y de los placeres de perlas. Junta su consulta, y tomados los pareceres de Cabos y misioneros, pasó los enfermos consigo en la Almiranta a la costa de Sinaloa, de donde despachados pliegos al Virrey, partió al reconocimiento de los placeres de ostiones. Volvió de allí al puerto de S. Ignacio en Sinaloa y allí recibió la resolución del Virrey por el mes de Septiembre de 1685, en que le mandaba mantener del mejor modo posible lo conquistado, y abstenerse de hacer nuevas entradas. Con esta noticia volvió á S. Bruno poco satisfecho de su diligencia, en la busca de los placeres de perlas. A pocos días, llegó allí la Capitana sin haber hallado el puerto que deseaba: los alimentos escaseaban, la indisposición de la tropa crecía. Así después de dos años y meses y 225,000 pesos gastados al real erario, hubo de abandonar la conquista, y embarcar toda su gente para Matanchel. De trece Indios, que en artículo de muerte se habían bautizado, tres que habían sobrevivido, llevó consigo el Almirante, y se pre-

sentaron como primicias de aquella Christiandad al Sr. Obispo de la Nueva Galicia.

En los años atrasados habían muerto en la Provincia dos sujetos insignes. En México el P. Jerónimo de Figueroa, celosísimo operario y misionero de los Tarahumares, donde catequizó innumerables gentiles, levantó muchas iglesias, hizo diccionario y compuso arte de las lenguas del país, para alivio de sus sucesores. Fué muy perseguido del demonio, visible e invisiblemente, de cuyas batallas salió siempre vencedor, conservando sin mancha, a juicio de sus confesores, la virginal pureza, y la gracia baptismal. Fué maravillosa la fe y la confianza con que levantando la mano detuvo el voluminoso monumento de la Casa Profesa, que al impulso de un formidable terremoto se había desplomado, y venía ya cayendo. Fueron muchas y notorias sus profecías, y un día diciendo misa, pidió encomendaran a Dios un sujeto distante de allí, muchas leguas, a quien acababan de dar muerte. Antes de morir hizo sembrar de flores el aposento, esperando como decía la visita de la Sagrada Familia, de quien había sido devotísimo, y entre cuyas manos, verosímilmente, pasó al eterno descanso el 25 de abril de 1683. El 18 de octubre del mismo año falleció con aclamación de santo en la Puebla, el P. Nicolás de Guadalajara. Padebió muchos años terribles dolencias, ocasionados de su ciega obediencia al médico, que en poco tiempo le hizo tomar 172 píldoras de mercurio. Favorecióle el Señor con visiones y apariciones milagrosas, y con algunos prodigios antes, y después de su muerte, que aconteció en el Colegio del Espíritu Santo.

En el Colegio de Guatemala acabó felizmente su carrera el P. Manuel Lobo, que por espacio de 25 años, fué venerado como un oráculo de todo aquel Reino. Entre los espíritus que encaminó a una sublime perfección tiene el principal lugar el V. H. Pedro de San Jo-

seph Betancour; este varón clarísimo, comenzó en una edad bien adulta los estudios de Gramática, deseando formarse un digno ministro de la salud de las almas. El Señor que lo destinaba para muy distintos fines, le cerró enteramente la puerta a las letras, y por consejo de su confesor, y de sus maestros mismos, hubo de dedicarse a otros ministerios. Vestido el hábito de la Orden Tercera de Sn. Francisco juntó algunos compañeros con quienes se dedicó al servicio de un hospital, hasta que ayudado de limosnas pudo fundar otro con título de Nra. Señora de Bethlén, para alivio y refuerzo de convalecientes. Habiéndole prescripto, por dictamen y consejo del mismo P. Manuel Lobo, reglas muy prudentes, y en cuanto fue posible conformes, al modo con que se rige y gobierna la Compañía, formalizó una Congregación, que por muchos años fomentó con el grande ejemplo de sus virtudes, hasta que dejando por sucesor en el oficio de Prefecto del Hospital al H. Antonio de la Cruz, falleció santísimamente por los años, a lo que creemos de 1653. Dispuestas informaciones muy cumplidas de sus heroicas virtudes, y de los milagros con que en vida y muerte le honró el Señor, se comenzó a tratar de su beatificación, y se espera muy próxima. Ni sólo cooperó el P. Manuel Lobo a las virtudes y heroicas empresas del V. Betancour, sino también el nuevo prefecto su sucesor, para solicitar que aquella congregación fuese aprobada, y erigida en religión, por autoridad de la sede apostólica. Tuvo el P. que contrastar con la autoridad de algunos poderosos, entre los cuales el Sr. Obispo de la ciudad, y los religiosos de S. Francisco; que aunque por muy distintos caminos procuraban impedir aquella erección. El Ilmo, no estaba bien con la exención que consiguientemente a la profesión religiosa habían de conseguir los Hospitalarios: los Religiosos de S. Francisco, llevaban a mal, que se pretendiese mudar la forma, y hábito de los congregantes, dejado el de la Orden Ter-

cera, en que el V. fundador había honrado tanto la familia Seráfica. Sin embargo de estas contradicciones el Rmo. Fr. Antonio de la Cruz, fué criado primer General, y aprobado canónicamente el Instituto y Religión con el título de la Compañía de Bethlén, pocos años adelante. El P. Manuel Lobo, era hombre de unas prendas extraordinarias, constante en el confesonario, elocuente y fervoroso en el púlpito, de un singular consejo y expedición para el manejo de los negocios. Dentro de casa modesto, silencioso y observantísimo de los ápices más menudos de nuestras reglas, devotísimo de la Pasión del Señor, y dolores de su Sma. Madre, de cuya continua meditación sacaba invencible paciencia, especialmente en la indisposición que algunos años antes de su muerte padeció, de un cancro sobre una de las cejas. Hace memoria de este gran varón nuestro Menologio el día 5 de abril, en que falleció el año de 1686.

En México, por orden del Virrey, se formó para deliberar sobre la conquista de California, una junta, en que después de largo acuerdo se resolvió, que la población de aquel país, jamás podría conseguirse por los medios hasta entonces usados: que pues los naturales parecían mostrar alguna inclinación, o por lo menos menor aversión y esquivaz para con los religiosos de la Compañía, se encargasen dichos PP. de su redución, ofreciéndoles de parte de S. M. los caudales necesarios. En consecuencia de esta resolución, se mandó en la junta de 11 de abril del citado año de 86 que el Fiscal de S. M. el Almirante Atondo, y el P. Eusebio Kino, hiciesen la regulación de las cantidades necesarias, y el mismo Fiscal pasase a hacer la propuesta al Superior de la Compañía. El P. Daniel Angelo Marras, Vice Provincial, por ausencia en visita del P. Bernabé de Soto, respondió que la religión estaba pronta a dar siempre, como hasta allí, los misioneros, que se le pidiese; pero que no podía, sin graves inconvenientes hacerse cargo de los demás nego-

cios temporales, y ser responsable de gastos, y cuentas con el Real Erario. En este estado quedaron, por entonces, las cosas de California, de que hablaremos más difusamente adelante.

El P. Kino, se entretuvo por aquellos días, en México, en observaciones muy sabias y curiosas, sobre el famoso eclipse acontecido, en aquel mismo año, asunto sobre que tuvo que contestar con el insigne matemático de la Universidad Dn. Carlos de Sigüenza. Corren los escritos de uno y otro, que muestran bien la erudicción y profundo juicio de entrambos. Estas literarias diversiones, jamás hacían olvidar al P. Kino el principal objeto de su navegación a Indias, que era la salud y reducción de los gentiles.

Habiendo desesperado, por entonces; de volver como creyera, a la California, pretendió y consiguió la fundación de dos nuevas misiones en los confines de la Sonora (1), para la cual partió lleno de celo el día 20 de noviembre de 1686. En Guadalajara, de paso, pretendió de aquella Real Audiencia un despacho para que sus neófitos, por unos cuantos años, al principio de su conversión, fuesen exentos de tributo, y no pudiesen ser compelidos a trabajar en minas, o hacienda de españoles. Que el P. Eusebio Kino extranjero, y cinco años antes llegado al Reino, ignorase las leyes del país, no es mucho de extrañar; lo maravilloso es que la Audiencia Real de Guadalajara concediese al P., como un favor sin ejemplar, aquella exención por cinco años, cuando las Leyes Reales de Indias la tenían concedida por diez, y el piadosísimo Rey D. Carlos II, en Cédula expedida de aquel mismo año de 1686, acababa de prorrogarla hasta 20. Esto en cuanto a tributos; que en cuanto a ser compelidos a trabajos de minas y haciendas, tan no necesitaban de privilegios de la Audiencia, que antes está

(1). En Pimería Alta y entre los Seris. Vol. III, pág. 61.

prohibido por muchas leyes, que con ningún pretexto puedan ser obligados a semejante trabajo los indios, no sólo recién convertidos, pero ni aún los antiguos cristianos. Informado el P. Kino de la nueva Cédula del Rey, prosiguió con gran consuelo, su viaje, y llegó a Sonora a principios del siguiente año de 1687.

La Pimería Alta, llamada así por una de las naciones que la habitan más numerosas y más dóciles, y mayor elevación de polo, es una porción de terreno cuasi en cuadro, como de cien leguas de sur a norte, desde la Misión de S. Ignacio, hasta las riberas del Río Gila, y de oriente a poniente desde las playas de Caborca, hasta el presidio de Terrenate. Tiene al sur la Sonora, al oriente tierras de Apaches, al poniente el mar de California y playas de los Seris, y al norte las riberas del Gila, último término por aquella parte de los dominios de España en la América. Hay en el país muchas tierras fértiles y de pan llevar, especialmente en las cercanías de los ríos, donde se cogen todo género de semillas y frutas, en abundancia más que suficiente, para el sustento de sus habitantes. El clima es más templado que el de Sonora, como más distante de la tórrida, corriendo su latitud desde los 30, hasta los 33 grados al Norte. No le faltan minerales muy ricos, aunque la falta de navíos, que es preciso llevar de tierras muy distantes, o comprar a precios muy subidos hace difícil su labor, si no es en algunas partes, como en las vecindades del Real de Arizona donde cuasi al pelo de la tierra se han hallado algunas veces, como en el año de 1737, masas enormes de plata pura, como de 21 arrobas, y mucho más hasta 140. De ésta se aprovecharon muchos particulares, hasta que habiéndose comenzado a dudar si aquella debía tener por mina o por tesoro, informando al Consejo, salió la sentencia más favorable al Real Erario, declarándose que aquél era, y debía haberse reputado desde el principio por tesoro, y como tan pertenecía la mayor

parte al Rey y la menor a los particulares. Divulgada esta sentencia nadie se aplicó a cultivarlo, antes retirándose todos a gran prisa con lo poco que podían lograr, quedó el país más despoblado y más expuesto que antes a los insultos de las naciones enemigas, sin ventaja alguna del Rey, ni de sus miserables vasallos.

El P. Kino sin tomar descanso alguno de tan largo y penoso viaje, comenzó luego a plantear la misión a que dió el título de Nuestra Sra. de los Dolores, a la mitad del mes de marzo. Empleados algunos meses en dar alguna forma regular y sólida a este primero establecimiento, pasó diez leguas al poniente, donde hallando muchas rancherías de gentes dóciles y de apacible condición, plantó la misión segunda, con la advocación de Sn. Ignacio. A éste siguió el pueblo del Señor S. Joseph de la nación de los Imuris, y a éste el de los Remedios, más cercano a los Dolores, que juntos administró al mismo P. hasta su muerte. Juntáronse también los de S. Ignacio y S. Joseph, bajo la dirección de un solo misionero, que lo fué por muchos años, hasta el 90 el P. Kino, con diferentes correrías hechas por el país personalmente, y por embajadas llenas de celo y caridad, procuraba atraer al redil de Jesuchristo muchas otras rancherías dispersas. Servíase singularmente para ésto del indio Gobernador del pueblo de los Dolores, Pima sagaz, maduro, sólidamente christiano y deseosísimo del bien de su nación. Por todas estas diligencias, reconoció no estar aquellos ánimos muy distantes del Reyno de Dios. Representó, rogó, instó al superior de las misiones, y éste a México, de donde finalmente se le enviaron cinco misioneros; pero, a pocos meses, creyéndose que serían más útiles en otra parte, fueron de allí removidos con indecible sentimiento del P. y detrimento espiritual de aquellas gentes. Esta fué ciertamente la Cruz, con que Dios quiso probar toda su vida, el celo y fervor del P. Eusebio Francisco Kino. Los superiores inmediatos, los Provinciales, los Genera-

les mismos, los Gobernadores de Sonora, los Virreyes, y aún el Consejo Real aplaudieron muchas veces sus trabajos, aprobaron sus proyectos, alabaron su celo, y dieron repetidas órdenes para fomentar sus empresas apostólicas; sin embargo en llegando a la ejecución, en lo particular, siempre se desconfió de sus informes, se tenían por hijos más del celo que de la prudencia; se miraban sus ideas como quiméricas, los capitanes lo creían fácil a dejarse engañar de los indios, y aún después de las pruebas más evidentes, jamás se juzgó bastantemente segura la fidelidad de los Pimas. Hallaba oposición no sólo entre los seglares, más aún entre sus mismos con misioneros, que juzgando sus pasos apostólicos por inquietudes de un espíritu andariego, le dieron, sin duda con recta intención, mucho en qué merecer en el punto más vivo y más sensible. Apenas comenzado a formar el pueblo de los Remedios, no faltaron personas que atendiendo más a sus personales intereses, que a la salud de aquellas almas, inspirasen a los indios, que no les convenía reducirse a población, ni sujetarse a ministro alguno por entonces. Volviendo el P. Kino a aquel sitio tuvo mucho que trabajar para desvanecer de los ánimos de aquella gente simple las malas impresiones con que se les procuraba apartar de su primer propósito.

En los años atrás, había muerto en el Colegio del Espíritu Santo de la Puebla, el P. Pablo de Salseda, natural de Valladolid, uno de los ingenios más aplaudidos de aquel tiempo, tanto en las cátedras como en el púlpito y facultades más amenas. Gobernó por 9 años diversos colegios, y temeroso de la cuenta que había de dar al Señor de unos tan apetecidos como peligrosos empleos, consiguió de S. M. otros tantos años de gravísimas y complicadas enfermedades que toleró con imponderable paciencia, y continuo ejercicio de muchas heroicas virtudes. Fué ilustrado del Señor para conocer algunas veces los sucesos futuros y los secretos de las conciencias. Tuvo

una continua meditación en la pasión de nuestro Salvador y dolores de su Madre Santísima. Fué singularmente devoto del Arcángel S. Miguel, por cuyo medio consiguió de Dios singularísimos favores. Era constante opinión, que tenía luego noticia de los que morían en la Provincia, y que muchas almas se le aparecían a darle las gracias de haber salido por su medio de la cárcel del Purgatorio. Pasó de esta vida el 27 de noviembre de 1688. El siguiente de 89, en la Casa Profesa de México, es la memoria del P. Salvador de la Puente, natural de Coria, pasó a la Provincia sin saberlo su padre, quien deseoso de sacarlo del noviciado, lo siguió a Nueva España. Llegando a Tepetzotlán, se sintió eficazmente movido del Cielo para, imitando a su hijo, consagrarse a Dios en la Compañía donde vivió muchos años, con crédito de muy observante coadjutor. El P. Salvador, fué de un espíritu muy elevado, de un continuo trato con Dios, de un extraordinario retiro, que le daba tiempo no solamente para la meditación y espirituales ejercicios, sino también para utilísimos estudios y trabajos con que honró mucho la Provincia. Su cadáver exhalaba una suavísima fragancia, y su muerte fué universalmente sentida de la Provincia el día 1 de diciembre.

En los demás Colegios florecían tanto los ministerios exteriores, como la interior observancia. El de Sn. Gregorio de México, comenzó por estos años a gobernarse con Rector separado del Máximo, aunque sin mudar su primer destino de Seminario de Indios. Hasta pocos años antes se había mantenido con la iglesia de jacal, o techo pajizo, fabricada, como dijimos a los principios del establecimiento de la Compañía en México, por el Gobernador y naturales de Tacuba, la cual, concluída el año de 1603, la nueva fábrica de S. Pedro y S. Pablo, se dedicó enteramente a ministerios de indios, con preferencia a los de Tacuba, como a patronos y fundadores de ella. Maltratado ya y ruinoso el edificio, se admitió la piadosa

liberalidad del ilustre caballero D. Matheo de Echeverría, que ofreció reedificarla a su costa, y en forma más suntuosa, como lo practicó por los años de 1686.

Con esta ocasión el P. Juan María Salvatierra, que entonces se hallaba en aquel Colegio, de concierto con su antiguo y fervoroso compañero el J. Juan Baptista Zappa, trató de edificar dentro de la nueva iglesia, una capilla con las mismas medidas de la Santa Casa de Nazaret, que se venera trasladada milagrosamente a Loreto. Obtenida, después de grandes dificultades la licencia de los Superiores, para recoger a este efecto algunas limosnas, no se pueden ponderar las amargas y sonrojos que hubo de tolerar el varón de Dios para salir con su intento; pero finalmente consiguió establecer aquel sagrado monumento de su tierna devoción a la Madre de Dios, y fundar en la América esta primera Capilla Lauretana que ha tenido después tantas otras ciudades de aquel Reino por imitadoras, con extraordinario provecho y copiosos frutos de piedad. En efecto, a poco tiempo, dirigiendo la obra el mismo P. Zappa se practicó lo mismo en Tepotzotlán. Siguieron dentro de pocos años, Guadalajara, Puebla, Mérida, Querétaro, Patzcuaro, Zocatecas, S. Miguel el Grande, La Habana y otras Ciudades y lugares donde con esta memoria del sagrado Misterio de la Encarnación, perpetúa hasta hoy y continuará verisímilmente por muchos años el P. Salvatierra los frutos de su celo y de su singular ternura con la Virgen Madre de Dios.

El noviciado y casa de Probación de Sta. Anna, que hasta entonces así por el antiguo pleito de la fundadora, como por otras incidencias que habían consumido la dotación, estaba para cerrarse, fué hacia esta misma sazón restablecido con nuevos fondos por la insigne beneficencia de Dn. Andrés Carbajal, con el título y advocación de S. Andrés Apóstol, con que era conocida al presente.

El P. Juan María Salvatierra, de quien hemos hablado, cuasi al mismo tiempo que el P. Kino a la Sonora, fué señalado a la nación de Chínipas, donde habiendo, a costa de inmensos trabajos, sacado muchas familias de los picachos y las rocas de una sierra asperísima fundó el Pueblo de Sta. Inés, y el de Loreto, uno de los más septentrionales de aquella Provincia. (1) En medio del gran fervor, y aplicación con que se dedicaba el fervoroso Jesuíta a la conversión de aquellas naciones, sentía dentro de sí mismo que le llamaba Dios con más fuerza a la reducción, y espiritual conquista de la California. Aunque concluída la paz, y restablecidas, como notamos, por los años de 1674, las iglesias y misiones de los Tarahumares, habían quedado sin embargo entre los muchos fugitivos, así de esta nación, como de los Conchos, muchas malignas semillas, que por estos últimos años del siglo brotaron con grave escándalo y estrago de toda aquella Provincia. Dijimos también cómo los Apaches,

(1) A la misión de los Guazaparis había añadido, poco antes de 1684, el P. Salvatierra, el pueblo de San Francisco Javier de Jerocaví, cuando fue llamado a México para la dirección de un colegio; logró persuadir al Provincial era más útil en las misiones y al volver pasó a Cuteco, no sin temor de que no quisiesen ya recibir el bautismo, por influjo de los Tarahumares sublevados y en especial del Cacique Corosia, que vivía en la vecindad; esto no obstante, fue bien recibido de los Cutecos, de los cuales bautizó 50. De allí pasó el P. a la quebrada de Hurich, donde fue bien recibido, pero donde encontró que los Tobaris tenían amedrentados a los vecinos de esas serranías, para que no admitiesen misioneros, ni se hiciesen cristianos. Los Tobaris, antes tan amigos de españoles, se habían rebelado, por cuanto el Obispo Ería, trató de poner curas seculares en las misiones; uno de estos pretendió ser—a su modo—apóstol de los Tobaris; metiose, para ello en tierra de éstos, con seis soldados, bautizó de grado o de fuerza a los párvulos y a algunos adultos cargó de cadenas, hasta que pidiesen el bautismo; por todo ello los indios neudieron a las armas, en lo que encontraron el apoyo de los Tarahumares y Topeguanes.

Cuando el P. Salvatierra volvió de su recorrido por Hurich, le siguieron a Jerocaví más de 30 Tobaris, deseosos de instruirse y bautizarse; continuaron después visitándole muchos otros, emparentados con los Guazaparis, pidiéndole fuese a sus tierras y cuando quiso abrir el camino de Jerocaví a Vaca, los Tobaris, de motu proprio, le ofrecieron cuarenta trabajadores. *Vol. III, pág. 50-53.*

nación extendida anchamente por las riberas del Río Grande del norte, y nacimiento del Gila había comenzado a hacer algunas irrupciones en las tierras de los Tobosos, gentes que habitaban todo aquel país situado entre el Río de Conchos y la Laguna de S. Pedro. Los Apaches de enemigos se hicieron aliados, y de aliados parientes. Desde aquel sitio ya más cercano comenzaron a infestar la Tarahumara, Tepeguana, y aún entrarse a veces hasta el centro de la Sonora y Pimería. Los Tarahumares fugitivos, y todos cuantos de nuevo se huían de los pueblos y Reales de Minas, o se hacían o se fingían partidarios y comuneros de los Apaches. De esta suerte acometidas algunas poblaciones por estos bárbaros, y otras por los mismos domésticos, que se valían de su nombre, no había cuasi lugar seguro en todas aquellas misiones. Los Gobernadores y Capitanes de los Presidios, no sabían dónde volver las armas. Tal vez con gran dolor de los misioneros y detrimento de la Christiandad, descargaban sobre pueblos quietos e inocentes por delación de los mismos culpados, que les imputaban los robos y las muertes. Otras se caminaban infructuosamente muchas leguas en alcance de los Apaches, por hostilidades y talas de campos, de que sólo eran autores los mismos Tarahumares. En este estado de confusión, unos pueblos eran asolados por los Apaches verdaderos, que con una velocidad increíble amaneceían a más de cuarenta leguas de distancia del lugar donde habían hecho el robo la noche antecedente, otras por los falsos Apaches y verdaderos Conchos y Tarahumares, que o vivían de asiento entre los christianos, o los asaltaban de fuera. Muchos lugares de indios, pacíficos en realidad y dóciles, eran molestados como culpados de los mismos españoles, o antes de eso por temor de que recayese sobre ellos la sospecha y la venganza, se deshacían por fuga de

sus habitantes, y por diversos caminos todo venía a ceder en detrimento y ruina de aquella cristiandad. (1)

Entre estas revueltas murieron a manos de los bárbaros algunos misioneros franciscanos, y de los jesuitas, los PP. Juan Ortiz de Foronda, y Manuel Sánchez, el día 11 de abril de 1690. El primero administraba la misión de Tituaca, y el segundo la de Yepomera, (2) y uno y otro se habían preparado para hacer agradable al Señor el sacrificio de sus vidas, con una constante religiosidad; y con un ardiente celo por la salvación de las almas. En compañía del P. Manuel Sánchez, murió también el Capitán D. Manuel Clavero, que acompañaba en el camino al P., volviendo de hacer una fervorosa misión del Real de Minas de S. Nicolás. El P. Juan María de Salvatierra, hubiera tenido la misma suerte entre las

(1) La sublevación de los Tobaris fue el principio de grandes trastornos en Sonora y Tarahumara. Corosía se convirtió en el caudillo de la resistencia a los españoles, a quienes acusaba de haber faltado a las paces pactadas. Los rebeldes acordaron juntarse en Casas Grandes, para allí determinar la forma en que debía hacerse la guerra; supuso de esta cita y los misioneros pidieron ayuda a las autoridades para prevenir la sublevación, pero todas ádujeron pretextos o razones para quedarse en la defensiva o no tomar providencia alguna. Esto ocurrió en 1684.

El estado de inquietud y alarma se prolongó varios años, en las fronteras de Sonora hacia el occidente y las de Tarahumara hacia el norte padecían mucho con las hostilidades de Janos y Yumas y otras naciones confederadas, ya que desde la reunión de Casas Grandes los robos y ataques en los parajes lejanos habían sido continuos; pero el 2 de Abril de 1690 arremetieron contra varias misiones y minas, con lo que debieron salir de su pasividad los capitanes de los presidios. El Gobernador de Nueva Vizcaya, Dn. Juan Isidro Pardiñas, dio orden a los capitanes de los Presidios de Casas Grandes, de Janos y de los Conchos, saliesen a someter a los indios; juntáronse cerca de cuarenta soldados, a cargo del Capitán Martín de Cigales, de los presidios del Gallo y Cerro Gordo y la compañía de campaña del Capitán Antonio de Medina; fuera de esto enviaron al Capitán Juan de Salaises, con ciento dos arcabuceros y D. Pedro Martínez Mendivil, para asegurar los caminos de Casas Grandes y Sonora. El Gobernador, mismo, juntando gente de guerra, pasó a Papigochic, de donde se dirigió a Yepomera. *Vol. III, págs. 53, 54, 69, 70.*

(2) El P. Ortiz Fronda murió en Yepomera y el P. Sánchez en Tituaca. *Vol. III, págs. 71.*

sierras de Chínipas, que eran por su aspereza asilo de muchos Tarahumares alzados, si con particular providencia no lo reservara el Señor para vaso de elección, que llevase su nombre a nuevas gentes.

Por diciembre de este mismo año de 1690, fué el P. nombrado Visitador de las Misiones de Sinaloa y Sonora. Este empleo le dió ocasión para ver y tratar despacio, como deseaba, al P. Eusebio Kino, con quien concurrió efectivamente al siguiente año de 91. Este hombre apostólico, que aunque entretenía el ardor de su celo con la conversión de los Pimas, nada tenía más en el corazón que la salud y el bien espiritual de la desamparada California, le animó mucho para emprender aquella conquista, ofreciéndosele por compañero, como quien despidiéndose de sus amados hijos en Jesuchristo, les había prometido volver a verlos. Le informó menudamente del país, de las naciones que había tratado y sus costumbres, de su idioma, y modo con que se debía proceder en su reducción, de las diligencias que había practicado en México después de su regreso, y medios con que podía facilitarse la licencia. Le entregó también un Cathecismo, y un pequeño diccionario, que había trabajado en la lengua del país, y le añadió cómo los PP. Francisco Javier Salta y Francisco María Pícolo, tenían hecha promesa al Señor y obtenido licencia del P. General para dedicarse al cultivo de aquella viña, si alguna vez se abría camino. Encendidos los dos insignes obreros en estos grandes deseos, no se olvidaban de lo que en la actualidad tenía el Señor cometido a su cuidado, antes de tal manera se empeñaron en los medios para adelantar la cristiandad de la Pimería, como si jamás hubiesen pensado en la California. Grande y sólida prueba del espíritu y heroica virtud de los dos clarísimos varones. Visitaron juntos las misiones de los Remedios, S. Ignacio y S. Joseph, y los pueblos de Sta. María Magdalena y Tubutana, donde el infatigable P. Kino tenía ya juntas más de

quinientas almas en sitio cómodo para cabecera de una misión florida. Pasando después por el Saric y Tacubabia, hallaron más de 700 indios dóciles, y bien dispuestos para la semilla evangélica. Pensaban de allí pasar a Cocospera; pero en el camino les salieron al encuentro deputados de los Sobaipuros, nación situada como 40 leguas al norte pidiendo el bautismo y ministros que los doctrinasen en la fe. Con este motivo hubieron de visitar las rancherías de S. Cayetano, S. Javier del Bac y Guebabí, en que después se fundaron dos misiones. Hallaron los PP. dispuestas enramadas, y los adultos que salían a recibirlos con cruces en las manos y ofrecían al bautismo sus párvulos. Los dos jesuítas bañados en lágrimas de devoción, bautizaron algunos más necesitados. El P. Kino les prometió volver a sus tierras más de espacio, y el P. Salvatierra hacer cuanto pudiese en México para que prontamente se les enviasen misioneros. De allí prosiguieron su camino a Suamea y a Cocospera, que con el tiempo fueron dos floridas misiones. En Cocospera se apartaron los dos operarios evangélicos confiando antes el modo con que la pobre y estéril California podría proveerse de víveres por la Pimería, de ellos abundante, si se llegasen a domesticar y subyugar a Jesuchristo las naciones de la costa. Uno y otro informaron a México de la necesidad que había de operarios para recoger una mies tan copiosa como prometían aquellas naciones.

Se envió al P. Kino una respuesta muy favorable, y la más conforme a su gusto, prometiendo enviarle compañeros y efectivamente lo habrían hecho los Superiores, si cuasi al mismo tiempo no les hubiesen llegado informes muy contrarios imputando a los Pimas robos y estragos, de que no eran autores sino los Apaches del Gila, que animados con el ejemplo de los del Río del Norte habían comenzado y no han cesado, hasta el presente, de causar continuas vejaciones a toda la Pimería y gran

parte de la Sonora. Para refutar esta calumnia por orden del P. Provincial Diego de Almonazir, pasó por septiembre de 1692 a visitar de nuevo las rancherías que había corrido el año antecedente. Hallando las naciones quietas, pacíficas, y en las mismas disposiciones que antes, las animó a perseverar en su buen propósito, y dándoles esperanzas de conseguirles ministros.

Vuelto a los Dolores, caminadas más de 80 leguas emprendió nueva jornada, en compañía del P. Agustín Campos hacia el poniente y costa del mar. Halló una numerosa nación, llamada Soba, del nombre de su Cacique, enemiga mortal de los Pimas, pobladores de los Dolores, a cuyo Capitán habían muerto años pasados. Se compuso esta diferencia, y con mucho consuelo, y satisfacción de los naturales, se destinó el sitio para una bella misión con el título de la Concepción de Caborca. En aquellos días, pasaron a la cima de un cerro poco más al sur, que llamaron el Nazareno, desde donde se vió, clara y distintamente, la costa opuesta de California y cerros que la ciñen. Se hicieron estas diligencias por diciembre de 92, (1) aunque el compilador de las Noticias de California, confundiendo los tiempos y sucesos las atrasa hasta el de 1694.

Por estos años en lo interior de la Provincia no había cosa digna de especial memoria, sino el grande ejemplo de caridad del P. Juan Pérez, que por este tiempo florecía en el Colegio Máximo. Este celoso operario, llamado comúnmente el P. Juan Piedra, por su constancia e incansable tesón en el trabajo, y el Padre de los pobres por su actividad y su celo en remediar todo género de necesidades, sabiendo los peligros a que andaban expuestas

(1) Según un párrafo del diario del Capitán Juan Mateo Mange, compañero del P. Kino, de cuyo manuscrito copia el P. Alegre en la "Historia", la ascensión al monte Nazareno fue el 14 de Febrero y el 15 llegaron a la orilla del mar. Vol. III, pág. 82.

por las calles algunas infelices mujeres dementes o fatuas, se valió de un pobre carpintero, hijo suyo espiritual y sólidamente virtuoso, por nombre Juan Záyago (1) para que recogiese en su casa algunas de aquellas miserables más apeliadas, proveyéndole el P. para su vestido y alimento de las limosnas que juntaba entre las personas piadosas. A poco tiempo, creciendo el número fué necesaria casa más capaz, a donde el buen padre a ejemplo de su Sto. Fundador, no se desdeñaba de acompañar, alguna vez, por las calles, aquellas mujercillas, hasta asegurarlas y evitar la ocasión de toda ofensa del Señor. Así pasaron por algún tiempo con bastante pobreza, a costa de grandes fatigas y no pequeñas contradicciones del fervoroso jesuíta, hasta que informado de una tan insigne obra de piedad el Ilmo. Sr. D. Francisco de Aguiar y Seijas, Arzobispo de México, uno de los más celosos y caritativos prelados, que ha tenido aquella iglesia, y como de Sta. Paula dijo S. Jerónimo, parecía juzgar daño y culpa propia, que algún pobre y necesitado se mantuviese a expensas de otro, comenzó a proveer al P. de las limosnas necesarias para la congrua sustentación de aquella casa, ya por estos tiempos considerablemente aumentada. Muerto el Ilmo. Sr. Seijas, se hizo cargo de aquella obra de piedad la Ilustre Congregación del Salvador, fundada en nuestra casa Profesa, que fabricado un edificio muy capaz y cómodo asistía a aquellas pobres, no sólo con proporcionado sustente, sino aún con extraordinario regalo en algunos días del año. Contribuyó grandemente a esta obra, la diligencia y liberalidad del piadoso caballero D. Miguel Gambarte, que habiendo sido doce años, un ejemplar Prefecto secular de dicha Congregación, y fomentado con increíble actividad y vigilancia todas sus piadosas prácticas y ejercicios,

(1) José lo llama la "Historia". Vol. III, pág. 107.

merece conserve la Provincia indeleble su memoria. (1)

Volviendo a los últimos años del siglo antecedente, en Guatemala hubo mudanza en la Universidad. Desde poco antes de la mitad del siglo, había estado en nuestro Colegio, fundada en virtud de los privilegios de la Compañía y de Bula particular obtenida el año de 22 del Sr. Gregorio XV, por el Rey D. Felipe IV, como las de Manila, Sta. Fe y Yucatán; pero como estas Universidades sólo se extendían a las facultades y grados de filosofía y theología, tratando de erigirse en la ciudad estudios públicos y generales de las demás facultades, cedió la Compañía con la condición de que pasase dicha Universidad por los años y cátedras cursadas en nuestros Colegios. El primero que se burló en dicha Universidad fué el P. Juan Antonio de Oviedo, que habiendo hecho después tan gran papel en la Provincia por su virtud, literatura y lustrosos empleos, merece bien se haga aquí alguna particular memoria de su victoriosa vocación. Había venido a Guatemala de Sta. Fe su patria a cargo de un noble caballero, tío suyo, promovido a aquella Real Audiencia. Era dicho Señor muy desafecto a los Jesuítas, y conociendo por lo mucho que el joven frecuentaba nuestro Colegio su inclinación a la Compañía, procuró apartarlo de aquella comunicación. Esto no sirvió sino de encender más el aprecio y estimación del sobrino, y de inspirarle vocación a aquel instituto que veía tan perseguido del mundo. Pretendió ser admitido en la Compañía y no pudiendo conseguirlo, por no causar disgusto a su tío, se huyó de su casa para venir a arrojarse a los pies del

(1) Según la "Historia", el asilo de locas, "Casa del Salvador", fue fundado por el carpintero cuando recogió a una demente, prima de su esposa; fue entonces cuando la familia de él viendo la gran obra de misericordia que hacía, le animó a recoger otras locas; supolo el Arzobispo y fue hasta su muerte el sostenedor del hospicio, en el cual llegaron a abrigarse hasta 66 infelices. A la muerte del Ilmo. Solías, para que esa tan útil no desapareciese, se hizo de ella cargo el P. Parra. *Vol. III, pág. 107.*

Superior, protestando no salir de allí sin el consuelo de ser admitido en nuestra Religión. Sin embargo, le fué preciso volver a su casa, sacado con violencia de su tío, y experimentar desaires y aún malos tratos. Perseverando, con todo, firme en su propósito, y resuelto a seguir la Compañía se le puso recluso en el Convento de Sto. Domingo. Se emplearon las amenazas, las promesas de conveniencias y lustrosos empleos, se pretextaba prudencia y discreción para probarle el espíritu, y con tal que renunciase la vocación de Jesuita se le dejaba libertad para entrar en cualquiera otra de las sagradas Religiones. Los maestros, y sujetos más graduados de la Orden y cuantos sujetos lo visitaban en el Convento, todos tenían facultad para hablarle contra la Compañía y para inducirlo a perfección fuera del camino a que el Señor lo llamaba. Nada fué capaz de hacerle desconocer la voz de Dios, y así dejado a que siguiese su destino, y mandado llamar a México fué admitido con increíble consuelo de su espíritu por el P. Provincial Diego de Almonazir, el año de que hablábamos de 1692.

Por julio de 93, volvió el P. Kino a la nación de los Sobas, que había visitado el año antes. Era su designio cortar allí algunas maderas para la fábrica de una embarcación, con que pensaba registrar las costas más septentrionales de aquel seno, y poner en planta el proyecto antes tratado con el P. Salvatierra, de proveer de allí de bastimentos a la California, donde ya dicho P. pensaba con calor en pasar. Cortó en efecto maderas bastantes, ayudándole con grande afecto y diligencia los Sobas mismos. Se dejaron para secarse en las playas; (1) pero dicho barco jamás llegó a fabricarse, por accidentes que lo impidieron después. Volvió el P. Kino a su misión, y a principios de 94, partió a Caborca con no-

(1) Habría principiado el trabajo el 21 de Marzo de 1694, después de haber ido y vuelto de Dolores, entre dicho día y el 15 de Febrero antecedente. *Vol. III, pág. 83.*

ticia que tuvo de estar ya destinado para misionero de aquel partido el P. Francisco Javier Salta. Dió esta alegre noticia a aquellas gentes que la esperaban con impaciencia. A esta voz, se juntaron muchos más indios, aún de 50 leguas de distancia. El P. Kino, comenzó la fábrica de una pequeña casa para el futuro misionero y también algunas siembras de trigo y maíz, para que tuviese con qué mantenerse en los primeros meses. En este viaje, registrando otra vez la costa, descubrió el puerto que llamó de Sta. Sabina, poco más al Sur del Cerro Nazareno, de que hemos hablado antes. Llegó el P. Salta a la misión de Dolores por Octubre de aquel mismo año. Halló en ella al P. Kino, que le recibió con imponderable consuelo, y después de haberlo instruído y regalado algunos días, lo condujo a su destino de Caborca. Le solicitó limosnas de muchos misioneros de Sonora, y así ayudado de la caridad de sus hermanos, lo dejó en estado de poder mantenerse, y de tener también (lo que en misiones nuevas es indispensablemente necesario) con qué regalar y acariciar a los salvajes, para que hostigados de un género de vida tan distinto de aquel en que se criaron, no se huyan de nuevo a los montes. Dejado el P. Salta en Caborca, emprendió el Padre Kino por Noviembre un viaje a los Sobaipuris, y sitio de S. Javier del Bac, y de allí penetró entre poniente y norte hasta el Río Gila. Encontró por este rumbo dos grandes rancherías de Pimas, gente mansa, y cariñosa, a que dió los nombres de la Encarnación y S. Andrés, aquí tuvo razón de los Copas, Cocomaricopas, y otras naciones que habitan más al poniente las márgenes de dicho río. Vió entre otros más arruinados, un grande edificio, de cuatro altos y diversos compartimientos en bello orden y arquitectura muy distinta de todas las que se usan entre las naciones de aquel país, y se creían ser fundaciones de aquella primera nación que saliendo del norte, después de muchos y largas mansiones había fundado a México El P. Kino

conjeturó, que éste y otros semejantes edificios; que se hallan hacia el norte, poniente, y levante en aquellos contornos, eran las que con nombre de las Siete Ciudades habían hecho tanto ruido a la mitad del siglo antecedente, en la relación del viaje de Fr. Marcos de Niza.

En el Ingenio de Xalmolonga, perteneciente al Colegio Máximo, murió a principios del año el P. Juan Bautista Zappa, insigne operario de indios, a cuya santificación había sido llamado desde la Italia, por medio de la Sma. Virgen en una visión maravillosa. Fue de admirable modestia, conservó hasta su muerte la inocencia baptismal. En su oración, que se puede decir jamás interrumpida, le favoreció el Señor con extraordinarios regalos. Le habló en distintas ocasiones su tiernísima Madre la Virgen Nra. Sra. por medio de una devotísima imagen, que hasta ahora se conservaba con singular veneración en la capilla interior de S. Gregorio. Conoció muchas veces los sucesos futuros, y singularmente predijo en claros términos al P. Juan María Salvatierra, su antiguo compañero, cómo Dios le tenía destinado para plantar la Fe en California, aconsejándole, que consagrarse la primera misión e iglesia a la Madona de Loreto, que había de ser la conquistadora. Esto a fines del año de 1693, y concluía su carta prometiendo hacerle presto una visita. Esto último cumplió efectivamente el día 13 de febrero del siguiente año de 1694, que fué el de su dichosa muerte, apareciéndosele en la misma hora en traje de peregrino al P. Salvatierra, algunas leguas distante, confirmandole en lo que antes le había escrito, y animándolo a padecer por la gloria de Dios con el ejemplo de la inmortalidad, de que él ya gozaba. El P. Salvatierra quedó tan confiado de conseguir la entrada a California con esta milagrosa aparición, que como en preuncio segurísimo, mandó pintar el tránsito de la Sta. Casa de Loreto por los aires, con los indios de la California, que tendidas las manos la esperaban e invocaban desde

la orilla opuesta. Estuvo por algún tiempo oculto el secreto de esta misteriosa pintura, hasta que el mismo P. Salvatierra lo reveló al P. Alejandro Romero. La Imagen, aunque de tosco pincel, se conservaba con aprecio en el Colegio de S. Gregorio, frente de la Escalera, que baja al Refectorio. Toda esta seguridad y confianza, inspirada de lo alto, hubo menester el P. Salvatierra para vencer las grandes dificultades, que por todas partes se oponían a su deseada empresa de California, de que hablaremos poco adelante.

Entre tanto el P. Kino prevenía todo lo necesario para la intentada fábrica del barco, después de haber dejado a secar por más de un año las maderas en las playas de Cabora; pero un repentino accidente impidió del todo la construcción, y puso toda aquella cristiandad en el último peligro. Había el P. Daniel Janousqui, (1) Misionero del Pueblo de Tubutama, (2) encargado de las temporalidades de su misión a un indio de la nación Oyata. Llevaban a mal los Pimas el pequeño valimiento de aquel extranjero, y ni él se hacía muy amable por la altivez y aspereza con que trataba a los naturales del país. Por marzo de 95, a causa de no sé qué descuido, pretendió el Oyata mayordomo castigar a uno de los Pimas. (3) Imploró éste el socorro de sus parientes y paisanos, ya basantemente irritados, y con dos flechazos dieron improvisa muerte al Oyata ofensor. La misma suerte tuvieron otros dos, que acaso pasaban de Cabora al pueblo de Dolores. Como en los delitos graves rara vez se comete uno

(1) Daniel Tenuaka. *Vol. III, pág. 84.*

(2) Tubutama. *Vol. III, pág. 84.*

(3) El Teniente Antonio de Solís, en el pueblo de Tubutama, había castigado cruelmente a muchos Pimas y aun dio muerte a algunos, por muy leves motivos; en San Javier de Bac, por una sospecha sin fundamento, mató a tres y azotó bárbaramente a dos, pero esto no fue causa del alzamiento, fueronlo los abusos de los Opas y del Mayordomo de Tubutama, Juan Nicolás Castizocoto. *Vol. III, pág. 88.*

solo, el odio contra el mayordomo les hizo nacer la misma aversión contra el misionero, y de la indignación contra el P. pasaron a aborrecer la religión que les predicaba, y a desear su antigua libertad y vida silvestre. Acometieron la casa del P. Daniel Janousqui, la quemaron, como también la iglesia, habrían, así mismo, dado cuenta de su persona, si por contingencia no se hubiese ausentado poco antes. El resentimiento de pocos pasó bien presto a sedición general. Juntáronse armados en bastante número en San Antonio de Uquitoa y resolvieron acabar con la misión y ministro de Caborca, que era la más occidental, para tener recurso a las playas, y nación aún no bien domesticada de los Sobas. Cayeron sobre Caborca la mañana del Sábado Santo 2 de Abril. Entraron algunos de tropel en la casa del P. Salta, que los recibió con su acostumbrada dulzura, sin embargo de la cual apenas podían hablar por la turbación y la conciencia del delito. El Padre saliendo con ellos a la puerta, y viendo tanto número, a deshora, y armados, dió voces al indio Gobernador del pueblo, para inquirir la causa de aquel movimiento. En el momento mismo fué atravesado con dos flechas, y dando algunos pasos se abrazó con un devoto Crucifijo, que hasta ahora se veneraba en la Iglesia de la Misión de Arispe, donde debilitado con la mucha efusión de sangre, sin socorro alguno, expiró. Murieron también cuatro indios, que de los pueblos de Ures, Chínipas y Cumupas, habían agregádose a aquella nueva población.

Era el P. Salta, natural de Sicilia, y nacido de una muy noble familia en aquel Reyno, tenía pocos años de Nueva España y apenas siete meses de Misionero. Algunas cartas y tratados espirituales manuscritos, que se conservaban en la librería del Colegio Máximo, mostraban bien la interior hermosura y perfección de su alma. Junto con dichos papeles, estaba una breve razón de su vida, escrita por el P. Eusebio Kino. Para formar alguna idea de

su fervor y de su espíritu, basta saber la correspondencia e íntima comunicación, que tuvo con el dicho Padre y con los PP. Salvatierra y Pícolo, a quienes se había unido para la empresa de la California.

Llegada esta triste noticia al P. Kino, pasó luego aviso al Gobernador de la Sonora, y él partió intrépidamente a Caborca, dió sepultura al P. Salta y quemó los cadáveres de los cuatro Indios, que por la corrupción no estaban ya en estado de enterarse. El Pueblo estaba casi desierto, por fuga de sus moradores, temerosos de que se les imputase el delito. Aún los pocos que habían quedado desaparecieron a la entrada de un cabo y algunos soldados, enviados poco después al castigo de los delincuentes. Se hubieron a las manos algunos de los alzados, y se les castigó con moderación. Se desenterró el cadáver del P. Salta, y llevando del diestro la caballería que cargaba sus despojos, el mismo piadoso capitán, que comandaba la tropa, fué conducido al pueblo de Cucurpe, donde con la mayor pompa, que permitía el país, se le dió honorífica sepultura. Bien conocía el Gobernador que los castigos ejecutados, no eran freno suficiente para contener la furia de los rebeldes, y que antes, como un corto rocío sobre el fuego, sólo servirían de avivar el incendio; sin embargo no quería hacer segunda entrada tan prontamente, esperando cogerles en mejor ocasión de sorpresa. Opusieronse a este prudente dictamen otros cabos de la milicia, alegando que era mejor sofocar la llama al principio y no dejarla tomar tantas fuerzas, que después no se pudiera apagar, sino con grandes costos y estragos cuando ya fuesen irreparables las ruinas. Prevaleció esta opinión no mal fundada, pero por desgracia se le dió la comisión a un cabo altivo, (1) desaconsejado y enemigo de la nación de los Pimas. Este hombre juró, entrando al país, y hallándose sin resisten-

(1) Antonio de Solís. *Vol. III, pág. 86.*

cia alguna; para no volver desairado se valió de un artificio tan escandaloso como inicuo e indigno del nombre español. Se valió digo de algunos indios aliados, que llevaba consigo para que convidasen con la paz e hiciesen volver a sus pueblos a los Pimas fugitivos. Creyéndolo aquellas gentes sencillas, y con su acostumbrada forma de procesión y cruces en las manos entraron en Tubutama. El bárbaro Capitán, nada conmovido a este espectáculo, los hizo pasar cruelmente a cuchillo, sin distinción de edad, ni de personas. Entre toda la tropa, que sería como de ochenta o más indios, apenas había cinco de los culpados. Una conducta, que aún observada con los delincuentes debía llenar de vergüenza al oficial, irritó extremadamente a los Pimas, que apellidándose determinaron acabar con toda la cristiandad. Quemaron la Iglesia de Caborca, las de S. Ignacio, S. Joseph y la Magdalena, destrozaron las casas, talaron las siembras, ahuyentaron los ganados, profanaron las cosas santas y por todas partes lo llevaron todo a fuego y sangre.

El P. Kino en estos tiempos de tanta turbación, vivía tranquilo en su misión de Dolores con una serenidad y satisfacción admirable. Recibía muchas cartas, así de los misioneros jesuítas, como de seglares, dándole pesames, y exhortándolo a salir de entre Pimas. Estas cartas llevaban muy distintos fines. Algunas eran nacidas de caridad, otras eran una especie de ironía con que le procuraban zaherir de aquella fama de mansedumbre y fidelidad que había pretendido dar a sus indios; como si el amor que les tenía le hubiese cegado hasta el exceso de no conocer lo que todos sabían y había ya manifestado el tiempo. El hombre de Dios con una paciencia y heroicidad digna de su espíritu, al paso que por una parte con viajes y con embajadas contenía la furia de los Pimas ofendidos, por otra aseguraba a todos, que sus indios estaban pacíficos: que la muerte del P. Salta, había sido conspiración de unos pocos, con disgusto y con espanto

de los demás: que las siguientes hostilidades se las había merecido el Capitán, que con un modo tan vergonzoso se había burlado de todo derecho divino y humano: que lo dejasen obrar conforme a la experiencia que tenía de la nación, y aseguraba en poco tiempo volverles quieta y pacífica toda la Pimería, de lo que era prueba nada equívoca su permanencia y seguridad en el pueblo de Dolores. Como dijimos antes, el P. Kino tuvo la desgracia de que los inmediatos jamás le creyesen sobre su dicho. Este era, para explicarnos así, una Casandra siempre temida y venerada en sus predicciones; pero jamás creída en tiempo oportuno para cooperar a sus designios. Entre tanto juntas las fuerzas de los Presidios vecinos, y otras de Nueva Vizcaya, y formada entre españoles e indios aliados una tropa como de cuatrocientos hombres, se enviaron a fines de 95 para sosegar las rancherías alzadas, dada la comisión a D. Juan Fernández de la Fuente, Comandante del Presidio de Janos. Ninguno más a propósito para conformarse, y seguir en todo las miras prudentes y christianas del P. Eusebio Kino. Instruído del P. en el modo con que debía portarse, entró a la Pimería, registró todo el país, averiguó, examinó con el mayor esmero. No pudo hallar rastro alguno de los agresores de los daños pasados. Los indios que encontraba, acobardados y llenos de espanto, sin prevención de armas y sin doblez alguno, se le presentaban con un aire tan humilde que mostraba bien su inocencia. Comunicó el prudente Capitán cuanto había al P. Kino, y persuadido a que la desolación de los pueblos más era efecto del miedo, que de la rebeldía de sus moradores, resolvió tratarlos con dulzura. El buen cuartel dado a los primeros, atrajo bien presto a otros muchos. D. Juan Fernández, convocados los principales, les aseguró de su buena voluntad, y les prometió la paz de parte del Gobernador y del Rey, como se obligasen a entregarle las cabezas del motín y homicidas del P. Salta, a quienes no podía dejar sin cas-

tigo. Los demás Pimas recibido este convite, y teniendo algún recelo de entregarse inmediatamente al Capitán, por la pasada experiencia, mandaron llamar al P. Kino, a un sitio llamado el Tupo, y asegurados de su palabra, llegaron conducidos de el mismo Padre a presentarse al Comandante. Fueron recibidos conforme a lo prometido, y se ratificaron las paces (1). Los Caciques Pimas, procedieron de su parte con tanta diligencia en cumplir lo que se les había encargado, que dentro de pocos días entregaron los autores del motín y de la muerte del P. Salta. Estos, después de examinada la causa, ya catequizados, bautizados y dispuestos para el último suplicio, por su humildad y grosera ignorancia, como también por atraerse de esta suerte la estima y afecto de la nación, intercediendo todos los PP. Misioneros, y singularmente el P. Visitador Horacio Police, lograron se les conmutase en menor castigo la pena merecida. El P. Kino, que desde principios de aquellos movimientos había intentado pasar a México a informar personalmente al Virrey y Superiores de la Compañía de las necesidades de la misión, y a quien por juzgarse necesaria su presencia no se le había permitido ejecutarlo, logró este intervalo de serenidad, y en siete semanas sin haber dejado un día de celebrar el Sto. Sacrificio, caminó más de cuatrocientas leguas desde el pueblo de Dolores hasta México.

En 6 de enero de 1696 entraron juntamente en México, de lugares muy distantes, el P. Juan María Salvatierra, de Guadalajara, donde había estado de Rector, y el P. Eusebio Kino de su misión de Pimería. Uno y otro deseaba la licencia para pasar a California, y el P. Kino, también algunos misioneros para tantas naciones como parecían estar dispuestas para el Evangelio. Tuvo diversas audiencias del Exmo. Sr. Conde de Galvés, y de

(1) 17 de Agosto de 1695. *Fol. III, pág. 87.*

la Sra. Da. Elvira de Toledo, su esposa, a quienes presentó un hijo de un Cacique de la Pimería, que había llevado consigo. Informó muy por menor a S. Exa. del estado de aquella afligida cristiandad, y del P. Provincial Juan de Palacios obtuvo cinco misioneros. La puerta para la California estaba enteramente cerrada. Así los dos insignes jesuítas, esperando mejor ocasión, se retiraron de México, el P. Salvatierra al Colegio de Tepotzotlán, donde iba destinado Rector y Maestro de Novicios, y el P. Kino a la Pimería, sin haber estado en quietud sino un mes y dos días, para volver a emprender tan dilatado y penoso viaje. Partió de México en 8 de Febrero de 96 y por Mayo, llegó al Pueblo de Dolores, habiéndose detenido en el camino a visitar otra misión. Esta corta digresión le salvó la vida, que poco después de apartados de él perdieron otros de sus compañeros, cayendo en unas partidas de Tarahumares (1) alzados. Llegó el P. muy satisfecho a su pueblo en la confianza de tener en breve compañeros para su amada viña; pero llovieron de todas partes al P. Provincial informes tan contrarios de la disposición de los Pimas que hubo de revocar el ánimo en que estaba de enviar allá más misioneros. Se le escribió al P. Juan de Palacios, que los indios habían dado muerte al P. Kino: que los Sobas habían tornado a rebelarse, y que todos los otros misioneros vecinos se hallaban en gran riesgo. Se avisó por otra parte que el P. Kino se daba por tan poco seguro en su misión, que había pedido soldados para su resguardo: que los Sobaipuris se habían coligado con los otros alzados: que no cesaban de hacer estragos: que se alimentaban de carnes de los prisioneros, y que los dóciles eran tan pocos, que un misionero solo sobraba para doctrinarlos. El hombre apostólico, convenció la falsedad de estos informes, con el silencio y con las obras.

(1) De Apaches, según la Historia. Vol. III, pág. 89.

Por Diciembre de aquel mismo año, pasó a Quivurí, donde halló más de cuatrocientas almas deseosas de instrucción. El Cacique llamado Coro, y otros de los principales, ofrecieron sus hijos pequeñuelos al bautismo, y comenzaron una pequeña capilla con la esperanza de obtener misioneros.

El P. Salvatierra, de su parte, no omitía diligencia para abrirse entrada a California. Había conseguido del P. General Tirso González, licencia para renunciar el Redtorado de Tepotzotlán siempre que se lograra, y efectivamente a ruegos, como decía el mismo P. de sus ángeles, los novicios, parecía comenzar a ser propicio a sus designios el cielo. La Audiencia Real de Guadalajara se mudó de suerte, que el Fiscal de ella D. Joseph Miranda vino a ser uno de sus singulares protectores. En virtud de una representación que hizo en 17 de Julio, determinó la Audiencia escribir al Virrey empeñándolo en el asunto. El P. Salvatierra pasó a México, y conociendo que la dificultad consistía en la escasez del Real Erario, acompañándose con el P. Juan Ugarte, que de Procurador primero fué después compañero, y uno de los fundadores de la christiandad de California, solicitó limosnas, con tanta felicidad, que dentro de pocos días tuvo competentes caudales para emprender la conquista. Los Señores D. Alonso Dávalos, Conde de Miravalles, y D. Matheo Fernández de la Cruz, Marqués de Buena Vista, con otras personas ricas y piadosas, llegaron a juntar hasta diez y siete mil pesos, los siete mil efectivos, y los demás en promesa. Veinte mil pesos ofreció de su parte el ejemplar Eclesiástico D. Juan Caballero de Ozio, vecino de Querétaro, diez mil, la Congregación de los Dolores, fundada pocos años antes por el P. Joseph Vidal en Sn. Pedro y San Pablo, y D. Pedro Gil de la Sierpe, Thesorero de Acapulco, ofreció prestar una galeota para el transporte, y dar en propiedad una lancha para servicio de la misión. Con tanto, a representación del P.

Provincial Juan de Palacios, presentada al Real Acuerdo, después de alguna oposición, como nada se pidiese en reales, se concedió licencia en 5 de Febrero de 1697 a los PP. Salvatierra y Kino para que pudiesen pasar a California, con la condición de no gastar, ni librar contra la Real Hacienda sin expreso orden de S. M., y de tomar posesión en nombre del Rey de toda aquella tierra. Se les dió facultad para llevar soldados, que los escoltasen, manteniéndolos a su costa la misión: elegir cabo, o removerlo como a los soldados, nombrar justicias, etc. Tal fué el Decreto del Virrey Dn. Joseph Sarmiento y Valladares, Conde de Moctezuma.

El P. Salvatierra con un júbilo y ardor de espíritu inexplicable, partió de México a los dos días, el 7 de Febrero, y desde Mocorito, misión de Sinaloa, escribió llamando a su Compañero el P. Kino. De paso para el yaqui, donde debía embarcarse, visitó a sus amados hijos, los Chinipas, no sin graves peligros por parte de los Tarahumares alzados, en que con grandes ejemplos de intrepidez y celo santo animó a aquellos misioneros que a cada paso ponían a peligro su vida por la salud de las almas. El P. Kino, se puso luego en marcha; pero el Gobernador de la Sonora Dn. Domingo Gironza, y el P. Visitador Horacio Police, no le permitieron salir, así por los peligros de el viaje, como porque estando aún mal reparadas las pasadas quiebras de la misión, tantas tierras de nuevo descubiertas, tan afectos a su persona los indios, y nuevos en el país los otros misioneros, sería cierta con su ausencia la ruína de todo. En esta atención, fué señalado en su lugar el P. Francisco María Pícolo, y el P. Salvatierra que ya se había detenido más de lo que pensara partió del Yaqui, sin esperarle, el día 10 de Octubre, con tres indios, cinco soldados y un cabo que lo era el Alférez D. Luis de Torres Tortolero. A los 9 días de navegación, registrados algunos lugares de la costa que no parecieren oportunos, por consejo del Ca-

pitán de la Galeota Juan Antonio Romero, desembarcaron en el lugar, donde se fundó después, y a que desde entonces se dió el nombre de Presidio y Real de Loreto.

Tal fué la mansa, pacífica y nada pomposa entrada de los jesuítas en la California, país, que los émulos de la Compañía han procurado hacer tan famoso en el mundo, y pintar con tan agradables primores de fertilidad y de opulencia, sólo para disminuir el mérito y hacer sospechosa la intención de sus conquistadores apostólicos. Por tanto, sin entrar en una circunstanciada relación, que sería muy prolija, y de que las Noticias de la California sacadas de la Historia manuscrita del P. Miguel Venegas, y traducidas ya en francés e inglés, pueden instruir bastantemente a los curiosos, juzgamos necesario insertar aquí algunas cosas más sustanciales, y propias de nuestro asunto. La California, más conocida por este nombre, aunque se ignora su origen, que por el de Nueva Albión, como quiso llamarla Francisco Drak, o por el de Carolina, como al fin del Siglo pasado la llamaron algunos españoles, es un jirón, o estrecha lengua de tierra, extendida desde poco más de los 22½ hasta los 43 grados de latitud septentrional, y desde el 240° hasta el 256 de longitud, en que con poca diferencia se halla el Cabo de la Porfia y extremidad de la tierra por la parte del Sur. El bogueo de las costas, y situación de los puertos y lugares, se verán mejor por la adjunta carta que hemos procurado formar sobre las relaciones, y planos, que a juicio de sujetos prácticos del país han parecido más exactos. (1) Todo el terreno descubierto, es como de cuatrocientas leguas, seco, y caliente con exceso; la tierra áspera, quebrada, estéril, árida y llena de pedregales, abrojos y arenales, inútiles para siembras, árboles o crías de ganados. En tanta extensión de le-

(1) El Manuscrito, que nos sirve de original, no contiene el mapa, ni en él hay señal de haberlo tenido.

guas, se mitiga algunas veces esta ferocidad. Desde el Cabo de S. Lucas por 20 o poco más leguas es menos la aspereza, y más frecuentes los manantiales de agua aunque cortos. De allí al Loreto centro de la conquista es más excesivo el calor, las montañas fragasas, seca e infecunda la tierra. En lo restante de $25\frac{1}{2}$ grados hasta los 30 el ambiente enfría a sus tiempos hasta helarse la agua; pero es igualmente ingrato el suelo. De treinta para arriba, no es tan pedregoso el terreno, aunque sí estéril en lo poco que se ha reconocido. Sebastián Vizcaíno en su viaje y después el P. Kino, testifican hallarse de 33 grados para el norte tierras llanas, fértiles y pobladas de ganados, con aguas y pastos. Río no se ha encontrado alguno, que merezca este nombre. Los de Mulegé y S. Joseph del Cabo, son unos arroyos de mediano caudal. El primero corre poco más de media legua, y el segundo de tres a cuatro hasta el mar. Lo mismo lo de Todos Santos y Cadegomo, que según toda apariencia es el mismo que el P. Kino llamó de Sto. Tomás. En la California se hallan hoy en día todos los animales de alguna utilidad, que las misiones han transportado allá, mulas, caballos, bueyes, ganados de lana y cerda, gallinas, etc. Hay venados, liebres y conejos en los montes, coyotes y leopardos en abundancia, como también cabras, gatos y puercos monteses; lobos se han visto una u otra vez, Torquemada escribe haberse hallado osos en Monterrey, y haberse muerto un tigre en el Cabo de S. Lucas; pero ni uno ni otro se ha visto jamás en la California cristiana. Tres son las especies de animales propios del país, y nunca vistos en la antigua y Nueva España. El primero es de la corpulencia de un ternero, cabeza semejante a la del venado, astas muy gruesas como de carnero, pezuña grande, redonda y hendida como de buey, pelo como de ciervo, aunque algo manchado, pero más corto, cola pequeña, y la carne sabrosa y regalada. Viven en las serranías, y acosados se arrojan desde lo alto

a lo más profundo de las barrancas y dando el golpe sobre sus durísimas astas corren luego sin lesión alguna, velocísimamente, con asombro de cuantos ven tan peligrroso como afortunado salto. Los Californios, en lengua monqui, le llaman taie. El segundo es el que en lengua cochimí llaman amnovoquíe, y es una especie de carneros mansos, pero mucho más corpulentos, blancos y negros muy lanudos, y de lana apropósito para hilar y tejer, la carne de sabor desagradable, y andan en manadas por los montes. El tercero es una especie de castor, que comúnmente llaman nutrias. No parece que tienen el modo de fabricar sus vivares, y vivir en común con aquella industria y orden maravilloso, que los de Canadá y otras partes; pero son como ellos anfibios, manos y pies muy cortos, lo que les hace incapaces de caminar mucho por tierra y cuasi arrastrando. Toman con una mano los ostiones y conchas, y en la otra una piedra con que los parten y quiebran para comerlos. El P. Sigismundo Tajaval, año de 1733, en un lugar llamado S. Andrés, a cuatro jornadas y media de la misión de S. Ignacio, descubrió tantos juntos que mataron los de su caravana más de veinte. La piel tendida es como la de una cabra, el pelo suave, y que se cree apropósito para los usos comunes de los otros castores. Sólo se hallan de 29 grados para el Norte en la playa occidental de California. Se han descubierto igualmente lobos marinos, anfibios como las nutrias, mayores de cuerpo, y el pelo más áspero y más corto. Una faja de su piel puesta en la cintura, se tiene por remedio eficaz para las mujeres amenazadas de aborto, y su manteca se dice ser buena para preservar las embarcaciones de bruma. De insectos hay los comunes en las tierras calientes de América, y entre ellos tarántulas, aunque no hay fama ni tradición de que sean venenosas, ni de aquellas cualidades que las de Calabria. Aves, hay las comunes en los montes de tierra caliente y puertos de mar de la América, como también

pescados, de los cuales Fr. Antonio de la Ascensión, Carmelita, en la relación de su viaje de que hizo el extracto Torquemada, numera treinta especies en el Cabo de S. Lucas, a que se pueden añadir, barbos, camarones, y aún almejas, atunes, anchovas, pámpanos, de que hace mención el P. Pícolo como también las ballenas, que por su copia han dado nombre a varios sitios de uno y otro mar y lo dieron antiguamente al Cabo de S. Lucas, que se llamó punta de Ballenas. Lo más raro en este género, es una especie de sirena que el año de 1767 descubrió el P. Victoriano Arnes, Misionero de Sta. María, cuyas palabras vaciaremos aquí a la letra. "El peje mulier, o sirena, dice, tenía la figura de una mujer de medio cuerpo arriba, y de pescado común de medio cuerpo abajo. Como lo hallamos seco, y aplastado como un bacalao, no se pudo hacer mucha anatomía. No obstante aparecía la cara, cuello, hombros y pecho blanco, como si llevara una cotilla, y tuviera descubiertos los pechos, aunque no me acuerdo si se distinguían los pezones. Lo demás estaba cubierto de escamas, y remataba en cola como los otros peces. Su grandor sería de dos cuartas, y a proporción el ancho a semejanzas del bacalao. No se descubrían brazos, ni cabello. La hallamos en la playa en diámetro opuesto a mi misión de Sta. María en el Mar del Sur, en una ensenada, que se forma el fin del arroyo, llamado en su lengua Catabiña". Hasta aquí el P. Arnes. De árboles hay en el Sur algunos saúces, pinos y gueribos, que se hallan también en pocas otras partes. Entre los arbolillos, o plantas abundan las pitahayas de diversos géneros, de que hacían su principal alimento los indios, los cardones, las tunas, y en el sur las palmas cuyo cogollo se enseñaron a comer desde el año de 34, los garambullos, que en su idioma llaman kakil y es árbol parecido a la pitahaya, mezquites, palo blanco, llamado así del color de su corteza, cuya semilla comen los indios tostada, y de cuya madera se sirven para los techos de sus

pequeñas casas. Hay tres especies de árboles de corteza verde. El primero les da una frutilla que llaman medeza, del tamaño de un frijol mediano; que comen, y estiman mucho los californios. El segundo suda una especie de brea, o que se hace tal derretida, y se cría pegada a la corteza como unas pequeñas prominencias, granillos que fácilmente se raspan. Mezclada con sebo, tiene diferentes usos muy útiles. La tercera especie no tiene más utilidad que su sombra, bastantemente apreciable en país tan despoblado y caloroso. Se halla una especie de higueras silvestres, que los naturales llaman anaba, como a sus frutos, que son una especie de higos blancos, que dan dos veces al año, aunque muy inferiores a los comunes de Europa, y el árbol enteramente desemejante. Tienen a más de esto mezcales de que sacan su más común y sabroso alimento, y raíces útiles algunas como yuca, camotes o batatas, jícamas: de yerbas bleado, verdolaga, una que llaman ortiga, aunque sin espinas, como las de Europa y desemejantes en la hoja, fuera de otra que llaman tedda, de cuyo grano cocido forman una especie de atole, o polenda sabrosa. No faltan en California algunas minas. El Capitán inglés Vodes Rogers escribe haberse visto piedras pesadas y brillantes, que daban indicio de algún mineral, y efectivamente por los años de 1748, en la parte del Sur y sitio llamado Sta. Anna, comenzó a trabajar unas minas D. Manuel de Ocio. A tres leguas de allí se descubrieron otras en un sitio llamado San Antonio, por los años de 1,756 a poca distancia del cual, como de dos leguas, algunos aplicados a este trabajo, sacaban últimamente algún oro, ni hay que dudar, que si hubiese caudales y comodidad se descubrirían muchos otros minerales, de que ha habido no pequeños indicios, en Sta. Rosalía, entre las misiones de S. Ignacio y Sta. Gertrudis y otras partes. Hállase sal de roca muy blanca, que remeda al cristal, especialmente en la Isla del Carmen, de donde se sacan, en la magni-

tud que se quieren, los ladrillos de sal de mucha actividad y transparencia, con la certidumbre de que el vacío que queda se llena otra vez de sal dentro de pocos días. Entre los testáceos hay, fuera de las tortugas ordinarias, otras de carey, de que hacen en la América muchas curiosidades. No es necesario hablar de las ostias, o conchas de perlas, que se sabe cuánto abundan en aquellas costas. Se hallan además de éstas unas conchas preciosísimas, que sobre el lustre más bello del nácar, tienen un como celaje de azul vivísimo, a manera de un barniz sobrepuesto y transparente, por entre el cual brilla y sobresale lo plateado del fondo. En las hojas de los carrizos o cañas delgadas se cuaja una especie de maná, no tan blanco, aunque sí tan dulce como la azúcar, según la relación del P. Pícolo. Las lenguas comunes de todo el país conquistado pueden reducirse cómodamente a tres. La Perecu, la de Loreto y Cochimí. La de Loreto se dividía en dos dialectos, aunque bastantemente diversos de Guaycura y Vehiti. De estas tres, la primera se conserva pura, sin notable alteración, por el corto terreno que ocupaban las gentes a quienes estaba en uso. La de Loreto cuasi no se habla, por la comunicación frecuente de soldados, marineros y otros, que han introducido ya la castellana. La Cochimí comienza desde la Misión de Sn. Javier para el Norte, y a pocas jornadas se desfigura considerablemente. El P. Venceslao Linc, en su viaje del año de 1765, afirma haber hallado cerca de los 33 grados un idioma enteramente diverso, de que ni él, ni sus indios entendían palabra, y que el P. imaginaba ser el mismo de las naciones que habitan los márgenes del Río Colorado, que no podían estar muy lejos. Al número de los idiomas pueden reducirse las principales naciones. La Pericu poblada de la parte más austral, se extiende desde el Cabo de S. Lucas, hasta diez o quince leguas al sur de la Paz. Sigue la Monqui de las lenguas Guaicura y Huchití, a que se pueden reducir los uchities,

los Coras, ranchería poco numerosa al sudeste de la Paz, los Callepú propios habitantes de esta misión, los Arispes al Poniente de ella y los Catauros y Cantiles en los confines del país que llaman del sur. Todas estas naciones comprende la palabra genérica, Edu o Adu, que significa gente de diversa lengua, a la banda del sur. A la dicción Adu, se opone esta otra Cochimí que significa gente de diversa lengua al lado del norte, y con este nombre se llama la tercera y más numerosa nación de California, que desde la misión de S. Javier, como a los 25½ grados se extiende hasta cerca de los 32. A estas gentes llaman en su lengua Laymones los indios de el Loreto. Los Monquis, se dividen también en Liuis y Didiues, y algunas otras ramas menores como queda dicho. Los californios son bien entallados, robustos, sanos, y de rostro no muy desapacible. El color es el mismo que el de los indios de Nueva España, excepto los de la Costa, que son más tostados. No se halló entre ellos escritura, jeroglíficos, ni otro algún modo de conservar la memoria de lo pasado, ni algún cómputo periódico de los tiempos. Así todas sus historias consisten en una muy oscura tradición de que sus antepasados vinieron del Norte, acosados de una nación más fuerte y numerosa. El vestido en los hombres de toda edad, era uniforme en toda California. Todos andaban igualmente desnudos. La ropa que a los principios les ofrecían los misioneros, o no la tomaban o la dejaban después por los caminos, teniendo por afrenta, y aún formando una especie de escándalo de que les obligasen a cubrir, aún lo que demanda el natural pudor. Las manos y cabeza solían adornar con algunas conchillas, caracoles, plumas, y tal vez perlas, de que formaban toscamente brazaletes, y aun los de el sur, la cintura con fajas, y los cuellos con collares. Las mujeres generalmente andaban cubiertas con una saya formada de dos piezas de palma machacada para sacarle el hilo, que tejen

como el de lino o cáñamo, y un capotillo o mantellina pendiente de los hombros. Esto en el sur. En el norte el tejido es de pequeños carricillos ensartados, que o atados unos hilos a otros, o sueltos, a manera de flecos, cubren bastantemente hasta la rodilla. Las pieles de venado les sirven para lo mismo, y tal vez las de liebre, zorra o lobo marino, y en partes las halló el P. Fernando Consag totalmente desnudas. Las casas son conforme al vestido: las cuevas subterráneas, o las sombras de los árboles, o las cavidades de las peñas, o unos cercadillos de piedras sin techo, aunque en el sur, quizá por lo que tal vez vieron hacer a algunos marineros, aprendieron a formar enramadas y chozas como cabañas de pastores. El genio, capacidad y costumbres, es generalmente como el de los indios salvajes de Nueva España: los convites, danzas, guerras, utensilios, matrimonios, armas, y embriagueces aunque no de licor, que no le tenían en California sino de humo de tabaco silvestre. La mujer recién parida, iba como siempre al trabajo, y el marido hacía papel de doliente por algunos días, costumbre, que tanto en el antiguo, como en el Nuevo Mundo se ha hallado en muchas naciones. Era común dar muerte a sus hijuelos cuando no hallaban con qué mantenerlos, y aún más frecuentemente procurar las mujeres el aborto, poniéndose sobre el vientre piedras muy pesadas, y ayudándoles alguna otra mujer para aumentar el peso. Era esto más ordinario en los primeros fetos, dando por razón, que nacían ordinariamente muy desmedrados y muy débiles. Después de el gran cuidado de los misioneros, quedaba aún entre los recién congregados algunas reliquias de esta inhumana costumbre. Nacida la criatura, le embijaban todo el cuerpo con un betún hecho de carbón, como para endurecerle contra las inclemencias del tiempo. Comen las carnes de todo animal, sin distinción, de perro, caballo, culebra o lagartija. En un sitio al Norte de S. Ignacio, se halló no ha mucho, un modo extraño

de comer las carnes muy duras, y es atar a una cuerda el bocado; tragarlo medio masticado, tirarlo por el hilo de nuevo, de suerte que al pasar por las estrechuras de la garganta le hacen dar un traquido bien fuerte, vuélvenlo a masticar, y vuélvenlo a tragar, hasta cuatro o cinco veces. Su religión en lo exterior consistía sólo en el gran temor, que mostraban a sus sacerdotes que eran juntamente sus médicos. Estos embusteros, chupando la parte adolorida con unos tubos de piedra negra o muy dura, fingían atraer de aquella suerte el mal humor, y ahuyentar la enfermedad. A veces la aprensión, y a veces el uso del tabaco, o cosa semejante, contribuía a la sanidad, y ellos cobraban mayores créditos. Por lo demás nada de culto, ni templos, ni altares, ni sacrificios, ni ídolos ni imágenes o símbolo alguno de la divinidad. A los primeros misioneros refirieron sí ciertos dogmas de creencia alusivos a los misterios de nuestra Sta. Fe, especialmente entre los Cochimíes; pero no hay mucho que fiar de esta relación, que puede verse en las noticias de California, parte 7a., párrafo 7º.

El primer descubrimiento de la California, parece haber sido por los años de 1534, en que Cortés, desde Tehuantepec, envió a Hernando de Grijalba, y Diego Becerra a reconocer la costa del norte. El primero se dice haber encontrado con una Isla desierta, que llamó Sto. Tomé. El segundo fué muerto por su piloto Ortún Jiménez, que se apoderó del navío. Este, dejados en Chiametla, dos religiosos franciscanos y algunos otros a él sospechosos, llegó a la ensenada, o bahía de Sta. Cruz, donde fue muerto por los indios. Sus compañeros volvieron a Chiametla con las noticias de un gran país muy poblado y abundante en perlas. Cortés, dispuso segundo armamento en tres navíos, y pasó en persona al reconocimiento de aquel mar, que desde entonces se llamó de Cortés. Llegó a la Bahía de Sta. Cruz, y de allí envió los navíos a Chiametla, por más gente y bastimentos. De

los tres no volvió a Sta. Cruz más que uno, sin socorro, en que Cortés salió a buscar los demás. Hallólos varados, y habiéndoles ayudado a salir volvió con ellos a Sta. Cruz, hasta que llamado con instancia de México, tuvo motivo para abandonar, sin deshonor, una empresa que ya le pesaba haber tentado. Gómara dice, que en esta ocasión atravesó Cortés un mar semejante a el Adrático, y Bernal Díaz, añade, que entonces toparon con la California, que es una bahía. De que se infiere que dicha bahía, que llamaron de Sta. Cruz estaba en la costa interior de California, y en efecto se señala en los mapas con este nombre una ribera, situada entre la pequeña Isla del Rosario y la ensenada que se llamó después de Cerralvo. El autor de las "Noticias de California", conoció esto mismo, bien que después se contradice manifiestamente, afirmando que la Bahía de Sta. Cruz, después en el viaje de Juan Rodríguez Cabrillo, se llamó Puerto del Marqués, en memoria de haber estado en ella el conquistador de Nueva España; pero el puerto de el Marqués, como sabe todo el mundo, no está en la costa interior, sino en la exterior de California. Esta expedición de Cortés fué el año de 1536. El siguiente de 37 tentó la misma fortuna Francisco de Ulloa, que registró dice Gómara la costa en frente de California, por más de 200 leguas, hasta do fenece, que llamaron Ancón de S. Andrés y está en 32 grados de altura y algo más. De el Ancón, siguiendo la otra costa, llegaron a la California (nombre que se daba a sola una bahía) doblaron la punta, metiéronse por entre la tierra y unas islas, y anduvieron hasta emparejar con el Ancón de S. Andrés. Nombraron aquella punta el Cabo del Engaño. Estuvieron en este viaje un año entero, y no trajeron nueva de tierra ninguna buena. Más fue el ruido que las nueces. Hasta aquí Gómara. Añade el mismo autor la expedición de Francisco de Alarcón, enviado por el Virrey D. Antonio de Mendoza, año de 1540, que debía su-

bir hasta 36 grados a juntarse con el ejército de tierra, que mandaba Francisco Vázquez Coronado. Pero habiéndolo Alarcón esperado inútilmente mucho tiempo, se volvió al puerto de la Purificación. Siguióle a 27 de Junio de 1542, Juan Rodríguez Cabrillo, por orden del mismo Virrey, con dos navíos, y habiendo subido hasta los 44 grados y dado nombre en honor del Virrey que lo enviaba al Cabo Mendocino, padecidos crueles fríos, falta de bastimentos, y maltratados los bajeles, entró en el puerto de Navidad a 14 de Abril de 1543. Algunos años después D. Luis de Velasco, el joven, en su primer gobierno, mandó un barco nombrado S. Agustín al reconocimiento y demarcación de la misma costa, para hallar una escala a la nao de Filipinas; pero éste naufragó, y no se volvió a pensar más en el asunto, hasta el tiempo de su sucesor Conde de Monterrey, que por orden de Felipe II mandó en 1596, con tres navíos a Sebastián Vizcaíno, encargado de conquistar y poblar la California, de que los ingleses daban muestra de quererse apoderar. Acompañaban al General cuatro religiosos de S. Francisco. Reconocidos algunos lugares de la costa, se fijaron últimamente y plantaron su Real en la Bahía de la Paz, a quien dieron este nombre por la amistad y buena acogida, que hallaron en los indios. Registrada la tierra, y reconocida su esterilidad e insuficiencia para mantener tanta gente, envió el General la Almiranta con una lancha a registrar la costa y puertos más al norte. En uno de ellos saltaron en tierra cincuenta soldados, a quienes los indios dispararon algunas flechas. Se les respondió prontamente con una descarga de arcabucería, que mató tres o cuatro, e hirió algunos otros con fuga de los demás. Los soldados pasaron a tomar la lancha, quedando en tierra la mitad, por no ser capaz de todos. Mientras volvía la lancha, acudieron los indios en gran número, y al embarcarse los nuestros, con desorden y algazara los cargaron con tal furia, que entre heridos y aho-

gados quedaron muertos 19. Los demás a nado se acogieron al barco. Esta desgracia añadida a la falta de bastimentos que ya experimentaban, los hizo volver cuanto antes a la Paz. Aquí tampoco había víveres sino para un mes, y así hecha junta de oficiales, se determinó abandonar la conquista. Sin embargo animado el Conde de Monterrey con nueva Cédula de Felipe III, en 27 de sepbre. de 1599, envió segunda vez al mismo General con cuatro barcos, y tres religiosos Carmelitas. De ellos Fr. Antonio de la Ascensión, hizo un curioso diario del viaje, cuyo extracto está en Torquemada, y en el tomo 3, de las "Noticias de California". De esta expedición hicimos mención arriba, con ocasión de haber pretendido el Virrey que fuese en ella de Cosmógrafo de S. Md. el P. Juan Sánchez. Partió la armada de Acapulco en 5 de Mayo de 1602. Registró la costa exterior, hasta los 37 grados demarcándola con exactitud. Halló dos buenos puertos el de S. Diego en 33, y el de Monterrey, que en honra del Virrey llamó así en 37 grados. Desde aquí hasta el 42, no pudo hacer la demarcación tan exacta, por enfermedad de la gente, y oposición de los vientos, que últimamente lo hubieron de obligar a volver a Acapulco, donde entró por Marzo de 1603. Instó la Corte con nueva Cédula de 19 de Agosto de 1606, y el Virrey empeñó de nuevo al General Vizcaíno; pero muerto éste de enfermedad, pasaron 9 años sin darse paso en la conquista, hasta el de 1615, en que se dió licencia al Capitán Juan de Iturbi para tentar la empresa a su costa. De dos navíos, el uno le apresaron los ingleses: con el otro subió hasta los 30 grados donde conoció, que comenzaba a estrecharse el seno y juntarse las costas de California y Sinaloa. Obligados de los noruestes, y de la falta de alimentos, hubo de arribar a la Bahía de la Encarnación, vecina al pueblo de Thomé, donde el P. Andrés Pérez de Rivas le socorrió abundantemente. De allí pasó a la Villa de Sinaloa, y dió cuenta al Virrey, que lo mandó sa-

lir a convoyar la Nao de Philipinas, con la cual entró en Acapulco. Las perlas que llevó a México, entre las cuales de sola una dice Torquemada, pagó al Rey 900 pesos de quinto, encendieron los ánimos en deseos de aquella conquista, que pretendió facultad para hacer a su costa el Capitán Antonio Batán, por los años de 1628. El Consejo pidió informes al Virrey, Marqués de Cerralvo, y Real Acuerdo, y entre tanto, con pretexto de adquirir más ciertas noticias, logró licencia del Virrey para pasar a California, el Capitán Francisco de Ortega, el 1632, llevando consigo al Licenciado Diego de Nava, que el Sr. Obispo de Guadalajara nombró por su Vicario. Corrió la costa desde la Bahía de S. Bernabé hasta la Paz, rescatando perlas de los indios, que se hizo muy amigos. El viaje le salió tan bien, que repitió otros dos en treinta y tres y 34 con ánimo de poblar, para lo cual informó, que convendría pasar a California el presidio, que ya inútilmente mantenía el Rey en Acaponeta, y que se destinasen fondos en Nueva España para alimentos de los pobladores. Esta prudente y justa pretensión, se la frustró su piloto Esteban Carboneli, prometiendo, si le daban licencia, hallar en más altura tierras más templadas y fértiles en que mantener la tropa. La consiguió en 1636; pero se volvió con el desconsuelo de no haber encontrado, en cuantas alturas registró, sino indios desnudos y tierras pedregosas. Pocos años después, con ocasión de descubrir pasaje del mar del Sur al de el Norte, hizo viaje a la costa exterior de California el Capitán Bartolomé de Fuentes, enviado, según dice, del Virrey del Perú, año de 1640. Su relación está llena de mil falsedades y yerros gravísimos en la geografía de estos países, y por tanto, poco digna de crédito en todo lo demás. Siguiéronse los viajes de D. Luis Cestín de Cañas, y D. Pedro Portel de Casanate, en tiempo del Marqués de Villena, de que hemos hablado antes, y que nada tuvieron de considerable. D. Luis Cestín de Ca-

ñas en un informe hecho al Consejo, que hemos visto firmado de su puño, refiere haber visto dos mañanas seguidas, y algunas otras ocasiones todo aquel mar de un color rojo, y examinando curiosamente con diversas experiencias la causa de este fenómeno, que concuerda muy bien con lo que muchos años antes escribió Gómara en su *Crónica de Nueva España* Cap. 189. A éstos sucedió el Almirante D. Bernardo Bernal de Piñadero, que en 1664 emprendió la misma jornada, obligado al Rey con ciertos pactos. Su conquista se redujo a rescate y buceo de perlas, con vejación de los indios, y discordias de los españoles, riñas, delaciones y querellas, que lo hicieron volver bien presto a Nueva España. Informado de su resulta el Consejo mandó se le obligase a estar a lo tratado y así con dos barcos fabricados en Chacala, hubo de volver a California, el 1667, aunque con tan poco suceso como la primera. Tomó el negocio a su cargo el siguiente año de 68, el Capitán Francisco de Lucenilla, que llevó consigo a los PP. Juan Caballero Carranco y Fr. Baptista Ramírez, Religiosos de S. Francisco con quienes desembarcó en el puerto de la Paz. Los religiosos comenzaron a acariciar a los naturales; pero no se sabe con qué motivo los indios mal avenidos con sus huéspedes los molestaron de modo que hubieron de embarcarse atropelladamente al yaquí. A ésta siguió la entrada del Almirante Otondo, en 1683, con los PP. Kino, Goñi y Copart de que hicimos antes mención. El regreso de este último, arruinó de tal suerte toda esperanza de poblar la California, que se negó redondamente la licencia al Capitán Lucenilla, que tornó a solicitarla; pero los motivos políticos urgían, y así formado por el Fiscal de la Real Audiencia el cómputo de treinta mil pesos anuales, que se juzgaron indispensablemente necesarios, se mandaron entregar a el Almirante Otondo para nueva expedición, cuando en la misma semana se recibieron despachos de la Corte, pidiendo quinientos

mil pesos con la mayor urgencia, y añadiendo que la conquista de California se omitiese hasta no haberse restituido la paz a la Tarahumara, de cuyas turbaciones y revueltas dejamos ya escrito. Después de todo, por los años de 1694 se concedió licencia al Capitán Francisco de Itamarra, para hacer a su costa, nueva entrada tan inútil como las demás, y de que sólo trajo la noticia de que los indios de S. Bruno esperan con ansia al P. Kino, que a su despedida les había prometido volver a verlos. Finalmente después de veinte y aún más viajes en tantos barcos, por tantos capitanes, empeñada la Corte, los Virreyes, las Audiencias, los Almirantes por cerca de doscientos años con gastos tan exorbitantes, que sólo la expedición del Almirante Otondo costó al Real Erario, como dijimos, doscientos veinticinco mil pesos, un pobre religioso con la condición de nada pedir a la Real Hacienda emprende y logra una pacífica y constante colonia en California, principio de otras regulares poblaciones, en que es reconocido y adorado Jesuchristo y obedecido el Rey Cathólico en cerca de cuatrocientas leguas.

La que hemos pintado hasta aquí, tanto en sí misma por las propiedades del terreno, como por los efectos experimentados de tantos conquistadores, es aquella riquísima California, tan repetida en los libelos de nuestros émulos, a donde los jesuítas se habían arrastrado todo el comercio de las Filipinas, de la China y del Japón; y formándose una especie de monarquía, de que no les faltaba ya otra cosa, que acuñar moneda y tomar el título de algún Casimiro o Nicolao. Pero, volvamos a nuestro cuento.

El P. Salvatierra, tomada pacífica y cuanto fue posible solemne posesión en nombre del Rey, en 25 de Octubre, comenzó el trabajo de la reducción e instrucción de los indios, que acariciaba, haciéndoles repartir después de la Doctrina, pozole o maíz cocido. El amor y blandu-

ra con que los trataba el buen Padre, motivó su importunidad, de que pasaron bien presto a las quejas y a pequeños hurtillos. Las providencias que fue menester tomar para no dejarles libre ocasión de robar, encendieron su cólera, y en ausencia de la mayor parte de la gente, que se había enviado a el yaqui por bastimentos y en busca de la lancha perdida, determinaron acabar con el P. y con los españoles el 31 de Octubre. Túvose noticia de ello por un cacique enfermo, que asistía continuamente en el Real y había ya pedido el bautismo. Se esperaba el asalto aquella noche, con bastante inquietud, cuando se oyó de el mar un tiro de arcabuz, y luego otro de pedrero, a que se respondió del Real con los mismos. Esparcida la voz de que era la lancha, que venía con gentes de refresco, cesó por entonces el peligro. A la mañana siguiente desapareció la embarcación, que era la galeota forzada del viento a haber venido hasta cerca de la Isla del Carmen, desde las riberas del Yaqui. Con su partida volvió el ánimo a los salvajes. Hurtaron por aquellos días un caballo, el único que se había llevado a California, que salieron a buscar dos soldados con veinte flecheros. Sorprendieron y pusieron en fuga a los ladrones que se preparaban ya a comerlo. A pocos días quisieron hacer lo mismo con el poco ganado que guardaba un indio de Sinaloa, pero a las voces del pastor se corrió en su defensa y pudo evitarse el robo. Bien presto, se vió todo el Real cercado de flecheros en número de más de 500. De los indios amigos, no quedó más de uno de trincheras adentro. Los diez hombres que había en el presidio, se prepararon valerosamente a la defensa. Después de algunas descargas de flechas y de piedras, sin daño alguno, acometieron los bárbaros con furia y algaraza horrible; pero en dos horas ninguno pudo franquear la trinchera, aunque, según el orden del Padre Salvatierra, no se tiraba a matarlos, sino en extrema necesidad. Después de las dos horas, se retiraron repentinamente; pero a poco rato

volvieron con mayor ardor a la carga. Los pocos del Real se vieron en tanto aprieto que se mandó disparar el pedrero; pero éste reventó, sin daño del enemigo, y con mucho peligro de los cercados. Esta desgracia animó a los indios, que acometieron con más furia. Ya fué forzoso asegurar los tiros, y no bastando los ruegos e instancias del Padre para que se retirasen del peligro, antes lloviéndole de todas partes muchas flechas, hubo de apartarse y dejar jugar la arcabucería. Comenzaron a caer muertos o heridos los indios, aunque muy pocos, porque luego huyeron los demás. Respiraron un tanto los cercados, y se preparaban para nuevo asalto, cuando vieron venir al cacique enfermo, y tras de él a las indias con sus hijuelos, que es entre ellos la señal segura de amistad. El Padre las consoló en su llanto, y quedándose como en réhenes con uno de los chicuelos, las mandó a sus maridos con promesas de paz y de perdón. Los españoles atribuyeron a especial favor de la Señora de Loreto haber quedado sin daño alguno, fuera de dos heridos muy superficialmente. Aconteció esto el día 13 de noviembre, y al siguiente, por la mañana, llegó la lancha perdida con noticia de que presto llegaría la galeota. Los de la rancharía de San Dionisio, cabezas del pasado alboroto, acosados de los de otras rancharías por la muerte de sus compañeros, que ellos habían empeñado en la acción, vinieron arrepentidos al Real a implorar el socorro, entregando las armas, en señas de amistad. Se les admitió benignamente, y aún se les permitió fabricar fuera del recinto segunda trinchera. Con intervención del Padre Salvatierra, se hicieron luego las amistades entre estas rancharías, y se dió el bautismo a un herido, que lo pidió con ansia, y expiró luego. Bautizáronse también tres párvulos, uno de ellos hijo del cacique enfermo, llamado Jerónimo, (1) que pocos días antes, con motivo de un ver-

(1) Su nombre en la "Historia" es de Manuel Bernardo H6. Vol. III, pág. 99.

gonzoso e incurable cáncer que padecía, había conseguido el mismo beneficio. Este indio había comenzado a instruirse en la religión desde la entrada del Padre Kino, y algunos días después de bautizado murió con indicios bastantes de su eterna salud, en el mismo mes de noviembre. A fines de éste, dada ya orden en todo lo perteneciente a lo militar y económico de la misión, apareció la galeota con el P. Pícolo y bastimentos que se procuró volver luego a su dueño, enviando en ella al Reino las primeras noticias de la espiritual conquista.

En este tiempo en la Pimería se proveyó de misionero la Misión de Caborca ya restablecida, y de nuevo la de Santa María Suanca, a que se agregó el pueblo de Cocospera. El Padre Kino condujo a uno y otro a su partido, visitó las rancherías de San Javier del Bac, de San Luis, de San Cayetano, y algunas otras. Recibió después a los Sobaipuris, que deseosos de instruirse y bautizarse vinieron, segunda vez, de muchas leguas, a Dolores. El Padre respondió cuanto había representado a los superiores para obtenerles aquel consuelo que él no podía darles por sí mismo. Con esta respuesta determinaron pasar a verse con el Padre Visitador, que residía en la Misión de Base-raca. El Padre los recibió con agrado, y prometió informar de nuevo al Padre Provincial, que preocupado de siniestros informes había, como dijimos, revocado la primera orden. Para hacerlo con más satisfacción pretendió del Gobernador, con gusto de los mismos indios, que pasase a sus tierras un oficial con algunos soldados a certificarse de su fidelidad. Pasaron allá efectivamente, acompañándolos el Padre Kino con el Capitán D. Matheo Monge. Hallaron a los indios en una danza, con que actualmente celebraban una victoria alcanzada contra los Apaches, cuyas cabelleras hacían la parte principal del festín. Esta contingencia los desengañó de la alianza, que falsamente se les atribuía con los bárbaros, autores de tantos estragos. De allí intentó el Padre pasar a las ribe-

ras del Gila. Temían los soldados persuadidos a que era exponerse al furor de los bárbaros, en tierras enemigas. Serenó el Padre Kino sus miedos, diciéndoles cómo aquellas tierras eran del cacique, cuyos hijos párvulos había él bautizado poco antes. Con esto cobraron valor, y en efecto a pocas jornadas encontraron al dicho cacique, que con regalos del país y grandes muestras de amistad, salió a recibirlos al camino. Llegaron a las Casas Grandes, que registraron con gusto. Descubrieron una zanja ancha como de seis a siete varas, por donde conducían la agua del Gila, para regar una campiña, alrededor, de muchas leguas de extensión. A su vuelta halló que los enemigos habían cuasi arruinado el pueblo de Cocospera, y acometido después a Santa Cruz de Quburí; pero que el Cacique Coro había vengado este ultraje, con muerte de más de doscientos apaches. Se alegró el buen Padre de esta nueva y señalada prueba de la calumniada fidelidad de sus Pimas.

Entre tanto, a principios del siguiente año de 98, llegó al Padre Kino la noticia de los felices sucesos del Padre Salvatierra en California, y orden, tanto de parte del Virrey como de los Superiores de la Compañía, para que viese si desde las playas de Pimería podía, por medio de algún buen puerto, proveerse con menos peligro y tardanza a las necesidades de la nueva colonia. Obedeció Kino, y partiendo hasta las Casas Grandes en las riberas del Gila, caminó más de 100 leguas, fomentó las esperanzas de muchas de aquellas rancherías, halló algunos Opas, y Cocomaricopas, naciones que habitan cerca del lugar donde el Gila desagua en el Colorado, se informó de ellos del camino hasta el mar, y después de habérselos aficionado y convidado, por medio de ellos, al grueso de la nación, pasó a San Andrés, de donde a 80 leguas de camino dió con el seno de California, y en él con una bahía proveída de agua y leña. Subió al monte de Santa

Clara, (1), situado cerca de la playa a la altura de 32 grados, y afirma, por dos veces en sus cartas haber distintamente reconocido cómo el Seno de Cortés termina y remata en la embocadura del río Colorado. (2) Registró el hombre en esta peregrinación de más de trescientas leguas, muchas y muy numerosas rancherías de gente apacible, dócil y cariñosa, à las cuales, según su costumbre, puso los nombres de San Francisco, Serafín, la Merced, San Rafael, San Marcelo de Sonoidag, San Eduardo y San Luis de Oacapa, lugar que se dice haber sido en otro tiempo, término del célebre viaje de Fray Marcos de Niza. Envió el Padre Kino a los Superiores y al Padre Salvatierra menudos informes de todo lo que pertenecía al socorro de California.

Esta misión lo había pasado en el año de 98 con muy diversa fortuna. A principios del año comenzaron à alterarse de nuevo los indios inducidos, a lo que se creía, de sus sacerdotes y doctores, desengañados ya de que aquellos hombres no venían ahora, como antes, a un buceo pasajero, sino a morar de asiento en el país, y a mudar la religión y las costumbres. A estas habilllas siguió el robo y destrozo de una canoa, que hicieron astillas en la plaza, mientras otros, más de 100, acometieron a solos cuatro de los nuestros, que se defendieron con valor, y aún obligaron a los salvajes a volver reconocidos al Real de Loreto. Los Padres ya con alguna inteligencia del idioma instaban diariamente a la instrucción de los catecúmenos, hasta que llegando al tiempo de la pi-

(1) Santa Brígida, desde donde divisó un puerto que creyó sería Santa Clara, de los antiguos geógrafos. *Vol. III, pág. 103.*

(2) Por este y otros pasajes en que las "Memorias" discrepan de la "Historia", se viene en conocimiento de que en Italia el P. Alegre siguió la narración que de estos hechos se hace, en los "Apostólicos Afanes de la Compañía de Jesús, escritos por un Padre de la misma Sagrada Religión de su Provincia de México", obra publicada en Barcelona en 1764, apartándose de lo que el mismo P. Alegre, tomando por guía los manuscritos del P. Kino, había consignado en la Historia.

tahaya, comenzaron a retirarse. Baptizábanse entre tanto algunos párvulos, adultos ninguno, sino en caso de necesidad, siempre recelosos los Padres de que por algún acontecimiento se viniese a abandonar la tierra. Poco faltó para verificarse este triste pronóstico. A mediados de junio, todo el bastimento se reducía a tres costales de harina mal molida, y tres de maíz agusanado. La lancha tardaba ya dos meses, y de México no había esperanza de socorro. En este estado miserable llegó a desmayar aun el valor del Padre Salvatierra, y acudió a un novenario a la Virgen de Loreto. Terminó la novena el día de San Luis Gonzaga, y en el mismo, llegó de Chacala un barco cargado de provisiones, que enviaba el Padre Juan de Ugarte, con siete soldados voluntarios. Se dieron gracias a la Madona Santísima, y el Padre Salvatierra creyendo perdida la lancha, trató de comprar el barco, que sirvió muy poco a la misión. En el primer viaje echó a perder toda la carga y en el segundo dió al través con grande atraso de la pobre colonia si no lo hubiese resarcido la liberalidad de D. Pedro Gil de la Sierpe dando un barco y una lancha, que inmediatamente comenzaron a servir, llevando de Matanchel y del Yaqui, con feliz viaje, todo género de provisiones, y singularmente una gran partida de yeguas, caballos y ganado, limosna oportuna de D. Agustín de Encinas, que dejó después heredero de su piedad y beneficencia, en su hijo Don Miguel. Con este socorro, el siguiente año de 1699, se comenzaron a hacer algunas excursiones por el país. Se reconoció el sitio de Londo, de numerosa ranchería, a 99 leguas de Loreto; y otro más cercano a el poniente del Presidio, detrás de una áspera Sierra llamado Viggé Biaundo, cuya gente pareció más capaz de instrucción, y se destinó para sitio de la segunda misión consagrada a San Francisco Xavier, a cargo del Padre Francisco María Pícolo, que a principios de octubre comenzó a cultivar aquel terreno. Por este tiempo,

D. Luis de Torres Tortolero, había hecho dejación de su empleo de Capitán de Presidio, que se confirió a Don Antonio Garofa de Mendoza.

A esta misma sazón, una peligrosísima y nunca antes experimentada enfermedad, hacía grande estrago en el puerto de Veracruz. Comenzaba con un vehemente dolor de cabeza y quebrantamiento de todo el cuerpo, a que seguía una fiebre muy aguda, con delirio, un ardor rabioso en las entrañas, que no permitía a los enfermos un instante de quietud, hasta que arrojando algunos vómitos de sangre denegrida, a los tres o cuatro días de enfermedad espiraban. Trajo a aquel puerto (por sí mismo bastantemente temible y malsano) este nuevo género de epidemia, hoy conocido con el nombre de vómito prieto, una armazón de negros apestados de ella desde las costas de Guinea. De estos infelices esclavos, se comunicó el contagio con tanta fuerza y prontitud, que toda la ciudad era un hospital. Los Padres, como siempre, en semejantes circunstancias, se dedicaron sin reserva al consuelo y servicio de los enfermos, en que nueve consecutivamente dentro de pocas semanas ofrecieron al Señor su vida, en holocausto, siendo necesario para proveerse aquel Colegio, que los Superiores no señalasen sujetos, sino de los que voluntariamente llevados de su fervor, querían sacrificarse a una cuasi inevitable y pronta muerte. Sin embargo jamás faltaron operarios que tuviesen semejante valor, hasta que mitigando el calor algún tanto con la estación de los nortes, que hacen el invierno del país, cesó por entonces la epidemia, aunque para repetir cuasi anualmente, hasta ahora, especialmente cuando por las flotas o semejantes ocurrencias abunda la gente extranjera, que es siempre la más expuesta a este fiero accidente.

En la Pimería, la nueva entrada a las naciones del Gila, en vez de atraer estimación al celo infatigable del Padre Kino, le atrajo nuevas murmuraciones de gentes

indiscretas. Decíase y se escribía también a México, que por andar visitando y convidando nuevas gentes, se dejaban de asistir las ya reducidas: que los Opas y Yumas, y demás naciones del Gila, eran inconquistables, fierísimas, y que sólo se mantenían de carne humana. El hombre de Dios acostumbrado ya a semejantes contradicciones, pidió a los Superiores que le dejasen llevar en su Compañía algún padre y seglares, de cuyo informe confiasen más para desvanecer la calumnia y volver por el sincero deseo de aquellas gentes a quienes era deudor. En efecto repitió el mismo viaje por febrero de 99, dejando en San Marcelo porción de ganado para socorro de la Misión de California, si como había propuesto venía algún barco a Santa Clara, reconoció las nuevas rancherías que llamó de San Pedro y San Pablo, tuvo noticia de los Alquedomas y Cretoguanes, gentes que habitan allende del Río Colorado, y de la junta de éste y del Gila. Los Cocomaricopas, entre otros regalillos, ofrecieron al Padre algunas conchas azules, cosa que le sirvió de mucho consuelo, por imaginar que su país confinaba con la California, en cuya costa occidental sólo se hallan dichas conchas. A la vuelta descubrió el Río Azul, que por entre frondosas alamedas corre a juntarse con el Gila, y creyendo que este río nacía o corría a lo menos por tierras de los Moquis, envió, como antes ya lo había hecho, mensajes muy cariñosos a esta nación, que muertos 21 misioneros franciscanos, había algunos años antes sacudido el yugo de la Religión, de lo que parecían estar ya arrepentidos.

A su entrada a Dolores recibió los cumplimientos del cacique Humarí, que con la noticia de haber vencido una gran partida de apaches y muerto treinta y seis de ellos, le enviaba cinco niños de aquella nación para su servicio, los cuales el Padre bautizó y crió con mucho amor, mirándolos como semilla, que tal vez podría ser de mucha utilidad para sus antiguos designios de la conver-

sión de los apaches. Informaron a México del suceso de esta jornada, el Padre Adán Jilg, con algunos seglares que lo acompañaron en toda ella. Para mayor abundamiento y entera satisfacción del Padre Provincial, tomados algunos meses de descanso, salió otra vez el Padre Kino por octubre en compañía del Padre Antonio Leal, superior de las misiones de Sonora, y del Padre Francisco Monzalbo. El designio del varón apostólico era no sólo hacer testigos a los Padres del número, docilidad y proporciones de las rancherías descubiertas para que se atendiesen sus deseos, sino también llegar a los confines de los Apaches y ver cómo podía, introduciéndose en su estimación, impedir tantas calamidades y atraerlos suavemente a Jesucristo. Consiguió lo primero con mucha edificación y consuelo de sus dos compañeros; pero no pudo conseguir lo segundo, a causa de la enfermedad de algunos de la caravana, que le obligó a restituírse con prisa a Dolores. Seríamos muy molestos, si quisiésemos seguir con una circunstanciada narración todas las correrías de este hombre incansable, que si en lo dicho hasta aquí fueron continuas, largas e importantes, lo fueron mucho más desde el año de 1700, hasta su fallecimiento. El juicio que se había formado de que la California era una península confinante con la Pimería, lo empeñaba cada día más a nuevos descubrimientos con la esperanza de poder servir igualmente a una y otra situación. En 21 de abril emprendió una nueva excursión en que reconoció una ranchería que llamó de San Jerónimo. De aquí, caminadas más de 70 leguas, llegó a un sitio de diferentes montañas, desde cuya cima, aún ayudando la vista con un buen anteojo, ni por el Poniente, ni por el Sur, ni en todo el cuadrante de horizonte entre una y otro pudo descubrir el mar de California en todo el trecho que se divisaba, dice el mismo Padre, como de más de 30 leguas, y desde donde vió claramente el ángulo de tierra que forma la junta del Gila y Colorado. Se

informó de las naciones que habitaban aquellas tierras y supo ser Quíquimas, Bagiopas, Hoamonomas y Cut-guanes. Pasó el río Gila, convidado de los Yumas, y cerca de su junta algunas leguas halló una ranchería que llamó de San Dionisio numerosa, de más de 150 almas y en altura que observó de más de 35 grados. Notó el curso del río, y afirma que después de la junta corre como diez leguas al poniente y luego como 20 al sur, hasta desembocar en el Seno Californio.

Las noticias de este descubrimiento mandó muy individuales al Padre Salvatierra, con las cuales se animó éste a pasar al Yaqui, para acompañarse con el Padre Kino en una jornada que imaginaban había de ser la decisiva en el asunto. No era éste el solo motivo que empeñaba al Padre Salvatierra a emprender aquel viaje; llevábanle también las necesidades de su misión de California que se hallaba en notables trabajos. El barco San Joseph se había enteramente inutilizado: el San Fermín, dádiva que dijimos del Thesorero Don Pedro Gil de la Sierpe, por descuido de los pilotos, había varado en los bajos de Hajome, y quedaba sólo la lancha bien maltratada. Había el Padre Salvatierra representado al Virrey, los trabajos de la nueva colonia e implorando su protección para que a lo menos se pagase de la Real Hacienda el Presidio. Desde Sinaloa, habiendo sabido la pérdida del San Fermín, repitió segunda representación, pidiendo se adjudicase a la California un barco del Perú, que en aquellos días se había dado por decomiso. El Padre Ugarte, como Procurador de la misión en México, hizo igualmente cuanto pudo para su alivio, todo inútilmente, pretextándose agotado el Real Erario, con la conquista de la Provincia de Texas y establecimiento de una nueva colonia en Panzacola. Añadíanse a estas aflicciones los interiores disgustos ocasionados del nuevo Capitán del Presidio, que correspondiendo ingrati-simamente a la confianza del Padre Salvatierra, en car-

tas así al Virrey, como a otras personas de autoridad, vomitaba atroces injurias contra los dos misioneros, que no dejaron de hacer impresión en algunos Reales Ministros, no muy afectos a la Compañía. Los más aficionados se resfriaron algún tanto en la contribución de las limosnas que daban o habían prometido dar a la misión. Esta falta obligó a reformar el número de los presidiarios, dejando solos 12 que voluntariamente quisieron acompañar a los padres. De aquí la insolencia de algunos indios, la omisión de entradas necesarias y de nuevos establecimientos con demora de los bautismos. Tales eran los motivos que forzaron al Padre Salvatierra a pasar el mar en una pequeña lancha. Por enero de 1701 pasó a verse con el Padre Eusebio Kino y conseguido del Gobernador diez soldados que los acompañasen, se preparaban a partir por febrero, aunque una invasión de los enemigos apaches en el pueblo de Cucurpe, los hizo detenerse hasta el 1° de marzo, que pudo desembarcarse el Padre Kino. Alcanzó en Caborca al Padre Salvatierra que había salido algunos días antes, y el 10 salieron juntos de Caborca. En San Marcelo tuvieron noticia que el camino por la costa de allí al Colorado era de unos arenales de muchas leguas, sin aguajes ni pastos. Sin embargo, siéndoles muy importante reconocer la costa, determinaron atropellar por aquella dificultad que finalmente les hizo malograr la jornada, porque hallándose el 21 en la playa a los 31 grados con los caballos fatigados del arenal, faltos de agua y de pastos y con noticia por unos indios de San Dionisio que aún les faltaban de aquel molesto camino como 30 leguas, hubieron de retroceder a San Marcelo, con ánimo de excusar por algún extravío el arenal, como lo ejecutaron hasta ponerse en altura de más de 32 grados, pero el desaliento de las bestias los hizo volver a San Marcelo y restituirse a Dolores hasta mejor ocasión. En este viaje el Padre Salvatierra con el Capitán Matheo Mango, primera vez, y segunda toda la comitiva

en dos distintas alturas, vieron coronarse los cerros de California, típicos dice el Padre Salvatierra, con los de Nueva España. Reconocieron la Sierra Grande del Mezcal y la llamada Azul de California, y vieron distintamente la unión de aquella península con la Alta Pimería. Comenzaron en San Marcelo una Capilla a la Santísima Señora de Loreto, recibieron mensajes de los Quiquimas que los convidaban a pasar a sus tierras, supieron a su vuelta una señalada victoria conseguida sobre los Apaches, por los Sobaypuris, comandados por el Cabo Juan Baptista Escalante, y lo que sirvió de mayor consuelo al Padre Kino la llegada de cuatro misioneros que se destinaban a Guebabi, a San Javier del Bac y otros lugares de la Pimería.

El Padre Salvatierra tornó por abril al Loreto, donde halló un nuevo y utilísimo compañero en el Padre Juan de Ugarte que dejando el cargo de Procurador al Padre Alejandro Romano, había un mes antes llegado a California. No tenía el Padre Ugarte facultad de los Superiores para permanecer en la Península; mas la consiguió a instancias suyas el Padre Salvatierra. Se determinó que el Padre Pícolo pasase a Nueva España a varios negocios urgentes de la misión; pero dos veces que se embarcó, arribó por los malos tiempos y hubo de esperarse hasta mejor sazón. Reservábalo el Cielo para un gran peligro, porque los indios de Viggé, repentinamente atumultados, acometieron la capilla y casa, ausente el misionero, que por aviso de indio fiel pudo salvarse en Loreto. Destrozáronlo todo, maltrataron las santas imágenes y atravesaron con dos flechas una muy hermosa de la Santísima Virgen, por decir que aquella era la querida de el padre. Salió prontamente en busca de los malhechores el Teniente Isidro de Figueroa; que por dejación de D. Antonio de Mendoza había entrado poco antes en el oficio de Capitán. Los indios abandonaron la ranchería, quisieron los soldados seguirlos, el capitán se opuso y es-

te disgusto fué ocasión de una nueva elección, en que dió el empleo de Capitán del Presidio por votos de cuasi todos a D. Esteban Rodríguez Lorenzo. Apretaba la necesidad cada día y así a fines del año fué forzoso apresurar la partida del padre Pícolo, quedando en su lugar el padre Ugarte con el cuidado de la Misión de San Javier.

En este año se había conseguido en la Puebla, a diligencias del P. Provincial Francisco Arteaga, la licencia de S. M. para la fundación de un nuevo Seminario. Hasta entonces se había pasado (1) con el antiguo de S. Jerónimo, no sin grande incomodidad, lo primero por su pequeñez, lo segundo por la distancia desde allí al Colegio de S. Ildefonso, donde era necesario pasasen diariamente a oír las lecciones de Filosofía y Theología los jóvenes que cursaban aquellas facultades. Se había pretendido dicha fundación desde los últimos años del reinado de Dn. Carlos II, y pedido S. M. informes al Ordinario en que hubo alguna contradicción. Vencida finalmente, se obtuvo el Real Beneplácito, y dispuesta una casa en sitio lo más vecino que se pudo al Colegio de S. Ildefonso, se pasaron a ella los Colegiales, acompañados de lo más noble y lucido de la ciudad, el día 30 de Julio, víspera de nuestro P. San Ignacio, a cuyo honor estaba dedicado el nuevo Seminario. Se debió singularmente fuera de algunos otros bienhechores, a la piedad y beneficencia del P. Nicolás de Andrade, que cedió a este fin una gran parte de su cuantiosa legítima. Fué primer Rector de aquel Colegio el P. Antonio Arias, que después de su gobierno y de haber ocupado las cátedras con aplauso, deseoso de nuevos trabajos en la conversión de los gentiles, pasó a la Provincia de Filipinas. Pretendió el P. Arteaga, juntamente con la fundación del Seminario, el título de Real, poniéndolo bajo la protección de S. M. Vino efectivamente concedido este título

(1) En el manuscrito, "sasado".

con dos condiciones. La primera que el Real Erario no hubiese de contribuir cosa alguna a dicha fundación. La segunda, que no hubiese en la ciudad otro colegio Real. Esta segunda causaba mayor dificultad, por hallarse fundado en la misma ciudad el Colegio Real de S. Luis, a cargo y dirección de los RR. PP. Predicadores; pero como este Colegio, ni se había fundado para mantener, ni mantenía algunos convictores o estudios públicos, se representó de nuevo a la Corte, y efectivamente concedió S. M. el título de solo Patronato, honor y desnuda protección al Colegio Real de S. Ignacio, que ha sido después en aquella Diócesis de grande utilidad. Su fábrica aumentó grandemente en estos últimos años el P. Nicolás de Calatayud, contribuyendo con cuasi el total de las expensas el Ilmo. Sr. D. Domingo Pantaleón Alvarez de Abren, Dignísimo Obispo de aquella Ciudad, y cuya memoria deberá vivir siempre en el ánimo de todos los Jesuítas de Nueva España. A este mismo tiempo debe referirse la fundación del Colegio Seminario de Sn. Pedro, en la Ciudad de Mérida, capital de Yucatán, de que no nos hallamos en estado de poder dar más particulares noticias.

Por noviembre de este mismo año de 1701, el P. Eusebio Kino, en virtud de lo que por por la primavera había prometido a los Quiquimas, determinó ponerse en camino. Reconoció las nuevas rancherías de Ooltan, y Anamic, a que puso los nombres de San Estanislao y Sta. Anna, pasó por S. Marcelo a la de S. Dionisio, y de allí a otra aún más numerosa y última de los Yumas, a que dió nombre de Sta. Isabel. Allí vinieron a cumplimentarle, en gran número, los Quiquimas, a cuyas tierras entró luego, dando a su primera ranchería el nombre de S. Félix de Valois. En los dos días que allí se detuvo dijo misa, con grande admiración de los salvajes, que no se hartaban de ver el ornamento matizado de varias flores, pretendiendo que el P. lo tuviese puesto to-

do el día, para que gozase de aquella vista toda la nación. Se hizo correr a su vista un caballo para hacerles creer cuánto excedía en velocidad a los más veloces indios. El día 21 de noviembre pasó el Río Colorado en una balsa de maderas secas, que gobernaban nadando al costado los indios en gran número. El río, por este sitio, que se llamó de la Presentación, y de donde apenas faltaría para su embocadura una jornada, tendría de ancho, según la relación de los Indios, como doscientas varas, y mucha profundidad, si no es en las orillas. Los indios le pasan a nado llevando sus frutos y carga en una especie de coritas o bateas tejidas de yerba, impenetrables a el agua, y tan grandes, que abarcan más de una fanega de Maíz. Llegó al país del principal cacique. Por un camino llano, y tierras que le parecieron muy fértiles, supo que las conchas azules las traían de otro mar, que decían estar de allí como diez jornadas, según toda apariencia, el de el Sur. El P. Kino, persuadido a que se hallaba en tierra de California, escribió desde allí al P. Salvatierra una carta, que sin embargo de toda su recomendación, jamás llegó a sus manos. Pensaba el P. poder llegar a lo menos a la contra-costa del Sur, y habría llegado efectivamente si hubiera sido posible hacer pasar el Río a los caballos; pero no habiéndose podido conseguir, se vió obligado a volver a su misión.

Al año siguiente de 1702, repitió la jornada en compañía del P. Martín González, misionero de Oposura. Reconocieron otra nueva rãnchería de Quiquimas, que llamaron S. Rudecindo, de gente tan afable y cariñosa, que el P. Martín González llegó a repartirles aún parte de su ropa. Caminando luego río abajo, por la ribera oriental del Colorado, llegaron a otro sitio a que dieron la advocación de S. Casimiro. De aquí bajaron a los esteros mismos del mar, donde hicieron noche el día 10 de Marzo, tan vecinos a la Costa, que el flujo y creciente de las olas les llegó cuasi hasta sus lechos. El día 11, dice el

P. Kino, les salió el sol por sobre el mar de California, sin verse más agua por el poniente, norte o mediodía. Los muchos indios que venían a la costa occidental del Colorado, les convidaban con mil ademanes afectuosos a pasar a la otra orilla. Se confirmaron en la misma distancia de allí al mar del Sur, que les habían dicho en el viaje antecedente; pero no se pudo proseguir adelante, así por la dificultad de pasar las bestias, como por una enfermedad que acometió al P. González, y que a la vuelta, a pocos días, le acabó la vida, en Tubutama.

Por este tiempo, a informes del Gobernador y Capitán General de Yucatán, vino Cédula del piadosísimo Rey Dn. Felipe V (1), el año antes entrado a gobernar en España, dirigida al Sr. Obispo Dn. Pedro de los Reyes, en que ordenaba se encargase a la Compañía la reducción y doctrinas de los indios del Petén. Yace este país, entre las provincias de Tabasco y Verapaz, y forma como la garganta por donde la Península de Yucatán se junta al continente de Nueva España. La Villa de los Remedios, es la capital del corto terreno que allí poseen los españoles, estando aún lo demás en poder de salvajes fieros, que ninguna industria o fuerza, ha sido capaz de reducir a vida política y christiana. Los Sres. Obispos, parte por medio de los religiosos de S. Francisco, parte por clérigos seculares habían, variás veces, intentado la conversión de aquellas naciones, siempre sin fruto alguno. El Ilmo. llamando al P. Rector, le notificó la Real Cédula, obligándole a que dentro de tres días hubiese de responder decisivamente para dar cuenta a S. M. en un barco que estaba surto y próximo a salir del puerto de Campeche. Conoció el discreto jesuíta, que toda aquella prisa, en un asunto, que en nada pendía de su voluntad, no era sino para cumplir por una parte con el Real encargo, y por otra informar a la Corte, que

(1) Fechada el 12 de Junio de 1703, Vol. III, pág. 137.

los jesuitas no habían querido aceptar dichas misiones, o fuese porque S. Ilma. no gustaba de encomendarlas a regulares, o por tener aquella ocasión de disminuir en el Consejo el crédito a las representaciones del Gobernador, con quien era muy antigua y muy pública la discordia y competencia del Prelado. Sea de esto lo que fuere, el P. Rector respondió con grande indiferencia, que en aquel punto no tenía arbitrio alguno por pertenecer privativamente al P. Provincial a quien, en primera ocasión, daría cuenta. Con esta respuesta el Ilmo. inmediatamente solicitó en toda su Diócesis clérigos que enviar al Petén, y los envió efectivamente, aunque con el mismo suceso que las otras veces, y quizá tocaremos adelante (1).

En la California, desde fines del año antecedente, se pasaba con notable incomodidad, que a la mitad de este año llegó a ser cuasi extrema, precisados así los presidiarios como los PP. a buscar personalmente el sustento, ya en el mar, ya en el monte, con las frutillas, raíces y demás groseros alimentos de los indios. Aumentó los trabajos la imprudente pasión de un soldado, que a él le costó la vida, a manos de los salvajes inquietos (2), y estuvo para ser la ruina de toda la misión. Oportunamente llegó la lancha con bastimentos y con algún socorro de gente, cuya presencia enfrenó el atrevimiento de los mal contentos, hasta restituirse la antigua tranquilidad. El P. Pícolo se había presentado por Marzo en México, cobrando de la Real Hacienda seis mil pesos, que

(1) Nada dice la "Historia" de la mala voluntad del Obispo, narra, sólo, que hablando la Cédula en términos de curatos y administración parroquial, no llegó a tener efecto la adjudicación o encargo, reservándose el dar cuenta reservada al Rey, de los motivos por los que no se admitían esas misiones. *Vol. III, págs. 137 y 138.*

(2) Suponemos que esta frase reticente corresponde a otra de la "Historia" y que las dos se refieren a un mismo hecho; ella es "irritados los naturales por la muerte injusta de un indio californiano". *Vol. III, pág. 135.*

el Rey por Cédula de 17 de Julio del año antecedente había mandado se diesen anualmente a la Misión de California, a que añadía la petición de un barco, seis soldados y tres misioneros. Mandóse pagar efectivamente la dicha cantidad, y de lo demás se resolvió dar cuenta a la Corte. Al tiempo mismo que se dificultaba sobre la manutención de los tres misioneros que se pedían a S. M., movió el corazón del Ilustre Sr. Dn. Joseph de la Puente, Marqués de Villapiente, para fundar en la California tres misiones, a que acrecentó otra la piedad de los Sres. D. Nicolás de Arteaga y su esposa Dña. Josepha Vallejo. En consecuencia de esto, se pidieron al P. Provincial cuatro misioneros, pero la escasez de sujetos en que se hallaba la Provincia no permitió señalar más de dos, que fueron los PP. Juan Manuel Basaldúa y Jerónimo Minutili, con los cuales y cuantos socorros pudo recoger, pasó el P. Pícolo a California, a la cual, serenada por intercesión de la Señora de Loreto una furiosa tempestad, llegaron a los 28 de Octubre. El P. Salvatierra, con el P. Minutili, quedó en Loreto, el P. Basaldúa pasó a S. Javier, con el P. Pícolo, y el P. Ugarte tuvo orden de embarcarse para Sinaloa, a recoger algún ganado, mulas y caballos, de que grandemente se necesitaba en la Misión, a donde volvió con buena provisión, por febrero de 1703. Lo demás de este año, se pasó en algunas entradas por diferentes rumbos, buscando sitios cómodos para el establecimiento de nuevas misiones, ya en sosegar los mal contentos de Vigé, que en ausencia de los PP. llamados al Loreto a celebrar el Corpus, habían muerto algunos christianos y atemorizado a los demás. Los pocos que pudieron recogerse, amenazados por el Capitán, entregaron al principal autor de todos los tumultos pasados, que fué sin embargo de la intercesión de los PP., sentenciado a muerte y ajusticiado, con grande resignación del delincuente y provechoso escarmiento de los demás. Al fin del año el P. Minu-

tili, por falta de salud, hubo de dejar con dolor la California, y a pasar a Sinaloa con las tristes reliquias de tres embarcaciones, que poco antes habían naufragado en el Golfo.

Los que quedaban en la Misión, estuvieron cuasi a punto de desampararla, por la extrema necesidad a la entrada del siguiente año de 1704. El P. Pícolo hizo algunos viajes al puerto de Guaymas, cuya misión de S. Joseph se había agregado a la California; pero a pesar de todas las diligencias de este fervoroso jesuíta, y aun del P. Kino, que con diferentes arbitrios y viajes desde la Pimería, hasta a aquel puerto, les procuraba todo alivio, apenas se conseguía vivir con quietud pocos días. El P. Basaldúa había también desde Matanchel pasado a México para el mismo efecto, y lo cierto es que atendiendo a la voluntad del Rey, hubiera conseguido el más sólido y el más cómodo establecimiento a su amada Colonia. En efecto, el joven Rey Felipe V, anteponiendo a las necesidades del Estado y aun las propias de su Real persona, las de los hombres apostólicos, empleados en la conversión de los gentiles, a representación de los PP. Bernardo Rolandegui y Nicolás de Vera, procuradores de la Provincia de México, había expedido en 28 de Septiembre del año antecedente, cinco cédulas muy favorables a la misión de California, que llegaron a manos del Virrey, Duque de Alburquerque, en 11 de Abril de 1704. En la primera dirigida al Virrey, manda que a los misioneros de California se dé en adelante la misma limosna que a los de Sonora y Sinaloa, con los donativos de aceite, campanas, ornamentos, &, que en la costa del mar del Sur, lo más al norte que ser pudiese, se estableciese un presidio de treinta soldados y un cabo; que se compre una embarcación de ocho marineros, y un arráez para la conducción del situado, prefiriendo siempre en su buque lo necesario a las misiones; que a éstas fuera de los seis mil pesos, anua-

les señalados, se entregasen cada año otros siete mil en las cajas Reales de Guadalajara, sin detención alguna; que se informe a S. M. de las misiones fundadas por particulares; que se estableciese sin quejas, violencias o desórdenes el buceo de las perlas, y que se envíen a la nueva población familias pobres de Nueva España. En las otras cuatro cédulas daba S. M. las gracias al P. Provincial de la Compañía, a D. Joseph de Miranda, Fiscal de Guadalajara, a D. Juan Caballero de Ozio, y a la V. Congregación de los Dolores por las limosnas hechas a la Misión de California. Estas Cédulas habían llenado de esperanzas al buen Padre Basaldúa, poco acostumbrado a las flemas y tergiversaciones de palacio. La Cédula fué remitida a vista fiscal, y después a una junta general, a que debían asistir el P. Pícolo, que estaba en Guaymas, y el P. Salvatierra, que estaba en California, y a quien llamó prontamente, el P. Visitador y Provincial Manuel Piñeiro. El P. Basaldúa hubo de volver a California con muy corto socorro de limosnas, llevando consigo al P. Pedro Ugarte, destinado a acompañar a su hermano, el P. Juan, en lugar del P. Minutili.

La Misión se llegó a ver en tan lamentable estado que el P. Salvatierra, aunque resuelto por su parte a morir en California, hubo de formar una consulta de todos los PP. y oficiales, para que resolviesen si se había de abandonar la tierra, y retirarse con los californios, que quisiesen seguirlos. Todos uniformes resolvieron seguir la empresa hasta la muerte, y aun añadieron el capitán y oficiales, que protestarían solemnemente contra los PP. si se desamparaba el país. No podía ser más a gusto la decisión para el P. Salvatierra. Sin embargo se notificó a los presidiarios y gente de mar, que si querían tenían libertad para pasarse a Nueva España en los barcos que estaban para navegar. Todos se mostraron resueltos a morir al lado de los PP. Se enviaron el barco y lancha, uno al Yaqui, y otra a Guaymas, y el P. Sal-

vatierra, aunque llamado con urgencia a Nueva España, hubo de detenerse hasta dejar o socorrida, o deshecha enteramente la misión, que no parecía lícito desamparar en las presentes circunstancias. Finalmente, vueltas las embarcaciones con socorros considerables y esperanzas de tenerlos más seguros en adelante y más continuos, trató de pasar a Matanchel, para donde salió el día 1 de Octubre.

A los 21 de este mismo mes falleció en México con sentimiento universal de toda la Provincia el Padre Visitador y Provincial Manuel Piñeyro, por cuya falta abierto el segundo pliego de Roma, se halló encargado el gobierno de la Provincia al mismo P. Juan María de Salvatierra, que muy ajeno de aquel nuevo empleo, llegó a México a principios de noviembre. Quiso renunciar el Provincialato; pero no admitiéndolo la Consulta, hubo de aceptarlo, persuadido a que en el nuevo oficio podría servir más a su amada California, aunque para lo de adelante no omitió escribir en primera ocasión al P. General para que le libertase de aquella carga. Entre tanto, así en cualidad de Provincial como de Rector de California, de cuyo título se hacía más honor, se presentó al Sr. Virrey demandando las limosnas atrasadas algunos años a los Misioneros de la Compañía en las demás provincias en que trábajaban por la conversión de los gentiles, y los seis mil pesos, desde tiempo antes mandados dar anualmente a la Misión de California. No viendo fruto alguno de sus respetuosas instancias, junta una consulta extraordinaria, presentó al Virrey una jurídica y solemne renuncia de todas las misiones firmada de los PP. más antiguos y autorizados, para que S. Exa. los proveyese de ministros. El Virrey sintió extraordinariamente la santa libertad del P. Salvatierra. Mandó pagar lo correspondiente a aquel año en las demás misiones, dejando los atrasados para mejor ocasión: en lo de California, que más dolía al P. Pro-

vincial, resolvió mortificarlo en todos los modos posibles, ni exhibiendo lo atrasado, ni dando paso alguno a la junta aun después de haberse pedido al P. Salvatierra, como a práctico del país, un informe que presentó efectivamente muy circunstanciado, en 25 de Mayo de 1605. El Virrey remitió el informe al juicio fiscal y éste a la junta; pero difiriéndose ésta cada día con diversos pretextos, el P. Provincial trató de pasar a la visita de los Colegios. A pocos días de partido el P. se tuvo la junta, se leyó el informe, y se resolvió, que no hallándose presentes los prácticos que demandaba la Real Cédula no se innovase, y sólo se diese cuenta a S. M. y se esperase su resolución. Repetidas veces se dió cuenta a la Corte y otras tantas se despacharon órdenes muy apretadas para la pronta exhibición de los trece mil pesos, sin que a pesar de la expresa voluntad del Rey se exhibiese en muchos años dinero alguno de las Cajas Reales, no sólo en tiempo del Duque de Alburquerque, cuyo resentimiento era manifiesto pero aun en el de su sucesor, Dn. Fernando de Lancáster, Duque de Linares con haber sido tan afecto a toda obra de piedad, y singularmente a la Misión de California, como mostraremos adelante.

El P. Provincial pasó a la California en continuación de su visita, y dió fondo en la Bahía de S. Dionisio, el día 30 de Agosto. Dió rendidas gracias al P. Francisco Pícolo, que en las comunes necesidades de la Misión había sido el apoyo que la había sustentado. En su ausencia había causado muchos disgustos, tanto a los PP. como a los soldados, el Capitán Juan de Escalante, que por dimisión y viaje a México de D. Esteban Rodríguez, había quedado gobernando el Presidio. El P. Salvatierra restituyó a éste a su antiguo empleo, deponiendo a Escalante con tanto honor y blandura, que no le ocasionó sonrojo, ni sentimiento alguno. Dejó en la California al H. Jaime Bravo para el cuida-

do de lo temporal, a que sin dispendio de la instrucción de los indios no podía atender en Loreto un solo misionero y encargando el establecimiento de dos misiones, una al sur y otra al norte del Presidio, y que se buscara algún puerto para escala de la nao de Filipinas, en el mar del sur, dió vuelta a México a seguir en su oficio de Provincial. Poco después de su partida el 21 de Noviembre, salieron por diversos rumbos el P. Pedro Ugarte a la plaza del Ligui, y al río de Mulegé, el P. Basaldúa. Este fundó la misión de Sta. Rosalía y aquél la de S. Juan Baptista, que después se deshizo, faltando la dotación que había ofrecido, y por atrasos de su caudal no pudo cumplir D. Juan Baptista López, piadoso comerciante de México.

Por este tiempo, a peticiones repetidas de la ciudad de la Habana (1) y de su ejemplar Prelado, el Ilmo. Sr. D. Diego Evelino de Compostela, pasaron a aquel puerto los PP. Joseph de Arjo y Diego Recino, hermano del Ilmo. Sr. D. N. Recino, primer Obispo Auxiliar de aquella Diócesi. El antiguo afecto de aquellas gentes a la Compañía y el aprecio del Sr. Obispo creció mucho con

(1) Se cuenta en la "Historia" que en 1657, con ocasión de componer ciertos intereses entre la madre y los hermanos de un jesuita, cuyo padre había muerto poco antes en La Habana, enviaron a aquella ciudad un padre y un hermano coadjutor; coincidió esto con la estadía en Cuba de otro jesuita náufrago, que en el pueblo donde residía daba ejemplo de celo apostólico, como en la capital el padre ido de México.

Juntáronse los dos Padres, en La Habana, donde ejercitaron su ministerio con mucho fruto, especialmente entre los prisioneros de guerra franceses e ingleses, en la mayor parte calvinistas; el bautismo y abjuración de más de veinte de éstos y de un moro y un judío, fué un triunfo para la Compañía. Fué entonces cuando los vecinos de La Habana escribieron a la Corte pidiendo licencia para que fundasen allí los jesuitas, quienes esperando la regia respuesta, que no llegó, permanecieron dando gloria a Dios, más de un año en Cuba.

En 1674 se envió una nueva misión a La Habana, en donde con frecuencia había padres de paso, por lo que era vivísimo el deseo de sus moradores de tener casa de la Compañía, para beneficio de la ciudad y educación de la juventud. Vol. II, págs. 410, 412 y 463.

la piedad, literatura y celo, que experimentaron en los dos jesuitas; pero la pobreza a que estaba entonces reducida la mitra y el país, no dió lugar a que pudiese tener efecto la deseada fundación, y los PP., con no menor sentimiento propio, que de todos los ciudadanos, hubieron de volverse a Nueva España. Sin embargo, el Sr. Evelino jamás perdió la esperanza de que entrasen algún día los jesuitas al cultivo de aquella su viña, antes después de tantas tentativas y pretensiones frustradas, como diremos en otra parte, con una seguridad que sólo podía inspirarle el Cielo, dedicó un sitio en la parte más septentrional de la ciudad, apenas oportuno para cabañas de pescadores, en que levantó una pequeña y pajiza capilla, consagrada a nuestro P. S. Ignacio, tomando así en nombre de la Compañía posesión de aquel sitio, y colocando en él solemnemente una imagen de dicho Sto. Patriarca, que después, en memoria de aquel Prelado, se conservó con veneración en la Sacristía del Colegio, que en aquel mismo lugar vino a fundarse algunos años adelante. Salieron de la isla los PP. a fines del año de 1606.

Por Septiembre de éste llegó al Padre Juan María Salvatierra la facultad que había pedido al P. General para renunciar el gobierno y restituirse a su amada California. Fué destinado Provincial en su lugar, el P. Bernardo Rolandegui, que entró en el empleo en 17 de Septiembre. En los meses antecedentes, el H. Jaime Bravo, en cumplimiento de lo mandado por el P. Provincial, salió de Loreto con el capitán, siete soldados y algunos indios en busca de sitios oportunos para fundar nuevas misiones; pero habiendo caminado de la misión de Liguí, donde estaba el P. Pedro Ugarte algunas leguas por la playa, hubieron de retroceder por repentina muerte de dos de los soldados y enfermedad de otros dos, que temerariamente habían querido gustar de unos peces venenosos, dejados allí, acaso, por los indios. No fué de más provecho la jornada, que a fines del año empre-

dió el P. Juan de Ugarte en reconocimiento de la costa del Sur. Salieron del Presidio por Noviembre y habiendo caminado primero hacia el sur, luego hacia el norte algunas leguas, y hallándose a peligro de perecer de sed el día 8 de Diciembre, con la relación de sus exploradores, que no hallaron puerto alguno con agua dulce, en doce leguas registradas de la Costa, trataron de retsuirse al Loreto. El P. Salvatierra se preparaba a pasar allá cuanto antes; pero partiendo de México, juzgó necesario visitar en Sinaloa muchos bienhechores, que allí tenía la misión, y prepararle a ésta nuevos socorros en aquella vecindad.

El P. Kino, que en los años antecedentes ocupado en deshacer las calumnias y falsos informes, que tanto al Virrey, como a los Superiores de la Compañía se habían hecho, así de sus viajes como de las naciones que procuraba ganar a Jesuchristo, no había podido visitarlas; lograda este año de 1706 alguna tranquilidad y castigada ya la insolencia de un cabo militar, que con mil vejaciones y calumnias había dado en qué merecer a los Pimas y al mismo Padre, hizo diferentes viajes a los países ya descubiertos. Recibió muchos mensajes de los Quiquimas, que con impaciencia lo esperaban en sus tierras, y habían venido a recibirlo hasta S. Marcelo. Enviáronle, entre otras cosas, la cabellera de un indio, Hoabonoma, muerto por los de su misma nación, por haberles querido persuadir, que no accediesen a los consejos del Padre. Esta prueba de fidelidad y de la sinceridad de sus deseos dió al P. Kino grandes esperanzas de la conversión de aquellas gentes. Por otra parte, consiguió, que se agregasen a la Misión de Caborca muchas rancherías con cerca de dos mil almas, que halló al surueste, muchas leguas abajo de dicho sitio de la Concepción. Desde esta costa descubrió una isla poco distante del continente, a que dió el nombre de Sta. Inés, y un cabo con un grande jirón de tie-

rra que llamó de S. Vicente, y no pudo distinguir si estaba o no unido a la California. La Isla que el P. dice haber visto cerca de los 31 grados es, sin duda, la que después se llamó de S. Pedro, y el largo jirón de tierra descubierto en mayor altura, es la Isla, que se descubrió después, y hoy es conocida con el nombre de Angel de la Guarda, que por ser muy larga y hacia la parte boreal más ancha y más vecina a la tierra, no distinguiéndose aquella extremidad, parecía ser parte de la cercana California. Tuvo por estos mismos días el aviso de haber llegado de Europa una numerosa misión y Cédulas de su M., para que estando a sus informes se mantuviesen de sus Reales Cajas en Pimería ocho misioneros. Informó el P. Kino, e hizo que informase también al Virrey, el Capitán D. Matheo Mange, hombre muy práctico en la tierra, bien intencionado y compañero de cuasi todos sus viajes. Este informe se envió a México después de una penosa jornada emprendida por el mes de Octubre, en compañía de dicho Capitán y del P. Fr. Manuel de Ojeda, religioso franciscano, que quiso acompañarlos. En ella registraron todos los sitios oportunos para establecer misiones al norte y al poniente, y se informaron de las disposiciones de los más distantes, que hallaron todas muy favorables a sus designios. Con tanto se restituyeron al Loreto.

El P. Kino al siguiente año de 1707, de concierto con los superiores de misiones y con los capitanes de presidios de Sonora y Tarahumara, que pudo comunicar, formó el plan de una villa y presidio en la Pimería, así para refrenar los frecuentes insultos de los Apaches, cada día más osados, como para facilitar la reducción y conquista de tantas naciones, como pueblan el septentrión de la América. Este gran proyecto tenía en la práctica dificultades, que aunque sensibles, consistían en puntos políticos, sobre que se desconfía siempre de informes de religiosos y misioneros.

Al mismo tiempo el P. Salvatierra pasó de Thomé a California, después de una peligrosísima tempestad, padecida la noche del 31 de Enero, que arrojó la embarcación a la Isla de S. Joseph. Plantaron allí la primera cruz, y serenado algún tanto el mar, en tres de febrero, desembarcaron en Loreto, adonde pocos meses después llegó el P. Julián de Mayorga, destinado de nuevo a aquella trabajosa misión. Probó el Señor a los principios con graves indisposiciones, que determinaron al P. Salvatierra a hacerlo mudar temperamento, y lo hubiera ejecutado, si el P. puesto de rodillas, no le hubiese pedido que lo dejase morir en California, donde el Señor le había destinado, por medio de la obediencia. Se contentó S. M. con este heroico sacrificio. Convaleció el P. Mayorga, y al siguiente año de 1708, pasó a fundar la Misión de S. Joseph de Comandú, que tanto en lo político, como en lo christiano, era hasta el presente una de las más floridas de California

En el Colegio Máximo de México faltó este año el P. Francisco Camacho, que por espacio de cuarenta años continuos se había ocupado en enseñar a los niños los primeros rudimentos de la Gramática. Con las letras le inspiraba el Santo temor de Dios, y una tierna devoción a María. Fue hombre de singular constancia en los ejercicios espirituales, así comunes como privados, de muy profunda humildad y de extraordinario retiro. Pareció haber tenido del Cielo anticipada noticia de su muerte, porque habiendo empleado los tres días de Carnestolendas cuasi en continua oración en Tepotzotlán, ante una hermosísima imagen de Nuestra Señora, dijo a los novicios, que iba a despedirse, y a pedirle a la Virgen Sma. una santa muerte. En efecto partiendo de allí a México, y preparándose para bajar a su clase el miércoles de ceniza, en la tarde, fué acometido de una violenta apoplejía que dentro de pocas horas lo sacó de este mundo, el día 22 febrero. Las exequias de su humilde siervo,

honró el señor con lucidísima asistencia de muchas personas, que habiendo recibido del P. las primeras instrucciones, ocupaban ya lugares muy distinguidos en los más autorizados gremios, de la Ciudad.

Murió también este año en el mismo Colegio, el P. José Vidal, uno los más fervorosos misioneros que tuvo en su tiempo la Provincia. Por muchos años se ocupó con gran trabajo y fruto en disponer a los sentenciados a muerte. Dirigió en el confesonario muchas almas a grande perfección. Fué devotísimo de la pasión de Ntro. Redentor, y dolores de su Santísima Madre, de cuyas congregaciones fue el fundador en Nueva España, como de las tres horas de las agonías de Ntro. Salvador, que hasta hoy se hacían con tanta solemnidad y devoción cuasi en tantas partes, cuantos había templos en el Reino de México. Ni contento con estos ejercicios, para excitar en los fieles más continua memoria de la pasión de Jesu-ohristo, pretendió y consiguó en todos los Obispados de Nueva España, que a las tres de la tarde, con algunos toques de las campanas, se avisase en los fieles aquel provechosísimo recuerdo. Fue extraordinaria su pobreza sin que jamás se le viese usar de ropa alguna nueva. Tal vez que a instancia de una Sra. Virreyna estrenó una sotana, oyendo en la calle notar a un niño que el P. de las Doctrinas se había puesto sotana nueva, quedó tan corrido, que no la volvió a usar. Digno varón de que la Virgen Santísima conteniendo la mano sacrílega, que pretendía herirle, sentida del fervor y acrimonia con que reprendía sus vicios, dijese: déjale estar, mira que es mi hijo. Pasó a gozar el premio de sus trabajos el día 2 de Junio. (1) En 6 de Agosto faltó en el Seminario Real de S. Idefonso, el H. Juan Ortiz Mocho, coadjutor temporal, natural de Tepotzotlán de altísima oración, en que tal vez le manifestó el Señor los sucesos futuros y los más

(1) De 1702. Vol. III, pág. 131.

recónditos misterios de la Divinidad, con admiración y asombro de los más insignes maestros de aquel tiempo. Vió, en cierta ocasión, cómo del sagrario salía fuego para ir a quemar los portales de la plaza de Guadalajara, y a la visión siguió dentro de poco la plegaria, que avisaba del incendio.

El siguiente año de 1709 se pensaba ya en la fundación de nuevas misiones en la California; pero trabajos más ejecutivos no dieron lugar a pensar en ellas, por entonces. Un furioso temporal arrojó sobre unos bajos y arrecifes de la costa de los Seris la lancha que iba por bastimentos al puerto de Guaymas. Los marineros que pudieron escapar del naufragio, temerosos de aquella nación, gentil aún y enemiga de los Pimas, enterraron el dinero y demás alhajas de algún precio, y en la canoa bajaron hasta el Yaqui, de donde se envió la fatal noticia al P. Salvatierra. Pasó éste por Octubre al puerto de Guaymas, y enviando el barco al de S. Juan Baptista él partió por un trabajoso camino de tierra a la costa de los Seris donde estaba la lancha. Halló a los marineros sumamente escasos de alimentos, y no lo estaba menos el P. y sus compañeros, por la dificultad de conducirlos por aquellas tierras enemigas. Sin embargo, se consiguió algún maíz, por medio de los mismos gentiles, acariciados y atraídos del P. Salvatierra, que logró sosegar sus inquietudes, y aún hacerles entregar parte de el dinero, y otros utensilios, que ya habían desenterrado. En los dos meses que fueron necesarios para poner la lancha en estado de servicio, el apostólico varón, obtenido un catecismo en la lengua del país, intenta reducir al gremio de la Sta. Iglesia aquella nación a cuyas tierras había entrado ya otra vez, siendo visitador de la Sonora. Llegó entonces a amansarlos tanto, que más de treientos convidados del P. Gaspar Thomás, se agregaron a su misión de Cucurpe, otros a la del Pópulo, de que era misionero el P. Adán Gilg, y últimamente se hubo de escribir al P. Provincial Ambrosio

Odón, que por los años de 1703, (1) gobernaba segunda vez la Provincia, para que señalase a los Seris misioneros propios. Aconteció poco después una disensión entre los Pimas y Seris en que éstos, muertos 40 de sus enemigos y perseguidos de los soldados españoles, se retiraron parte a los montes, parte a la Isla del Tiburón, hoy llamada de S. Agustín y otras vecinas, donde no pudo forzárselos. Este accidente rompió, por entonces, todas las medidas tomadas para su conversión. En el tiempo de que hablamos, consiguió el Padre Salvatierra, hacer las amistades entre las dos naciones y volvieron a renacer las antiguas esperanzas de la reducción de los Seris, y sus primeros deseos de tener en sus tierras misioneros jesuitas. Pero de ésto volveremos a tratar adelante.

A la California, donde compuesta la lancha, se restituyó prontamente el P. Salvatierra, se agregó este año nuevo misionero en el P. Francisco Peralta. A las demás incomodidades y pobrezas de la misión, se llegó por los años de 9 y 10, una epidemia de viruelas, que acabó con cuasi todos los párvulos, y muchos adultos, con inmensa fatiga y peligro de los PP. El P. Pícolo tres veces se vio a las puertas de la muerte, dos el P. Salvatierra, una el P. Juan de Ugarte: los PP. Pedro de Ugarte y Basaldúa, hubieron de desamparar la tierra. Ni era menor el riesgo de parte de los indios, persuadidos a que el bautismo y la extremaunción, eran medios de que se valían los PP. para acabar con ellos. Se llegaba una grande escasez de lluvias, que afligió a toda Nueva España, y que subió mucho de precio a los bastimentos. Por colmo de infelicidad, el barco del Rosario que se carenaba en Matanchel, después de muchos costos, se perdió con perfidia de los mismos oficiales en la costa de Tierra Firme, donde por Noviembre de 1711 había sido enviado para asistir a su carena el P. Francisco Peralta.

(1) Así en el original.

En este año, falleció en la Pimería el P. Francisco Eusebio Kino. Era este insigne Jesuíta natural de Trento, y había entrado en la Compañía en la Provincia de Baviera, cuyo Soberano Elector lo pidió para maestro de Matemáticas en la Universidad de Ingolstad. Renunció todos estos aplausos por las misiones de Indias, a que se consagró, con voto hecho a S. Francisco Javier, por cuya intercesión consiguió la salud cuasi milagrosamente en una peligrosa enfermedad, desde la cual añadió a su antiguo nombre el de Francisco. Llegado a la América, primero en California, y después en la Pimería, se ocupó por más de 25 años en la conversión de los gentiles, aprendió diversos idiomas, formó diccionarios, compuso catecismos, bautizó más de cuarenta y ocho mil gentiles, entre adultos y párvulos, redujo a vida política innumerables Pimas, caminó más de siete mil leguas en continuos viajes, erigió muchas iglesias y cuanto hizo en la Pimería en 24 años, apenas es la centésima parte de lo que hubiera hecho si se le hubiese ayudado con misioneros, y dado oídos a sus informes. Predicó el Evangelio a los Pimas, Sobas, Sobaipurás, Seris, Tipocas, Yumas, Quiquimas, Opas, Copas, Bajiopas, Hoabonomas, Himuras, Cocomaricopas, Californianos, y otras naciones extendidas a una y otra ribera de los ríos, Gila, y Colorado. Ni por fieros, ni por remotos, pudieron ocultarse al ardor de sus celo los Apaches y los Moquis, a quienes envió deferentes embajadas y que seguramente harían hoy una muy considerable parte de aquellá cristiandad, si se hubieran aprovechado aquellos momentos preciosos en que el P. lo pretendió, y en que ellos parecían estar tan dispuestos a recibir la Semilla Evangélica. En más de treinta pueblos que formó, y que puede decirse con verdad, administró solo hasta su muerte, no sólo les instruía en las obligaciones de christianos y de vasallos fieles, sino que trabajando con ellos personalmente, los enseñó a fabricar casas, construir iglesias, servir a los divinos oficios,

formar barcas y canoas en el pasaje de los ríos, cultivar las tierras, cuidar ganados y proveerse de todo género de alimentos. Cuatro prendas, sin embargo, se hacen más admirar en este ejemplar de misioneros. La primera aquel ascendiente, y superioridad sobre los ánimos de los salvajes, que lo hizo siempre respetar, de suerte que en tan dilatados y tan desiertos caminos, en tantas entradas a gentes indómitas, en un país tan infestado de enemigos, las más veces sin escolta y sin armas algunas, jamás se atentase contra su vida. La segunda, aquella blandura y suavidad con que se insinuaba en los ánimos más bárbaros, aconteciendo muchas veces, que a solos sus mensajes andaban muchas leguas para venir a visitarle, y ofrecerse a cuanto quería, las naciones enteras. La tercera su paciencia nunca bastantemente ponderada para sufrir calumnias, vejaciones, contradicciones, y una constante y fuerte oposición no sólo de los seculares, pero aún de los religiosos y comisioneros suyos, empeñados, digámoslo así, (sin querernos hacer jueces de su intención) en desvanecer cuanto informaba de ventajoso a aquellas naciones desde sus primeros pasos, hasta el momento mismo de su muerte. Contra este torrente, tuvo que luchar por 24 años el mansísimo P. Kino, sin que en los informes repetidos, que le fue forzoso hacer en favor de la verdad y de aquellas almas a los Virreyes y Provinciales nombrase siquiera una vez, o dejase de disculpar modestísimamente la intención de los que informaban lo contrario. A estas grandes dotes, se allegaba finalmente una constante religiosidad, y una devoción cuasi jamás interrumpida en medio de tantas y tan diversas ocupaciones exteriores. En tan continuos viajes, jamás omitió el Sto. Sacrificio, jamás en los caminos se le vio sino recogido interiormente, en oración mental o rezando ya solo, ya con sus compañeros, ya cantando salmos y alabanzas al Señor y a su Madre Ssma. Una austeridad de vida inimitable. Caminaba como el más triste indio, con solo maíz co-

cido, o tostado, jamás usó colchón, ni en su casa ni en los caminos, sirviéndose en todas partes como de lecho de los malos avíos de su caballo. El Capitán Matheo Mange, trae en comprobación de lo dicho esta copla, que dice se cantaba vulgarmente en toda la Pimería, y aunque poco digna de la gravedad de la historia, da mucha idea del sujeto de que tratamos, poco conocido por otra parte, para que podamos omitirla:

Descubrir tierras,	Todo el día reza
convertir indios,	vive sin vicio,
son los negocios	ni humo, ni polvo,
del Padre Kino.	ni cama, ni vino.

Finalmente, puede decirse, con verdad, como dejó escrito el autor de los "Afanos Apostólicos", hizo tanto en la Pimería, que habiéndose por su muerte atrasado, como adelante veremos, el estado de aquella Provincia, en cincuenta años sucesivos no han podido todos los misioneros que allí trabajaron poner en corriente la tercera parte de aquellos pueblos, tierras y naciones, que el P. había atraído, cultivado y dispuesto para sujetarse al suave yugo de Jesuchristo. Pasó de esta vida en los primeros días de Marzo, en que había ido a dedicar un retablo o imagen de su amado Sn. Francisco Javier, al pueblo de los Remedios.

Entre tanto, en California emprendía el P. Salvatierra la construcción de un barco, de que se hallaba destituida enteramente la misión. Previniéronse en Matachel los materiales, gastáronse algunos miles, y año y medio de tiempo y de paciencia, con los fraudes y engaños del constructor y demás oficiales. Finalmente a fines del año de 1713, se embarcaron en él para California con las provisiones y memorias los PP. Clemente Guillén, y Benito Guisi, destinados a aquella misión, y el P. Jacobo Doye, que debía pasar a Sinaloa. El barco estaba tan mal fabricado, que con un corto temporal, la

noche del 8 de diciembre, zozobró con muerte de seis hombres y entre ellos el P. Benito Guisi; los demás, parte en la lancha, parte en el bote, después de muchos peligros y trabajos, llegaron a la plaza vecina a Tama-zula, donde reforzaron algunos días, pasaron a la villa de Sinaloa, y de allí el P. Guillén a California, a principios del siguiente año de 1714. Sabida esta desgracia, el Exmo. Duque de Linares, aplicó a la California un barco dado por decomiso a un comerciante del Perú, que al segundo viaje dio al traves, sobre un banco de arena. No tuvo mejor fortuna otro barco perulero, que por estos mismos años se compró en lugar del S. Joseph ido a pique, y vendido en Acapulco. Estas fatalidades continuas, atrasaron en gran manera los progresos de la misión; sin embargo, no desmayando los PP. en sus apostólicas tareas, habían visitado por los años de 1712, las rancherías de Cadegomo, y destinándose terreno para una nueva fundación, que no tuvo efecto hasta algunos años adelante, con el título de la Purísima Concepción.

En estos primeros años del siglo, habían muerto en la Provincia sujetos muy ejemplares en letras y en virtud. En el Colegio Máximo falleció el H. Pablo de Loyola, coadjutor temporal, y pariente, según la carne, de Ntro. P. S. Ignacio. Pasó a las Indias con el cargo de Gobernador de Nicaragua, y acabado su tiempo pretendió entrar en el Carmen Descalzo, y lo hubiera ejecutado si un religioso de aquel mismo orden no le hubiese declarado la voluntad del Señor, que quería servirse de él en la Compañía. En ella fue tenido por dechado de Hermanos Coadjutores y comparable, al V. Alonso Rodríguez. Sabida su muerte, en Nicaragua, le hicieron solemnísimas exequias, predicando en ellas sus alabanzas el mismo Ilmo. Obpo. de aquella ciudad. (1) En el mismo

(1) Falleció el 17 de Mayo de 1705. Vol. III, págs. 144-145.

Colegio falleció el P. Juan Pérez, sujeto de alta oración, de profunda humildad y desprecio del mundo, de extremada pobreza y heroica mortificación y celo de las almas, por cuyo provecho jamás se negó a trabajo alguno con tanto tesón y constancia, que mudado vulgarmente su nombre se le llamaba el P. Juan Piedra. (1) En Potosí pasó al eterno descanso el P. Juan Cerón, natural de Tegucigalpa. Fue varón de profundísima humildad, exactísima obediencia y castidad angélica, que relucía en la modestia y circunspección de su rostro, su mortificación fue heroica en cilicios y disciplinas, muy dado a la oración, en que lo hallaron tal vez levantado en el aire, fijos los ojos y como fuera de sí, ante una imagen de Cristo Crucificado (2) En la Casa Profesa, pasó a gozar el premio de sus heroicas virtudes el P. Diego de Almonazir, natural de la Puebla, que en muchos años de diferentes gobiernos conservó siempre el mismo tenor de vida que todos admiraron en él desde novicio. Protestó antes de morir delante de la Comunidad, que en cuanto había gobernado no se acordaba haber ejecutado cosa alguna de que no hiciese juicio que fuese gloria de Dios, bien espiritual de sus súbditos y conservación de la religiosa disciplina. (3) El año de 1712 en

(1) Su muerte ocurrió el 1º de Marzo de 1708. *Vol. III, pág. 151.*

(2) "Uno de los grandes escolásticos que ha tenido la provincia" "pasó la mayor parte de su vida en las cátedras de filosofía y teología" Falleció el 24 de Enero de 1705. *Vol. III, págs. 145-46.*

(3) En la edición única de la "Historia", la hecha por Dn. Carlos María Bustamante en 1841-42, en la página 146 del volumen III, hay una apostilla, semejante en todo a las que son sumillas de los diversos párrafos y que dice: "Padre Almonazir, 7 de Enero de 1706". En vano se buscará algo referente a este padre, en el párrafo que principia: "El siguiente año de 1706, no ofrece cosa alguna memorable en la provincia", al cual corresponde la sumilla "Visita de nuevo el P. Kino, en compañía de Fr. Manuel Ojeda, los pueblos distantes de Pimería". Así el apunte sobre el P. Almonazir, es una nota, un apunte, para llenar un vñeño, notado después de escrita esta parte de la "Historia". Ya en la página 137 del mismo tomo, advierte Bustamante, que el P. Alegre no ha insertado un documento, que dice el texto transcribir; de todo lo

Ciudad Real es la santa memoria del P. Francisco de Arenas, que renunciadas las comodidades que le ofrecía un tío suyo Obispo de Chiapa, se dedicó al Señor en la Compañía, donde en la humildad, en la pobreza, en la abstinencia y pureza de costumbres, edificó grandemente no sólo a los de casa, pero aún a los seglares, que lo tuvieron siempre en gran veneración. Después de padecida toda su vida la tormentosa cruz de los escrúpulos, le dio el Señor a la hora de su muerte una extraordinaria serenidad, y confianza grande de su predestinación, conque murió tranquilamente el día 2 de septiembre.

En este mismo año, tuvo principio en la Casa Profesa la Ilustre Congregación de la Buena Muerte, fomentada por los grandes ejemplos de christiana piedad del Exmo. Sr. Duque de Linares.

Por este mismo tiempo y hacia los años de 1714, tuvo principio la residencia de Monterrey, a que fueron enviados los PP. Francisco Ortiz, y Joseph Ferrel, en la Diócesis de la Nueva Galicia; el Licenciado D. Cristobal de la Palma, piadoso eclesiástico de aquel país, dio para este efecto unas haciendas de campo, con la condición de que no fundándose allí casa de la Compañía, pasase la dotación para el mismo efecto a la Villa de la Palma, su patria, en los Reinos de Castilla. Fomentó este proyecto con bastante ardor el Ilmo. Sr. D. Francisco Mimbela, Obispo de Guadalajara, contribuyendo también de su parte a la fundación de un Seminario, con título de S. Francisco Javier, para la educación de la juventud.

cual se deduce que el manuscrito que sirvió de original a Bustamante no era; en esta parte, por lo menos, definitivo.

La "Historia" ha hablado del Hermano Loyola y del P. Cerón, para luego poner en el original, al margen, una nota recordando al P. Almonacir. En las "Memorias" se recuerda a los dos y al P. Pérez, para luego mentar al olvidado P. Almonacir. ¿Serán sólo prodigios de la memoria del P. Alegre? Parece más probable que apuntes y borradores hechos para la composición de la "Historia" le sirvieron también para la redacción en las "Memorias".

Sin embargo de lo mucho que el P. Provincial Alonso de Arrevillaga, y el P. Visitador Andrés Luque, tres años antes llegado a Nueva España, deseaban complacer al fundador y al Ilmo., nunca pudo tener alguna subsistencia regular aquel establecimiento. Las haciendas, aunque de muchas tierras, estaban desaviadas de un todo; los ganados copiosos, pero en un país donde nada valen, los PP. hubieron de pasarlo manteniéndose del trabajo de sus manos. Ni había tiempo, ni gentes para la práctica de los ministerios, esparcidos todos los moradores por granjas y haciendas, y mucho menos juventud a quien enseñar las buenas letras. Así que dentro de pocos años, fue forzoso desamparar el sitio, como quizá tocaremos adelante. (1)

El P. Visitador Andrés Luque pasó los estudios domésticos de Filosofía al Colegio de S. Ildefonso de la Puebla, del Máximo de México, donde habían estado hasta entonces. En este Colegio falleció en 29 de Marzo el P. Antonio de Figueroa, excelente operario y prefecto, dechado de la observancia religiosa en la exactitud de las más menudas reglas, severísimo consigo en ayunos, cilicios y demás mortificaciones, que no dejó aún en la más cansada edad. Su constancia en todas las virtudes fue más prodigiosa, por haber pasado la vida en continuas desolaciones, sequedades y tentaciones molestísimas, con que Dios quiso aquilatar el oro de su espíritu. En Guatemala, pasó a mejor vida el H. Florencio de Abarca, natural de Murcia. No admitido en la Religión de S. Francisco se sintió llamado a la Compañía, donde

(1) Según la Historia, el nombre del fundador, habría sido Francisco Calancha y Valenzuela; en 1715 se intentó añadirle el Seminario llamado de San Francisco Javier, obra a la que concurrieron con donaciones Dn. Jerónimo López y el Ilmo. Sr. Dn. Manuel Mimbella, Obispo de Guadalajara. Perseveraron los PP. luchando con la escasez de las rentas y poco favorable disposición del terreno, hasta pocos años antes del extrañamiento, en que siendo Provincial el P. Cristóbal de Escobar se desamparó enteramente. *Vol. III, págs. 162-63.*

por 36 años se ocupó en enseñar a los niños en la escuela de leer y escribir, con grande fruto de la juventud de Durango, Mérida, Chiapa y Guatemala. En lo interior resplandeció en la humildad, pobreza, castidad, ciega obediencia continuo trato con Dios, y entrañable caridad con sus hermanos, de quienes era el consuelo y alivio, principalmente en las enfermedades. Pasó de esta vida el 26 de Mayo del mismo año de 1714.

Poco tiempo antes, a instancias del Sr. D. Jerónimo Valdés, sucesor de D. Diego de Evelino, en el Obispado de Cuba, volvieron a enviarse a la Habana algunos de nuestros religiosos. Se escogieron para ésto los PP. Joseph Melgar y Melchor Palacián, naturales del país, y que tanto por esta cualidad como por otros talentos podían inspirar un grande amor y una alta idea del Instituto de la Compañía. Competía a más de eso al P. Palacián, una gran parte del caudal, que voluntariamente había querido aplicar a la fundación de aquel Colegio. A estos se habían agregado otros bienhechores, con bien fundadas esperanzas de conseguirse allí algún asiento estable. El Ilmo. hablando por sí mismo ya a uno, ya a otro de los más poderosos, procuraba animarlos a una obra de tanta utilidad. Entre éstos Dn. Manuel Carvallo, hombre de gran caudal, y no menor piedad, de que será en la Habana padrón inmortal el Hospital de Bethlén, fundado a sus expensas, prometía la mitad de la suma necesaria para dicha fundación, añadiendo que daría todos los fondos necesarios, si el Sr. Obispo, como había prometido, no concurría a dar el resto. Esta promesa aseguraba ya el Colegio, pero la misma noche de aquel día, en que había ofrecido al Señor una tan gran parte de su caudal, permitió S. M. que inhumanamente fuese muerto aquel caballero a manos de unos ladrones. Este accidente trastornó todas las esperanzas del Sr. Obispo y de los PP. que reservándose para mejor coyuntura, hubieron de pasar a México a dar cuenta de su comisión,

con algunas cantidades en promesa, y entera seguridad, por parte del Sr. Valdés, que no perdería ocasión alguna de fomentar lo que tan ardentemente deseaba.

Es muy singular y muy autorizado, para que podamos omitirlo, el caso con que el Señor, por medio de su Madre Ssma. honró hacia estos mismos años, la Religiosa Comunidad de S. Pedro y S. Pablo. Florecía en aquel tiempo en México, con grande opinión de santidad, y de alma muy favorecida del cielo, con divinas ilustraciones, la Ve. Virgen Isabel de la Encarnación, a dirección de un grave y docto religioso del Orden de Predicadores. Vió ésta, en su oración, a la Reina del Cielo, que paseándose sobre el terreno del Colegio, transformado en un florido jardín, cogía de aquí y de allí hasta 16 flores, las más frescas y hermosas, de que formando un ramillete lo presentaba a su Hijo dulcísimo. Entendió significarse por aquella acción la muerte de otros tantos Religiosos de aquella Comunidad, y sabiendo cuánto trabajaban los hijos de la Compañía en la conversión de los gentiles, se sintió movida a suplicar al Señor no quisiese quitar de un golpe, a su viña, tantos y tan fervorosos obreros. Oyó sus ruegos la Madre de misericordia, y tomando 8, de aquellas flores, volvió a incorporarlas en la planta. Desapareció la visión, y la buena alma pasó al punto a dar cuenta, como solía, a su Confesor, y éste al P. Domingo de Quiroga varón muy espiritual, y de singular magisterio y discreción de espíritus. Confirieron uno y otro entre sí, con beneplácito de la piadosa mujer, y el P. Quiroga tomó el arbitrio de esparciar, indiferentemente, la voz de que dentro de pocos días, 8 sujetos de aquella casa debían pasar de esta vida. Esta noticia en vez de abatimiento o tristeza se vió causar generalmente un fervor y una alegría, que se hacía sentir aun entre los jóvenes estudiantes. Uno de éstos se halló interiormente persuadido a que debía ser el primero que muriese. Obtuvo licencia de los superiores para retirar-

se a unos fervorosos ejercicios, y a pocos días, acometido de una grave enfermedad, comenzó a dar cumplimiento a dicho vaticinio, con extraordinario consuelo suyo y edificación de los demás. Efectivamente dentro de un mes, le siguieron otros siete. Se observó, y se refería en la misma anua de aquellos años en que se anotó con todas sus circunstancias el caso, que los 8 fueron de tal suerte compartidas, que vino a ser uno de cada grado de los que componían la Comunidad. Un profeso de cuarto voto, un coadjutor espiritual, un sacerdote escolar, cuatro estudiantes, uno de cada año de Theología, y un Coadjutor temporal. (1) Se hallaba este suceso memorable fuera de la citada Carta anua en otros papeles de la Provincia y en la Vida de la dicha Ve. Virgen, escrita por el mismo P. Quiroga, después su confesor, de las cuales fuentes hemos tomado aquí lo sustancial, prescindiendo de algunas circunstancias, que así como los nombres de dichos sujetos pondríamos gustosamente, si a tanto bastara la memoria. (2)

A fines del año 1714 se celebró en México la Vigésima tercia Congregación Provincial, en que fueron nombrados Procuradores a Roma y Madrid los PP. Pedro Ignacio de Loyola, y Antonio Figueroa Valdés. Salieron de Veracruz el siguiente año de 1715, juntamente con el

(1) Hay en este relato notables discrepancias con el de la "Historia". Primero en lo relativo al tiempo en que ocurrió, pues si en las "Memorias" no se señala año, se comprende que éste no puede ser muy lejano del de 1714, mientras en la "Historia" se dice haberse verificado en 1690 o 91; en segundo lugar varía el nombre de la sierva de Dios de Isabel de la Encarnación a Francisca de San José; en tercer término el del jesuita a quien ésta comunicó su revelación, que se dice en la obra primeramente escrita fue el P. Ambrosio Oddon; en cuarto, el que según la misma dicho religioso no dio crédito a la monja, por lo cual para que los escogidos no careciesen de aviso previo de su muerte, se apareció San Ignacio en el aposento en que dormía el Hermano Nicolás Laris. Vol. III, págs. 75-76.

(2) La "Historia" sí da los nombres de los que murieron, a saber: hermanos Nicolás Laris, Casimiro Medina, Francisco Estrella, Francisco Javier Zapata, Juan Menano, Juan de Angeles y los padres Pedro Polanco y Cristóbal Méndez. Vol. III, pág. 76.

P. Andrés Luque, que concluída su visita, se restituía a su Provincia. A pocos días de su partida, llegó el pliego de Gobierno, en que el P. Loyola iba señalado Provincial. Prosiguió gobernando el P. Alonso de Arevillaga, hasta ver si en la Habana alcanzaba al P. Procurador alguna embarcación con la noticia de su nuevo empleo. Pero habiendo salido la flota de aquel puerto para el de Cádiz, el 25 de Julio, hubo de proseguir el P. Arrevillaga hasta Octubre, en que llegó a Nueva España la noticia del triste naufragio de la flota, y muerte de los dos PP. Procuradores. Esta fatalidad escribió a México haber visto proféticamente un viejo de California, hablando de sí mismo, en tercera persona, el P. Juan María Salvatierra. Testigos del éstaxis y acciones del P. fueron dos soldados del Presidio que paseándose a la orilla del mar, aquella misma tarde, lo vieron quedar al principio transportado mirando a lo lejos, y prorrumpir luego en palabras y ademanes de mucha compasión. El P. Andrés Luque, que navegaba en distinto barco, tuvo la fortuna de varar cerca de la embocadura de un río en uno de los callos, donde hecho astillas el bajel, pudo, aunque con muchos trabajos, pasar después de algún tiempo a la Habana desde el Canal de Bahama, en que pereció el resto de la Flota. Los pocos que en las lanchas pudieron evitar la muerte, atribuían después la de los PP. a la heroica caridad con que habiendo podido escapar con tiempo habían querido permanecer en el barco, confesando, ayudando y absolviendo a los que veían naufragar, olvidados de su propio peligro. En consecuencia de esta noticia se abrió el segundo pliego, en que se halló nombrado Provincial el P. Gaspar Roderó, Se mandó llamar de Guatemala, donde acababa de llegar el P. Juan Antonio de Oviedo, elegido en la misma Congregación, por sustituto de los PP. Loyola y Figueroa, que por la primavera del siguiente año de 1716, partió de Veracruz a la Habana.

LIBRO CUARTO

MEMORIAS PARA LA HISTORIA DE LA PROVINCIA DE LA COMPAÑIA DE JESUS QUE FUE DE NUEVA ESPAÑA

1716-1768

Fundación en Campeche, dificultades que se presentaron.—Se establece el Colegio Seminario de San Juan Bautista en Guadalajara y otro seminario en Durango.—Entrada al Nayarit del P. Sorchaga.—Va el P. Picolo a Cadacamán.—Visita el P. Salvatierra a los Guaycurus.—Fallecimiento del P. Salvatierra.—Decretos favorables a las misiones de California.—Pasa a California el P. Sistiaga.—Informe en favor de los misioneros de California del Obispo Tapiz.—Resoluciones que dicta la Corte.—Misiones de Petén.—Convento de Mónicas de Guadalajara.—Fundaciones en el Parral y Chihunhua.—Se establecen los jesuitas en la Habana y principian a enseñar gramática.—Fabricación de un barco en California.—Ordena el General de la Compañía ordenarse de sacerdote al H. Jaime Bravo.—Nueva nave para California.—Ingresa a la Compañía el H. Juan Bautista Muga-zábal.—La misión de Guadalupe.—Se establece la Compañía en Celaya.—Mueren el P. Tomás en Guadalajara y el P. Lorenzo Coronel.—Piden misioneros jesuitas los indios del Nayarit.—Noticias del descubrimiento y conquista de esta provincia.—Pasan al Nayarit el Gobernador Juan de la Torre y los PP. Antonio Arias Ibarra y Juan Téllez Girón.—Fundación del pueblo de Santa Rita.—Sucede a de la Torre en el cargo de Gobernador Dn. Juan Flores de San Pedro.—Ataque a la mesa del Tonati.—Se fundan los pueblos de Jesús María, de Sta. Teresa, la Santísima Trinidad, San Ignacio, San Pedro y San Juan.—Misioneros para Cabora y Tubutama.—Destrucción de las misiones de Pimería, después de la muerte del P. Kino.—Explora el P. Ugarte el Golfo de California.—Exploraciones de la costa pacífica de la península.—Fundación de las misiones de Dolores de Apte y de Santiago.—Actividades del P. Antonio de Oviedo en Filipinas.—Cédulas Reales sobre las misiones de Pimería y la reducción de los Moquis.—Sucesos de California.—Muerte del H. Juan Nicolás y de los PP. Josef de Aguilar, Antonio de Urquiza, Josef de Guevara y Joaquín Camargo.—Pasa a California el P. Juan Bautista Luyando.—Funda la misión de San Ignacio de Cadacamán.—Epidemia de sarampión de 1728.—Mueren los PP. Cristóbal Flores, Francisco María Picolo y Juan de Ugarte.—Provincialato del P. Oviedo.—Fundaciones en León y Guanajuato.—Se establece la misión de San José en California.—El P. Segismundo de Carvajal visita las islas de Asc-

gua, Guamalgua y San Javier.—La ranchería de San Miguel y la misión de Santa Rosa.—Pleito sobre diezmos en México.—Vigésima sexta Congregación Provincial.—El hospicio del Puerto de Santa María.—Fundación del Colegio Seminario de San Francisco de Borja en Guatemala.—Generosidad de Da. Teresa de Azpeitia.—El Gobernador del pueblo de Santiago de California y el mulato Chicori.—Principios de la sublevación en Santiago.—Pretenden matar al P. Tamarral.—Pide éste ayuda a los indios de San José.—Solicitan perdón los conjurados.—Toca el galeón de Filipinas en la Bahía de San Bernabé.—Matan los Pericúes a un soldado de la escolta del P. Taraval.—Estalla la sublevación.—Asesinan a los PP. Carranco y Tamarral.—Los Californianos del norte no secundan la rebelión.—Expedición para castigar a los sublevados, formada por indios yaquis.—Los rebeldes atacan a la nao de Filipinas.—El Virrey envía fuerzas para someter a los insurrectos.—Fallecen los PP. Dr. Pedro de Zorrilla, Domingo de Quiroga, Julián de Mayorga y el Provincial Antonio de Peralta.—Pacificación de California.—Fundación del Presidio del Cabo de San Lucas.—La epidemia de matlalzáhuitl.—Muere víctima de su celo el P. Juan Martínez.—Fallecen los PP. Juan Tello de Sillos y Manuel Alvarez.—Abnegación de los jesuitas durante la peste.—Se jura a la Virgen de Guadalupe patrona de Nueva España.—Intentan victimar al P. Francisco Javier Wagner en San José de Comandú.—Inquietudes en las misiones de San José, de Santiago y en la de todos los Santos.—Rebelión de los Yaquis.—Dificultades en el Hospicio de León.—Salen los jesuitas.—Se oponen los vecinos.—Ordena el Rey sufragar de Real Hacienda los gastos causados por la revolución de California.—Pasa el P. Ignacio Keller a intentar la conversión de los Moquis.—Va luego el P. Jacobo Sedelmair y estudia el curso del Gila.—Fundación en Puebla del Colegio de Indios de San Francisco Javier.—Se establece un Colegio en el Puerto del Príncipe.—Se restablece el Hospicio de León.—Se obtiene la Real Licencia para la erección del Colegio de Guanajuato.—Llega a México el P. Sedelmair.—Informe del Provincial, P. Escobar, sobre la reducción del Moqui y las misiones de Pimería.—Exploración del P. Fernando Cosongo del Golfo de California.—Mueren el P. Antonio Tempis y el Capitán Estéban Rodríguez Lorenzo.—Cédula acerca del régimen de las misiones de Sinaloa, la reducción de los Seris y la de los Pimas, Pápagos y Apaches.—Los Apaches.—Desastrosa expedición que se hace contra ellos.—Provincialatos de los PP. Juan María Casati y Andrés Javier García.—Epidemias de sarampión y de viruelas.—Hambre y peste en California.—Levantamiento de los Uchitas.—Se reúnen las misiones de Todos los Santos y la de Santiago y se suprimen otras.—Nueva expedición contra los Apaches.—Exploraciones del P. Sedelmair.—Resoluciones de la Corona acerca del régimen de las misiones y sobre el pleito de los diezmos.—Extorsiones de que son víctimas los Seris.—Huida y sublevación de éstos.—Rebelión de los Pimas.—Matan a los PP. Tomás Tello y Enrique Ruhen.—Se someten los Pimas.—Nueva rebelión.—Vigésima octava Congregación Provincial.—Entrega de veintidós pueblos de misiones al Obispo de Durango.—Mueren el P. Antonio de Oviedo y el P. Josef María Genovesi.—Vigésima novena Congregación Provincial.—Socorros para los jesuitas expulsados de Por-

tugal.—Trigésima Congregación Provincial.—Campana difamatoria contra los jesuitas.—El Provincial renuncia a las misiones con todos sus bienes, reservándose sólo las de las fronteras con gentiles.—Aumento de las guarniciones de Nueva España.—Cédulas Reales declarando nulo el arreglo sobre diezmos y prohibiendo la publicación de la Bula de Clemente XIII, sobre privilegios de la Compañía.—El Provincial Salvador de la Gándara renuncia una cuantiosa herencia.—Llegan misteriosas órdenes de la Corte y se supone son contra los jesuitas.—Disposiciones para el extrañamiento.—El Visitador José Gálvez notifica a los PP. del Colegio Máximo.—Escenas emocionantes.—Episodio en la Casa Profesa.—La notificación en San Ildefonso y en la Casa de Ejercicios.—Dolor de los vecinos de México.—Se cumple el decreto en Guadaluajara y Zacatecas.—La salida de San Luis de la Paz.—Heroicidad de los Padres.—Salen ocultos de Pátzcuaro.—Tumultos en Guanajuato y en San Luis de Potosí.—Rigor con que son tratados los PP. en Mérida y Campeche.—Conducta del Gobernador de la Habana.—Casos particulares de varios jesuitas que no estaban en los Colegios.—Salida de México.—Viaje hasta Jalapa.—Disposición sobre los enfermos.—Providencias acerca de los novicios.—Muchos abandonan la Compañía.—Penalidades que sufren los Padres de Puebla.—Sufrimientos en Jalapa.—Novicios que salen de la Compañía.—Se priva a los Padres aun de oír misa los domingos.—Enloquece el Padre Miguel Castillo.—Molestias en el trayecto de Jalapa a Veracruz.—La permanencia en este puerto.—Mueren más de treinticinco jesuitas en dicho lugar, entre ellos los Padres Agustín Carta, Pedro Reales, Nicolás Calatayud, Antonio Corro, Miguel González, Antonio Paredes, Antonio Ruiz, Juan Villavicencio y Juan de Dios Cisneros.—Salen de Veracruz el 26 de Julio los cincuenta y cinco primeros jesuitas.—Tristes noticias de Italia.—El 25 de Octubre parten otros doscientos cinco religiosos. Luego setenta y a fines de Noviembre sesenta.—Quedan en Veracruz los enfermos.—Viaje posterior de los misioneros de Sonora, Sinaloa y California.—Viaje a la Habana.—Sufrimientos en dicha ciudad.—La muerte del Padre José Cepeda.—Salen de la Habana.—Travesía.—Muerto del H. Vicente Vera.—Permanencia en el Puerto de Santa María.—Se notifica a los interesados nuevos decretos reales.—Gestiones tendientes a procurar que muchos religiosos abandonen la Compañía.—Mueren el Padre Joaquín Morales y cuatro coadjutores.—Separan a los eriollos de los ponisulares.—Va el primer grupo a Córcega.—Génova cede la isla a Francia.—Se les prohíbe celebrar en las naves.—Viaje a Córcega.—Se niegan a recibirlos en Ayacio.—Muerte del Padre Josef de Acosta.—Van a Bastia.—Pasan los forasteros a Liorna.—Muere el Padre Joaquín Insuasti.—El Rey de Francia ordena salgan de Bastia.—Pésimo trato en el viaje.—Llegan a Portofino.—Se cobra cinco pesos a cada jesuita.—Llegan a Sestri.—Se les limita el equipaje.—Penalidades hasta Borgotaro.—Se les quita el poco bagaje que aún les quedaba.—Volubilidad del Duque de Parma.—Infinitos sufrimientos hasta llegar a Bolonia.—Viaje de los que quedaron en Córcega.—Muere el Padre Cristóbal Florro.—Recuperan los Padres sus equipajes.—Se establecen los jesuitas mexicanos en Bolonia y Ferrara.—Número de sujetos que componían la provincia mexicana en Italia.

El Padre Provincial Gaspar Rodero luego al principio de su gobierno hubo de condescender con las instancias de la Villa y Puerto de Campeche, que desde el año de 86 del siglo antecedente había, sin interrupción, pretendido la fundación de un Colegio. Fueron enviados allá los Padres Joseph Castro Cid y Antonio Paredes. La mayor parte de lo prometido para la fundación, contribuía la piadosa Señora Doña María de Ugarte, la primera que procuró introducir los jesuítas en Campeche, mujer ya de edad, pero de una fortaleza muy superior a su sexo y a sus años, para oponerse a las dificultades con que se hizo por mucho tiempo oposición a sus designios. Aun estando ya en Campeche los Padres tuvieron no poco que sufrir y que vencer hasta su perfecto establecimiento. Había la Ilustre fundadora adjudicado a la Compañía para iglesia, una pequeña capilla que ella misma había erigido al Señor San Joseph, cuya advocación quiso que tuviese el Colegio. En esta Capilla estaba erigida una cofradía, o hermandad de los carpinteros de ribera, cuyo preboste intentó litigio, para que no pudiese cederse a los jesuítas. La ignorancia de aquel hombre zafio y grosero, era fomentada ocultamente por algunos eclesiásticos y religiosos, que miraban como propio deshonor el crédito y estimación que se hacía de los jesuítas. Añadía no poca dificultad la irresolución del Cabildo, juez de la controversia, vacante entonces la sede, por muerte del Sr. Reyes. Favorecía abiertamente a la Compañía el Sr. D. Juan Joseph de Vértiz, Gobernador y Capitán General de Yucatán, y tronco de aquella noble familia tan conocida en Nueva España por su adhesión y tierno amor a los jesuítas. Hizo patentes, tanto al Ilustre Cabildo, como al preboste de la Hermandad las Cédulas de Su Majestad en que se le mandaba que con ningún motivo ni pretexto, se pretendiese impedir el establecimiento de la Compañía en aquel puerto. Por lo que miraba a los religiosos, que ya descubiertamente se

oponían y aun incitaban a los republicanos a mandar informes contrarios a los que antes habían dado, consiguió sosegarlos con más facilidad. Sabiendo que fuera del convento que tenían extramuros de la villa, se habían como furtivamente introducido en Campeche y que con pretexto de ciertos ejercicios de piedad que dirigían, mantenían allí una pequeña comunidad, sin las necesarias licencias, antes con prohibición expresa de la Corte, hizo saber a su Provincial que informaría a S. M. y seguramente vendría orden para hacer salir a aquellos religiosos de Campeche. Esta amenaza bastó para imponerles silencio y aun para que con diversos pretextos saliesen del lugar los principales autores de aquella contradicción. Entre tanto, a fines del mismo año de 1716 llegó a aquel puerto el Ilmo. Sr. D. Juan Gómez Parada, promovido a la Mitra de Yucatán. Conocido desde luego su afecto a la Compañía y obrando de concierto con el Gobernador, todo se mudó prontamente a favor de la fundación. Sentenció el pleito puesto por la Cofradía, mandándola trasladar a otra iglesia, que señaló, y con ella las albas en que sólo tuviese parte dicha Hermandad. Añadió a este favor la limosna de ocho mil pesos efectivos para la fábrica del Colegio, y el producto de todas las multas que debería percibir la Mitra, y que logró aquella fundación todo el tiempo que gobernó S. Ilma. aquella Diócesis. Así quedó establecida la Residencia de Campeche, pequeña, pero muy agradable villa en la costa oriental de la Península de Yucatán, como 36 leguas al poniente de Mérida, capital de la Provincia, en 20 grados y pocos minutos de latitud septentrional. Está guarnecida de murallas de bastante altura y ancho, aunque de poca fortaleza. La seguridad del puerto es la de la sonda a quien da su nombre, de un fondo y de una tranquilidad admirable. Su mar es abundantísimo en todo género de peje. El palo de tinte, el algodón, las pieles de venado y algunos otros renglones que arriba tocamos, tratando de la ciudad de

Mérida, son los principales de su comercio. Tiene conventos de S. Juan de Dios y de la tercera Orden de S. Francisco, con el que fué Colegio de la Compañía y tal cual otra iglesia fuera de la parroquial. Extramuros, los Santuarios de Ntra. Señora de Guadalupe y del Sto. Christo de S. Román. Ha sido el puerto tres veces por los años de 1659, 1678 y 1685 saqueado de los ingleses y corsarios filibusteros.

En Guadalajara se fundó, este mismo año, el Colegio Seminario de S. Juan Bautista, bajo la protección del Sr. Dn. Joseph de Villagutiérrez, Presidente de aquella Real Audiencia que ha sido después de grande utilidad al país, y cuasi al mismo tiempo otro semejante en Durango, Capital de la Nueva Vizcaya, a cuya erección contribuyó, mucho, mucho, no menos con la autoridad que con los costos el Ilmo. Sr. D. Pedro Tapiz, Obispo de aquella Diócesis.

Por orden de este vigilante Prelado, tratándose entonces con calor de una entrada a la Provincia del Nayarit, que debía hacer el Capitán D. Gregorio Mathías de Mendiola, pasó a acompañarle por orden del Ilmo. y con todas sus veces el Padre Thomas Sorchaga, lector entonces de Theología Moral en el Colegio de Durango. Tuvo este jesuíta la gloria de ser el primero que penetró hasta el centro de aquella serranía, inaccesible hasta entonces, en los primeros días de este año. El éxito de esta expedición reservamos para mejor lugar poco adelante, donde trataremos por extenso de la reducción de aquellas gentes.

La de los californios avanzaba cada día, aunque con pasos lentos, por las muchas calamidades padecidas en los años atrás. Los Cochumíes, o naciones del septentrión de S. Javier, se mostraban más afectos y más dóciles a las instrucciones de los Padres. Entre éstos los de Kadacamán, que en su idioma significa arroyo del carrizal, por diversas ocasiones rogaron al Padre Pícolo

que pasase a sus tierras, o les procurase misioneros. Condescendió el P. y en 13 de noviembre partió a sus rancherías y fué recibido con cuantas demostraciones de agasajo cabían en su rudeza. Bautizó 50 párvulos, que sus madres ofrecían a porfía, descubrió tierras a propósito para siembras y pastos, y habiéndose detenido con ellos hasta el mes de diciembre, se restituyó a su misión, dándoles esperanzas de tener presto algún padre, lo que sin embargo no tuvo efecto hasta 12 años adelante. El Padre Salvatierra, por su parte, emprendió al mismo tiempo la pacificación de los Guycuros, enemigos irreconciliables de los españoles, desde los tiempos del Almirante Otondo. Pasó lleno de esperanzas al puerto de la Paz, llevando consigo tres indios Guaicuros que había rescatado a su costa de un barco de buceo, para restituirlos a su país, y ganarse por este medio la confianza de la nación. Los indios de Loreto que acompañaban al P. fueron los primeros que arrojándose a nado llegaron a la orilla. Los Guaycuros que en gran número coronaban la playa, se pusieron luego en fuga. Los de Loreto los siguieron y en ausencia del Padre, que aún no había desembarcado, maltrataron bárbaramente algunas de sus mujeres que huían las postreras. Sintió extremadamente esta imprudencia el Padre Salvatierra, y reconociendo que con la nueva ofensa no podían estar dispuestos los ánimos a seguir sus consejos, contento con dejar a los tres Guaycuros bien instruidos de sus designio, y encargados de comunicarlos a sus paisanos, dió la vuelta al Loreto.

Lo restante del tiempo que duró en California, empleó el santo anciano, quizá no sin luz de su cercana muerte, en arreglar lo perteneciente al gobierno espiritual, político y militar de la California, con tanto acierto y discreción, como ha mostrado después el efecto. Por Agosto llegó a México el nuevo Virrey D. Gaspar de Zúñiga, Marqués de Valero, con instrucciones y en-

cargos muy particulares de la Corte sobre la población de California, para cuyo cumplimiento deseaba tratar largamente con el P. Salvatierra, que habida esta noticia por carta del Padre Provincial Gaspar Rodero, se embarcó para Matanchel el día 31 de Marzo de 1717 dejando en su lugar al fervoroso Padre Nicolás Tamaral. En Tepique, con la agitación del camino, se le agravaron tanto sus antiguos dolores de piedra, que con gran trabajo en hombros de indios, pudo llegar a Guadalajara. Aquí tuvo dos meses de un continuado martirio, hasta que en 18 de julio (1) pasó a gozar el premio de sus apostólicos trabajos. Entre las demostraciones de aprecio y veneración, con que todos los gremios de la ciudad aplaudieron sus heroicas virtudes, nada le hizo más honor que el dolor y llanto inconsolable de algunos indios californianos, que llevaba consigo. Sería inútil querer hacer aquí algún breve elogio de su celo y religiosa vida, después de lo que dejamos escrito de ella en todo lo referido de la conquista, y establecimiento de la cristiandad en California.

El H. Jaime Bravo, que le acompañaba, pasó a México con todos los papeles relativos a la Misión. Halló al Virrey muy propicio, y formada una junta de sujetos muy autorizados, se resolvió en 25 de septiembre muy a favor de la California. Este primer Decreto se reformó después por temores que el Fiscal infundió al Excmo. de que en la Corte se desaprobasen tantos gastos. Por todo se consignaron para pagos de soldados y marineros ocho mil doscientos setenta y cinco pesos, mandáronse pagar, tres mil y veinte y tres, que dejara en su lista de deudas el Padre Salvatierra. Se compró en cuatro mil, una embarcación del Perú, que no costó tan poco, sino a causa de tener podrida la quilla,

(1) "A las doce horas de la mañana del sábado 18 de Junio" según la "Historia", Vol. III, pág. 175.

lo que al siguiente año la hizo dar al través en el puerto de Matanchel. Otros algunos puntos de grande importancia, todos se omitieron, aunque al principio se mostró el Virrey muy inclinado a condescender. El H. Jaime Bravo dadas las gracias a S. Excelencia trató de restituirse a California, a que fué también enviado el Padre Sebastián de Sistiaga, y llegaron por Julio del siguiente año 1718. El Padre Tamaral, trabajaba actualmente en la fundación de una nueva Misión cerca del arroyo de Cadegomo, a que se dió el nombre de la Purísima Concepción, según estaba ya dispuesto algunos años antes por el Padre Pícolo. Una carta de éste escrita al Padre Basaldúa, Rector entonces de Durango y presentada al Sr. D. Pedro Tapiz, Obispo de Nueva Vizcaya, que pretendía tener derecho a la California, dió motivo a este celoso Pastor, para informar largamente al Rey sobre el estado de aquella cristiandad e importancia de su fomento. En virtud de estos informes, expidió S. M. una nueva Cédula en 29 de febrero de 1719, en que encargaba de nuevo al Virrey cumplierse y ejecutase lo mandado, y le diese aviso de su puntual ejecución.

Volviendo al año de 1718, se recibieron en él algunas Cédulas que mostraban bien el grandes aprecio y estimación del piadoso Rey D. Felipe V a la Compañía de Jesús. En ellas ordenaba que se encargasen a nuestra religión las misiones del Petén en el Obispado de Yucatán, y las del Moqui en los confines de Nuevo México. En otra, conseguida a diligencias del P. Juan Antonio de Oviedo, se concedía licencia para la creación de un monasterio de monjas de Sta. Mónica, en la ciudad de Guadalajara, obra en que había sudado muchos años la actividad del Padre Feliciano Pimentel (1). En cumplimiento de estas órdenes, se enviaron efectivamente al Petén los Pa-

(1) La licencia llegó a Guadalajara el 31 de Julio de 1710. Vol. III, pág. 191.

dres Joseph de Castro Cid y Juan de Dios Pruneda (1). El Ilmo. Sr. Parada fomentó cuanto pudo aquella expedición, bien que por noticias y aun experiencia que tenía en una reciente visita, previno a los Padres que no podrían permanecer entre aquellas gentes, ni plantear misiones sobre aquel pie en que estaban las de Sonora y Sinaloa. En efecto, estando aquel partido cercado de doctrinas así de clérigos seculares, como de religiosos de diversos órdenes, de los cuales cada uno alegaba derecho para aplicarse a los indios de ésta o aquella parte, informado el Padre Provincial mandó a los Padres retirarse, no sin sentimiento de los naturales y de la vecina Provincia de Tabasco, que se prometían muchas ventajas con el cercano establecimiento de los jesuitas. Lo del Moqui no tuvo mejor suerte; pero de ello se tratará más oportunamente adelante.

Entre estas cosas comenzó el año de 1719, en que se agregaron a la Provincia dos muy remotas, pero muy necesarias residencias en las Villas de San Joseph del Parral y de San Felipe el Real que vulgarmente llaman Chihuahua (1). Para la fundación de la primera ofreció generosamente todo, y después contribuyó, en efecto, con gran parte de los fondos necesarios el Ilustre Sr. D. Manuel de S. Juan Sta. Cruz, Marqués de este título. Aún más plausible que estas dos, fué el establecimiento de los jesuitas en la ciudad de la Habana, a que fueron llamados con instancia del Sr. D. Jerónimo Valdés y de otro piadoso eclesiástico, que tuvo después la principal parte

(1) En 1716 se destinaron para las Misiones del Petén, a los Padres Diego Vélez, José Cervino, Andrés González y Juan Manuel Ruiz; pasaron a Guatemala y se proponían entrar al territorio de los gentiles, cuando se experimentó la oposición de otros eclesiásticos, por lo que la Compañía renunció a esas misiones. *Vol. III, pág. 172.*

(2) Tiráronse los cordeles para la planta del nuevo edificio, con el nombre del Seminario de Nuestra Señora de Loreto, el día 24 de enero de 1718 y con toda la asistencia y aparato que permitía el lugar, se colocó la primera piedra el día 2 de febrero. *Vol. III, pág. 178.*

y aun el todo en la fundación del Colegio. Para éste el Licenciado D. Gregorio Díaz Angel, hombre de poco caudal; pero a quien por una corta deuda se le había hecho, por aquellos años, voluntaria cesión de una de las más opulentas haciendas del país, con la condición de que satisfaciéndose de su crédito, mantuviese al deudor, y después de sus días la gozase en toda propiedad. Los días del dicho deudor fueron pocos y D. Gregorio, dueño de una finca poderosa, trató de ofrecerla al señor empleándola en la fundación de un Colegio de la Compañía. Hizo en efecto la obligación solemne, con la condición, de que no pasando los jesuítas dentro de dos años a la Habana, le quedase libertad para destinarla a otros fines. Cumplíanse ya los dos años, y estaba para expirar la escritura; pero a diligencias del Sr. D. Pedro Morel de Sta. Cruz, entonces Provincial y Vicario General del Obispado, y después dignísimo Obispo de Nicaragua y Cuba, se animó a prorrogarla por otros dos años, instando de nuevo así dicho Sr. Provisor como el Sr. Obispo, al Padre Provincial. Eralo ya de Nueva España el Padre Alejandro Romano, quien envió prontamente a los Padres Pedro Ignacio Altamirano y Joseph de Castro Cid (1), que con grandes créditos de religiosidad, de celo, de desinterés, de erudición y de consejo, dieron principio a aquel Colegio. Estuvo, sin embargo, fluctuante, hasta el gobierno del Padre Joseph de Arjo, que habiendo antes estado en dicha ciudad, como dijimos, tomó con empeño la permanencia de aquella fundación. La Habana puede decirse con verdad, fué la primera residencia de los jesuítas, en la América Septentrional. Desde la primera entrada a la Florida y con más formalidad después del infeliz éxito de aquella misión, tuvieron allí asiento, y ejercitaron sus ministerios por más de diez

(1) La fundación se hizo en 1722. Los dos Padres se habrían llamado José de Castrolid y Jerónimo Varaena. Vol. III, pág. 209.

años. Fundaron allí el primer seminario de indios, y llamados a México, los Padres Sedeño y Rojel, resistieron por más de siete años a su salida los ciudadanos, instando por diversas veces a S. M. para la fundación de un Colegio. Desde este tiempo en que gobernaba la Diócesis el Sr. D. Juan de Castilla, apenas hubo Obispo de Cuba alguno que no pretendiese de nuevo llevar jesuitas a su Obispado. Así lo hicieron los Señores D. Matheo Henríquez, D. Leonel de Cervantes, D. Juan García de Palacios, D. Juan de Mañosa, D. Juan de San Mathías, D. Diego Evelino de Compostela, y D. Jerónimo Valdés.

La ciudad es competentemente grande y en este siglo ha crecido mucho, en riqueza y número de habitantes. Su principal comercio es en azúcar y tabaco, en que aventaja a todas las demás provincias de una y otra América, de cuyo comercio es como la llave y principal fortaleza. Está guarnecida de altas y muy gruesas murallas, con numerosa guarnición. Los ingleses han intentado en diversas ocasiones apoderarse de ella, y últimamente lo consiguieron el día 12 de agosto de 1762, bajo la conducta de los generales Albermarle y Pacok. Por el tratado de las últimas paces, fué restituída a su antiguo dueño, en 1763. El puerto es muy famoso, bien fortificado, capaz de muchos navíos y seguro para ponerlos a cubierto de los huracanes más violentos. Tiene conventos de Sto. Domingo, a cuyo cargo está la Universidad, dos de Franciscanos, Augustinos, Mercedarios, de San Juan de Dios y de Bethlén, Oratorio de San Felipe con tres conventos de monjas y tres parroquias. Está situada en 23 grados 20 minutos de latitud, en la misma entrada al seno Mexicano. Aposentáronse los PP. en unas pobres casas, frente de la parroquial mayor, donde una humilde cochera, sirvió de clase a los primeros estudiantes de gramática, que abrió poco después el P. Joa-

quín Monabe, bien que las escrituras formales de fundación, no llegaron a firmarse, hasta el año de 1725.

En el de 19 de que hablábamos, el P. Juan de Ugarte intentó en California, la fábrica de un barco, que después de muchos trabajos y tiempo, con maravillosas e inauditas industrias, logró echar al agua en el estío del año siguiente. Mientras en él se trabajaba, el H. Jaime de Bravo pasó en la lancha a Sinaloa a recoger bastimentos. Allí recibió carta del P. Provincial en que de orden del P. General Miguel Tamburini, le mandaba pasar a Guadalajara a recibir los Sagrados Ordenes. Era el H. Jaime muy proporcionado para este alto carácter, así por los estudios que tenía más que suficientes, como por sus talentos y su celo, que hacían esperar mucho de él en el estado de Sacerdocio. A pesar de la modestia con que resistió a los principios, lo ordenó finalmente el Sr. D. Francisco Mimbela. De Guadalajara pasó a México, donde informado el Virrey Marqués de Valero de las necesidades de la misión, en resulta de una junta, tenida en Marzo de 1720, mandó aplicar a la California un barco perulero, bien surtido de armas y pertrechos. Al mismo tiempo el Sr. Marqués de Villapiente se movió a dotar otra nueva Misión en la Paz, que debiese administrar el mismo P. Jaime. Entró éste en California por el mes de Agosto, con increíble júbilo de toda aquella colonia. Su empleo de Procurador, ocupó el H. Juan Baptista Mugazábal, que de Alférez del Presidio, pasó a humilde coadjutor de la Compañía. Tuvo allí mismo su noviciado, a dirección del P. Juan de Ugarte, Superior de la misión, a la cual sirvió muchos años con grande edificación y utilidad. El P. Juan de Ugarte por Noviembre de este mismo año, pasó con el P. Jaime a dar principio a la Misión de la Paz, que se consiguió felizmente, como también la de Guadalupe, a que partió de Loreto por Diciembre el P. Everardo Helen.

En lo interior de la Provincia se agregó este año a los demás, el nuevo Colegio de Celaya, fundación del ejem-

plar eclesiástico D. Manuel de Saravia, (1) a diligencia por la mayor parte del P. Manuel Valtierra, que consiguió al Colegio la donación de un olivar, que hacía una de sus principales fincas. Esta ciudad, fué fundada por el Exmo. Sr. D. Martín Henríquez, Virrey de México, y consagrada a la Purísima Concepción, de quien tiene el nombre, para enfrenar por aquella parte los asaltos e invasiones de los Chichimecas. Pertenece al Obispado de Michoacán. Corre a pocas leguas de la ciudad un río caudaloso, que desagua en el grande de Guadalajara. Tiene fuera del Colegio, un numeroso convento de Franciscanos, con algunos privilegios de Universidad, de Carmelitas, de Augustinos, de Mercedarios y de S. Juan de Dios. Está situada como a 55 leguas al noroeste de México, en 22 grados de latitud boreal, el país es templado y fértil, aunque de cielo lúgubre.

En la Tarahumara, pasó este año a mejor vida el P. Tomás de Guadalajara, natural de la Puebla. Trabajó muchos años apostólicamente en bien de aquellas almas, y puede decirse con verdad fue el restablecedor de toda aquella misión. Fue admirable en la pobreza de cuerpo y alma, en la austeridad de la vida, y en la constante religiosidad, de que pasó a gozar del premio el día 6 de Enero. En Oaxaca, descansó en paz el P. Lorenzo Coronel natural de Querétaro; que en 22 años que vivió en Oaxaca, siendo en sí mismo extremadamente pobre aseguró con gruesas limosnas la virginidad de muchas doncellas, que por su medio se consagraron al Señor en diversos monasterios. Fue hombre negado a su propia voluntad, y enteramente resignado a la obediencia, devotísimo de la Sacra Familia, en cuyo honor deseó morir en sábado y en el mes de Marzo, y lo consiguió efectivamente, trocando la vida temporal por la eterna en 9 de aquel mes, en que hace memoria de él nuestro Menologio.

(1) Manuel de la Cruz Saravia. Vol. III, págs. 181.

Por Febrero del siguiente año de 1721, llegaron a México algunos Caciques con su Jefe de la Provincia del Nayarit, que presentándose al Exmo. Marqués de Valero, entre otras pretensiones temporales, le pidieron enviase a sus tierras religiosos de la Compañía que los intruyesen en el culto del verdadero Dios. Habitaban estos indios una serranía asperísima entre los territorios de Guadalajara y Zacatecas en la latitud de $25\frac{1}{2}$ grados, por el poniente confinan con la jurisdicción de Acaponeta, provincia situada en la costa del Mar del Sur. Dista el centro de esta Sierra, que por estar consagrada al sol llamaban la Mesa del Tonati, como 60 leguas el sudoeste de Zacatecas, y 80 o poco más norte a sur de Guadalajara. Corren por la profundidad de sus barrancas tres ríos de considerable caudal. El de Chapalagana, que nace en la Nueva Vizcaya, y en la vecindad de Guaynamota, se junta con el de Jesús María, que en su nacimiento se llama Atengo en el territorio de la hacienda de la Parada. Juntos desaguan en el Río Grande de Guadalajara. El de S. Pedro más abundante en caudal, y en pesca, corre al norte de la Sierra, y entre Acaponeta y Valle de Banderas, desemboca en el Mar del Sur cerca de Olita. El país es muy caliente y fértil. La primera población, y origen de aquellas gentes se ignora enteramente, como de las demás de Nueva España. El autor de los "Afanés Apostólicos" los hace ya poseedores de la tierra, cuando entraron en ella los Mexicanos, atribuyendo a defensa preparada para este lance unas trincheras de piedra movediza, levantadas unas tras otras en las lomas, entre el antiguo Peyotán, y Guaymaurusi. Lo cierto es que a principios de el siglo antecedente, fué conocido el país de los españoles, con ocasión de perseguir después de su alzamiento a los fugitivos Tepeguanes por los años de 1617. Si no fueron éstos los primeros pobladores del Nayarit, es muy natural que lo fuesen aquellos, que en los principios de la Conquista huyendo de las armas españolas, se acogieron a semejan-

tes peñascos, y rocas asperísimas o los que en diversos alzamientos después de conquistados buscaban en aquellos lugares inaccesibles, o la impunidad de sus delitos, o la libertad de conciencia. Los Tepehuanes homicidas de que arriba hablamos, hallaron en este laberinto de sierras un refugio seguro. El Capitán D. Bartholomé de Arisbaba, que les seguía el alcance, no pudo penetrar hasta lo interior del país, y contentó con haberse ganado la estimación de algunas rancherías situadas a la falda y persuadídoles a fabricar una iglesia y admitir ministro del Orden de S. Francisco se retiró dejando en aquel sitio esta orgullosa inscripción: "Gobernando D. Gaspar de Alvear (1) y Salazar el Reyno de la Nueva Vizcaya, por su orden el Capitán D. Bartholomé de Arisbaba mandó hacer estos borrones, conquistó esta Provincia del Señor S. Joseph del Gran Nayarit, la atrajo y redujo a la obediencia de S. Majestad. Año de 1618." Con cuán poco fundamento se atribuyó esta gloria el Capitán Arisbaba, se verá por lo que iremos refiriendo. Por los años de 1702 (2) se encomendó de parte de la Audiencia Real Guadalupe la reducción del Nayarit al Capitán D. Francisco Bracamonte; éste confiado en la amistad y obligaciones que le profesaban los indios, cuyos intereses protegía, marchó con solo diez hombres; pero fuera de los sacerdotes, que había llevado consigo, y un soldado que escapó mal herido, todos quedaron en el campo. Siguióle después de algunos años, el Capitán D. Francisco Masora, que alistados cien hombres, apenas llegó a reconocer la aspereza y altura de aquellas breñas, cuando volvió atropellamiento sobre sus pasos. No fue de más provecho la entrada de D. Francisco Ramón, y otra intentó sin efecto D. Antonio del

(1) Gaspar Alvarez y Salazar. *Vol. III, pág. 198.*

(2) En 1701, según la "Historia". *Vol. III, pág. 198.*

Real y Quesada. Se creyó que las blandas persuasiones de los varones apostólicos serían más poderosas que las armas, y fueron enviados cinco religiosos del Orden seráfico que no permitidos pasar adelante hubieron de retroceder, donde el Río de Atengo. Esto hizo que por Cédula del Rey informado de la Audiencia se cometiese la reducción del Nayarit al celo del V. P. Fr. Antonio Margil. Acompañado éste de Fr. Luis Delgado, llegó hasta Guazamota, Misión vecina de los RR. PP. de S. Francisco. Desde allí envió una carta llena de caridad y dulzura, en que convidaba a los naturales a recibir la Fe, prometiéndoles no sólo impunidad de los robos y delitos, cometidos los años pasados, sino excepciones y privilegios de parte del Rey, y su constante protección. Envióles igualmente un rosario y una imagen de Cristo Crucificado, todo por medio de D. Pablo Felipe, cacique del pueblo de San Nicolás, que por su capacidad e inteligencia en la lengua cora, natural del país, era el mejor intérprete, que se podía apetecer. Los nayaritas obstinados volvieron el rosario e imagen, mandándole por respuesta, que sin Padres ni alcaldes mayores habían vivido en quietud, y vivirían en lo de adelante. A pesar de tan grosera respuesta, se acercó el Venerable Margil a la entrada o puerta que forma la estrechura de dos cerros, hasta un lugar entre los pueblos (que hoy son) de Peyotán y San Francisco de Paula, donde luego salió a su encuentro una multitud de indios armados, que con alaridos y ademanes amenazadores pretendían aterrarle. El hombre de Dios, sin temor alguno, se adelantó a abrazar al jefe de la cuadrilla, proponiéndole el fin de su venida, y cuanto deseaba contribuir al bien de la nación. La respuesta fué, que tratáse de retirarse al punto, que allí nadie pensaba en ser christiano, y sólo eran mandados a impedirle la entrada. A estas palabras, volvieron la espalda con desprecio, y tirando encima a los Religiosos un zorro empajado, les dijeron con risa y escarnio, tomad

de traerlos al bautismo, singularmente al jefe, que vencido del temor de su nación, nunca condescendió aun prometiéndolo apadrinarle el mismo Excmo. Prometió hacerlo a la vuelta en Zacatecas; pero antes de llegar a aquella Ciudad, representó con tanta fuerza la precisión de volverse a su país, que desde Jerez hubo de despedirse, y tomar el camino del Nayarit. Siguiéronle a fines de Julio, el Capitán D. Juan de la Torre, ya nombrado Gobernador con los Padres Antonio Arias de Ibarra y Juan Téllez Girón, 100 soldados y competente número de indios amigos. Poco faltó para malograrse la empresa por una especie de frenesí, que acometió al Gobernador D. Juan de la Torre, y que obligó al Conde de la Laguna a venir al Real para encargarse del mando en caso necesario. Se envió entre tanto un indio cora, residente en S. Nicolás, a los Nayaritas, con cuya respuesta, se alojaron en un sitio vecino a la estrechura, que forma la primera entrada de aquella sierra. Viendo la extrañeza y retiro de los indios, se comenzó a sospechar, y luego se descubrió la traición que tramaban, y que obligó a los españoles a retirarse a Peyotlán. Aquí fueron atacados de los indios, pero éstos quedaron derrotados, sin más que un herido de nuestra parte, que murió a los dos días. El fruto de esta acción fué la rendición voluntaria de más de 100 Nayaritas, con quienes se dió principio al Pueblo de Peyotlán, a que por devoción del Gobernador se dió el nombre de Sta. Rita. Por Enero de 1722 llegó al Nayarit D. Juan Flores de S. Pedro, enviado a suceder a D. Juan de la Torre, que no estaba ya en estado de manejar con acierto aquella empresa. Este, requeridos por tres veces los indios, y conociendo por sus respuestas que sólo pretendían ganar tiempo, determinó asaltar la Mesa o asiento del Tonati, que era como el centro y corte de la nación. Se partió la pequeña tropa en dos trozos, el primero, que mandaba el Gobernador, debía montar la parte del Poniente,

y por el oriente el otro a cargo de Dn. Nicolás de Escobedo. Hicieron alto al pie del norte, donde llegaron la noche del 14 de Enero con el designio de descansar allí, y examinar las subidas antes de tentar el avance. Está frente de la Mesa del Tonati otro picacho menos elevado y áspero, que llamaban la Mesa del Cangrejo, cuyas rancherías persuadidas de un Cacique llamado Taczani trataron de rendirse al Capitán Escobedo prometiendo entre tanto no ayudar a los de la Mesa ni hacer a los españoles daño alguno cuando intentasen la subida. Hallábase Escobedo no poco sentido del nuevo Gobernador, porque preguntándole si ofreciéndose ocasión podría subir a la Mesa antes de el día señalado, Dn. Juan Flores le respondió, con un aire de desprecio, que subiese si podía, añadiendo que por seña encendiese una lumbrada en la cima. Por fortuna la tarde del 15, los rebeldes de la Mesa enviaron un mensajero a Escobedo, diciéndole que los esperase en aquel sitio (estrecho mucho y apeli-grado) que allí bajarían la mañana siguiente a dar al Rey la obediencia. El prudente Capitán respondió, que quería excensarles aquel trabajo, siendo más justo que él subiese a la Mesa y que allí como la cabeza de la Provincia fuese reconocido el Rey. En efecto, a la mañana siguiente se comenzó a trepar con valor. A poco trecho, fué preciso dejar los caballos, por la estrechez y aspereza de la vereda. Los indios desde lo alto, con lluvia de flechas y de piedras, rodando peñascos y troncos la hacían más difícil, y más agría. Sin embargo, reconociendo poco o ningún daño en sí los españoles, defendidos de las rocas y los árboles, ganaban terreno tanto más, cuanto por un yerro feliz siguieron otra senda que por desacostumbrada e irregular, no habían tenido cuidado de fortificar los indios. Advirtió esto uno de los más valientes Caciques, y bajando con increíble destreza por aquellas breñas, se fijó en lo más estrecho del paso con un alfanje en la mano. Ni hubiera pasado hombre algu-

no, si con dos o tres balazos no hubiese caído aquel bravo indio y puéstose en fuga otros ocho o diez que lo acompañaban. Respiró nuestra gente, y prosiguió con más aliento viendo que los defensores, sobrecogidos del temor, se descolgaban por todas partes y desamparaban la altura, donde llegaron los nuestros como a las cuatro de la tarde. Al día siguiente llegó el Gobernador que, avergonzado y colérico, reprendió el atrevimiento de Escobedo. Se quemó el jacal, o templo del sol, se quebraron muchos ídolos, se recogió algún ganado y se prendieron 104 personas entre hombres y mujeres. Los de la Mesa del Cangrejo, vinieron poco después a jurar la obediencia, y pasando luego el Gobernador a aquel sitio, se dió principio al pueblo de Jesús María. En el puesto Quaimaruzí, donde fué enviado un Cacique fiel llamado Domingo, (1) se dió principio al Pueblo de Sta. Teresa. El Gobernador partió entre tanto a recoger y asegurar fugitivos. Su ausencia pudo costar muy cara, porque habiendo intentado los indios de Quaimaruzí matar al Cacique Domingo y conjurar con los de Jesús María, sin haber en la Mesa soldados para el remedio de aquel daño, no se hubiera podido apagar tan pronto la llama, si no hubiera tan presto vuelto el Gobernador a la Mesa. Entre tanto, se dió asiento al cuadro principal de la Ssma. Trinidad, donde a pocos días vino el Tonati, y disculpándose con el Gobernador ofreció al bautismo a sus hijos, reservándose él hasta otro tiempo. El Gobernador llamado de los personales intereses de su casa, dejó por algún tiempo el Nayarit, donde la falta de alimentos y las inquietudes de algunos caciques causaron pequeñas turbaciones. Volvió dentro de poco y con él la tranquilidad y la abundancia. Se fundó el Pueblo de S. Ignacio de Guainamota por el mes de Junio, a cargo del Padre Joseph de Mesa, poco antes llegado con el Padre Joseph Bap-

(1) Domingo de Luna. Vol. III, pág. 203.

tista López. Reducidos poco después los Tequalmes, se mandaron juntar en una población, a que se dió el nombre de S. Pedro, como el de S. Juan a otra de Coras, reducidos por el Capitán Luis de Ahumada a las orillas, uno y otro, del Río de S. Blas.

Mientras esto pasaba en el Nayarit, se habían en la Pimería proveído de misioneros Caborca y Tubutama, en que por la escasez de sujetos, faltaran por más de diez años. El resto de la Provincia, después de la muerte del Padre Kino, había caído en una desolación lamentable. Los Pueblos de Dolores y Remedios, se desampararon por mal sanos. Los de Cocospera, S. Javier del Bac, S. Luis Guebabic y Sta. María Suameca, expuestos a las invasiones de los Apaches y por algunos años sin fomento de ministros, apenas conservaban algunos vestigios de aquellas buenas disposiciones a que los redujo la dulzura del Padre Kino.

El Padre Agustín de Campos, misionero de S. Ignacio, había tratado con el Padre Juan de Ugarte proveerle de alimentos por la costa de los Series, para un viaje que pretendía hacer a la embocadura del Río Colorado. En esta confianza partió de S. Dionisio el Padre Ugarte por Mayo de 27 con la balandra, y un pequeño esquife en que iban por todo 29 hombres. En 5 días atravesaron el golfo, después de reconocida la costa California hasta las Islas de Sal Si Puedes. Llegaron al puerto de Sta. Sabina, donde vieron un indio, que puesta una cruz en la playa, desapareció al momento. Saltaron en tierra algunos, y el indio que la había fijado, dió un alarido a que prontamente acudieron otros muchos, que arrojándose a nado, llegaron a la balandra a saludar al Padre con demostraciones muy festivas. Dióles éste carta para el Padre Campos y tratando de proveerse de agua, entre tanto se despidieron los indios dando señas de volver como lo hicieron, trayendo al día siguiente cada uno dos cántaros de agua y las mujeres uno. Rogaron al Padre

que pasase a una isla vecina a visitar a sus parientes, como se practicó no sin grande riesgo por las estrechuras y bajos de un canal en que se metieron, y graves dolores del Padre Ugarte muy incomodado en la salud de unas humedades contraídas en la costa. Los isleños, aunque asustados al principio, mostraron después bastante veneración. Les aconsejó el Padre que condujesen del Pueblo más cercano algún catequista que les enseñase los misterios de nuestra Fe, y partiendo de allí con los socorros que se les enviaron de S. Ignacio de Caborca, conocieron por la diversidad de fondos y de anclajes, color de las aguas, y bajíos, estar muy cerca de la embocadura del río, que sin embargo no se pudo reconocer, así por la enfermedad del Padre y algunos otros, como por dos o tres avenidas fuertes del río, que con las lluvias del tiempo hacían temer otras mejores. Estas avenidas conocieron por la mucha broza, leños quemados, troncos de árboles, horcones de casas y otras basuras que notaron en las corrientes. Esto les hizo apresurar la vuelta a la Bahía de la Concepción, en que dieron fondo a principios de Septiembre.

La costa exterior de la misma Península habían en el mismo tiempo, registrado los Padres Clemente Guillén y Sigismundo Tarabal, uno y otro sin el efecto deseado de hallar alguna escala oportuna a la nao de Filipinas. Con más felicidad los Padres Sebastián de Sistiaga y Everardo Belén, descubrieron de 28 grados para abajo, tres puertos cómodos, uno de ellos cerca de la ranchería de S. Miguel, perteneciente a la Misión de S. Javier.

Estas correrías, que hacían por encargo de los Virreyes, no impedían a los misioneros el principal cuidado de la instrucción de los indios. Los del sur, que parecían menos quietos, necesitaban de mayor atención. Por eso no habiendo tenido efecto, por la razón dicha arriba, la dotación de S. Juan de Liguí, que hasta enton-

ces administrara, pasó el Padre Guillén a un sitio de la playa del sur, llamado Apate, donde fundó la Misión de los Dolores, donde en 40 o más leguas de territorio redujo muchas rancherías, sin haber podido lograr sino una corta siembra en Apate, pequeño alivio a la grande pobreza de aquella misión, que algún tiempo después se trasladó más adentro, como a 10 leguas de la costa interior. El Padre Ignacio María Nápoli, poco antes llegado a California, dió en esta misma sazón principio a la misión de Santiago, que primero estuvo en Sta. Anna, a 20 leguas de la Paz, y después se pasó al sitio que hasta hoy ocupaba no muy lejos del Cabo de S. Lucas. Tuvo el Padre Nápoli mucho que padecer con la esquivez y fuga de los indios, al principio, y después con su rudeza, genios inquietos, perezosos y descontentadizos, que hicieron proceder siempre con lentitud en bautismos de adultos. Fueron estas dos misiones obra de la piedad y celo del Ilustre Sr. Marqués de Villapiente.

En el año de 1722 el Padre Juan Andrade de Oviedo, poco antes llegado de Roma, fué señalado Visitador de la Provincia de Filipinas, en que portándose con su acostumbrado celo, prudencia y amable ingenuidad, edificó mucho aquellos Colegios y ganó grande loa a su provincia de México. A su regreso halló patente del Padre General, en que le mandaba gobernar en cualidad de Provincial si se hallaba aún en Filipinas.

Llegaron en el mismo año dos Cédulas al Marqués de Casafuerte, Virrey de México, para que se fundasen a costa del Real Erario 8 Misiones en Pimería, y se informase a S. M. de los medios más oportunos para la reducción del Moqui. Para esto segundo se pidió informe al S. D. Benito Crespo, Obispo de Durango, a D. Juan de la Fuente, y otros Capitanes de los Presidios de Sonora y Tarahumara, que todos convinieron en que dicha reducción se encomendase a los Religiosos de la Compañía, que con tanto celo y provecho trabajaban en la conversión

de tantas otras gentilidades; pero ni la fundación de las misiones tuvo efecto hasta algunos años después, a instancias del mismo Sr. Crespo, y mucho menos la reducción del Moqui. Esta Provincia, que confina con el Nuevo México y según el juicio del Padre Kino, se extiende de los 35½ hasta los 37 grados de latitud, después de su alzamiento que arriba tocamos, jamás pudo restablecerse aún habiendo vuelto a florecer la paz y la religión en el Nuevo México. Es verdad, que en las entradas diferentes del Padre Kino a las riberas del Gila, antes que tanto se hubiesen insolentado los Apaches del Norte, así éstos como los Moquis habían dado muestras de rendirse a los consejos y embajadas de aquel celoso jesuita, y pretendido que entrasen a sus tierras padres prietos, nombre con que distinguían de los franciscanos a los religiosos de la Compañía; pero esto, que 30 años antes a un hombre como el Padre Kino hubiera sido muy difícil, en las presentes circunstancias, era absolutamente imposible. Los franciscanos, para entrar a los Moquis, no tenían más estorbo que el de la obstinación y apostasía de aquellos salvajes; los jesuitas no podían penetrar allá, sin domesticar antes más de 80 leguas de tierras de los Sobaipuris hasta el Gila y otras muchas más habitadas de Apaches, nación ya irreconciliable con los españoles, desde algunas leguas al norte del Gila, hasta los confines del Moqui. Esta dificultad, junta con la escasez de misioneros, empleados de nuevo entonces en la Reducción del Nayarit, hizo representar al Virrey, los inconvenientes que resultaban de admitir la Compañía la administración de aquellas misiones. La respuesta del Virrey hizo suspender, por entonces, todas las providencias acerca del Moqui, hasta muchos años adelante.

En la California, una epidemia de disenterías singularmente trabajaba la nueva Misión de Guadalupe, con gran fruto en la buena disposición de los indios y

copiosa cosecha de merecimientos para su fervoroso ministro, el Padre Everardo Helen. En el sur no faltaban algunas inquietudes, que todos estos años cuasi consecutivamente obligaban al Capitán a bajar con algunos soldados para contener a aquellos salvajes.

En el Colegio Máximo de México falleció el 13 de enero de 1723 el H. Juan Nicolás, de la Villa de Romancos en el Arzobispado de Toledo, que en 38 años de Procurador de aquel Colegio, a la mayor actividad en los negocios temporales supo juntar a una inalterable paciencia, un sumo amor a la pobreza y un aprecio y constante exactitud en todos los ejercicios espirituales y religiosa distribución, que a los de casa y a los de fuera lo hacían igualmente respetable. Partió de esta vida el 13 de enero (1), y el oficio funeral de su entierro lo hizo el Ilmo. Sr. Arzobispo de Manila.

En 14 de Marzo de 1724 en el Colegio de Sn. Idefonso de la Puebla, faltó el Padre Joseph de Aguilar, varón de muy profunda humildad, de gran magisterio de espíritu y de una constante devoción. Se ocupó por muchos años en la Congregación de las Doctrinas, a que sabía los domingos, juntando por las calles los niños y gente pobre, con una caña y una campanilla en las manos. Explicaba la Doctrina en la plaza, y hacía luego una fervorosa exhortación, cuyo fruto cogía después en el confesonario. Fué de profundísima humildad, preciándose aun delante de los seglares de ser coadjutor espiritual. Sobresalió en la devoción y amor a la Sma. Virgen, cuyo rosario entero rezaba de rodillas, y siempre que podía en la hermosa capilla del Convento de Sto. Domingo. Premió la Virgen este obsequio, haciendo que a la hora de su muerte fuese a cantarle el Credo, y le hiciese des-

(1) Aun cuando dos veces se lee en las "Memorias" que el Hermano falleció el 13, según la "Historia", murió el 2 de Enero. Vol. III, pág. 210.

pués las exequias funerales la Comunidad del Orden de Predicadores.

En el mismo año, el día 14 de Enero (1) murió con opinión de grande santidad en Sinaloa, el Padre Antonio de Urquiza, natural de Bilbao, que empleó más de 60 años en las misiones de los indios, siempre igual, siempre tranquilo e igualmente religioso. Quejábase a los 86 años de edad de no poder emplear 8 horas de rodillas en la oración, como lo hizo mientras le duraron las fuerzas. Fué hombre de maravillosa simplicidad, tan pobre, que jamás conoció el precio de las monedas, ni distinguió la preciosidad de los metales. Le honró el Señor con el don de la profecía, con el cual, entre otras cosas, diciendo actualmente misa el día de S. Miguel, 29 de Setiembre, en la iglesia de Sinaloa, año de 1717, pidió a su auditorio oraciones por la ciudad de Guatemala, que en la noche antecedente había sido arruinada de un espantoso terremoto.

En 9 de Julio de 1725 (2), en el Colegio de Su. Gregorio pasó a mejor vida el Padre Joseph Guevara, mexicano, insigne en la pobreza y en el fervor con que renunciados los aplausos de las cátedras, se consagró para toda su vida a los ministerios de indios. Jamás se le oyó, ni murmuración ajena, ni alabanza propia, y cuantos le confesaron generalmente, testificaron que había conservado hasta la muerte intacta la flor de la virginidad y la primera gracia del bautismo. Sus exequias hicieron más honrosos los alaridos y lágrimas de los indios, que le lloraban como a su padre común.

En la Casa Profesa tuvo dichoso fin, y correspondiente a su religiosa vida el Padre Joaquín Camargo, natural de Celaya. Padeció en toda su vida la cruz de feísimas ten-

(1) El 12 de Enero. Vol. III, pág. 223.

(2) De 1724, según la "Historia". Vol. III, pág. 216.

taciones, a pesar de las cuales no tuvo el menor escrúpulo en materia de pureza. Hombre resignado enteramente en las manos de la obediencia y de una austera mortificación y oración fervorosa, a que fuera de los tiempos señalados a la Comunidad, se recogía cinco veces al día. Descansó en paz el día 29 de Octubre de 1726.

En 1727 llegó a California el Padre Juan Baptista Luyando, jesuíta mexicano, que no sólo había renunciado su legítima para que se fundase una nueva misión en California, sino ofrecido también su persona a los trabajos de aquella empresa. Se deseaba desde el año de 16 una población en Cadacamán, donde el Padre Sistia-ga, tenía ya bien dispuestos los ánimos y preparado oportuno sitio para cabecera de la misión. Partió a ella el Padre Luyando a principios del año de 28, con tan buen pie, que a pocos días tenía juntos en grande paz, docilidad y fervor más de 500 catecúmenos. Ni sólo con estos frutos espirituales, pero aun con los temporales bendijo Dios las fatigas del nuevo misionero, concediéndole un terreno fértil, y a propósito para siembras de todo grano, y dándole victoria así contra los engaños de los Wamas o sacerdotes como contra las armas de algunos bárbaros del Norte, que intentaron acabar al principio con la nueva misión a que se dió el nombre de S. Ignacio.

El año que siguió de 28, fué muy triste a toda Nueva España, y a México singularmente, por el grande estrago que hacía la epidemia del sarampión. Los jesuitas, como en las demás ocasiones de esta naturaleza, se dedicaron sin reserva de edad, ni grado alguno, al consuelo y alivio de los enfermos en lo espiritual y corporal. Después de muchas plegarias se recurrió últimamente a la Sta. Imagen de Ntra. Sra. de Loreto, venerada en la iglesia de Sn. Gregorio. Se llevó en procesión a la Cathedral, entre lágrimas y fervorosos ruegos de toda la ciudad, que comenzó luego a sentir el alivio de su

aflicción. La epidemia remitió desde aquel día, y pocos después, aun siendo por el mes de Agosto de lo más cálido y lo más húmedo de aquel país, se apagó enteramente. La ciudad en agradecimiento, y todas las sagradas Religiones, de común acuerdo, se hicieron como una obligación de distribuir ente sí los días de la novena que se hacía anualmente antes del 8 de Septiembre, contribuyendo con una piadosa emulación a los cultos de la Sta. Casa de Nazaret, que desde este tiempo se hizo uno de los Santuarios más célebres de aquella Capital.

En este año hacen memoria nuestros fastos como de observantismo religioso del Padre Christóbal Flores, exactísimo en la pobreza, sin permitir en su aposento cosa alguna superflua, y de tan continua presencia de Dios, que como declaró a su confesor, jamás se distraía advertidamente de ella. Pasó de la vida mortal el día 11 de Junio.

Al año siguiente de 1729 falleció a 22 de febrero, en Loreto de California el Padre Francisco María Pícolo, y el próximo de 1730 el Padre Juan de Ugarte, fundadores entrambos de aquella cristiandad. Uno y otro trabajó en ella gloriosamente por más de 30 años; y en la pobreza, la mansedumbre, la religiosidad y celo de las almas pasaron siempre por dechados y ejemplares a todos los que quisieron dignamente ocuparse en el ministerio evangélico. Las noticias que aquí dejamos esparcidas, y las que se escribieron en sus cartas de edificación, especialmente en la del Padre Juan de Ugarte, el Atlante, como le llamaba el Padre Salvatierra, y el Apóstol de la California, dan una alta idea de sus heroicas virtudes.

Gobernaba por este tiempo la Provincia el Padre Juan Antonio de Oviedo, que la aumentó con los dos colegios de León y Santa Fe de Guanajuato, en el Obispado de Michoacán. Se erigió el de León, el año de 1737 a diligencias y piadosa liberalidad de D. Nicolás

de Aguilar, que con grande magnificencia erogó para la fundación más de cuarenta mil pesos (1). Tuvo sus principios este establecimiento de una fervorosa misión, que por aquellos años hizo en el lugar el Padre Manuel Valtierra. Había en la Villa, en aquel tiempo, un pequeño convento de Religiosos Franciscanos y un hospital de Sn. Juan de Dios. La casa de la Compañía estuvo por largos años en calidad de hospicio, por falta de las necesarias licencias, que no se obtuvieron hasta el reinado del Sr. D. Fernando VI. La fundación de León dió ocasión para pretender lo mismo a los habitantes de Sta. Fe de Guanajuato, famoso real de minas, doce leguas distante de aquella villa, lugar populoso, de crecido comercio y caudales, fomentados de la abundancia y riqueza de las minas. Habíase pretendido allí muchas veces antes, la dicha fundación, hasta que se encargó de ella y de pretender en España el beneplácito de S. Majestad la Ilustre Sra. Da. Teresa de Busto (2). Muchos de los principales mineros, los más de ellos ramas de su noble familia, se ofrecieron a porfía a contribuir con gruesas limosnas, así para la aseguration de las fincas, como para el diario sustento de los Padres entre tanto. Pasaron allá los primeros jesuitas, a fines de Septiembre de 1832. Fueron recibidos como unos ángeles, siendo común tradición, que antes de entrar allí la Compañía se habían visto jesuitas en el Púlpito de la Parroquia explicando la Doctrina Christiana, ministerio que procuraron desde luego introducir los Padres y de que había gran necesidad en el país. La licencia de la Corte, pretendida de la Ilustre fundadora con el mayor empeño, aun por medio de uno de sus hijos, que pasó por aquellos años a Europa, todavía se retardó, por muerte de

(1) Cincuenta mil pesos, al decir de la "Historia". Vol. III, pág. 242.

(2) Doña Josefina Teresa de Bustos y Moya. Vol. III, pág. 243.

éste y algunos otros incidentes, hasta el año de 1744. En este medio tiempo se mantuvieron allí los Padres Matheo Delgado y Joseph Redona, por vía de hospicio, con grande aceptación, que en vez de disminuirse, como suele acontecer, antes pareció ir en continuos aumentos hasta estos últimos años. Guanajuato está como a 70 leguas al Norueste de México, en los 22 grados y algunos minutos de latitud. Es grande, aunque de situación irregular e incómoda por la aspereza y quiebras del terreno, el temperamento sano y de buenas aguas. Tiene comunidades de Franciscanos Recoletos, de Bethlemitas y Mercedarios.

En California el Padre Nicolás Tamaral había pasado por Marzo de 1730 a fundar la nueva Misión de S. Joseph, vecina al Cabo de S. Lucas. Le acompañó el Padre Visitador Joseph de Echeverría que tuvo el consuelo de ofrecer a Dios las primicias de aquella christianidad, con los bautismos de muchos púrvulos. Los adultos que sólo se habían dejado ver en poco número, luego que se ausentó el Visitador con los pocos soldados que le acompañaban, comenzaron a venir en tropas con inmenso consuelo del misionero. Mudóse con ellos a sitio más a propósito dos leguas del mar, donde al año siguiente, como escribió el mismo Padre al Marqués de Villapuenta, tenía ya bautizadas más de mil almas. La misión de Sta. Rosa para que iba destinado el Padre Segismundo Taraval, no pudo efectuarse por entonces, y el Padre fué encargado de asistir a la misión de la Purísima, y después a la de S. Ignacio, por impedimento del Padre Sistiaga que la administraba en propiedad. De aquí pasó a visitar unas islas vecinas por Diciembre de 1732. La primera que los naturales llamaban Asegua, quiere decir Isla de Pájaros, halló desierta. Entre las aves halló dos especies singulares, una de pajarillos negros del tamaño de los gorriones, que pasan el día sobre el agua, y la noche en tierra, donde forman sus nidos, horadan-

do el suelo con el pico, como madrigueras de conejos hasta la profundidad de una vara o poco más, por lo cual son fáciles de cogerse. La otra del tamaño y figura del pato, espalda y alas negras, pecho blanco, uñas y pico de aves de rapiña, pasan días y noches sobre el agua, cuando el mar está inquieto, y en tierra cuando está en bonanza. Forman entonces sus nidos como los antecedentes, pero de mucha menor profundidad. Pasaron de allí a otra isla, por nombre Guamalgua (1), o tierra de neblinas, larga como veinte leguas, con fuentes de agua dulce, y en tres pequeñas bahías abiertos pozos, aunque los surgideros incómodos. Hallaron venados y conejos negros, de pelo más suave que el castor, algunos de éstos y lobos marinos como también ballenas. Desde un monte que se levanta en medio de la isla, vieron al poniente como a 10 leguas, otras dos, a las cuales con tres que se hallan en la Ensenada, que llamaron de S. Javier, dieron el nombre de Islas de los Dolores. Otras que vieron a una larga distancia al norte, creyeron ser las que, según Sebastián Vizcaíno, forman el Canal de Sta. Bárbara. La de Guamalgua, según toda apariencia, es la misma que aquel General llamó Isla de Cerros. Los habitantes condescendieron gustosos en seguir al Padre Taraval a su misión de S. Ignacio, tanto más, cuanto uno de los ancianos, que mostró repugnancia en seguirlo, lo vieron poco después perecer desgraciadamente sumergido de un tiburón. A éstos se agregaron otras rancherías, y entre ellas una de la Costa Oriental y Cabo, que los Buzos llaman de S. Miguel. El Padre Segismundo pasó dentro de poco a dar principio a la misión de Sta. Rosa, llamada así del nombre de su noble fundadora, Da. Rosa de la Peña, aunque el pueblo se llamó siempre de Todos Santos, y era de la nación Guaycura, a quien por haberse cuasi extinguido con epidemias, gue-

(1) Amalgua. Vol. III, pág. 247.

rras y mudanzas, sucedieron muchas rancherías de vecinos Pericúes. Está situada en la costa exterior de California, como a media legua del Mar del Sur. Halló los indios bastantemente domesticados, bien que no le faltaron contradicciones, por las cuales sería obligado a mantener en su compañía tres soldados, que había llevado consigo. Todavía pudo tanto su celo y empeño, que antes de cumplir el año tenía ya bautizada la mayor parte de las gentes de su distrito, tan amantes de él y tan fieles, que esto le salvó la vida en la rebelión general de la nación, acontecida al año siguiente.

Este trienio, en que gobernaba el Padre Joseph Barba, fué bastantemente desasosegado e inquieto por la controversia sobre los diezmos nuevamente suscitada en México, por el Ilmo. Sr. D. Juan Antonio Vizarrón. Llegó en lo de adelante a términos de fijar públicamente por excomulgados algunos administradores de las haciendas de la Compañía en su Diócesis. Se tuvo por estos años la vigésima sexta Congregación Provincial en que fueron nombrados Procuradores los Padres Juan Guenduláin y Andrés Javier García, para cuyo alivio, y de las misiones que pasaban a Indias, se dió por este tiempo principio al hospicio del Puerto de Sta. María. Empezó esta obra, a costa de las Provincias de América, y principalmente de la de México, el Padre Gaspar Rodero, que después de haber ocupado en Nueva España los más lustrosos empleos, fué nombrado Procurador General de Indias por los años de 1727. Este cargo de que había grande necesidad, se crió entonces, y llenó después hasta estos tiempos con grande actividad y utilidad de aquellas remotas provincias el Padre Ignacio Altamirano. En este mismo tiempo se fundó en Guatemala el Colegio Seminario dedicado a San Francisco de Borja. Contribuyó a una obra de tanta utilidad en gran parte la Sra. Da. Teresa de Azpeitia, dotando algunas becas, y entre ellas cuatro para otros tantos jó-

venes nativos de Ciudad Real, de que su marido había sido Corregidor en otro tiempo. Ayudó también mucho esta noble matrona a su hermano el Padre Ignacio de Azpeitia, para la fábrica, que entonces se levantaba de la iglesia de nuestro Colegio, uno de los más bellos y más bien adornados templos que tiene la Nueva España (1).

Entre tanto fermentaba en la California una levadura de perdición que vino a ser en poco tiempo la ruina de todas las misiones del Sur. Comenzó por el indio Gobernador de Santiago, ladino bastantemente y capaz, pero a quien el Padre Carranco por sus corrompidas costumbres hubo de castigar y deponer del cargo, para que no contagiase a toda la nación. Intentó desde entonces deshacerse del misionero; pero sabidos sus designios, no tuvo lugar de ejecutarlos, y trató de ausentarse, dejando no pocas semillas de inquietudes entre los que habían dado oídos a sus sediciosas pláticas. Retiróse a unas rancherías gentiles aún, de que era cabeza un mulato llamado Chicori, muy semejante a él en las costumbres, y que fuera de otros delitos, por el robo de una moza christiana, que mantenía entre otras mujeres en la ranchería de Yeneca, miraba con hastío la religión y a su ministro el Padre Tamaral, que por diversos medios había procurado su enmienda. De acuerdo los dos determinaron sublevar la tierra y acabar con los Padres. El Padre Tamaral había pasado a Santiago por noticias que tuvo del comenzado alboroto, y en efecto ausente el mal cacique, llamado de los suyos Botón, los demás parecían haber vuelto a la antigua tranquilidad. Conseguido esto determinaba el Padre Tamaral volverse a su misión cuando tuvo aviso que los dos malvados le esperaban para matarle en el camino. El Padre por sendas

(1) La fundación del Seminario fué, al decir de la "Historia", "muy a principios del siglo". El Padre Azpeitia murió en Guatemala el 7 de Junio de 1726. *Vol. III, pág. 224.*

excusadas pasó la noticia a sus indios de S. Joseph, que aunque la mayor parte gentiles, viniendo al punto armados en buen número, condujeron al Padre a su pueblo, con terror y fuga de los rebeldes. Estos, malogrado el lance y viéndose notados en todos los pueblos determinaron fuese con sinceridad o con malicia pedir perdón a los Padres y vivir en su lugar en paz.

El Padre Tamaral pasó a la Bahía de Sn. Bernabé, con cuantos socorros pudo para el Galeón de Filipinas, que enferma la mayor parte de la gente del acostumbrado ver-ven, o mal de Loanda, necesitaba grandemente de aquel alivio. El General D. Jerónimo Mostero dió al Padre las gracias, y le dejó encomendados tres enfermos de más distinción, de los cuales murió el uno, y a los dos convalecidos se les proveyó de embarcación y víveres para la Nueva España. Uno de éstos Sr. Domingo Horbigoso, Agustino, admirado de la caridad, fervor y desinterés del misionero dejó firmada de su puño una certificación llena de elogios de la Compañía y del Padre Tamaral fecha en 24 de febrero de 1734. De resulta de esto se dió orden en Manila para que el Galeón tocase siempre en el Cabo de Sn. Lucas, donde nunca había llegado hasta entonces. Se trató también de un Presidio en aquella parte, que así para el socorro de la nao, como para el sosiego de la tierra, era muy necesario.

Toda la escolta de los misioneros del Sur, se reducía a tres soldados en Sta. Rosa, dos en Santiago, uno en la Paz, y en Sn. Joseph ninguno. De los tres que acompañaban al Padre Taraval mataron uno en el monte, y hubieran hecho lo mismo con los otros dos y con el Padre, si por la turbación, compañera del delito, no hubiera éste conocido las intenciones de los indios, que con pretexto de visitar al soldado acometido, decían, de un accidente quisieron sacarlo al bosque. Eran estas tramas formadas de los dos cabecillas, Botón y Chicori que habían ya comunicado lentamente el contagio a cuasi toda la nación de los Pericues.

Llegó por estos días un soldado que iba a dar una sangría al Padre Tamaral, y conociendo en Santiago y en Su. Joseph la fatal disposición de los ánimos, avisó de ello al Padre; pero no habiéndole podido persuadir sus temores, trató de salvar su vida, y partió a la Paz. Antes de entrar en ese pueblo hizo la seña ordinaria de un tiro de arcabuz, no se le respondió, ni vió indio alguno, pasó a la casa del soldado de escolta Manuel Romero y hallando rastros de sangre, y destrozados muebles, persuadido de su muerte, pasó con diligencia a Dolores a dar cuenta de todo al Padre Superior Clemente Guillén. Dió éste orden a los Padres de que se retirasen a la Paz, y envió allá prontamente una lancha con 17 indios fieles, para que al momento los pasasen al Loreto. Estas órdenes, sea por infidelidad o por prisión de los mensajeros, o no llegaron, o llegaron tarde. Entre tanto se veían ya saltar por todas partes las centellas de un general incendio. El Padre Carranco despachó correo al Padre Tamaral llamándole a su Misión, donde por haber tal cual escolta podría estar más seguro. Respondió éste que no reconocía conspiración alguna en sus indios, ni le parecía conveniente desamparar el pueblo. Los que llevaban esta respuesta, encontraron con las cuadrillas de los rebeldes que iban primero a dar muerte al Padre Tamaral. Informados del término y motivos de su viaje, y de que el Padre Carranco era ya sabedor de sus designios, mudaron de resolución y determinaron acabar primero con el Padre Carranco. Llegaron a Santiago la mañana del viernes primero de Octubre, a tiempo que los presidiarios habían salido al campo a conducir unas reses. El Padre daba actualmente gracias, después de la misa, cuando los mensajeros le entregaron la carta, quedando fuera los demás, que mientras atento y edificado la leía, cargaron sobre él de tropel, sacáronlo en brazos y teniéndolo algunos de la ropa lo atravesaron otros con muchas flechas, invocando sin cesar el bendito varón los

dulces nombres de Jesús, María y Joseph. Concurrió todo el Pueblo, y unos por rabia, otros por temor de mostrarse fieles, todos con flechas, con piedras, con palos, y semejantes instrumentos, consumaron el sacrificio. Desnudaban unos el cuerpo, y mientras otros preparaban la hoguera. No son para escritas, dice el autor de las "Noticias de California", las profanaciones, que llevados del espíritu de inmundicia ejecutaron en el desnudo cuerpo, que aún tenía algunas señas de vida. Baste decir que hombres y mujeres, mostraron bien en su inhumanidad y brutal desenvoltura que el objeto de su cólera, era la Sta. Doctrina, y la pureza, y continencia a que procuraba inducirlos el celoso ministro. La misma fortuna tuvieron los dos soldados, que volviendo de la campaña, cayeron en sus manos, y un indiezuelo sirviente del Padre que creían ser el descubridor de sus secretos. El cáliz, estatuas de santos, pinturas, cruces, todo, en fin, lo sagrado de que no podían servirse, fué el blanco de su furor y execración y pábulo de las llamas. Lo mismo con poca diferencia ejecutaron dos días después, el 3 por la mañana, con el Padre Nicolás Tamaral, en el Pueblo de Sn. Joseph. De aquí pasaron en furia a la Misión de Todos Santos. No pudieron haber a las manos al Padre Taraval, que ayudado de sus fieles indios, se retiró a La Paz, y de allí prontamente a la Isla de Sn. Joseph, de donde pasó después a Dolores. Allí juntos con el Capitán y algunos soldados, determinaron perseverar, y hacer frente a los Pericues, para que no invadiesen la misión, y cortarles el comercio con las naciones del norte, para que no cundiese el contagio. Esto segundo no se pudo conseguir, y así comenzando a sentirse discursos sediciosos entre los indios, se dió orden a los Padres de retirarse al Loreto, sin que entendiesen los naturales la causa, a principios del año 1735. Se dió noticia a México de lo acaecido, instando por el Presidio del sur, para el cual hubo de recurrirse a Madrid. Como el mal no permitía

dilaciones se avisó a la vecina Sinaloa, donde, 1,500 Yaquis se ofrecieron a pasar al socorro de los Padres, y de ellos se eligieron 60 de los más robustos. Cuando éstos llegaron ya todos los Misioneros del Norte estaban tranquilos en sus pueblos, llamados de los mismos indios, que con cruces en los hombros en forma de procesión de penitencia habían ido a Loreto, quejándose de la poca confianza que hacían de ellos sus Padres, prometiendo defenderlos en todo trance, y añadiendo, que si no volvían a sus tierras, estaban resueltos a quedarse con ellos en Loreto. Detenidos allí algunos días, y reconocida la sinceridad de sus ofertas, trataron de restituirse los Padres a sus respectivas misiones. El Capitán dejada en Dolores buena guarnición, asentó el campo en La Paz, para hacer de allí sus entradas a lo demás del sur, en castigo de los rebeldes. Allí supieron, cómo habiendo tocado en la Bahía de Sn. Bernabé la Nao de Filipinas y enviado el bote a tierra con 15 hombres, todos habían muerto a manos de los alzados: que sobreviniendo otro barco con más gente, había cargado a los indios que destrozaban el bote muertos algunos, presos cuatro y puestos en fuga los demás. Que la nao sin más refresco ni aguada, había seguido su viaje. Esta desgracia movió al Sr. Arzobispo Virrey a mandar a California con gentes a D. Manuel de Huidobro, Gobernador de Sinaloa, para contener el atrevimiento de los rebeldes, obrando de concierto con el Capitán del Presidio, pero con entera independencia de él y de los Padres.

Interin que esto pasaba en California, murieron en México dos sujetos insignes, el Padre Dr. Pedro Zorrilla, y el Padre Domingo de Quiroga. El Padre Zorrilla había entrado en la Compañía ya sacerdote, y Prebendado de la Sta. Iglesia de México. Le probó el Señor con la continua cruz de molestísimos escrúpulos. Fué muy observante de las menudas reglas y religiosa distribución, austero consigo y muy aplicado al silencio y retiro de su apo-

sento, en que tal vez deteniéndose en conversación algunos Padres después del toque de la campana, se oyó repentinamente una palmada sobre la mesa, de un sujeto desconocido, que se creyó ser el Sto. Fundador de la Compañía. En los últimos momentos de su vida, exhortado de un Padre a esperar la salvación, por lo mucho que había edificado con su desengaño del mundo y trabajado en la Compañía, lo miró con rostro muy severo, y volviendo luego los ojos al Sto. Crucifijo, repitió con grande afecto, y energía: *Rex tremende majestatis, qui salvandos salvas gratis, etc.* (1). El Padre Domingo de Quiroga fué uno de los hombres más espirituales que tuvo la Provincia en estos últimos tiempos. Rector de varios colegios, Maestro de Novicios y Procurador a Roma, dejó en todas estas ocupaciones grandes ejemplos de virtud a los Domésticos, y mucho olor de edificación a los extraños. Fué favorecido del Señor con algunas celestiales ilustraciones y escogido para director de algunas almas de muy subida perfección. Entre sus apuntes se hallaron cosas muy particulares de esta naturaleza, y máximas muy sabias y probadas para el aprovechamiento espiritual, trato interior con Dios y edificativa conversación con los prójimos. (2). En Pátscuaro estando actualmente visitando aquel Colegio murió por Octubre (3) de 1736, el Padre Provincial Antonio de Peralta, que a 6 de Marzo había entrado en aquel cargo. Leyó muchos años Teología con créditos de muy agudo escolástico, no menos que de hombre exactísimo en la Religiosa distribución; por su muerte, abierto a 4 de Noviembre (4), el segundo pliego se halló encargado de nuevo el gobierno al Padre Juan Antonio de Oviedo.

(1) Murió el 16 de Junio de 1735. *Vol. III, pág. 261.*

(2) Murió el 2 de Septiembre de 1732. *Vol. III, pág. 247.*

(3) El 29. *Vol. III, pág. 261.*

(4) El 3, según la "Historia". *Vol. III, pág. 261.*

En California, pasó a recibir el premio de sus trabajos el Padre Julián de Mayorga, Misionero de Sn. Joseph Comandú, que fundó y cultivó por 29 años. Lloraba amargamente ante Dios el santo anciano, por la pérdida de tantas almas, como arastraba el demonio en las presentes turbaciones, y a este mismo fin ofrecía al Señor cada día algún particular obsequio por medio de la Ssma. Virgen. Entre estos descos tan agradables a S. M. aceptó el cielo el sacrificio de su vida, el día 10 de Noviembre. Con su muerte, (escribía el Padre Taraval) como si alguno hubiese penetrado los cielos, que antes parecían impenetrables a los ruegos, se vió aplacar luego la borrasca, sosegarse las misiones y empezarse a rendir los mal contentos. Fué así, que el Gobernador de Sinaloa, desengañado de cuan mal le salían sus proyectos, comenzó a fiarse de los consejos de los Padres que le exhortaban a poner miedo desde luego a los indios, si quería verlos fácilmente humillados. Logró en efecto acometerlos primera y segunda vez con ventajas, y luego vinieron arrepentidos a pedir perdón y entregarse en sus manos. No fueron admitidos a la paz hasta no entregar los autores de la conjuración, que habidos a las manos, fueron desterrados a la Costa de Nueva España. En el viaje, habiendo querido alzarse con el barco, fué preciso hacerles fuego con muerte de los más. Entre el resto, quedaron vivos dos de los primeros, que pusieron sus manos sacrílegas en los ungidos del Señor, y entrambos dentro de un año acabaron con muertes desastradas.

Cuasi al mismo tiempo llegó cédula del Rey para la fundación del nuevo Presidio del sur. Se dió la comisión al Gobernador de Sinaloa, con orden que ni el capitán, ni los soldados de dicho presidio dependiesen en cosa alguna de los Padres o de su Visitador. Debía tener treinta soldados de que se nombró Capitán D. Bernardo Rodríguez Lorenzo, hijo del que lo era en el Presidio de Loreto; pero mostrando éste hacia los Padres más deferen-

cia de la que se querría, se le depuso del empleo, nombrando en su lugar a D. Pedro Alvarez de Acevedo. Se colocó el Presidio vecino a la Bahía de Sn. Bernabé, y allí se trasladó también la misión de Sn. Joseph, aunque uno y otro por más conocido tomó el nombre del Cabo de Sn. Lucas. Se aumentó en cinco soldados el Presidio del Loreto para igualarlo al de el Sur. A poco tiempo por las querellas que llegaban muy gruesas a México, se vió obligado el Sr. Arzobispo Virrey, a mudar dictamen. Depuso al Capitán del nuevo Presidio, Dn. Pedro Alvarez, nombrando en su lugar a Dn. Pedro de la Riva; pero sólo en cualidad de Teniente Subordinado al Capitán del Loreto, añadiendo que el nuevo como el antiguo Presidio estuviesen a la dirección del Padre Visitador de California, corriendo sus nombramientos, admisiones y pagas sobre el antiguo pie. Así lo ordenó su Exa. Ilma. por decreto firmado en julio de 1740, aunque no llegó a tener efecto hasta junio del siguiente año de 1741. Esto adelante.

Volviendo a los años de 1737 mientras en California se trataba de la pacificación de los Pericúes, un enemigo mucho más formidable, asolaba la Nueva España en la epidemia que los Mexicanos llamaron matlalzalhuatl. Observaron los curiosos que algunos meses antes soplaron vientos impetuosísimos del sur, a que siguió una grande cargazón de la atmósfera, que empañaba el sol y hacía opaca y pálida su luz. Comenzaba el mal por algunos vértigos y dolores de cabeza, ardor de ojos enramados de sangre, que seguía una aguda fiebre, con ardenencia de las entrañas, que de pocos días acababa con el enfermo, y a la muerte seguía alguna deposición de sangre fétida, por la nariz o por la boca. Cundió principalmente en los indios, de que consumió cuasi las dos tercias partes, en el centro de Nueva España. El Sr. Arzobispo Virrey con su doble autoridad, tomó cuantas providencias correspondían a uno y otro carácter. Se erigieron nue-

vos hospitalales, de los cuales uno costó enteramente el Colegio de Sn. Pedro y Sn. Pablo, y otro de limosnas recogidas de personas piadosas; administraba y asistía personalmente el Padre Juan Martínez, hasta que tocado del contagio, fué una de las primeras víctimas, que en esta ocasión ofreció al Señor la Compañía (1). Siguiéronle en los diferentes Colegios otros muchos (2) entre los cuales en Puebla el Padre Juan Tello de Siles, uno de los más insignes operarios de indios, que tenía la Provincia (3), y en León el Padre Manuel Alvarez fundador de aquella casa y muy recomendable por sus religiosas virtudes (4). Se tuvo a singular prodigio que no hubiese acabado la epidemia con todos los jesuitas de México, Puebla, Oaxaca, Celaya, Querétaro, y demás ciudades en que prendió con más fuerza. Aún en los Colegios de Estudios, se hubo de dispensar, tanto en los ejercicios literarios como en las demás distribuciones domésticas, para dar ese más ensanche a la caridad. Los sacerdotes, estudiantes, coadjutores, todos salían diariamente, de casa, unos a los ministerios espirituales de confesar y disponer a los moribundos, otros a llevarles de los colegios mismos el alimento, o repartirles las limosnas, que en increíble cantidad se daban por mano de los Padres ofrecidas de los hombres acaudalados de todo el Reino. Por todas las calles, no se veían sino jesuitas cargados, en sus manteos mismos, de pan, ropas, medic-

(1) El 25 de Marzo de 1737. *Vol. III, pág. 267.*

(2) Fallecieron con esta peste: el Padre Francisco Carboni, en México, el 25 de Marzo; el Hermano Francisco Haro, en Querétaro el 4 de Noviembre; en Puebla el Padre Juan de la PARRA, el Padre José Arriola, el Padre Manuel Guerrero, el Padre Joaquín Villalobos, el Padre José Montes y el Padre José Riosco. Del mismo mal fallecieron el año siguiente de 1738 en Puebla el H. Agustín de Valencia, en León el Padre Francisco María Bonali. *Vol. III, págs. 267 y 268.*

(3) Falleció el Viernes Santo, 19 de Abril. *Vol. III, pág. 268.*

(4) Manuel Alvarez de Lara que murió el 24 de Enero de 1737. *Vol. III, pág. 267.*

nas y demás cosas necesarias, al alivio de los miserables. El verlos solos por la ciudad, era motivo de mayor edificación, conociéndose que la caridad sola era la primera y suma regla de la Compañía, por la cual se dejaban aún aquellas tan características indispensables observancias de nuestra vida común. Sería cosa muy prolija querer descender a los casos particulares de edificación que se vieron tanto en lo general de los colegios como en lo particular de las personas. Baste decir que en México así de parte del Sr. Arzobispo Virrey, aunque no el más tierno amante de la Compañía, como del Ilustre Ayuntamiento, se mandaron dar gracias al Padre Provincial Juan Antonio de Oviedo y a todos los miembros de los cuatro colegios, por la constancia, caridad y grande ejemplo dado a todo el mundo de su aplicación al bien de las almas, y pro común de la ciudad. De esto mismo se enviaron informes a Madrid por el mismo Cabildo, para que S. M. enviara también las gracias a la Provincia como lo hizo, en particular Cédula, y al Padre General que también en carta que se leyó en todos los colegios agradecía a los Padres el grande nombre y loa que habían ganado a la Compañía y los exhortaba a proseguir con el mismo brío en el servicio de Dios y del público. Se hizo el cómputo de haber faltado en solo el territorio de México, cerca de cuatrocientas mil almas. No bastando al remedio todas las precauciones y conatos de la medicina, ni las muchas plegarias y procesiones de devotas imágenes que allí se veneran, y otros semejantes recursos que inspira la piedad, determinó el Sr. Arzobispo Virrey, de acuerdo con los demás Obispos y Cabildos vecinos, jurar a la Sma. Virgen, Patrona de la Ciudad y del Reino, en su milagrosa Imagen de Guadalupe. Se juró el Patronato con inmenso regocijo de toda Nueva España, y luego comenzó a sentirse el deseado consuelo en la cesación de la epidemia. Aprobó después esta elección, con autoridad Apostólica, la Santi-

dad del Sr. Benedicto XIV, concediendo también oficio y misa propia por Decreto de 1754, para el día 12 de Diciembre, en que 206 años antes del de 37 de que hablamos, apareció milagrosamente la Soberana Imagen.

El siguiente año de 38, sosegada ya la California, se enviaron algunos misioneros, que trabajasen de nuevo en el restablecimiento de la assolada cristiandad. El Gobernador de Sinaloa, concluida su comisión, partió a fines de junio, dejando orden, que de los soldados del Loreto, se pusiesen diez en Dolores y diez en S. Ignacio, fronteras de norte y sur, y los demás se recogiesen al Presidio, pareciéndole no ser necesaria la escolta, que hacían a los Padres. Esto dió ocasión a las Waamas o Hechiceros para atentar contra la vida del Padre Francisco Javier Wagner, Misionero de S. Joseph de Comandú, que procuraba desterrar de su territorio aquella secta infame. El amor y veneración que le tenían sus indios, no les permitió empeñarlos en su partido, ni acometer abiertamente. Apostaron uno de los suyos, que viendo al Padre poco después de anochecer, junto a la puerta de su casa, le disparó una flecha con tanto impulso y fuerza, que la dejó clavada en una pared vecina, fallándole el tiro, por singular favor del Cielo. El zumbido de la flecha en el silencio de la noche, llamó a algunos indios, que no estaban lejos a la defensa del misionero. Mientras unos cercan la casa, velando toda la noche para guarda de su persona, se dió aviso al Loreto, de donde vino prontamente D. Bernardo Rodríguez, poco antes vuelto del sur. Se presentó la flecha y por ella se vino en conocimiento de su dueño. Los indios californios usan fabricar cada uno sus flechas, y aunque a los poco prácticos todas parecen semejantes, ellos saben distinguir entre multitud de flechas cuál es de cada uno, al modo que nosotros por la letra de un manuscrito conocemos la mano que la formó. El dueño se disculpó diciendo que había prestado la flecha, ignorante de su mal

designio, a otro llamado Juan Baptista, que se había desaparecido, y traído poco después a presencia del Teniente, por su misma confesión fué condenado a muerte, puesto su cadáver en lugar público, para escarmiento de los demás. A otro de los inquietos, se dió pena de azotes y poco después por nuevas inquietudes fueron desterrados a Nueva España. Acontecían estas cosas a la mitad del año de 1739. Poco después en las Misiones de Dolores y S. Javier, se oyó un rumor que los Guaicuros pretendían asaltar esta última misión. Se enviaron allá tres soldados, y aunque salió falsa la voz, sirvió para que mudado el orden del Gobernador de Sinaloa, se pudiese de nuevo en cada misión un soldado, como habían estado antes.

Lo del sur no estaba enteramente seguro. Por Agosto de 1740 se descubrió la conspiración con muerte que dieron a un sirviente de San Joseph y herida de otro indio de Sinaloa que pastoreaba el ganado. A este cuidado se agregó otro mayor. En una noche los indios todos, persuadidos a lo que parece de los rebeldes, huyeron al monte. Pudo el misionero por algunos enviados convencerles la falsedad de aquella persuasión y restituirlos al pueblo, donde se refugiaron las rancherías que no seguían el partido de los rebeldes. Lo mismo hicieron las de Santiago y Todos Santos. Los de S. Joseph y los de Santiago, retirados a la sierra sus hijos y mujeres, discurrían por la tierra con armas e infestaban los caminos. El Capitán D. Pedro Alvarez, pedido socorro al Loreto, con buen número de Guaycuros, nación valiente, y enemiga de los Pericúes, hizo varios acometimientos, prendió muchos, y entre ellos once de los más culpados, y puso grande espanto a los demás. De los principales delinquentes desterró siete, a cuatro dió sentencia de muerte, y los restantes que se entregaron a discreción, fueron más benignamente tratados.

No era tan fácil sosegar la tempestad que por este tiempo turbaba la numerosa y muy de atrás cultivada nación de los Yaquis. Nunca se pudo liquidar la causa de una conspiración tan general. Lo cierto es, que jamás atentaron contra la Religión, ni vida de los misioneros, ni parece pensaron tampoco en negar la obediencia y fidelidad al Rey de España. Parece más cierto, que ausente por aquellos años el Gobernador en California, o por no estar muy amado de los pueblos o por haber dejado en su lugar tenientes, que, como es ordinario, quisieron aprovecharse de aquel corto intervalo para enriquecer a costa de los pueblos, tuvieron éstos ocasión para pensar en novedades, que vuelto Huidobro a la mitad del año de 38 en vez de sosegarse con su presencia, crecieron hasta prorrumper en una general sedición (1). Los principales fomentadores eran dos indios llamados Muni y Bernabé (2), bastantemente ladinos, de alguna autoridad entre los suyos para poderlos atraer a su partido, y prontos de mano para las ocasiones de manejar las armas. Sostuvieron la guerra más de un año bastantemente viva, hasta que removido Huidobro, y proveído el gobierno de la Provincia en D. Agustín de Vildasola, comenzaron a lucir algunas esperanzas de acomodo. En lo antecedente, aún más que a los alzados, se hacía la guerra a los misioneros, con quejas a los superiores atribuyéndoles el motín, sin más motivo que el celo y santa libertad con que, ajustándose a las Leyes de Indias, defendían a los naturales de sus injustas veja-

(1) En la "Historia" se lee: "Inquietaron a Sinaloa las sediciones de los Yaquis y Mayos patrocinados de algunos vecinos que los necesitaban, para sus particulares intereses. No contribuyó poco el desafecto de un caballero, de los que tenían mando en la provincia, para con los misioneros jesuitas. Estos en todo el tiempo del motín no hicieron otro papel que el de blanco de todos los tiros y calumnias, con que quisieron denigrarlos sus émulos. Vol. III, pág. 273.

(2) Muni, Baltasar y Juan Calisto los llama la "Historia" a los tres jefes indios. Vol. III, pág. 273.

ciones. Estas contestaciones daban mayor ánimo a los rebeldes, que saqueaban los pueblos, talaban los sembrados, robaban y destruían las haciendas y reales de minas, mientras se controvertía a quienes debía imputarse el alzamiento. Los misioneros se acogieron a los partidos vecinos. El de Bacum, que perseveró en su pueblo, se vió repentinamente cercado de los yaquis, que poniéndolo fuera del territorio de su Provincia, lo dejaron ir libremente. Este fué el mayor exceso que cometieron contra el respeto debido a sus ministros; por lo demás manifestaron siempre un aprecio ejemplar a la Religión y a sus Pastores. La vida de los eclesiásticos estuvo segura entre sus manos y aun los más crueles y encarnizados jamás se mancharon con la profanación, o hurto sacrilego de las cosas sagradas. En todo aquel tiempo no interrumpieron las indias su asistencia a la iglesia, procesiones y demás prácticas de piedad que tenían de costumbre. El Capitán Vildasola, parte con las armas, parte con la industria, siguiendo los consejos de los misioneros prácticos del país, logró pacificar la mayor parte de la Provincia y haber a las manos a los dos cabecillas Muni y Bernabé, que pagaron con la vida. Quedaron todavía por más de un año algunas reliquias de inquietud en diferentes cuadrillas, capitaneadas por dos indios del pueblo de Bacum, llamados Calisto y Lorenzo; pero breve se rindieron al esfuerzo y diligencia del prudente Gobernador, por cuyo medio desvanecidas también las calumnias forjadas contra los religiosos ministros, se enviaron nuevos misioneros, y se vió reinar generalmente el orden y la antigua armonía, sin que en lo de adelante se haya vuelto a sentir la menor turbación.

Pasaban estas cosas por los años de 1742 en que gobernaba la Provincia el Padre Matheo Anzaldi. En este tiempo habiéndose empeñado en grandes cantidades el hospicio o residencia de León, y faltando aún los necesarios subsidios, se resolvió sacar de allí a los Padres, donde sin

detrimento de la religiosa observancia, no parecía poderse observar. Esta noticia causó en el lugar extraordinaria conmoción, y mucho mayor la partida de los jesuitas. Los vecinos no hallando favorable despacho en los Superiores de la Compañía, recurrieron al Virrey y siguieron en el asunto autos formales en que mostraban bien el amor y veneración, que tenían a la Compañía, cuya restitución finalmente consiguieron algunos años adelante.

Por lo presente, se recibieron Cédulas, en que S. M. mandaba se abonasen por su Real Hacienda los gastos hechos con motivo de la rebelión de California, y se le informasen los medios más eficaces para su total reducción. Mientras éstos se disponían con la acostumbrada lentitud, una epidemia asoló la mayor parte de los Pericúes, autores de los sacrilegios y revueltas pasadas. La segunda Cédula insistía, sobre que se encargase a la Compañía de Jesús la reducción del Moqui. En virtud de ella, el Padre Christóbal de Escobar (1), que por Enero de 1743 entró en el oficio de Provincial encomendó el negocio al Padre Ignacio Keler, Misionero de Suanca, y que por diferentes entradas hechas al Gila se hallaba con mayor conocimiento y práctica del país. Obedeció el Misionero; pero negándole el Cabo del Presidio la escolta cual se pedía, y no acompañándole sino uno u otro soldado y algunos indios de su misión, poco pudo ejecutar en cumplimiento de aquel encargo. Andadas algunas leguas al norte del Gila, halló naciones de lengua y usos desconocidos, que aunque parecieron recibirle con gusto, a la noche cayeron repentinamente sobre el padre y sus Pimas, a robar el pobre equipaje que llevaban, y que con dificultad se pudo defender. De los soldados murió uno por una herida enconada. Los Pimas, poseídos del temor, comenzaron a desfilar insensi-

(1) Cristóbal de Escobar y Llamas. *Vol. III, pág. 276.*

blemente, y obligaron al Padre Keler a restituirse a su misión de Suanca. No desanimaron estas noticias al Padre Christóbal de Escobar, que al año siguiente encomendó la misma empresa al Padre Jacobo Sedelmair, Misionero de Tubutama. Partió éste con orden de que llegando al Moqui, si encontrase religiosos franciscanos se retirarse, exhortando a los pueblos a amar y obedecer a sus antiguos ministros, y si no, reconociese el terreno, y formase relaciones y mapas a propósito a informar a la Corte. Visitó los Pimas y Cocomaricopas, que en gran número pueblan las riberas del Gila, propúsoles su designio, en que parecieron entrar gustosos; pero después se resfriaron, y por último se negaron redondamente a conducirle, o por fastidio de jornada tan larga, o por codicia de los donecillos, o por temor de aquella nación con que solían tener guerras. El Padre, viéndose impedido a seguir viaje, determinó registrar una y otra margen del Gila, pareciéndole aquel un paso necesario para la sujeción de los Apaches y la entrada al Moqui, como informó después al Padre Provincial, y éste al Rey, en el siguiente año de 1745, y diremos a su tiempo.

En el que íbamos de 744 se logró el Real beneplácito para un nuevo Colegio, en la Puebla de los Angeles, donde a semejanza de el de S. Gregorio de México, se atendiese únicamente a la instrucción y cultivo de los indios. Le dotó cuantiosamente la noble Sra. Dña. Angela Roldán, en cuyo nombre aumentó también la dotación con su legítima su hijo, y uno de los más fervorosos operarios de indios, que ha tenido la Compañía en aquellas partes, el Padre Antonio de Herdoñana. Se dedicó el Colegio a S. Francisco Javier y desde luego trasladándose a él los operarios de lengua Mexicana, que siempre se habían tenido en la pequeña iglesia de S. Miguel, anexa al Colegio del Espíritu Santo, comenzó a ser de un fruto y provecho muy sensible en toda la ciudad.

Tuvo también principio por estos tiempos, la residencia, y después Colegio de la Compañía, en el Puerto del Príncipe, lugar considerable en la Isla de Cuba. La piadosa Sra. Dña. Eusebia Ciriaca Varaona, en quien desde sus más tiernos años, aún sin haber visto jesuitas, se conoció grande amor, y un deseo ardiente de conducirlos a su patria, dados diez mil pesos de su caudal, y reconociendo la insuficiencia de estos fondos, pudo tanto con sus exhortaciones y continuadas diligencias, que entre sus parientes, como de las primeras familias del lugar y otros vecinos honrados, llegó a juntar hasta la cantidad de cincuenta y dos mil pesos. Pasaron allá los Padres Antonio Muñoz y Martín Goenaga, cuya predicación, trato y religiosa vida acabó de determinar los ánimos a pedir las necesarias licencias de Madrid y Roma. Los primeros jesuitas lo pasaron, sin embargo, con bastante estrechez, mas al fin su constante aplicación a sus ministerios hizo, que vencidas las dificultades, se hubiese conseguido ya una sólida subsistencia. Se dedicó la Iglesia a la Ssma. Sra. de Loreto, y estaba ya para concluirse una bella y cómoda habitación. A estos dos nuevos Colegios, siguió la restitución de los jesuitas a la Villa de León. Los habitantes, que por medios jurídicos no habían podido conseguirla, ofrecieron al Padre Provincial mantener a sus propias expensas a los Padres, mientras que con los frutos de las haciendas se desempeñase la casa: Condescendió el Padre Christóbal de Escobar, dando orden a los Padres que no pidiesen, ni exigiesen cosa alguna, aun de los que jurídicamente se habían obligado a mantenerlos, estando a lo que voluntariamente quisiesen contribuir, y esto sólo por un año. Entre otros del lugar, se distinguieron con eterno agradecimiento nuestro, los Sres. D. Joseph Septián, Dn. Joseph

Santoisla y Dn. Christóbal Marmolejo (1). Era tan tierno el amor que tenían a los jesuítas, y tanto el temor de que las necesidades temporales de la casa los obligasen a salir de la villa, que siendo costumbre de la Compañía pedir tres días antes limosna los que profesan, no querían permitirlo, pareciéndoles que llegaba otra vez el caso de faltar lo necesario a los Padres y desamparar por esta causa la fundación.

En este mismo año de 44, después de doce de infructuosas diligencias, consiguió la noble señora doña Teresa de Busto (2), la licencia del Rey para la erección del Colegio de Guanajuato, en que por vía de hospicio se habían mantenido los Padres desde el de 1732. Se determinó, de común acuerdo, que tomasen los jesuítas solemne posesión del sitio de su iglesia y colegio en el mismo día en que se debía hacer el juramento de patronato a San Ignacio de Loyola, elegido y confirmado Patrón principal del lugar, y en que se tomaría también posesión del título de Ciudad, que por otra diferente Cédula concedía S. M. a aquel real de minas. Las prevenciones necesarias para esta triple función, que pretendían hacer memorable y ruidosa, la detuvieron hasta el siguiente año de 1745.

A la mitad de este año llegó a México de la Pimería el Padre Jacobo Sedelmair, encargado tanto de parte de los Padres como de los superiores, eclesiásticos y seglares de Sonora, de representar los medios, así para abrir paso a la reducción del Moqui, como para enfrenar los insultos de los Apaches. Halló allí una Cédula expedida en 13 de noviembre del año antecedente, sobre la cual

(1) Según la "Historia", ofrecieron cien pesos anuales: Francisco Villaurrutia, Cristóbal Marmolejo, José Austrí, Agustín Septián; cincuenta: Antonio Pompa, Catarina Navarrete; veinticinco: Francisco Fuente, Diego García, Francisco Mauricio Morales, Diego Velasco, José Palomino y Manuel Septián. *Vol. III, pág. 283.*

(2) Dña. Josefa de Bustos y Moya. *Vol. III, pág. 285.*

meditaba un prolijo y enérgico informe el Padre Provincial. Expuso el misionero cuanto le pareció más conducente a los designios del Católico Rey, a quien informó el Padre Escobar, que tanto para promover la reducción de California, que era el fin principal de la Cédula de 13 de noviembre como para emprender la del Moqui, convenía empeñarse en la conquista de la Pimería alta: que con ella se pondría freno a los Apaches y se aseguraría la Sonora: que la Compañía para proveer de misioneros los márgenes del Gila y Colorado, estaba pronta a ceder al Sr. Obispo de Durango, veintidós misiones de Topia, y Tepelhuanes bastantemente instruídas ya y seguras. Que el Presidio de Pitquen, fundado el año de 42 por el Duque de la Conquista, para la pacificación de los Yaquis, no debía removerse estando aún tan frescos aquellos movimientos y teniendo vecinos los Seris y Tepocas infieles aún o mal reducidos: que el de Terrenate, fundado también por el mismo Duque, contra las invasiones de los Apaches, no podía suprimirse sin dejar expuestas a su furor más de 100 leguas desde la embocadura del Colorado, hasta el Presidio de fronteras, o Coro de Guachic: que este Presidio, hasta entonces volante, podría fijarse cómodamente en Sta. María Suanca y nación de los Sobaipuris, y añadirse otro más numeroso en las riberas del Gila y tierras mismas de los Apaches. Tales eran los puntos a que se reducía el informe del Padre Provincial Escobar, firmado en 30 de Diciembre de 1745. A éste se añadía una breve noticia de las Misiones de California con la situación, nombres, principios y progresos de los Pueblos y Padres que las administraban.

Al Padre Fernando Consog (1), misionero de S. Ignacio, se le dió orden de registrar la costa interior hasta la embocadura del Colorado, para lo cual salió

(1) Consog. Vol. III, pág. 286.

efectivamente el día 9 de Junio de 746. Su diario impreso en México, se insertó después, a la letra, en el tomo 3 de las Noticias de California, en el de los Afanes Apostólicos, y un extracto puntual en el Teatro Americano de Villaseñor, Libro 5º (1), Cap. 39, a que remitimos a los curiosos.

En el año de esta expedición faltó a aquellas Misiones un insigne operario y ejemplar de misioneros en el fervoroso Padre Antonio Tempis. Fué también muy sensible no menos por su experiencia y valor, que por su cristiandad la pérdida del antiguo y benemérito Capitán D. Esteban Rodríguez Lorenzo, que falleció con sentimiento aún de los mismos indios, el 2 de noviembre del mismo año de 1746.

El informe remitido a la Corte no tuvo resulta hasta fines del siguiente año de 47, en que el Señor D. Fernando VI, por Julio del año antecedente exaltado al trono de su padre, expidió una cédula, con fecha de 4 de Diciembre, al Conde de Revillagigedo, en que le manda interponer su autoridad para con el Obispo de Durango, Dn. Pedro Anselmo Sánchez de Tagle, para que admita la cesión de las 22 misiones, y especialmente le encarga la reducción de los Seris confinantes con la provincia de Sonora, la de los Pimas altos y Pápagos, atendiendo a refrenar los continuos insultos de los Apaches. Por este nombre se entienden propiamente las rancherías de indios infieles, que comenzando del Río de Chihuahua, y cruzando hacia el Presidio de Janos, Fronteras y Terrenate, llega hasta las que llaman fuentes del Gila; y de ahí, subiendo al norte hasta los confines del Moqui, revuelve al Oriente al Presidio del Paso, y remata al sur en el mismo real de Chihuahua. En este girón como de 300 leguas, habitan en rancherías volantes, a manera de los antiguos árabes, guarne-

(1) Libro 3º Vol. III, pág. 287.

cidos de quebradas profundas inaccesibles por su escabrosidad y falta de aguas. Por algunos prisioneros tomados de ellos o rescatados de los nuestros, se sabe, que apenas tienen muy cortas siembras, y que hay entre ellos muchos apóstatas singularmente Conchos, y Tarahumares, que fueron los que a fines del siglo antecedente, coligados con los Cabezas y Tobosos, introdujeron esta peste en los países christianos. Andan por lo común desnudos, o vestidos de cueros de que hacen botín y zapato de una pieza que sirven de rastro en su fuga. Bien que por lo común hacen las entradas a caballo, con solas unas pieles en que corren con ligereza increíble. Acometen con tal gritería, que asustan de muy lejos. Su valor no es tanto como su felicidad. Son alevosos en el modo de guerrear: vencidos capitulan, pero jamás guardan la fe. El Rey ha ordenado que se les oiga de paz cuando la pidan, y que se les ofrezca antes de acometerlos, lo que les hace más insolentes creyéndose temidos. Sus armas son arco y flecha, aunque ya manejan otras armas, tomadas a los nuestros o compradas en los pueblos, en que suelen ser admitidos a las ferias. El motivo principal de sus invasiones, es el robo singularmente de caballos, o para servirse en la guerra o para comer, lo que les hace hediondos en tal grado que se sienten y se retienen de su mal olor las mulas. El idioma es uno con poca diferencia, y son por lo común de pequeños, más blancos que los demás indios de América, más francos y más hábiles. Estos han sido desde fines del siglo pasado el terror de la Sonora. A sus manos han muerto muchos españoles y capitanes de Presidios, como D. Juan Baptista de Ansa y otros. Hecho el robo, amanecen al día siguiente treinta o más leguas de distancia, velocidad que añadida a la agrura de los caminos, quita toda esperanza de seguirles el alcance. En las entradas que se hacen a sus tierras, se avisan con fogatas y humaredas, y desaparecen todos al momento. Son innume-

rables las haciendas estancias, y labores de minas, que se han por esta causa desamparado.

Antes de recibirse en México la dicha Cédula de 4 de Diciembre, determinó el Conde de Revillagigedo castigar esta nación con un golpe tal cual merecían sus insultos. Se mandó que de cada uno de los Presidios de Nueva Vizcaya, saliesen treinta soldados, con cuantos españoles e indios amigos pudiesen armarse. Los misioneros jesuítas concurrieron de su parte, con cuantos caballos y provisiones de boca pudieron juntar, y animaron a sus indios a acabar con aquella gente enemiga de la religión y de la tranquilidad del país. Llegado el tiempo, se esperó en vano algunos días tropas del Nuevo México, hasta que se supo, que aquel Gobernador ocupado de no sé qué sediciones domésticas, no podía destacar parte alguna de sus Presidarios, de que en la ocasión necesitaba más que nunca. Los demás Capitanes, en vez de entrar separados cada uno por su rumbo para acordonar al enemigo, como prevenía la orden del Virrey, se juntaron; y con un aparato más ostentoso que útil, entraron a las tierras de los Apaches ya prevenidos y seguros, sin encontrar enemigos algunos. Por no dar el golpe en vano y volver con deshonor, a contemplación de un particular, se empeñó la tropa unida en penetrar el Moqui; pero ni les permitió llegar la falta de víveres, que no habían prevenido para jornada tan larga, y entre tanto los Apaches sabedores de su marcha, acometieron la Sonora, desguarnecida, talando, robando, destrozando y matando impunemente cuanto encontraban. Tal fué el éxito de la ruidosa expedición de 1747.

Por enero de este año, cumplidos ya cuatro del gobierno del Padre Christóbal de Escobar, que las guerras y muerte de tres Padres Procuradores detuvieran, se procedió conforme a nuestras leyes a abrir el segundo pliego, en que se halló nombrado Provincial el Padre Juan

María Casati. A poco tiempo de su gobierno llegó el nuevo de Roma y entró a gobernar la Provincia el Padre Andrés Javier García. El otoño de este año fué triste a Nueva España por las epidemias de sarampión y de viruelas que sucesivamente afligieron las ciudades. A ésta, singularmente en las poblaciones más interiores de Zacatecas, S. Luis Potosí y otras muchas, siguió la hambre, que continuó por cuasi todo el año de 1748.

Una y otra fué más sensible en la California, especialmente en el sur y nación de los Pericúes, que por haber sido afligida de otras dos mortales epidemias, quedó reducida a menos de la sexta parte de sus individuos. La Uchiti, por este mismo tiempo, cuasi se acabó enteramente. Alzáronse estos indios con tanta osadía, que el Teniente del Sur, que en la sazón ausente el Capitán del Loreto gobernaba las armas, se resolvió a tratarlos como a declarados enemigos. Logró algunos lances favorables en que apresó como 20 niños que repartió en las otras misiones. Adultos tenía prisioneros unos 15 cuando tuvo aviso que lo demás de la nación determinaba acometerlo en su mismo alojamiento. El Teniente, hombre de cortos alcances, y airado contra los Uchities, no teniendo dónde asegurar los presos y no pudiendo emplear los soldados en su custodia, tomó la bárbara resolución de matarlos, con dolor y lástima de los mismos soldados, de ver morir a sus manos, a sangre fría, a aquellos infelices, sin más disposición que si fueran otros tantos brutos. Esta acción desesperó a los demás, que en los montes se dejaban antes matar, que rendirse a los españoles. Otros muchos asoló la enfermedad, de suerte que a la salida de los jesuítas, no quedaba sino uno de esta nación en el Pueblo de Todos Santos. Esto movió a reducir a menor número las misiones del sur. Se hizo una de la misión de Todos Santos y Santiago, pasando a ésta los Pericúes que componían la primera, y el Misionero de La Paz, pasó a Todos Santos, con todas las nacio-

nes que componían su misión, Guaycuros, Coras, Arispes Cátauros, Calleguir y Cantiles. No mucho después, se retiró a Guadalajara el Padre Tarabal, Misionero de San Joseph del Cabo, y su restaurador después del alzamiento y muerte de su fundador Padre Nicolás Tamaral. Su pueblo disminuído mucho con la epidemia se redujo a visita de Santiago, de donde por ser tierra llana podía ser fácilmente administrado, y asistido, como antes, en caso necesario el Galeón de Filipinas. Fuera de estas razones era cláusula de su dotación, que en caso de no ser necesaria esta misión en el sur, se trasladase al norte, con nombre de Sta. Gertrudis. Parecía haber llegado este caso, por no ser necesario aquel ministro en el sur, y serlo mucho en el norte, donde la fundación que muchos años se creyó asegurada de los Dolores, del norte, no llegó a tener efecto; con tanto el Misionero de San Joseph se aplicó a la nueva fundación y pueblo de Sta. Gertrudis.

Mientras esto pasaba en California, de los Presidios de Sonora se dispuso otra entrada a las tierras de los Apaches, mandados añadir a los Presidarios y Milicianos españoles trescientos indios Opatas, y otros tantos Pimas, a cuyo vestido y provisiones concurrieron los misioneros, con su acostumbrado celo. Juntáronse en Coro de Guachic, y de allí partieron a la Sierra de Chihuahua, abrigo ordinario de aquellos salteadores, que no encontraron en la ocasión. A la retirada, dieron en una ranchería, mataron algunos e hicieron diez prisioneros. La expedición, aunque en lo principal mal lograda, sirvió a lo menos para que algunas partidas de Apaches, atemorizadas de tanto aparato, pidiesen la paz, y ofreciesen poblar cerca del Presidio de Janos. Otras pidieron lo mismo, y Padre que los doctrinase en el Presidio de Fronteras.

Poco antes de esto el Padre Sedelmair había intentado nueva jornada al desemboque del Río Colorado.

Visitó las tierras de los Pápagos, Pinas del Gila y otras naciones, que había visitado(pero donde ni había ya memoria) el Padre Eusebio Kino. Llegó hasta una jornada antes de la embocadura del Río e intentaba vadearlo y visitar los Quiquimas; pero ni se atrevieron los Yumas, que en la actualidad tenían con ellos guerra, ni la escolta que el Padre llevaba, cuyas desazones le obligaron a volverse sin más fruto a Tubutama.

De la Corte de España se recibieron diferentes Cédulas, conforme a las representaciones del Padre Cristóbal de Escobar. En virtud de ellas se admitió la cesión de las 22 Misiones de Topia y Tepeguanes, aunque la efectiva entrega no se verificó hasta algunos años adelante. El Presidio volante de Terrenate se fijó en Sn. Phelipe de Jesús, poco distante de la misión de Suanca, donde proponía el Padre Escobar. Se expidió también Cédula relativa al antiguo y ruidoso pleito de los Diezmos, en que S. M., por vía de transacción, declaró deber las Haciendas de los Colegios de la Compañía pagar sólo el trigésimo o uno de treinta de los frutos Diezmables. Encargábase de nuevo a los Virreyes, la reducción de los Seris, proponiendo que cuando otra cosa no se pudiese, se les hiciese mudar de sitio, por no parecer el que ocupaban a propósito para fundar misiones. Esta transigración que el Padre Escobar había propuesto y que conforme a los piadosos designios del Rey debía hacerse con la mayor suavidad y sin violencia alguna, dió ocasión a los Cabos militares de la Provincia, así por sus personales intereses, como a persuasión de algunos dueños de minas para cometer en los individuos de aquella nación, aún ya reducidos a los Pueblos del Pópulo de los Angeles, y otros vecinos, las mayores vejaciones. Parte de ellos apartados de sus mujeres y sus hijos, fueron repartidos por las minas, y aun enviados a regiones más distantes; constando por cartas de algunos celosos misioneros que hasta el Reino de Guatemala habían ido a

dar muchas indias vendidas como esclavas por aquellos interesados ministros. En vano reclamaron los infelices ante el Gobernador de la Provincia, en vano se quejaron mil veces amorosamente a los Padres que no podían darles consuelo alguno en su aflicción. Cansada su paciencia, los pocos que habían quedado distribuidos por los Pueblos de la Pimeria, se desaparecieron repentinamente y fueron a incorporarse con el resto de la nación infiel aún, en los secos arenales, esteros y cerros de la Costa. Desde allí se dejaban caer improvisamente sobre las Haciendas con robos y muertes de cuantos encontraban. Duraron estas hostilidades por muchos años, desde 1749, y duran aún hasta hoy, sin haber podido sujetarlos. A la mitad de dicho año, se juntó de orden del Virrey para este efecto, competente cuerpo de tropa; pero la esterilidad de sus playas, y la vecindad de algunas islas y callos, donde se pasaban a nado, y los picachos y quebradas impenetrables del cerro que llaman Prieto, burlaron toda la furia de los soldados, y los hicieron más insolentes. Se determinó acometerlos dentro de aquel asilo, y para esto se alistaron competente número de Pimas, sus enemigos jurados, tan diestros como ellos en el manejo de la flecha, e igualmente prácticos del terreno. Fué esta segunda expedición el siguiente año de 1750. Se consiguió, en efecto, desalojarlos por entonces de la Isla del Tiburón, pero no de otras muchas cercanas, a que no pudieron atravesar nuestros indios.

Es muy difícil, que naciones conquistadas y sujetas, si se las llama en socorro y se las arma para conquistar otras vecinas, no conciban un engrandecimiento, que los haga conocer la debilidad de sus dueños y volver los ojos a su antigua libertad. El ejemplo estaba bien fresco diez años antes en el Yaqui, cuyos indios pacíficos y dóciles por más de cien años, llevados a castigar y contener la insolencia de los alzados Pericúes en California, poco después se alzaron, y pusieron en consternación las pro-

vincias vecinas. Esto mismo se vió de nuevo en los Pimas. A su vuelta del Tiburón, vanagloriosos de que se les juzgase necesarios para contener los insultos, ya de los Apaches por el oriente, ya por el poniente de los Seris, se formaron este discurso: que si los Españoles sin los Pimas no podían sujetar a los Seris, nación mucho menos numerosa, menos valiente y menos acostumbrada a la guerra de los soldados Presidarios, mucho menos podrían sujetarlos a ellos. Lisonjeados con este especioso raciocinio, antes de dividirse resolvieron como en una general asamblea de la nación dar la muerte en un día a todos los Españoles y Misioneros, aprovecharse de sus despojos y gobernarse en lo de adelante por sus leyes. Guardaban su secreto con tal fidelidad y tomaban sus medidas con tanta astucia y disimulo, que seguramente toda la Pimeria hubiera nadado en sangre de Españoles, si por una contingencia no hubiera, a lo que parece, desfogado la mina antes de tiempo. Fué el caso, que antes del día pactado llegó una tropa de soldados a la Misión de Tubutama, residencia del Padre Sedelmair, en busca de una partida de caballos. Los indios o creyéndose descubiertos y prevenidos de los Españoles, que no perdonarían a sus vidas, o impacientes de aquella extracción que les menoscababa la meditada presa, dan repentinamente el alarido, cercan la casa y acometen con furia a los soldados. La resistencia que éstos hicieron salvó la vida al misionero, que por otra puerta pudo escapar prontamente a caballo. Aconteció esto el día 21 de noviembre de 1758. Los demás misioneros y vecinos Españoles, avisados del suceso de Tubutama, tuvieron tiempo para ponerse en salvo; no así en las misiones más distantes de Caborca y Sonoydag, cuyos misioneros fueron cruelmente muertos, con más de 100 otros vecinos que o por motivo de comercio, o de las Minas se ballaban en aquellos contornos. El partido de Caborca administraba el Padre Tomás Tello, natural de Almagro,

que en el año de 36 había pasado a la América. Se ignoran las circunstancias precisas de su muerte. Discurríase, que cercado el Padre de los amotinados, se acogió a lo más alto de la casa donde se decía haberlo muerto sus propios sirvientes. El instrumento parece haber sido una macana, que conservaba aún el Padre Idefonso. El Padre Enrique Ruhén (1), misionero de Sonoydag, alemán de nación, había llegado a México el año antecedente y entrado en la Pimería por Mayo de 1751. En una pequeña choza de palos y ramas que era toda la casa de su nueva Misión, fué acometido de los bárbaros que lo llevaron arrastrando hasta un pequeño collado distante como un tiro de fusil, donde arrojándole sobre la cabeza una gran piedra, que a los 4 años se halló aún ensangrentada, acabó su vida mortal. No tuvo otras mayores consecuencias esta rebelión de los Pimas, que cercados por todas partes de Presidios, y naciones enemigas por el norte, y convidados por otro lado con la paz, se sosegaron fácilmente con la sola condición de que les sacasen de su país algunos misioneros, condición que propusieron inducidos de quien cuasi les obligó a proponerla, como tres años después en libre y quieta declaración depusieron ellos mismos. Con estos artificios, inventados para descrédito de los misioneros, quedaron más sujetos, y persuadidos a que por el temor se les convidaba con la paz. Así la mayor parte de ellos, poco tiempo después, se coligó con los Seris, bajo cuyo odioso nombre han infestado desde entonces los caminos de la Sonora, llenando la región cada día de muertes, y de estragos.

A fines de este año en el Colegio Máximo, se juntó por orden del Padre Juan Antonio Baltasar, que desde el Otoño antecedente gobernaba la Provincia, la Vi-

(1) Enrique Rowen. Vol. III, pág. 292.

gésima Octava Congregación Provincial en que fueron elegidos Procuradores los Padres Juan Francisco López, Maestro de Prima de Theología en el mismo Colegio, y Joseph Bellido, Rector de Zacatecas, que a la mitad del año siguiente de 1752 navegaron para los Reinos de Castilla.

El de 1753 se entregaron efectivamente las 22 misiones de Topia y Tepelhuanes al Sr. Obispo de Durango. Las dificultades que hasta entonces habían detenido aquella entrega, allanó con su autoridad y prudencia el Padre Dr. Francisco Pérez de Aragón, que después de haber gobernado muchos años aquel Obispado, como Provisor y Vicario General y obtenido una de las Dignidades de aquella Sta. Iglesia, con un raro desengaño, había abandonado el mundo y héchose pequeñuelo por Jesuchristo, pocos años antes en el Noviciado de Tepotzotlán. A fines de Agosto de este mismo año, concluído el trienio del Padre Juan Antonio Baltasar, entregó el gobierno al Padre Ignacio Calderón, en cuyo tiempo no se ofrece cosa alguna que sea de contar. Sucedióle en el cargo de Provincial el Padre Agustín Carta, en cuyos años faltaron a la Provincia y al Colegio Máximo dos ejemplarísimos ancianos, el primero fué el Padre Antonio de Oviedo, sujeto que por su literatura, por su virtud, por su autoridad, por su consejo, era como el espejo y la columna de la Provincia Mexicana, cuyas cátedras, púlpitos y gobiernos, ocupó con gran lustre. Hombre entre tanto de una admirable sinceridad; y amabilísima simplicidad de corazón, de un celo incansable, y de una constante aplicación hasta la última vejez, a los ministerios más sólidos y menos lustrosos, de una maravillosa nimiedad en la religiosa distribución, y de una puntualidad como del más fervoroso novicio al cabo de más de 60 años de religión. Nadie le vió airado, nadie melancólico o turbado de alguna otra pasión, siempre santamen-

te alegre, siempre tranquilo y siempre afable a cuantos le trataban. Se le oyó decir, con su acostumbrada ingenuidad, que en tantos años de jesuíta, no tenía escrúpulo de haber perdido un cuarto de hora de tiempo, y era así, que todo aquel que le dejaba libre la caridad y la obediencia, lo empleaba útilmente en piadosos y provechosos escritos. Tales fueron dos tomos de Sermones Panegíricos, las vidas de S. Luis y S. Estanislao, el Zodiaco Mariano, en que trata de todas las imágenes milagrosas de la Ssma. Virgen, que se veneran en la América Septentrional, Succus Theologiae moralis, Destierro de ignorancias, Vida del Padre Antonio Núñez de Miranda, del Padre Joseph Vidal, y muchas cartas de otros jesuítas, a que añadió últimamente más de 80 elogios de varones ilustres del antiguo Menologio, compuesto por el Padre Florencia, y dos tomos en cuarto de elogios de los hermanos coadjutores ejemplares, que ha tenido la Compañía, digerido por los doce meses del año. Falleció este insigne Jesuíta el día 2 de Abril de 1757 años, a los 87 de sus edad.

Pocos meses después le siguió el Padre Joseph María Genovesi, natural y nacido de una familia ilustre en Palermo, varón de austerísima pobreza y de angélica castidad, que manifestaba y guarneecía con el continuado ayuno, mortificación y modestia. Por las pocas cosas, que podían traslucirse a pesar de su humildad, se supo, que desde los 8 años, se entregó tan del todo a Dios, y anduvo tan solícito por la pureza del corazón, y tan temeroso de ofender al Señor, que del continuo ejercicio de hacerse cruces sobre el pecho, se le rompían por aquella parte en poco tiempo los vestidos. Digno de que su gran protector Sn. Juan Evangelista anunciase a una alma santa su partida a las Indias, y de que llegando a México, otra alma muy favorecida del Cielo admirase y publicase la belleza y hermosura de su

espíritu. Fervoroso misionero algunos años en la Sonora, Maestro de Novicios tres trienios, Rector del Colegio Máximo y de S. Andrés, conservó siempre el mismo retiro, la misma austeridad de vida, la misma constancia en los ejercicios espirituales, y una íntima y nunca interrumpida presencia y unión con Dios en toda ocupación, en todo lugar y en todo tiempo, en que absorto y embebido se le oía prorrumpir en tiernísimos afectos singularmente a la presencia del Señor Sacramentado, que visitaba al día muchas veces, y en la misa las pocas que se le permitía decirle. Era común opinión de cuantos le conocían, que no podían ser, a lo que parecía exteriormente, de otra suerte aquellos Santos más extáticos, más contemplativos y más sublimes en perfección, que venera la Iglesia. Ejercitóle Dios los últimos 16 o más años de su vida, con prolijas y penosísimas enfermedades, con que impedido para otros ministerios con los prójimos, se dedicó a procurar su salud, con piadosísimos escritos. Entre ellos intituló uno "Méthodo para vivir a Dios solo", y al cual como era voz común se pudo justamente poner por título Méthodo de la Vida del Padre Joseph María Genovesi, descansó en paz este varón venerable el día 19 de Agosto del mismo 757.

En el próximo Noviembre se juntó la Vigésima nona Congregación Provincial en que fueron mandados Procuradores los Padres Joseph Redona y Francisco Cevallos. Al Padre Agustín Carta sucedió en el gobierno el Padre Pedro Reales, Rector y Maestro de Novicios, que había sido 9 años, el de 1.759. Este año, estando en Europa los Padres Procuradores, aconteció la expulsión de los jesuítas del Reino de Portugal. El Padre Francisco Cevallos, testigos de la pobreza de los Colegios de Italia, y compadecido de las necesidades que era forzoso padeciesen los Padres Portugueses, vuelto a la Nueva España y entrado en el Gobierno de la Provincia, el año

1763 (1) procuró de todos los Colegios limosnas para el socorro de sus hermanos. La Provincia de México no estaba muy lejos de padecer la misma tormenta y eran ya más que ordinarios los indicios de la próxima ruina de los jesuitas de España. Sin embargo celebró el Padre Cevallos la Trigésima y última Congregación Provincial, en que fueron enviados Procuradores los Padres Juan de Villavicencio y Joaquín Insausti. El Reino estaba lleno de hojas volantes y libelos infamatorios contra los jesuitas: en los Mercurios y noticias públicas, no se veían sino invectivas, que se conocían puestas con intento de disponer los ánimos del público para el futuro golpe. Todo género de personas, tenían libertad para hablar de la doctrina y conducta de los jesuitas, especialmente en las misiones, de donde nuestros émulos querían hacer creer, que sacábamos tesoros inmensos. Para cerrar las bocas maldicientes, y hacer patente la pureza de intención con que procedía la Compañía en ésta parte hizo el Padre Provincial renuncia jurídica ante el Exmo. Sr. D. Joaquín de Monserrate, de todas las Misiones, que administraban nuestros religiosos, con todos sus bienes muebles y raíces, encargándose solamente de las fronteras de gentiles, quiere decir, de las que sin la menor utilidad, ni descanso temporal, sólo ofrecen incomodidades y peligros al celo de los misioneros. No admitió el Exmo. la renuncia, y el Padre Provincial hizo, que sacado un testimonio se remitiese a la Corte. Entre tanto con diversos pretextos, se llenaba el Reino de Nueva España de tropa nunca menos necesaria, sino para los designios secretos de la Corte.

(1) Esta es la fecha final de la narración, consignada en la "Historia", la que por lo demás, difiere mucho de la de las "Memorias", al tratar de los últimos años, no en detalles, que estas divergencias han sido materia de nuestras notas, sino en los asuntos tratados.

A poco tiempo llegó Cédula en que el Sr. Dn. Carlos III, que desde el año de 1758 gobernaba la España, anulaba la transacción que en materia de diezmos había autorizado su difunto hermano D. Fernando, por vicios de obrepción y subrepción, como celebrada sin citación de la parte colitigante, que eran las cathedrales de Indias. A esta sucedió otra Cédula en que se encargaba a los Señores Obispos, y Cabildos no permitiesen promulgar la Bula, en que el Señor Clemente XIII, confirmaba recientemente los privilegios de la Compañía, como derogatorios, se decía, a la autoridad episcopal, y usados por los jesuítas sin el pase del Consejo necesario, según Leyes de Indias y Derecho del Patronato de España. Ya por este tiempo ocupaba el cargo de Provincial el Padre Salvador de la Gándara. Este como su antecesor, procuró primeramente hacerse propicio el Divino favor, encargando a los nuestros el fervor de la vida religiosa, añadiendo a las comunes algunas extraordinarias prácticas de devoción, y encomendando la modesta sumisión y debido respeto a las determinaciones de los soberanos. Hizo el Padre Salvador de la Gándara, otra no menos pública demostración del desinterés honrado con que procedió siempre la Compañía, renunciando una opulentísima herencia, que le fue dejada en aquel tiempo por una piadosa y noble Señora.

Este era el estado de las cosas, cuando a la mitad de Junio de 1767 se supo haber llegado a los Sres. Virrey y Visitador pliegos misteriosos de la Corte, en cuya virtud se despachaban comisarios con despachos secretos, que no debían abrirse hasta tal o tal parte, conforme a los destinos de cada uno. Muchos que observaron, que dichos comisarios iban a todas y solas aquellas partes en que había casas de la Compañía, no dejaron de sospechar que la tempestad caería sobre los jesuítas. Cesó toda duda la mañana del 25 del mismo mes. La instruc-

ción dada a dichos comisarios, prevenía que la víspera de la ejecución preparase la tropa del lugar, o otros hombres de armas, que examinase con atención la situación interior y exterior de la casa, y a la hora ordinaria de abrirse las puertas o antes, se apoderase de ellas por dentro, sin dar lugar a que se abriese la iglesia; que en todas las puertas de la casa, iglesia o campanario, se pudiese centinela doble, y juntando en nombre del Rey al Superior y los sujetos todos de la casa, se les intimase el Real Decreto en que eran mandados salir de todos los dominios de la Corona. El obediencia debían firmar todos los sujetos de la casa, con sus nombres y grados en compañía de el Comisario y testigos, después de lo cual se procedía al inventario y secuestro de bienes muebles y papeles, los cuales eran uno de los puntos más importantes y recomendados en la Real instrucción. Entre tanto, estaban los Colegios cercados de soldados, corriendo la voz de las centinelas, como en una frontera de enemigos. Se prohibía a los Padres toda comunicación de palabra o escrito, en todo género de personas, sin expresa facultad del Comisionado, estando todos reducidos a las piezas que él quería señalarles, entregadas las llaves de sus respectivos aposentos; y comunes oficinas.

Estas providencias se ejecutaban con más o menos rigor, conforme al genio, carácter y afecto de los particulares Comisionados. En México tomó para sí la ejecución en el Colegio Máximo el Visitador D. Joseph de Galves, que en medio de la presencia de ánimo y sangre fría, que encargaba S. M., no pudo en diversas ocasiones contener las lágrimas. Quedó maravillado de la prontitud y uniformidad con que todos, como de concierto, clamaron que obedecían al Real Decreto. Pasó al Registro de los aposentos, y hallando en los de nuestros estudiantes tan pocos y tan pobres muebles, y lo

mismo con poca diferencia en los de los Padres, les dijo que podían retirarse a ellos. En uno se halló por contingencia un Real de plata que se entregó luego al Visitador, mientras éste hallando por otra parte, unos cilicios y mostrándolos a los circunstantes: estas son, dijo, las riquezas y los tesoros de los Padres jesuitas.

En la Profesa, se le pidió al Comisionado que, para común consuelo, pues no era contra los órdenes de S. M. permitiese comulgar a los Padres. ¿Y qué, respondió adorado, estarán Vas. Ras. para comulgar? Se le respondió, que las afrentas y los trabajos temporales, nunca debían perturbar tanto el ánimo de un christiano, y mucho menos de un Religioso, que no le dejasen atender primeramente a los cosas divinas, fuente de donde mana únicamente el sólido consuelo en las adversidades! El hombre quedó tan aturdido que en todo el tiempo de la Comunión estuvo como fuera de sí vuelto por largo rato hacia otra parte de donde estaba el altar.

Con la misma resignación, modestia y mansedumbre se procedió en los demás Colegios, tanto, que habiendo el Virrey, cuidadoso del éxito, mandado a saber el estado de las cosas, se le respondió estuviese sin cuidado, pues había sido mayor la turbación de los Comisionados en notificar el Decreto, que la de los Padres en oírlo y obedecerlo. En el Colegio Real de S. Ildefonso, a causa de la numerosa juventud que allí se educaba, temía el Comisario D. Jacinto Concha alguna inquietud. Propuso a los Padres el embarazo en que se hallaba y quedó admirado de la facilidad con que de una leve insinuación obedecieron, bien que con dolor y con lágrimas que se oían de todas partes al dejar el Colegio y a sus Padres y maestros solos, en poder de las guardias, sin las cuales a la vista no se daba un paso en los Colegios. En la Casa de Ejercicios, anexa al Colegio de S. Andrés, se hallaba actualmente en oración, cercado de una numerosa tropa de ejercitantes su director el Padre Agus-

tín Marquez. Intimidado el Real Decreto, volvió el Padre a despedirlos a sus casas, con tan sereno semblante, que los dejó a todos pasmados. Reflexionaron entonces, como refirieron algunos después, que habiendo sido costumbre en el Padre insistir las otras veces que daba ejercicios en el fruto que debían sacar de aquellos ocho días de retiro, en esta ocasión sólo repetía: el fruto que debemos sacar de estos tres días, que tantos iban corridos puntualmente, la mañana del 25 de Junio, ni dudaron aquellas gentes piadosas que el Padre en los días antecedentes había hablado con luz sobrenatural.

Entre tanto toda la Ciudad estaba en la mayor consternación; las calles ocupadas de soldados y rondadas de patrullas, las iglesias cerradas, las campanas en silencio, las gentes por las calles solitarias y aturcidas, sin permitirse formar juntas ni hablar unos con otros. En esta confusión se estuvo, hasta que se promulgó y fijó en las esquinas el bando con la nueva determinación de S. M. Al mismo tiempo, se enviaron Diputados a las demás órdenes religiosas, que asegurasen la confianza y aprecio, que merecían al Rey por su fidelidad, doctrina, observancia de vida acética y monástica y abstracción de negocios de gobierno. Así mismo, se dió a entender a los prelados, ayuntamientos, cabildos y cuerpos políticos, que en la Real persona quedaban reservados los justos y graves motivos que, a pesar de S. M., habían obligado su Real ánimo, a aquella necesaria providencia. Sin embargo de estas precauciones, era universal el llanto y el dolor en toda la Ciudad. Prescindiendo de los motivos ocultos y políticos, de que se decía movido el Soberano, sus vasallos de Indias no veían en los jesuítas, sino unos hombres observantes de su profesión, recogidos en sus colegios, sinceros, y honrados en su trato, pobres en su vestido, aplicados al trabajo de púlpito y confesonario, sin excepción, cuidadosos del culto divino, en el cual y en alivio de los pobres

empleaban todo el sobrante de sus Colegios, a quienes el silencio, la modestia, y el decoro de las acciones distinguían de todos los demás: a quienes el estudio, el consejo, la devoción, la explicación de la Doctrina Christiana, las visitas de cárceles y hospitales, el auxilio de los ajusticiados, la dirección de los monasterios, y más que todo la educación de la juventud, hacía ver como los más útiles y necesarios al público. Era constante que no se hacía cosa alguna, que mirase al bien público espiritual o temporal en que los jesuítas, ya por su dirección, ya por su consejo, ya por su autoridad, ya por su personal diligencia, no hubiesen sido la principal o muy considerable parte. Fuera de ésto, apenas había familia en toda Nueva España que no tuviese con la Compañía particular relación, o de parentesco, o de amistad, o de alguna dependencia, a que se añadía el título general de los estudios, en que se habían formado la mayor parte de cuantos hombres ocupaban los coros, las parroquias, los magistrados, los ayuntamientos, las cátedras, los claustros y lustrosos empleos de la República.

El golpe, que afligía a México se hizo sentir, al mismo tiempo, en todas las ciudades de Nueva España. En Guadalajara, Zacatecas y Valladolid, se procedió con extraordinaria severidad. En la primera, hubieron de estar los Padres 19 horas en el aposento del Padre Rector sin hablarse, ni aún moverse de los asientos, hasta que poco antes de la media noche fueron conducidos a una pieza común, donde encerrados y con dobles guardias a la puerta pasaron el resto de la noche. De aquí, habiéndoseles apenas permitido alguna ropa, salieron de la ciudad. Lo mismo aconteció con poca diferencia en Zacatecas. En S. Luis de la Paz, que como dijimos, debía todo su ser a la Compañía, fue notable el embarazo en que se halló el Comisario D. Felipe Clever. Habiendo pedido al Alcalde Mayor el auxilio y mano fuerte que prevenía la instrucción, supo, que ni había mili-

cias en el pueblo, ni las que pudieran armarse querían hacerlo jamás contra los Padres. En consecuencia de ésto, pasó al Colegio el 25 a la tarde, y propuso al Rector si habría inconveniente en que al toque de la campana se juntasen los sujetos, respondió el Superior que en convocarlos no habría dificultad; pero que la campana no podría tocarse sin nota del pueblo. Juntos los Padres obedecieron el Real Decreto, con la misma docilidad y sumisión que en todas partes. Las demás formalidades se omitieron, vecina ya la noche por no dar sospecha alguna a los indios. Quedaron de acuerdo, que los Padres, con diversos pretextos, saldrían a pie del lugar hasta un sitio donde hallarían cabalgaduras, y se conducirían después sus equipajes. Nada bastó a deslumbrar a los naturales, que a deshoras de la noche cercaron con furiosos alaridos todo el Colegio, y saltando las tapias de la huerta, se entraron hasta el patio reglar, preguntando por los Padres hasta que los mismos se les mostraron y persuadieron a retirarse. El Alcalde Mayor y el Comisionado, no sin grande riesgo del furor de los amotinados hubieron de ocultarse, y se mandó decir al Padre Rector que no pensase en salir, como se había tratado, al otro día. No satisfecho el Rector con esta orden verbal, pidió que para su resguardo se le diese por escrito. El Comisionado no creyendo allí segura su vida, trató de salir dejándolo todo a discreción de los mismos Padres. Aún para esta fuga creyó necesario que le acompañase en la misma volante uno de los jesuitas hasta fuera de los términos de la jurisdicción de S. Luis. Lo demás proseguía al ordinario, procurando ir disponiendo los ánimos de los más principales y más cuerdos. Nada fué más difícil, que persuadir al indio gobernador de los Chichimecas; hasta que convencido por correos que ellos mismos enviaron de lo que pasaba en otras partes, y por las razones y ruegos de los PP. sólo oponían, que si era orden y voluntad del Rey, se promulgase,

como era costumbre, en las plazas. Este paso peligroso, procuraba omitir el Alcalde Mayor, pero persuadido de los mismos jesuitas que podía hacerlo ya sin riesgo personal, se determinó a promulgar el bando, suplicando sí, que algunos de los PP. asistiesen con él para contener la plebe, si acaso hubiese algún movimiento. Cosa por cierto maravillosa y que no sé si tendrá semejante en las historias, que los mismos proscritos hubiesen de asistir para mitigar el furor del pueblo, y hacer que se recibiese con docilidad la sentencia de su propia proscripción. ¡Los sediciosos y alborotadores del pueblo, asistían para contener todo tumulto y sedición! ¡Los enemigos de la autoridad Real se llamaban para hacer valer, y dar contra sí mismos obediencia al Real Decreto, y los que eran declarados perturbadores de la paz pública, eran los que se llamaban para asegurar la tranquilidad, declarando con el mismo hecho, y dando de lo contrario, el más público, el más solemne, el más autorizado y el más evidente testimonio! Finalmente, después de sosegados varios pequeños movimientos pudieron tanto con los indios, que consiguieron salir del lugar, sin que se viese un indio por las calles, encerrados todos en sus casas, como les habían suplicado, y entregados a los mayores excesos de dolor, y de aflicción.

No fueron menester menos precauciones para que saliesen los Padres de la Ciudad de Pátzcuaro. El Comisionado entró disfrazado, y sin formalidades ni aparato alguno intimó privadamente el orden de S. M. Los indios Tarascos de la Provincia hubieran hecho, sin duda una ruidosa resistencia, si los Padres no hubieran tomado la providencia de salir secretamente, a la media noche y por caminos excusados.

En Guanajuato, aún fue más abierta la fuerza. Saliendo el Comisionado con buena guarnición de tropa a ejecutar la Real providencia, se amotinó el pueblo con tal furor, que hubo de retirarse primera y segunda vez a

las casas de Ayuntamiento donde se había ya juntado el Cabildo para proveer conveniente remedio. Crecía, por momentos el desorden: Se abrieron las Cárceles, se saquearon algunas casas, hubo no pocas muertes: los capitulares estaban como cercados por la multitud, que ocupaba las puertas: los regulares y algunos otros eclesiásticos predicaban por las calles, y exhortaban a la plebe a deponer las armas. Por orden del Cabildo hubieron de salir los Padres que hasta entonces se habían mantenido encerrados a sosegar la rebelión. La plebe en medio de su furor, vuelta a los mayores excesos de veneración y de ternura, cuasi los condujo en brazos hasta las Casas de Cabildo. Los Capitulares lo dejaron todo a la discreción y fidelidad de los jesuítas, encargándoles que condescendieran por entonces y fuesen disponiendo los ánimos para lo venidero. Los amotinados sosegados por entonces, pero creyendo que los Padres serían los primeros en sujetarse a los órdenes de S. M. determinaron llevárselos a las minas, dejando sólo dos o tres en el Colegio. No fue posible resistirles, porque cuasi a viva fuerza, sentando a los Padres en unas sillas, los cargaron sobre sus hombros, llevándolos en alto por las calles, como en una especie de triunfo. El Alcalde Mayor y el Comisionado, a no haber salídose disfrazados de la Ciudad, hubieran muerto sin duda a manos de la plebe. Los jesuítas, por su parte, procuraban mitigar los ánimos y hacerles ver la imposibilidad e irracionalidad de su proyecto. Conociéndolos ya quietos, como nada acaba más breve, que el ímpetu de una multitud desenfrenada, volvieron al colegio los que estaban en las minas, y en una noche, por caminos excusados, salieron del lugar, donde los esperaba el Comisario, y donde para la formalidad se les notificó el Real Decreto, que con tanta fidelidad e interés del reino habían ya obedecido.

En S. Luis Potosí salían ya los jesuítas en cumplimiento del Real Orden, cuando repentinamente se amo-

tinó el pueblo, sin que las reprehensiones y ruegos de los Padres bastasen a sosegarlo. Pasando por la portería de la Merced, pusieron en fuga los conductores y la escolta, cortaron los tirantes de los coches, y tomando en brazos a los Padres los metieron en los claustros, quedando ellos de guarda mientras corrían los demás a apoderarse del Colegio y del Comisionado Alcalde Mayor. Tuvo este modo de hurtarse a su furor, y por su ausencia el Alcalde de Primer Voto despachó a los jesuítas un oficio en nombre de S. M. suplicándoles se restituyesen a su Colegio. Lo hicieron en efecto, cuasi conducidos en brazos por la plebe triunfante, que mandó repicar las campanas de las iglesias en señal de alegría. Capitularon, que los Padres habían de ejercitar dentro y fuera de casa sus ministerios sin novedad alguna, y que el pueblo había de mantener allí guardia para su mayor seguridad. Así se mantuvieron un mes, pues aunque intentaron segunda vez la salida, se suspendió por temor de otra rebelión de que el mismo Comisionado dió también al Padre Rector autorizado testimonio. Entre tanto se había dado parte al Virrey y Visitador, que tomó la resolución de ir en persona al castigo de los rebeldes. Antes de su llegada, hizo esparcir voces de un ruidosísimo aparato, con lo cual comenzó a debilitarse mucho el partido del Pueblo, tanto que a la llegada misma del Visitador, sin la menor contradicción pudieron salir los Padres el 25 de Julio. Los Colegios ultramarinos de la Provincia habían tenido la misma suerte algún tiempo antes. Los primeros fueron los de Mérida y Campeche la mañana del 6 de Junio. Los Padres estuvieron desde aquella mañana alojados juntos en el general hasta el día siguiente a la noche, que salieron para Campeche, donde con los de aquel Colegio fueron depositados en las Casas Reales con tal rigor, que en todos los días intermedios desde 7 a 20 ni dijeron misa, ni la oyeron aún habiendo en dichas casas lugar destinado para oratorio. Con mu-

cha mayor apresuración procuró desembarazarse de los jesuítas el Gobernador de la Habana. La mañana del 15 les notificó el Real Decreto y el 17, navegaban ya para Cádiz.

Para con los religiosos repartidos por las Haciendas o que por algún otro motivo se hallaban fuera de los Colegios, se preguntaba al Superior, si tenía algún otro súbdito fuera de la Casa. Teniéndolo se le hacía escribir una carta, en que sin declarar los motivos, lo llamase al Colegio y el despacho corría por cuenta del mismo Comisionado. Sin más notificación ni más violencia que semejantes cartas y aún sin ellas, se vieron ocurrir a sus Colegios todos los jesuítas, que se hallaban en el campo o en los caminos o misiones, tanto circulares como estables, donde por la multitud, por la distancia, por la rudeza de los caminos y por el temor de los indios, no se pudo practicar casi alguna de las formalidades, que prevenía la Real instrucción. Entre muchos casos particulares, referiremos uno o otro. Al H. Bernabé del Pozo, que venía de camino a la Puebla, las mismas guardias de que estaba cercado el Colegio, le impedían la entrada, creyendo, que quería introducirse disfrazado de jesuíta. Le fue necesario protestar que lo era y que quería seguir a sus hermanos, a quienes, sin embargo, desamparó después de los primeros. Lo mismo cuasi aconteció en Veracruz al Padre Joseph, su hermano, a quien en Orizaba de camino sorprendió aquella grande novedad. El H. Cayetano Cao, Administrador del Ingenio de Ayotla, estuvo en él hasta que él mismo hubo de dar parte al Virrey diciendo que se le ordenase dónde había de ir, y a quien había de entregar aquella Hacienda. Los Padres Pedro Caro, Ignacio Tagle, y Manuel Sánchez que hacían actual misión en Ixtapaluca llegaron a México justamente en aquel día, en que habían comenzado a salir de allí los jesuítas. Toda la ciudad había quedado penetrada de dolor, las gentes andaban

aturdidas y como fuera de sí por las calles. En estas circunstancias, desembarcaron en el puente que llaman de la leña los tres misioneros. Hállanse repentinamente cercados de un inmenso pueblo, que cuasi en brazos los sacan de la barca. Unos les piden su bendición, otros les besan las manos y la ropa, aquellos se encomiendan a sus oraciones, estos les ofrecen limosnas, que nunca aceptaron. Los Padres procuraban consolarlos, hacerlos callar y apartarlos de sí, no se sospechase o se encendiese efectivamente alguna sedición; pero nunca pudieron conseguirlo hasta muy cerca del Colegio, donde el respeto de la tropa, hizo ceder a la multitud. Lo mismo aconteció dos días después al H. Domingo Rivero, que entregada la hacienda que administraba, venía a incorporarse con sus Hermanos.

Estos comenzaron a salir de México, la mañana del 27 de Junio. La marcha aunque prevenida para el rayar del día, no pudo ejecutarse, hasta muy entrada la mañana. Las diversas patrullas que corrían la ciudad habían hecho cerrar las puertas en todas las calles por donde debían pasar los Padres y las bocas o avenidas estaban también ocupadas de soldados con espadas desnudas. Después de todo era innumerable el concurso de gentes, que dejando apenas, por temor de las espadas, un angosto campo para el paso de los coches se oprimían en las calles, aunque muy desembarazadas y espaciosas. Los jesuítas caminaban de cuatro en cuatro, en competente número de carrozas escoltados de dragones por delante al estribo y detrás, rezando el itinerario, el rosario o letanías de Nra. Sra. en voz baja, cerradas las cortinas, con la mayor precaución, para no prorrumpir aún indeliberadamente en el menor movimiento, que pudiese fomentar el dolor impaciente que se advertía en todo el concurso. Este los bendecía como a Padres de pobres, como maestros de la Doctrina Cristiana, como predicadores del Evangelio, como ministros

incansables del Sacramento de la Penitencia, como verdaderos siervos y amigos de Dios. Llamábanlos a voces, justos, santos, benditos, sabios, columnas de la fe, hincaban las rodillas, pidiéndoles su bendición y encomendándose en sus oraciones. No contentos con haberlos visto una vez, rodeaban en diligencia las cuadras para ocupar lugar donde volver a verlos, siendo forzoso que los soldados avanzasen de una a otra cuadra para despejar las calles y abrir camino a los coches. Unos quedaban como pasmados mirándolos con un triste silencio, otros daban voces como furiosos. Todos lloraban, aún los soldados y oficiales de escolta. Después de todo aún era mayor confusión el alarido, el llanto y vocería, que a pesar del clamor de las calles se percibía en lo interior de las casas. En cada una parecía haber acabado de expirar un primogénito. Muchas personas de distinción, salieron en coches a Guadalupe a una legua de la ciudad, en busca de sus deudos, de sus directores, de sus amigos, de sus maestros, y sin temor alguno a las armas ni a la persona del Visitador, que salió acompañando una de las partidas del Colegio Máximo, se arrojaban a los coches con gritos y con lágrimas.

Y si en México, donde se guardaban las órdenes con más exactitud, y donde la presencia del Virrey y del Visitador animaban todas las providencias y contenían el respeto a los patricios, fueron tantas las demostraciones de dolor, en la pérdida de los jesuitas, se puede conjeturar cuáles serían en otras ciudades y lugares menores donde no les contenían semejantes respetos, donde los sujetos eran más conocidos del pueblo, y más generalmente amados. Ni sólo en la salida de los lugares donde había colegios, sino aún en los pueblos más despreciados, que encontraban sobre su camino, tenían que renovar su dolor al ver el asombro, compasión y lágrimas con que les salían al encuentro los pobres

indios y gentes del país. Así caminaron algo más de 60 leguas hasta Jalapa. Los de los Colegios de México, Puebla, Tepotzotlán, Guadalajara, Valladolid y Zacatecas, puede decirse fueron los únicos, que llegaron hasta allí escoltados de rigurosa guardia y tropa arreglada. Los demás caminaron a su libertad con algunos caballeros, que con nombre de conductores, venían dedicados a su servicio, tales fueron los de Pátzcuaro, San Luis de la Paz, Guanajuato, Querétaro, Durango y los que en gran número se hallaban en las misiones septentrionales.

Sobre los enfermos disponía la Real Cédula que los que se hallasen con actual grave enfermedad, permaneciesen hasta sanar en sus colegios, o en otra parte donde se cuidase de su salud, y sobre los habituales lo dejaba a discreción de los Comisionados, para que con certificación de médicos, permitiesen quedarse a los que pareciese no poder navegar. De todos los sujetos de Méjico sólo quedaron en la Profesa el Padre Ignacio Calderón, por enfermo y muy anciano, Padre Francisco Pérez y el H. Pedro Arenas, que a pocos días murió, como también el H. Joseph Redona, llevado allá de Tepotzotlán. De las Haciendas vecinas el Padre Joseph de El Villar, ya enteramente fuera de sí por la decrepitud, que sobrevivió poco tiempo. En S. Pedro y S. Pablo fue tanto a los de casa como a los de fuera de mucha edificación la fortaleza y alegría de espíritu del Padre Joseph de Och, que baldado enteramente de pies y manos, y convidado del Visitador a quedarse aún en su propia casa, quiso antes abrazarse con todos los peligros y trabajos de la navegación por seguir a sus hermanos. En Sn. Ildefonso de la Puebla, quedó por enfermo y muy anciano el Padre Antonio Salas, que luego falleció, uno de los más aplaudidos ingenios y de los maestros más celebrados, que en este siglo había tenido la Provincia. Del Colegio del Espíritu Sto. quedaron el Padre Juan de

Arriola, y los hermanos Joaquín Castro y Antonio Lozano, los tres enfermos incurables, y el primero también de avanzada edad. El Padre Agustín de Arriola, aunque enteramente ciego, y el Padre Juan Torija cuasi otro tanto, han venido hasta aquí con doblados trabajos, edificando a todos con su fervor y alegría. Del Colegio de Querétaro, quedaron por enfermos los Padres Pedro Lucena, Juan Francisco Regis Salazar, Francisco Chávez y Pedro Blanco, que murió a pocos días. En Pátzcuaro el Padre Salvador Bustamante, en Celaya los Padres Joseph Zamora y Francisco Irizar. En León el Padre Francisco Morales, y en una Hacienda de Tepotzotlán el H. Pedro Sobrino. De estos algunos han venido después y otros se esperan.

En dicho Colegio de Tepotzotlán, tenía orden el Comisionado de separar los novicios, y privadamente exhortarlos sobre el partido que debían tomar, intimándoseles juntamente la Real disposición en que se les negaba, la pensión para su subsistencia en Italia, si perseveraban en la Compañía. Por entonces licieron poco efecto las diligencias del Comisario; sin embargo algunos se rindieron, y entre ellos, con pernicioso ejemplo, el Dr. D. Juan Gregorio Campos, el cual bien que avisado antes del fiero golpe que amenazaba a la Provincia, había entrado pocos meses antes en la Compañía, sin que ni el desamparo de un hijo unigénito, ni la hacienda, ni los aplausos, ni las cátedras, que obtenía en México bastasen a obtenerlo. Sin embargo sorprendido de la novedad, con pretexto de disponer de su hacienda, como queriendo dejar alguna dudosa esperanza de seguir con el tiempo el destino de los jesuitas, salió del Noviciado. Este ejemplo siguieron allí mismo otros cinco, y la mayor parte después en Jalapa.

Hasta este lugar al camino había sido muy desemejante y desigual. Algunos la habían pasado con entera libertad, viniendo —como dijimos— sin alguna guardia. Aún de los que habían venido escoltados de tropa, fué muy di-

ferente la suerte conforme a la cualidad y genio de los oficiales que mandaban la guarnición. Pocos padecieron más que los Padres de la Puebla, conducidos por el Capitán D. Francisco de Echeagaray. El Domingo 28 de Junio no permitió que dijese ni oyesen misa. Al día siguiente, de los Apóstoles S. Pedro y S. Pablo, solicitó un clérigo seglar que la dijese, condujo a los jesuítas al cementerio de la iglesia, donde cercados de la tropa, tuvieron que esperar, hasta que salió al altar el sacerdote. Entonces les consintió entrar con las centinelas: para que hablasen con persona alguna, con gravísimo escándalo de todo el pueblo, atónito de ver la serenidad, y mansedumbre humilde de los Padres, y la indignidad y el orgullo con que eran tratados por un triste oficial, tantos hombres venerables por sus canas, por su doctrina, por su virtud, por su carácter y aún por su nacimiento. En el camino no permitía que un coche se apartase de otro, ni que los dejase un momento la centinela de uno y otro lado. En las posadas señalaba aún para el tiempo del reposo, un guarda para cada dos Padres. En la jornada antes de Jalapa, en que por la aspereza de las sierras, iba la mayor parte de los jesuítas a caballo, conteció descomponerse uno de los coches, en que iban algunos enfermos. El Capitán Echeagaray hizo detener a todos los demás sujetos en medio del campo gran parte de la mañana y cuasi toda la tarde, apesar de una gruesa y continuada lluvia, que hubieron de sufrir mientras se componía el forlón. En cosas semejantes tenían al día los Padres una abundante cosecha de mortificaciones y de angustias que ofrecer al Señor, ni faltaron del todo aún a los que lograron menos inhumanos conductores.

Con este orden iban llegando sucesivamente a Jalapa, lugar de numeroso vecindario. En las casas dispuestas para alojamiento, estaba sobre las armas un buen número de los milicianos del país. Los Comisarios no permitían llegar, sino de uno en uno los coches. Mientras

desembarcaban los Padres y se descargaba el equipaje, los demás tenían que esperar en medio de la calle hechos el espectáculo de la plebe, que cercaba los coches, y de todas las gentes que coronaban los balcones y ventanas. A esta humillación seguía otra no menos dolorosa. El Oficial que los conducía, hacía su entrega al Comisionado del lugar, y éste al Capitán de la guardia, estando presentes y en pie los religiosos y sacerdotes para ser contados como unas viles cabezas. La comunicación con todo género de personas estaba allí prohibida con el rigor más estrecho. Sólo a los novicios, que pusieron en lugar separado, se les permitió libertad de tratar, para que pudiesen más fácilmente tenderse lazos a su simplicidad y hacerlos faltar a la vocación. Este empeño tomó sobre sí particularmente cierto religioso de un orden muy venerable, y lo consiguió con algunos, a cuyo ejemplo faltaron otros muchos. Por todos fueron 11 los que en Xalapa dejaron la sotana. El Padre Maestro de Novicios, para mejor probar la constancia de estos, resolvió no permitir que hiciese los votos alguno de los que fuesen cumpliendo el bienio, hasta no salir fuera del Reino, donde a cada paso estaban expuestos a nuevas y peligrosísimas tentaciones pero habiéndose por parte de los mismos novicios recurrido al Padre Provincial dió orden Su Reverencia para que se concediesen a los que fuesen cumpliendo en adelante, si por lo demás se hallasen dignos de semejante confianza. Por lo demás se creía que sería larga la mansión de los Jesuitas en Jalapa, mientras se aprestaban embarcaciones para el transporte. Esta providencia parecía necesaria, respecto al clima de Veracruz, el más inclemente cuasi de toda la América, y a los meses de Julio y Agosto los más ardientes, los más húmedos y enfermos del año. Sin embargo, no les parecieron los Jesuitas sujetos dignos de tenerse para con ellos semejantes respetos, y pocos fueron por no haber, digámoslo así, en Veracruz, los que se detuvie-

ron en Jalapa. Los primeros días apenas, con suma importunidad y sonrojo, pudieron conseguir que se les condujese los días de fiesta a Misa a la Paroquia. Hubo algunos que aún en días semejantes se quedaron sin oírla, hasta que se obtuvo licencia del Virrey para poder decir la en casa. A este efecto, se dispuso en Capilla una bodega donde se colocaron tres altares, la otra parte de la misma pieza servía de refectorio, y otras dos semejantes con algunas más pequeñas, eran la habitación tan estrecha e incómoda, que aún fue mentester a siete o más de nuestros religiosos acomodarse en un pajar. En Jalapa al exceso del dolor y de la melancolía, salió de sí enteramente el Padre Miguel Castillo.

El viaje de Jalapa á Veracruz, fue igualmente penoso a todos los jesuítas. Ruedas no permite el terreno, los caminos intransitables, por las continuas lluvias, los días o con sol abrasador o con aguas perniciosas, las posadas incómodas por sí, y estrechas para tanto número de pasajeros e infestadas de insectos, que negaban aún el corto descanso de la noche; las cabalgaduras y sus aperos, las más tristes y despreciables del mundo, unos sin estribos, otros sin freno, muchos sobre un fuste desnudo o sobre una silla hecha pedazos. Semejantes caravanas eran las que desde el día 7 de Julio en adelante se veían entrar cada día en Veracruz, entre la compasión y las lágrimas de aquellos ciudadanos. Se repartieron por los Conventos de la Merced, San Francisco, San Agustín, Bethlén, y algunas casas particulares, ni faltaron quienes ya de los últimos, por falta de otra habitación, se alojasen en el mismo cuartel de los soldados. Para las guardias de tantos depósitos, no bastando la tropa arreglada de la ciudad, se fió la custodia de los Padres a los milicianos negros y mulatos, que tal vez habían sido sus esclavos. En la ciudad, aunque muy afecta a la Compañía, había cada día motivos de mortificación bastante, así en las órdenes y providencias del Gobernador, como en el temperamento

del país, que añadido al dolor presente que oprimía los ánimos, y a la expectación congojosa de una navegación tan dilatada, tan incómoda y de tan incierto destino, comenzó bien presto a hacer su efecto.

Desde el día 7 de agosto comenzaron a morir y siguieron, cuasi diariamente, hasta 35 o más jesuítas, a pesar de la continua asistencia de los médicos y del Padre Agustín Márquez que había, con licencia de los superiores, dedicándose al servicio de una casa que se tomó para hospital, todo a cuenta y cargo del Rey y sus ministros. Entre los muertos merecen muy particular memoria los Padres Agustín Carta y Pedro Reales, Provinciales entrambos que habían sido de nuestra Provincia, y muy recomendables por una constante piedad y religiosa observancia, como también los Padres Nicolás Calatayud, Antonio Corro, Miguel González, Antonio Paredes, Antonio Ruiz, Juan Villavicencio y Juan de Dios Cisneros. Los entierros se hacían en la parroquial, con más lágrimas que acompañamiento, ni aparato exterior. Era en efecto de mucho dolor para aquellos vecinos tan amantes de la Compañía ver enterrar a los jesuítas de limosna, sin asistencia de sus hermanos y en iglesia ajena, mientras que en su propio Colegio un piquete de soldados jugaba y profanaba una clausura, hasta entonces respetable, del modo más indigno. Sólo tres jesuítas que murieron en San Francisco, hubieron de enterrarse en la misma iglesia, por no haber permitido aquellos religiosos que se entregasen de sus claustros para enterrarse en otra parte. Sin embargo de tanto estrago como hacía entre los Padres la novedad del clima, llegaban cada día a Veracruz nuevas partidas y pocas esperanzas había de dejar con brevedad el puerto.

Los de aquel Colegio y algunos de Puebla fueron los primeros que zarparon el 26 de julio, y a principios de octubre aún no se sabía con certidumbre cuándo seguirían los demás. Aquellos habían sido por todos cincuenta

y cinco, repartidos 30 en un pequeño paquebot, y 25 en una fragata. Entre tanto llegaron a Veracruz las primeras noticias de la renuencia de Su Santidad en admitirnos en los estados de la Iglesia, y cómo los de las Provincias de España, después de haber corrido varios puertos de Italia, habían sido arrojados finalmente en las playas de Córcega. Esta novedad causó a todos un extremo dolor y una congojosísima inquietud.

En Veracruz hicieron los primeros votos 4 de nuestros hermanos novicios. Las disposiciones para el viaje, se tomaban con calor para fines de octubre, 205 eran los jesuitas destinados a este convoy y 7 los barcos, 4 fragatas pequeñas, un paquebot, un bergantín y una goleta. En todos ellos se tuvo cuidado de añadir un competente número de forzados, gente abominable y la hez de todo el reino, que por sus delitos eran desterrados al Morro de la Habana. Así confundidos y reputados con los malhechores y entregados a la misma custodia que ellos, comenzaron a embarcarse el día 20 y no estuvieron en estado de navegar hasta el 25 a la tarde que se hicieron juntos a la vela. A estos siguieron después otros tres barcos, una fragata con 40, una balandra con 15 y un bergantín con pocos más. A fines de noviembre salió con 60 otra fragata, no dejando en Veracruz más jesuitas que los imposibilitados a navegar, por enfermos, con el Padre Agustín Márquez y el hermano Joseph Cimiano, que estaban encargados de su asistencia. Los procuradores, que para la entrega de sus respectivos Colegios habían quedado en las ciudades, y los misioneros de Sinaloa, Sonora y California, navegaron después en diferentes tiempos. De éstos han ya llegado algunos a Italia, y los que no, están detenidos en el Hospicio del puerto de Santa María.

La navegación, aunque con innumerables incomodidades, que fuera de las que lleva el mar ocasionaba la estrechez de los buques para tanto número de pasajeros fué bastante feliz, singularmente la del primero y segundo

convoy. Los que navegaron más entrado el invierno tuvieron algunos contratiempos más considerables. La fragata San Miguel, después de haber varado en un bajo incógnito a sus pilotos, roto el timón, haciendo agua competente y corriendo un peligroso norte, pudo apenas tomar el puerto de la Habana. De cerca de 400 religiosos que navegaron en esta ocasión, doce quedaron sepultados en el Seno Mexicano. En la Habana esperaban orden para pasar a España los jesuitas de los Colegios de Chiapa y Guatemala. Luego que anclaban los barcos, pasaba a bordo un ayudante mayor con el secretario de cabildo y un médico. Los enfermos eran conducidos al Hospital de Bethlén. Asistieron aquellos religiosos con grande caridad, pero con tanto recelo de las órdenes con que los estrechaba el Gobernador, que ni aún se les permitía el consuelo de visitar el Santísimo por las tribunas de la Iglesia, ni la recreación de pasar a la huerta. Están reducidos a pocas piezas, negados a toda comunicación con tal extremo que aún fué delatado al Gobernador un caballero de la primera distinción por haber dado a los Padres polvos de su caja aún habiendo tenido la precaución de no hablarles. Allí murieron ocho o diez, que como si estuviera la ciudad en entredicho fueron enterrados de noche a puerta cerrada y con un bajo responso. Los demás eran conducidos a otros barcos que estaban surtos para partir a Cádiz, o llevados a una casa extramuros de la ciudad. La reclusión aquí fué tan severa, que no la hubo más en parte alguna. El primer paso era un registro escrupulosísimo de todo el equipaje; una carta, un sobre escrito, una tira de papel escrito o blanco, se remitía al Gobernador, hasta el extremo de enviar la confesión general de uno de los Padres que por contingencia la conservaba y les advertía de su contenido. La puerta principal estaba siempre cerrada y defendida de buena guardia, fuera de las centinelas que día y noche guardaban los cuatro ángulos. No se permitía entrada, sino a los sirvientes

necesarios a las horas precisas, y aunque la mayor parte eran negros bozales, de que nadie podía servirse para mensaje alguno, y entraban por disposición del comisario cuasi desnudos, sin embargo, al entrar y al salir, eran aún con indecencia registrados. Todos tenían pena de la vida, si de palabra o por escrito trataban con alguno de los padres. Sería muy prolijo referir las menudencias vergonzosas en que cada día tenían que mortificarse los reclusos jesuítas, y que ofrecer al Señor muy dolorosos sacrificios. La vergüenza y rubor ocasionado del indecoroso registro, se creyó haber sido el motivo de la enfermedad y muerte del Padre Joseph Cepeda, uno de los sujetos más religiosos, más circunspectos y de prendas más relevantes que tenía la Provincia. Los patricios de la Habana dieron en esta ocasión pruebas bien claras del antiguo y constante afecto que aquella ciudad había tenido siempre a la Compañía. El Ilmo. Sr. Obispo su Provisor, y las primeras personas del lugar, enviaban por terceras personas de su confianza o iban personalmente a los barcos, a cumplimentar y consolar a los padres y ofrecerles cuánto podían para la necesidad de su transporte. Se habían prevenido para éste dos urcas mayores con 700 jesuítas cada una, dos menores con 80 y una Saetía con 24.

Las dos menores urcas salieron el día 8 de diciembre, y fuera de las incomodidades del buque y el grosero y liviano trato de las gentes de mar, lo más opuesto que podía haber en el mundo a la modestia, circunspección y decoro conque educa a sus hijos la Compañía. Fuera de todo esto que eran penalidades comunes, por lo que mira a contratiempos de viaje, poco tuvo que padecer este convoy. Sólo la urca San Julián, por la larga detención de tres meses, comenzó a sentir alguna escasez de alimentos. La de San Juan, el día antes de entrar en Cádiz, estuvo para dar sobre un bajo y perdió dos anclas.

Las mayores urcas salieron de la Habana el 24 de diciembre a quienes en lo dilatado de su viaje, alcanzó la fragata San Zenón con algunos que habían quedado enfermos. Siguieron el San Miguel y el Aquiles. El San Zenón y la Bizarra, una de las urcas, fueron los más trabajados en la navegación. Esta última después de 100 días de viaje, tuvo la fatalidad de dos rayos, con incendio del árbol mayor que los obligó a cortarlo. En una y otra fué necesario echar al mar alguna parte de la carga, y a los infelices navegantes llegar cuasi a disponerse para el último trance.

Finalmente, a la mitad de abril, habían ya todos llegado a salvamento, con muerte de sólo el Hermano Vicente Vera. De la bahía de Cádiz, eran conducidos al puerto de Santa María, donde se les alojó en el Hospicio, que allí tuvo la Compañía, en los conventos de San Juan de Dios, San Agustín, la Victoria y algunas otras casas particulares. El registro se redujo solamente al tabaco, que tomada una razón en la contaduría de Cádiz, se volvía con fidelidad. Seguía un interrogatorio del nombre, patria, edad, grado y cargos que había obtenido en la Religión cada uno, y colegios donde había estado. Tomada esta filiación, se separaban los padres extranjeros, y eran conducidos al convento de la Victoria, separación que fué para unos y otros muy dolorosa, por el amor y particular afecto con que conforme a nuestra Regla se esmeró siempre nuestra Provincia, más que otra alguna, en tratar a los extranjeros. Por orden de Su Majestad se mandó después dar a todos la ropa, o cosa otra alguna, de que tuviesen necesidad. Esto se cumplió con bastante regularidad y decencia, y se habría cumplido mejor, si allí, como en todas partes, los ministros subalternos no procuraran enriquecerse a expensas de los soberanos y de los súbditos. La habitación del Hospicio era capaz sin estrechura de 150 sujetos, pero 400 no podían estar sin una suma incomodidad, y era un espectáculo que sacaba lá-

grimas aún a los más indiferentes, ver en los tránsitos, en las galerías y aún en los patios, con esteras, con colchas y con sus pobres ropas, formadas divisiones donde recogerse los Hermanos Coadjutores, los estudiantes y aún algunos de los Sacerdotes. En el puerto se notificó otro Real Decreto, con pena de la vida a los no Sacerdotes y a los Sacerdotes de reclusión perpetua, si de cualquier modo volvían a los dominios de España. A los Superiores, demás de ésto, conminándolos con la Real indignación se les obligó a firmar un poder, para que se entregasen a los ministros del Rey, cualesquiera caudales que en poder de extranjeros o de cualquiera otra persona se hallasen de la Compañía.

Poco después, a lo que parece a petición de algunos mal contentos, fué orden a un caballero de la ciudad, para inquirir quienes eran los que pretendían dejar la Religión. Dicho señor tuvo sus privadas colaciones con aquellos que quisieron descubrirse, los llenó de promesas magníficas, asegurándoles de la Real protección en que estaban, que en un barco separado serían conducidos, no a Córcega como los demás, sino a algún puerto de Italia, donde pudiesen fácilmente pretender sus dimisorias: que se les daría algún extraordinario socorro y se les facilitaría el modo de restituirse a su patria. Esta noticia puso en bastante inquietud y cuidado a los superiores singularmente de la Provincia de México, cuya juventud era más numerosa. Se divulgaba artificiosamente, y aún se abultaba el número y cualidad de sujetos, que de las Provincias de España y otras habían seguido aquel partido. Este ejemplo, junto a las magníficas esperanzas, y más que todo el amor de la libertad y el temor de los trabajos que se aguardaban en la serie, hizo desertar a algunos de nuestra Provincia. Un sacerdote, un estudiante y cuatro coadjutores. Dichas promesas se les cumplieron en parte. A pocos días separados de los demás, en distinto barco, fueron conducidos a Massa. Poco diferente for-

tuna corrieron los novicios. Tentados con mil artificios y amenazas, que sería muy prolijo referir, tanto por religiosos como por ministros Reales, después de haber resistido algún tiempo a las violencias con que eran tratados, hasta prohibirles confesarse y oír la misa de un Sacerdote que había entre ellos, y aún negarles la absolución aquellos con quienes les obligaban a confesarse, si no dejaban la sotana, hubieron de ceder a la fuerza y de siete que habían quedado en Jerez, sólo permanecen los Padres Joseph Cataño y Agustín de Achica, que después de raras aventuras han llegado a juntarse en Italia con el resto de sus hermanos.

En el puerto quedaron sepultados el Padre Joaquín Monabe y cuatro Hermanos Coadjutores. Algunos días antes de salir, amanecieron repentinamente doblados los piquetes de guardia y centinelas que cercaban los depósitos, novedad que intentada para otros fines de la disciplina militar, cansó en los ánimos sobresaltados no pequeña inquietud. Poco después se pidió una lista de todos con separación de europeos y americanos. Se supo que en la navegación debían ir separados unos de otros, y se daba a entender que hecha la separación debía leerseles a unos y otros no sé qué Cédula de Su Majestad; ni se declaraba si habían de ir separados, solos en el viaje, o si tendrían también diferentes destinos. Estas dudas causaron una extraordinaria conmoción, indicio de la unión y fraterna caridad que por lo general florecía en la Provincia, todo vino sin embargo a desvanecerse sin que hasta ahora se haya sabido el motivo o el fin que tenían aquellas voces.

Los primeros que de los Colegios de la Habana, Puerto del Príncipe, Mérida, Campeche, Guatemala y Puebla habían llegado a Europa y estaban depositados no sin bastante incomodidad en un Hospital de Cartagena, salieron para Córcega el día 6 de marzo. Todos los demás tuvieron que esperar hasta junio. En este intermedio se tuvo

noticia de la cesión que la Serenísima República de Génova hacía a la Corona de Francia de todos los puertos y lugares que le quedaban aún en el Reino de Córcega y de todos sus derechos y acciones de toda la Isla. Esta noticia daba fundamento para discurrir que el Rey Christianísimo que había desde tanto antes extinguido la Compañía en sus dominios o no admitiría en Córcega a los jesuitas españoles, o los admitiría solamente secularizados y sujetos a los ordinarios, como estaban en Francia; estos temores no se verificaron sino sobradamente después. Por entonces sólo se disponía una pronta partida, que se efectuó finalmente el 15 de junio. En el puerto quedaron por habitualmente enfermos diez o doce. Al embarcarse se supo por los respectivos capellanes, un Decreto de D. Antonio Fanales y Escalona, Teniente de Vicario General de Marina, un decreto dimanado por orden del Eminentísimo Sr. Cardenal Patriarca en que prohibía se les permitiese a los Padres celebrar el Santo Sacrificio de la Misa, ni ejercer acto alguno espiritual que conspirase a la común enseñanza. Nueve barcos estaban preparados para el transporte de 800 ó más jesuitas. De éstos un pequebot se destinó a los mal contentos, cuyo número se había aumentado y se aumentaba cada día considerablemente. De los 8 que restaban, el uno a vista de Cartagena por la mucha agua que hacía, hubo de desamparar la conserva y entrar a carenarse. Los jesuitas que tenía a su bordo, se repartieron entre los otros barcos.

El convoy todo llegó con felicidad a Ajaccio, puerto de Córcega, el día 9 de julio. La ciudad y el Gobernador francés, requeridos por el Comandante español, dijeron que demás de los muchos jesuitas que habían ya recibido, estaba todo el lugar actualmente ocupado de oficiales de tropa recién llegada. Efectivamente en Ajaccio, fuera de la Provincia entera de Toledo, estaban de la de México todos los que por marzo habían salido de Cartagena. De éstos habían dejado seis la Compañía, cinco sacerdotes y

un Coadjutor, a quienes del convoy recién llegado se agregó poco después un hermano estudiante. En aquel puerto había poco antes fallecido el Padre Joseph de Acosta. Con la repulsa del Magistrado, el Jefe Español ocurrió a la Bastia, para saber si en aquella ciudad habría oportunidad de desembarco. Con la respuesta favorable salieron de Ajaccio los navíos el 19 de Julio para el Puerto de S. Florencio, donde el Comandante intentaba que desembarcasen los Padres con el fin de evitar la entrada en la Bastia, puerto incapaz de abrigar embarcaciones grandes. A los 28 se llegó con felicidad a S. Florencio, y se tomaban ya todas las providencias para desembarcar y seguir por tierra, cuando comenzaron las hostilidades entre los Corsos y Franceses. Este accidente rompió todas las medidas del Capitán Alburquerque, y muy a su pesar le fué necesario doblar el Cabo y pasar con toda su conserva a la Bastia. Antes de salir de S. Florencio, dió permiso para que los que quisieran pudiesen transbordarse a algunos barcos pequeños, de los que trafican en aquellas costas por haberse ya deshecho con demasiada precipitación gran parte de los catres en las embarcaciones grandes. Entre los barcos de esta naturaleza, que la noche del primero de Agosto salieron de S. Florencio, uno zozobró muy vecino a la Bastia. Padres, marineros y equipaje, todo fué al agua. De 9 que eran los Religiosos, sólo tres o cuatro sabían nadar; sin embargo, a lo que se cree, particular favor de la Ssma. Virgen de Guadalupe, que todos como de concierto invocaron, ninguno pereció, aun habiendo algunos desamparado el barco y perdido pie. Socorridos inmediatamente de una taratana, que no iba lejos, llegaron a salvamento la mañana del 3 de Agosto y en los dos días siguientes las demás embarcaciones. La Capitana Sta. Isabel, desembarcados los demás que traía a su bordo, pasó con los Padres extranjeros al Puerto de Liorna, para de allí restituirse a sus antiguas Provincias.

En la Bastia, eran conducidos del muelle a la Iglesia de S. Juan Baptista, donde de seis en seis, o en mayor número recibían boletas conforme a la capacidad de las casas, que estaban prevenidas. A la Bastia, llegó muy enfermo, y acabó en paz el 5 de Agosto el Padre Joaquín Insausti. Murió y fué enterrado en la Iglesia del Colegio que allí tenía la Compañía, señalado por la gloria de ser el primero consagrado a nuestro Padre S. Ignacio. Aunque en este Colegio había capacidad para muchos sujetos y no faltaba a los Padres voluntad para alojarlos, no pudieron, sin embargo, acoger a otro alguno a causa de estar la mayor parte ocupado de la tropa francesa, y haberlo tomado para su morada el interino General Conde de Marsbeuf. Los Padres Franciscanos y Capuchinos, admitieron en sus Conventos de San Joseph y Sto. Angelo a cuantos pudieron acomodarse. Una gran parte se hospedó en el monasterio de Sta. Clara, cuyas Religiosas como las Usulinas habían sido, poco antes, desalojadas por los franceses y mandadas habitar en sus casas o pasar a Génova. Los demás Jesuítas estaban repartidos por las casas de la ciudad. Era por cierto un espectáculo de mucho dolor, al paso que de mucha edificación, ver unos Padres tan respetables, y unos jóvenes por su cualidad y por sus prendas tan distinguidos, llevar por las calles la carne y demás comestibles, hacerse unos a otros la cocina, y ejercitarse como los criados más despreciables en los más viles y más humildes ministerios. Los Superiores trabajaban ya en juntar principalmente la juventud, en casas capaces donde viviesen asistidos con regularidad y disciplina Religiosa. Este proyecto, aunque muy difícil por la dispersión y pobreza en que se vivía, se hubiera llevado a entera perfección, a no haber sido tan breve nuestra demora en la Bastia. Hubo luego noticia del arribo del Marqués de Chauvelín, y los barcos que había traído con tropa, pasaron inmediatamente vacíos a la Bastia. A pocos días entró el

Marqués en aquella ciudad, e hizo publicar bando en que el Rey Christianísimo se hacía reconocer por Señor de toda la Córcega. A este acto se siguió orden al Comisario Español y Superiores de la Compañía para que con la mayor brevedad posible saliesen de todos los lugares pertenecientes a S. M. Christianísima. Acostumbrados ya a golpes más dolorosos, abrazamos este segundo destierro con no menos resignación y conformidad que el primero. Se hizo el embarque con precipitación el día postrero de Agosto, quedando en la Bastia dos enfermos y uno que les asistiese.

El alojamiento, los alimentos, el trato, fué como de la ínfima chusma y del desecho de las gentes. Se daba a cada uno de los jesuítas su ración de carne salada, de arroz y de galleta, como al más infeliz grumete, sin más leña, ni más fuego, para condimentarlo, sino a costa de mil sonrojos. Muchos evitaron parte de estas incomodidades, buscando pequeñas taratanas en que hacer su travesía. Todo el convoy dió fondo el día 2 de septiembre en Puerto Fino, lugar de la República de Génova, donde a nadie se permitió desembarcar. El Capitán Francés pidió allí, cinco pesos fuertes por cabeza, donativo que aunque muy exorbitante, se dió, sin embargo, contribuyendo los que algo tenían por otros muchos que con aquella contribución se deshacían aun de la anual pensión que poco antes les había dado el Rey. Se supo después, que tal orden no había venido como se decía, de Génova, y sólo era artificioso engaño de los franceses, que quisieron hacerles pagar a los jesuítas su destierro. De Puerto Fino, después de 9 días de suma incomodidad, pasaron a Sextri de Levante, y en partidas de 20 en 20, pocos más o menos, se disponían a partir a expensas de un Comisario Francés, que se hallaba en aquel puerto, cuando se dió orden que ninguno llevase sino su colchón con ropa de cama, y en lo perteneciente al demás equipaje sólo se permitía un baúl de

ropa para cada tres sujetos. Lo demás, encomendado a la custodia de algunos Padres que quedaron de procuradores, se guardó con distinción de Provincias, en diferentes almacenes, para remitirse después al lugar de nuestro destino. En los días siguientes, no sólo se escasearon para los equipajes las bestias de carga, pero aun las cabalgaduras no se daban sino una para cada dos o tres sujetos. De esta manera, unos a pie, mientras otros cabalgaban, llegaron las diversas caravanas a Burgotaro, lugar perteneciente al Duque de Parma. El Comisionado de esta Ciudad tenía orden de no dejar pasar de allí adelante colchón, baúl, petaca, ni equipaje alguno. Las cargas eran conducidas a diversos almacenes. Se permitía a sus dueños sacar sólo alguna ropa blanca y otras cosas necesarias de poco bulto; lo demás debía quedar embodegado para remitirse después. Se pretextaba para este despojo la escasez de bestias ocupadas todas por entonces en la conducción de los mismos Padres. A los primeros que pasaron de las otras Provincias, y como a 180 de la nuestra, se dieron 8 pesos por cabeza para el transporte desde aquel estado hasta los del Papa. Desde allí hasta salir de los dominios de Parma, no permitía el Serenísimo gastar ni un sueldo dándose a los Padres de su cuenta un todo, con grandeza correspondiente a su persona. Esta liberalidad duró poco, repentinamente llegó orden del Duque para que todo se suspendiese, que los Jesuítas costearan sus alimentos, que en Burgotaro cesase la contribución de los ocho pesos y aquellos a quienes ya se les hubiesen dado, se les cobrasen antes de salir de los dominios de S. Alteza. Esto último se hizo con tanta irregularidad, que no se pudo saber si era orden precisa de la Corte de Parma. A unos se les exigió y a otros que lo habían recibido al mismo tiempo, no se les cobró cosa alguna. Con esta grande novedad se hallaron los Jesuítas esparecidos por todo el camino desde Sextri a Bolonia, sin más ayuda de costa,

que lo poco que algunos traían, y con lo que aun queriendo no podían aliviar a todos sus hermanos. Desta suerte lo pasaron muchos a pie, algunos a caballo, pocos en carrozas, vendiendo algunos su ropa, y no faltaron quienes pidiesen limosna, hasta entrar en los Estados Pontificios. Venían todos cargando sus pequeños hatillos, en que el que más traía cuatro o cinco mudas de ropa sencilla, poquedad con que les fué forzoso pasar el invierno tanto más riguroso cuanto era más desacostumbrado a gentes cuasi todas nacidas y criadas bajo la zona tórrida.

Los que habían quedado en Ayaccio y en la Bastia, evitaron esta Plíada (sic) de males, aunque en la Bahía de Génova donde pasaron de Puerto Fino, tuvieron por otro lado bastante que ofrecer al Señor. Desde allí, en pequeños barcos a expensas propias, hubieron de transportarse a Viarregio, y de allí a la Legacía de Bolonia. En Sextri, en el Convento de Religiosos Capuchinos, donde estaba alojado, murió el Padre Cristóbal Fierro, anciano de 65 años y niño en la amabilísima inocencia y candor de costumbres. Toda la Provincia de México se estableció en las Legacías de Bolonia y Ferrara, repartidos fuera de estas dos ciudades en Castel S. Pietro, Medicina, Budrio, Castel Boloniese, Castel Cüelfo y S. Martín, los cuales dos últimos se desampararon después. Los equipajes que habían quedado en Sextri y Burgotaro, no se tuvo después cuidado alguno de remitirlos, como se había dado a entender, hasta que la necesidad obligó a conducirlos a expensas de los mismos sujetos. Los de Sextri, vinieron por mar hasta la Toscana, y de allí a Bolonia, sin menoscabo, ni avería considerable después de dos meses. Los de Burgotaro, después de cinco, llegaron a Bolonia a la mitad de Febrero. Antes no hubo para extraerlos permiso de la Corte de Parma. Se pretextaban varios motivos para esta detención; el verdadero parece haber sido orden

de la Corte de Madrid, que avisada estar gran parte de los equipajes de los Jesuitas detenidos en los Dominios del Duque, envió un Comisionado para que en su presencia se ejecutase un rigurosísimo registro de todos los papeles, que o los Padres se hubiesen traído de España, o acaso después de su expatriación hubiesen escrito. Este registro se ejecutó con una irregularidad y un desorden, que causa horror; las cajas quebradas, los baúles descerrajados, desliados los colchones, las ropas confundidas, maltratadas y aun notablemente disminuídas, robados no pocos de aquellos mueblecillos o alhajuelas, que podían hallarse entre el equipaje de unos pobres religiosos. Sea Dios bendito, que por tantos medios y caminos ha querido humillarnos y mortificarnos, para despegar de todo lo temporal nuestros corazones.

Constaba en la actualidad la Provincia de 680 sujetos. (1) De éstos han muerto desde el 25 de Junio de 1767 hasta el presente, 92 sacerdotes, 5 estudiantes y 32 Coadjutores. Se han restituído por extranjeros a sus res-

(1) El número de Jesuitas de la Provincia Mexicana, en 1767, está en blanco en el manuscrito, así como el de sacerdotes, coadjutores y estudiantes que quedaban en el momento que el P. Alegre terminaba la redacción de las "Memorias".

Para llenar estos vacíos nos hemos servido del "Catálogo de los Colegios y Sujetos que los formaban el día de la expatriación, 25 de Julio de 1767, que se encuentra en *Dávila y Arrillaga, Continuación de la Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España. Vol. II, Puebla 1880, págs. 332 a 350.*

El número de sacerdotes puede no sea el de doscientos cincuenta y ocho, según el P. Alegre haya o no computado entre los que se habían restituído a sus respectivas provincias, no españolas, al P. José Guebel, que el día de la expulsión estaba ya en España, de retorno a Alemania.

Además a ese número hay que añadir el de treinta y cinco sacerdotes, que no por estar aún en Nueva España o en el Puerto de Santa María, habían dejado de pertenecer a la Provincia Mexicana.

El número de estudiantes era probablemente mayor ya que hemos deducido de él que figura en el Catálogo, los 23 estudiantes y coadjutores no formados que se habían secularizado, así será mayor el de coadjutores.

pectivas Provincias, 29 Sacerdotes y 5 Coadjutores. Se han secularizado Profesos 13, Coadjutores Espirituales 2, Sacerdotes Escolares 19, Coadjutores formados 13, Estudiantes y Coadjutores no formados por todos 23. Restan aún en Nueva España y en el Puerto de Sta. María, Sacerdotes, 35.

Restan por todos, Sacerdotes . . .	249
Coadjutores	72
Estudiantes	101



INDICE

LIBRO TERCERO

	<u>Pág.</u>
Memorias para la Historia de la Provincia que fué de la Compañía en Nueva España. 1649-1716..	7

LIBRO CUARTO

Memorias para la Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús que fué de Nueva España. 1716-1768.	141
---	-----